

VIRGINIA SWEET-RASINES

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF TORONTO



EL  
MISTERIOSO  
ANILLO de  
CLADDAGH



## **Annotation**

Nueva York (1912): la joven poetisa Kate Hemstitch planea huir hacia Irlanda y escapar de sus padres, quienes desde que se enteraron de que su hija mantenía una relación amorosa con un inmigrante irlandés le han prohibido verlo. Algo sucede y su gran amor se ve obligado a regresar a su tierra natal. En medio del dolor, la joven escribirá hermosos poemas,

los cuales han sido originalmente escritos por la abuela de la autora, quien al igual que Kate fue una gran poetisa.

Un siglo más tarde, una joven periodista llamada Piper —quien padece escribir superficiales artículos semanales para la prestigiosa revista femenina en la cual trabaja— encuentra inesperadamente un anillo y misteriosas cartas enviadas desde una Mansión en Nueva York con el remite de Claddagh, Irlanda. Junto con su amiga Sophie,

comenzarán la búsqueda de un secreto que ha permanecido oculto durante cien años. Ambas están dispuestas a descubrir quién fue el responsable de la tragedia familiar de la aristocrática familia neoyorkina. ¿Encontrará la heroína de esta historia en la búsqueda de la verdad su propia felicidad?.

---

**VIRGINIA**

**SAINZ**

**RASINES**

*El misterioso anillo de  
Claddag*

*Amazon*

# Sinopsis

Nueva  
York  
(1912):  
la joven  
poetisa  
Kate  
Hemstitch  
planea  
huir  
hacia  
Irlanda y  
escapar  
de sus

padres,  
quienes  
desde  
que se  
enteraron  
de que  
su hija  
mantenía  
una  
relación  
amorosa  
con un  
inmigrante  
irlandés  
le han  
prohibido  
verlo.  
Algo



sucede y  
su gran  
amor se  
ve  
obligado  
a  
regresar  
a su  
tierra  
natal. En  
medio  
del  
dolor, la  
joven  
escribirá  
hermosos  
poemas,  
los

cuales  
han sido  
originaln  
escritos  
por la  
abuela  
de la  
autora,  
quien al  
igual  
que Kate  
fue una  
gran  
poetisa.

Un  
siglo  
más  
tarde,

una  
joven  
periodista  
llamada  
Piper —  
quien  
padece  
escribir  
superficia  
artículos  
semanale  
para la  
prestigios  
revista  
femenina  
en la  
cual  
trabaja

---

encuentra  
inesperada  
un anillo  
y  
misterios  
cartas  
enviadas  
desde  
una  
Mansión  
en  
Nueva  
York  
con el  
remite  
de  
Claddagh

Irlanda.  
Junto  
con su  
amiga  
Sophie,  
comenzar  
la  
búsqueda  
de un  
secreto  
que ha  
permanecido  
oculto  
durante  
cien  
años.  
Ambas  
están

dispuesta  
a  
descubrir  
quién  
fue el  
responsal  
de la  
tragedia  
familiar  
de la  
aristocrát  
familia  
neoyorkin  
¿Encontr  
la  
heroína  
de esta  
historia

en la  
búsqueda  
de la  
verdad  
su  
propia  
felicidad'

Autor: Sainz Rasines,  
Virginia

©2014, Amazon

ISBN: a6e8f37e-4bf1-  
4fb8-bfc8-3a4af3ee2a49

Generado con:  
QualityEbook v0.75

**EL**

**MISTERIOSO**

**ANILLO DE**

**CLADDAGH**

**VIRGINIA  
RASINES**

**SAINZ-**

Diseño de cubierta: Nivel  
Activo.



© 2014, Virginia Sainz-Rasines

La presente es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos en él descritos son producto de la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

.

*Para quienes me enseñaron  
que la vida y dar vida es un  
milagro,*

*Gustavo, María Sara y  
Emma*

*En homenaje a mi querida  
abuela Chichi*

Mis pensamientos son tan

felices como la mañana.

    Mi corazón es tan ligero  
como el rocío.

    Con este anillo, recuerdo  
tu pasión y puedo pensar  
solamente en ti.

    Tu obsequio de esas horas  
brillantes y felices.

    Quédate conmigo cada  
noche y cada día.

    Con las manos siempre  
unidas.

Más de lo que las palabras  
puedan decir.

Juntos estamos en el arco  
iris el cual resplandece con  
los colores del amor.

Siempre juntos. Unidos  
por el lazo de nuestro amor.

**A. Agnew**

# 1

—TE queda tan sólo una hora y media para terminar tu columna. Imagino que ya estará lista ¿no es así?

—De eso puedes estar segura, Amanda, pero ya sabes que me gusta repasar mi trabajo hasta último momento para corroborar que esté todo a la perfección.

En su pequeña oficina de metro y medio cuadrado, simulando que leía en su

ordenador y agradeciendo a Dios que su jefa no pudiera ver la pantalla, sintió que realmente no tenía escapatoria: el fin de su carrera se aproximaba. Nunca lograría llegar a tiempo con su artículo semanal. A tan pocas horas del cierre, sólo lograba ver la cara de desesperación de Amanda, quien no contaba aún con su columna sobre noticias reales e inusuales de la bellísima ciudad de Nueva York. Mirando la pantalla en blanco, y luego a Arthur en la oficina contigua —su

compañero de trabajo, un joven descendiente de inmigrantes irlandeses—, se le ocurrió una idea: “Eso es, puedo utilizar internet para investigar su historia y averiguar realmente cómo inmigraron sus antepasados. Eso me ayudará a inventar algo jugoso”. Fue así como rápidamente y sin perder siquiera un segundo más de su cuenta regresiva, se dispuso a escribir una historia ficticia. Tal vez lograría cautivar a sus lectores y dejar contenta a su jefa. Lo único que

necesitaba era que nunca se supiera que su artículo trataba sobre una mentira. De ser así, perdería la poca reputación que había logrado como periodista y su incipiente carrera se vería destruida, exactamente como su vida personal desde el día anterior. Y todo sería aún peor si no le entregaba a su jefa lo que había prometido tener terminado minutos atrás.

Sumida en sus pensamientos, tratando desesperadamente de encontrar una buena historia



que deslumbrara a las lectoras de *Gorgeous Woman Magazine* —la revista para la cual trabajaba — escuchó el sonido de su teléfono. La llamaba Sophie, su única amiga en toda la empresa, ya que con Arthur tenía una buena relación que no llegaba a ser de amistad.

—Piper, necesito por favor que vengas urgente a mi oficina. Amanda está en ataques. Teme que tu artículo no esté listo para editar. Imagino que no será cierto, ¿no es así?

—Ya mismo voy para allí

—dijo con la intención de tranquilizarla, aunque sólo consiguió ponerla aún más nerviosa.

Sophie ocupaba un puesto preferencial en la empresa. Con tan sólo veintisiete años ya era reconocida dentro del estrato más alto y más deseado del periodismo neoyorkino. Hacía dos años que vivía con su novio en una magnífica y moderna mansión del Upper East Side. Ambas estudiaron juntas en la Universidad de Columbia y se convirtieron en amigas inseparables

desde que se conocieron allí. Piper proviene de Ogunquit, Maine; y Sophie, de Boston. Después de recibirse no tuvieron la misma suerte, a pesar de que Piper había egresado con honores e incluso había ayudado a Sophie en sus estudios hasta su último examen. Lo cierto es que Sophie logró obtener su ansiado título universitario en periodismo gracias al apoyo continuo e incondicional de Piper.

Al poco tiempo, comenzó a trabajar en esta prestigiosa revista femenina de

tendencias luego de que su novio, un bohemio y adinerado pintor, la contactara con la mujer más despreciable e influyente del ambiente periodístico: Amanda Horton.

La luminosa oficina de Sophie se encontraba en uno de los pisos más altos del sofisticado rascacielos ubicado en el ejecutivo Midtown Manhattan, desde el cual era posible disfrutar de una hermosa vista panorámica.

—Estoy muy nerviosa Piper, ¿es posible que aún

no esté listo tu artículo para la próxima edición? —dijo Sophie mirando su reloj—. ¿Eres consciente de que si no se corrige en un par de horas, tu columna semanal no podrá publicarse, y tu trabajo habrá pasado a la historia?

—¡Ya lo sé! Es por eso que he venido corriendo hasta tu oficina. Quería explicarte personalmente lo que me sucede.

—¡Vamos, dímelo! ¡Cada segundo que pasa estoy más nerviosa! —exclamó la esbelta rubia de hermosos

ojos verde esmeralda  
mientras cruzaba sus brazos  
evidentemente alterada.

—Sophie, quiero que sepas que estoy muy agradecida porque me hayas recomendado a esta prestigiosa revista. Sé que cualquier joven periodista como nosotras daría todo por ocupar un puesto aquí. Pero ya no puedo seguir más. Éste no es el tipo de periodismo para el cual me he capacitado ni el que siempre he soñado ejercer. Para colmo ayer, en casa de Benjamin, mi vida amorosa

se arruinó por completo.

En ese momento golpearon a la puerta. Sophie le pidió a Piper que no siguiera hablando, ya que podía tratarse de Amanda. Tras dar la orden para que entrara, ambas suspiraron aliviadas al ver a la secretaria de Sophie.

—Disculpe Señora Gatson.

—Sí, adelante Cynthia...  
¿Qué sucede?

—Permiso, le han enviado este paquete.

—Muchas gracias. ¿Quién lo envía?

—¡Oh, creo que era su esposo! Disculpe, se me ha olvidado preguntar.

—Bueno, esta vez lo dejaré pasar, pero por favor te pido que seas más cuidadosa. Es fundamental que repares en esos simples detalles —le sugirió muy educadamente Sophie, con sus dulces modales, al tiempo que tomaba el paquete y lo colocaba sobre su escritorio—. ¿Conoces a Piper?

—No, no he tenido el gusto aún —dijo la nueva secretaria, dudando de su



capacidad para reconocer rostros nuevos.

Luego de presentarlas, y una vez que Cynthia estuvo fuera de la oficina, Sophie escuchó a su amiga y le dio algunos consejos sobre lo que le había sucedido la noche anterior. Al ver que no quedaba mucho tiempo para el cierre de la edición, se dispusieron intrigadas a abrir el paquete.

—Yo sé que éste no es el trabajo con el que siempre has soñado, pero era el único que estaba disponible. Y sabes que no ha sido nada

fácil para mí lograr que te lo ofrecieran especialmente a ti. El mercado está pasando por un momento muy complicado. No hay muchas posibilidades de que encuentres otro puesto de la categoría del que ocupas ahora, así que debes hacer lo posible por cuidarlo y mantenerlo.

Mientras ocurría el acalorado diálogo entre ambas amigas, sus miradas estaban posadas en los movimientos de las manos de Sophie al intentar desenvolver el paquete.

Había sido cerrado como para que nadie pudiera abrirlo a menos que fuera su destinatario final, ya que si aquello sucedía quedaría en evidencia que lo habían forzado.

—Eso es lo que más me cuesta entender —dijo Piper mientras tomaba entre sus manos un ejemplar de *Gorgeous Woman*—. ¿Cómo es posible que las mujeres de hoy en día lean esta basura? Cada día que pasa se me hace más difícil cumplir con mi tarea.

—Amanda no está para

nada conforme con tus artículos. Me duele mucho tener que decírtelo de esta forma. Si rápidamente no haces algo para que cambie de parecer, tu trabajo en esta revista será sólo un dato del pasado en tu currículum.

—¡Qué demonios es eso!  
—exclamó Piper impaciente  
—. ¡Por favor ábrelo de una vez!

—Ya veo que todo lo que te he dicho fue en vano —  
dijo Sophie, resignada a la terquedad de su amiga.

—Tú sabes que no es así.  
Te aseguro que mañana

cuando salga a la venta la revista, quedarás impresionada con la imaginación que tengo. Tal vez si yo estuviera en tu sector, en el que afortunadamente ocupas el mejor puesto, se me haría más fácil. Ya sabes a lo que me refiero... a pesar de que no sería la periodista que siempre he soñado, al menos iría de un lado a otro en busca de los mejores cosméticos femeninos, lo último en diseño textil... en fin, las tendencias de la moda... Sería más sencillo

para mí. En definitiva, no utilizaría la mente en absoluto, como al parecer es requisito en esta revista para tener éxito —Piper hablaba sarcásticamente, y Sophie no tenía duda alguna de ello—. Ocuparía ese 29,7% de interés global de nuestras “intelectuales” lectoras —dijo con ironía, poniendo sus ojos en blanco. Ese dato porcentual era utilizado en todo momento por Amanda, dando énfasis al sector más leído y redituable de la revista.

—¡Muchas gracias por los

halagos! Pero la vacante que teníamos era para tu puesto. Y a pesar de que Amanda siempre pensó que eras una periodista demasiado seria para ocuparlo, de todos modos te contrató.

—¡No puedo creer lo que dices Sophie! Lo que tú llamas “demasiado seria” es en general lo que hace la diferencia.

Lamentablemente la juventud, y por ende la belleza, son los valores sagrados de la nueva cultura. Eso es lo que vende ahora, ¿no lo crees?

La conversación se estaba tornando un tanto complicada. Ambas habían comenzado a elevar el tono de voz, y eso no las favorecía en absoluto. Cuando desde pequeña eres educada con valores sólidos, sabiendo dar la importancia justa a cada cosa —como le sucedió a Piper—, es muy difícil cambiar la perspectiva y el modo de ver lo que nos rodea. Son cimientos firmes de una riquísima educación. Trabajar para esta revista iba en contra de sus creencias más íntimas y la llevaba a



actuar de aquel modo.

—No estoy de acuerdo contigo. Tu columna está pensada para una periodista divertida, fresca, y con un ideal que la hace diferente a las demás.

—¿Ah sí?... y, ¿cuál es ese ideal?

—La estética, lo último en moda y tendencias. Es un conjunto de atributos que hacen a una mujer única y creativa —le dijo Sophie, ya un tanto agotada de la conversación, mientras alzaba ambas manos sin poder creer que su amiga no

lograra entenderlo de una vez por todas.

—Bueno, se me hace tarde y no he terminado mi artículo aún... pero me haces reír diciendo que de esa manera alguna mujer puede ser creativa, ¡por Dios!... Después seguimos conversando, tengo que irme.

Sophie, que estaba con la tijera entre sus manos luchando con el paquete, se cortó levemente por escuchar lo que decía su amiga.

—¡No creo que llegues a

tiempo! ¡Estamos casi al cierre de nuestra edición y no has terminado todavía!

—¡Quédate tranquila, ya voy por la corrección! —le dijo Piper para tranquilizarla, de pie junto a la puerta, mientras le guiñaba un ojo y se divertía al ver lo alterada que estaba su amiga. Al menos de ese modo olvidaba sus propios nervios.

—¡Ojalá pudiera, te olvidas que te conozco mejor que nadie! Has levantado una ceja y te has tocado la frente al

decírmelo. ¡Es exactamente el gesto que utilizas cuando tratas de ocultar algo!... Lo único que te pido es que recuerdes lo siguiente: el objetivo de la revista y de cada una de sus páginas es vender los productos de nuestros anunciantes. Lo hacemos disimuladamente en todas las secciones, incluso en la columna que tú escribes.

—O sea que mi columna, la cual yo creía que era al menos un poco diferente... es más de lo mismo —dijo resignada Piper.

—Exactamente. En definitiva, lo que queremos lograr es que el mensaje llegue como nosotros deseamos. Por eso orientamos a nuestras inocentes lectoras hacia el camino de la belleza y de la moda. Que gasten en los mejores restaurantes con los mejores chefs, que acudan a los mejores spas y espectáculos, que decoren sus hogares con los muebles y productos que les ofrecemos.

—¿Y qué me dices de las secciones de autoayuda?

—Incluso allí mi querida Piper. Para sacar adelante a nuestras tristes lectoras, luego de asesorarlas por una psicóloga especializada (como lo es Chloë). Ella misma es quien se encarga de hacer que olviden todos sus problemas, mejorando su autoestima principalmente desde la estética, o recomendándoles un hermoso hotel, u ofreciéndoles el último libro con secretos únicos para encontrar la felicidad.

—¡Eso es una locura! Pero como te he dicho hace unos

instantes, puedes estar segura de que luego de leer mi artículo nuestros publicistas van a adorarme; y quiero que siempre tengas en cuenta que fue el destino lo que hizo que tu amiga Piper se desviara de su camino de periodista de actualidad, del que nunca jamás hubiera querido alejarse.

—No olvides que queremos vender sueños y lograr que nuestras lectoras triunfen... ¡y la solución está en Gorgeous Woman!

—Discúlpame, pero

realmente estoy muy incómoda aquí. Siento que cada minuto de mi vida que transcurre en este lugar es una pérdida de tiempo, y que pronto nos lavarán el cerebro y seremos como ellas —al decir aquellas palabras dirigió ambas manos hacia la oficina contigua en donde trabajaban sus compañeras Amy y Rachel.

—Pues entonces ve y has tu trabajo.

Ambas rieron: jamás terminaban una discusión enojadas. Cuando Piper ya



había puesto un pie fuera de la oficina, sintió que Sophie la llamaba.

—¡Ven, no te vayas aún!

—¿Qué sucede? ¿Se te ha ocurrido que tal vez pueda trabajar en el *News Now*? — le dijo en tono de broma.

—Eso sería un sueño hecho realidad para ti, pero conseguirte un trabajo allí es una misión imposible: ¡es el mejor periódico de nuestro país!... —y, señalando el envoltorio que le habían entregado, dijo—: Piper, quiero que veas esto. Mi secretaria debe haber

malinterpretado el destinatario de este paquete. ¡Son cartas enviadas hace muchos años! No entiendo por qué Cynthia me las ha traído a mí.

Las dos miraron por un momento las cartas, sin tener la mínima idea acerca de su contenido. Lo que jamás hubieran imaginado era el valor que tendrían y lo importante que resultarían para sus vidas en el futuro. Miraron el envoltorio, pero ya estaba hecho añicos debido a los intentos desesperados de Sophie para

abrirlo.

—Debo irme, pero hazme un favor: guárdame ese paquete, me gustaría mucho leer esas cartas —dijo Piper con la dulce sonrisa que la caracterizaba. Luego se retiró a su oficina.

## 2

*EN IRLANDA, entre los años 1848 y 1950, más de seis millones de adultos y niños emigraron de su país debido a la hambruna que sufrían por el fracaso de los cultivos de la patata. Y al no poder encontrar oportunidades de trabajo, muchos irlandeses se vieron en la triste necesidad de abandonar su tierra. Entre 1892 y 1954 ingresaron a Estados Unidos doce*

millones de inmigrantes a través de Ellis Island, sobre la hermosa bahía de nuestra Nueva York. La primera persona registrada fue Annie Moore, una joven irlandesa de tan sólo quince años de edad que estaba acompañada por sus dos hermanos pequeños.

Nada era fácil para los inmigrantes irlandeses. Muchos vivían en sótanos, o en bodegas subterráneas: eran los más pobres que Estados Unidos había visto alguna vez. Debido a tal situación, el cincuenta y

*cinco por ciento de las personas arrestadas era de origen irlandés. Pero ustedes, queridas amigas, seguramente dirán: “¿cuál es la novedad aquí? ¡Esto ya lo sabemos!”.*

“¡Basta, no puedo continuar con esta farsa! Las lectoras se preguntarán qué me sucede esta semana. ¿Y ahora... qué escribo para cautivarlas? ¿Cómo continúo?”, reflexionaba Piper. “¡Vamos, piensa, no olvides que en cada una de nuestras páginas el objetivo principal es vender!”. Piper

recordaba una y otra vez lo que le había aconsejado su amiga Sophie. “¿Qué podrá cautivar a sus mentes “brillantes”?... Necesito un café, seguramente me ayude a enfocarme y a encontrar la concentración que busco”.

Se levantó animada y fue por él. Unos segundos más tarde, perdida en sus pensamientos, regresaba con su humeante taza entre ambas manos, cuando escuchó a Amy y Rachel hablar de la futura boda de una de ellas. Disimuladamente, trató de

agudizar su oído y descifrar de qué hablaban. Al parecer, estaban muy compenetradas. Eran las dos chicas más engreídas y ambiciosas que había conocido, pero pensó que tal vez de aquel diálogo podría obtener alguna idea superficial para su artículo. Al escucharlas comprendió, ilusionada, que tenían exactamente el mismo perfil que sus lectoras. Esbozó una sonrisa. En ese preciso momento escuchó que Rachel decía:

—¿Cómo has logrado que Thomas te pida casamiento?



¡Yo he probado todo lo habido y por haber, pero mi novio no se percata de mis indirectas!

—El último artículo de nuestra revista tiene la respuesta a tu dilema personal —bromeó Amy.

—¿Cuál de todos ellos? ¿En qué sección? ¡Anda, dímelo! —le dijo Rachel desesperada.

—En cuál otra sino en la de nuestra increíble Sophie. El artículo es “Los diez tips que no fallan para dar definitivamente el sí”.

—Gracias por el dato.

Cada semana devoro la revista de principio a fin, pero no creí que ese artículo pudiera ayudarme; más aún, no estoy de acuerdo cuando dice que debemos hacer todo lo que nuestro novio nos pida: para mí, eso es imposible. Últimamente, lo único que me pide una y otra vez es tiempo, ya sabes a qué se refiere... —Rachel se angustiaba sólo de pensar en cómo su pareja evadía constantemente el compromiso.

—¡Oh, qué terrible! Lo que quiere es dejarte... pero

tranquila, relájate, hablaremos con Sophie. Seguramente se le ocurrirá alguna idea que te ayudará a llevarlo al altar lo antes posible.

—¡Me alegro tanto de tener una amiga como tú aquí dentro!... Cuéntame, ¿cómo fue que te lo propuso? ¿Te entregó el anillo y luego se declaró?

—No, nada de eso —le dijo Amy a viva voz, olvidando por completo a las muchísimas personas que podían escucharlas.

En ese momento Piper se

acercó, fingiendo cruzarse casualmente con ellas.

—Buenos días...  
¡Felicitaciones! —exclamó simulando estar deslumbrada por lo que decía Amy—. Pasaba junto a ustedes y no pude dejar de escucharlas. ¿Así que te han propuesto casamiento?  
¡Cuánto me alegro por ti!

—¡Muchas gracias! Sí, realmente ha sido fantástico, me lo ha pedido en el último desfile de alta costura. Cubría, como acostumbro, todas las novedades de las tendencias para la nueva

temporada primavera-  
verano. Al salir la última  
modelo luciendo un  
espectacular vestido de  
novia, vi que  
inesperadamente la  
acompañaba un apuesto  
caballero, que al igual que  
ella llevaba el atuendo  
correspondiente para una  
boda —Amy daba muestras  
de su carencia de humildad  
al relatar la escena.

—¡Por Dios Amy, te lo  
suplico, por favor cuéntanos  
de una vez por todas cómo  
fue que te lo pidió! —  
exclamó Rachel, expectante.

—¡No me digas que el novio es quien estoy imaginando! —dijo Piper, en el mismo tono peculiar y, por qué no decirlo, tonto, que ambas tenían.

—¡Sí, así es! Era mi bombón Thomas. Tardé un momento en entender qué hacía él allí; pero luego la modelo siguió desfilando y él súbitamente se paró frente a mí, con una sonrisa de oreja a oreja, y me dijo lo más alto que pudo: “¡Me haría mucha ilusión que fueras tú quien lucieras ese maravilloso vestido de

Jacques Vontandant!”, al tiempo que acompañaba esas hermosas palabras con su mirada perdida en tan maravilloso vestido, y luego se arrodilló... Por supuesto que de más está decir que me imaginaba a mí en él — acotó Amy. “Sí, seguro” pensó Piper mientras la ilusionada novia continuaba con su relato banal por demás.

—Y luego, chicas, exclamó las palabras más deseadas por cualquiera de nosotras...

“¡Ajá, eso es lo que tú

supones!” se decía a sí misma horrorizada Piper, esperando que no se dieran cuenta de sus verdaderos pensamientos.

—¡Y así es chicas, me lo pidió!... Me dijo: ¿Quieres casarte conmigo?

Piper no podía creer que fuera real lo que escuchaba. “¿Cómo es posible que le guste que su novio le haya pedido matrimonio de ese modo? ¡Sobre una pasarela!”. Sólo de imaginarlo se le revolvía el estómago, pero como no debían enterarse de lo que



realmente pensaba, puso la cara más bonita y risueña que pudo y dijo:

—¡Cuánto me alegro por ti, Amy!

—¡Es la forma más romántica de pedir matrimonio que jamás haya escuchado! Sólo al imaginar que a mí me sucediera algo así... —dijo suspirando Rachel—. ¡Ya sabes, que te lo proponga frente a todas nuestras colegas de la competencia!... ¡y luego salir en todas las revistas!

—Sí, ya lo sé, infinidad de veces había imaginado ese

momento, pero les aseguro que jamás se me había ocurrido algo tan mágico como lo que sucedió.

—Y ya te ha dado el anillo, me imagino —agregó Piper demostrando estar muy interesada.

—Claro que sí —dijo Amy al tiempo que se los mostraba orgullosa—. Es de Elite Jewelry. Como saben, es la prestigiosa y selecta joyería que se encuentra en la Quinta Avenida.

—Sí, justamente hace poco publicita en nuestra revista. Queda claro que tu

novio está muy bien económicamente: es una joyería a la que sólo personas con alto poder adquisitivo pueden acceder.

—Así es, él es un prestigioso empresario de la construcción —exclamó Amy sin poder disimular lo mucho que le alegraba lo que acababa de decir Piper—. Además, estoy tan feliz que también me he comprado un vestido de la colección que les mencionaba hace un momento: la del modisto francés Jacques Vontandant,

¿recuerdan?

—Sí, Amanda está deseosa de que forme parte de nuestra cartera de clientes.

—¡Basta ya Amy! — exclamó Rachel—. ¡Debo confesarte que estoy por morir de celos!

En ese momento, y luego de participar de ese diálogo tan “profundo”, Piper definió el rumbo de su artículo, del que hasta el momento sólo tenía la inspiración inicial que le había brindado minutos antes su compañero de oficina. Pensaba que eso era

exactamente lo que las lectoras querían. “¡Ve por ello!”, se dijo una vez más Piper, al tiempo que planeaba su estrategia para vender, tal como le había sugerido Sophie. “Luego de que mis lectoras asimilen el mensaje con todo lo imprescindible para preparar la boda perfecta (en especial el vestido y el anillo), ninguna tendrá reparo en gastar lo que sea necesario para obtener lo que les transmitiré subliminariamente”.

\* \* \*

Otra vez sentada, riéndose sola al recordar el diálogo de hacía unos minutos, y en el que se vio involucrada a pesar de no quererlo, se decidió a terminar su artículo de una vez, antes de que apareciera nuevamente la temible Amanda.

*Y ustedes, queridas amigas, se preguntarán cuál es la noticia aquí, pues todo lo que les he contado ha sido para introducirlas un poco*

*en una historia que seguramente la mayoría de nosotras conocemos por nuestros antepasados. Como dato general, para que sepan a qué me refiero, a inicios del siglo XX, de cada diez neoyorkinos, seis de ellos eran hijos de un padre o de una madre del extranjero. De más está decir que muchísimas de nosotras descendemos de ellos. Es por eso que en esta ciudad existe una diversidad infinita de costumbres. Venían de todas partes del mundo a probar suerte a*

*este maravilloso país... aún hoy en día lo hacen.*

*Pero de lo que yo les quiero hablar específicamente es del legado que nos han dejado los irlandeses. Por si todavía alguna de ustedes no lo sabe, desde el siglo XVII existe una joya muy glamorosa y bonita, que transmite peculiares significados según el modo en que se la utilice. Queridas amigas, les hablo del hermosísimo anillo de Claddagh, que se ha impuesto como nunca antes entre todas nosotras. Es una*



tendencia que llegó para quedarse. La exclusiva joyería Elite Jewelry nos ha dicho minutos atrás (al enviarnos el último catálogo, que adjuntamos) que no recuerdan haber vendido un anillo “tan hermoso” y en “tan inusuales cantidades”, como les sucede por estos días con el anillo irlandés.

Todo comenzó debido a una reconocidísima actriz que fue agasajada por su novio el día de su compromiso aquí en la gran manzana y, desde entonces, todas lo

quisieron lucir. Sí, todas...  
¿Tú te quedarías fuera? Este  
anillo, que pueden ver a  
continuación, ha sido  
durante siglos característico  
de la cultura irlandesa. Lo  
podemos adquirir en plata  
(como suele fabricarse  
comúnmente), pero aquí  
hace furor lucirlo en oro de  
dieciocho quilates. Me he  
detenido a observarlo, y está  
formado por dos manos (que  
simbolizan la amistad),  
sosteniendo un corazón (el  
amor), sobre el que  
descansa una corona  
(representa la lealtad y la

*fidelidad). La simbología de estos elementos es extraordinaria y resume perfectamente lo que queremos transmitir cuando amamos verdaderamente a alguien, o si buscamos a quien demostrarle tan bonitos sentimientos, como son el amor y la amistad.*

*Así que, chicas, regálenlo como símbolo de amistad, o úsenlo según el mensaje que quieran transmitir. Si lo usan en la mano derecha, con el corazón hacia afuera, y un chico viene a hablarles, él sabrá que no tienen*

ningún tipo de compromiso. Pero si lo usan en la misma mano con el corazón mirando hacia adentro, significa que su corazón ha sido conquistado y ya tienen novio. Sin embargo, si lo lucimos en la mano izquierda con el corazón apuntando hacia el exterior, están a punto de dar el sí: están comprometidas. Y, por último, tomen nota para luego decidir cómo lo usarán, pero por favor no vayan a confundirse. Si lo usan en la mano izquierda, con el corazón mirando

*hacia ustedes, es que su amado esposo se los ha colocado el día de la boda, y están felizmente casadas.*

*Ahora, me gustaría mucho que se comunicaran conmigo y me confíen qué anillos les han regalado para su compromiso, o que me cuenten cualquier historia que les parezca divertida sobre compromisos y bodas; como cada semana, les dejaré mi correo electrónico al final del artículo.*

Cuando estaba terminando su trabajo, vio a Arthur de

pie y apoyado en el compartimiento divisorio de ambas oficinas. Su compañero le dijo:

—¡Eh Piper, me ha llamado Amanda! ¡Debes terminar ese artículo ya mismo!

—Sí, gracias por avisarme, ya lo he finalizado. Ahora mismo lo corrijo y se lo envío por mail. ¿Hiciste lo que te pedí?

—Sí, ya he llamado a Elite Jewelry. Al principio no les gustó para nada que recién ahora les avisáramos que a partir de mañana el anillo de

Claddagh será la pieza más vendida. El encargado de marketing, con el que hablé, estaba un tanto furioso con nosotros por haber tardado tanto en avisarles.

—¡Oh, no me digas!

—Sí, así es, me ha dicho que no comprendía tanta demora, habiendo él llamado infinidad de veces para saber qué alhaja publicitaríamos esta semana. Y que ahora necesitarán cientos de anillos irlandeses y ni siquiera sabía con precisión cómo se llamaba el diseño... pero luego los convencí de

que será un éxito, como todo lo que publicitamos. Así que tratarán de conseguirlos y encontrarán rápidamente una solución.

—De eso puedes estar seguro. Lo único que les importa es vender, y no he fallado con esta historia.

Al decir aquellas palabras sentía cómo sus manos se humedecían debido a los nervios que le causaba lo que estaba haciendo: de no resultar su plan, quedaría automáticamente despedida; y su amiga, mal parada, debido a la excelente



recomendación que le había hecho a Amanda sobre ella. Luego de suspirar, le preguntó a Arthur:

—¿Y cómo justificaste nuestra tardanza?

—Dije que fueron nuestros informantes los que nos acababan de dar el dato de esta nueva tendencia europea, y que queríamos que Elite Jewelry fuera la que impusiera la tendencia aquí en Nueva York. ¿Tú estás segura de que venderán este anillo indiscriminadamente, no es así?

—Así es. ¿Cuándo no lo he estado antes de una edición? —le dijo Piper tratando de demostrar seguridad y de ser convincente, y luego añadió —: Te adoro Arthur, te debo una.

—Espero que no me cueste mi puesto —bromeó él, y ambos rieron cómplices.

\* \* \*

Luego de recibirse de periodista, Piper se fue a vivir con su novio,

Benjamin, con quien salía desde hacía un año y medio. Antes de ser pareja, habían sido mejores amigos. Se habían conocido en la universidad, donde él también estudiaba periodismo. Llegar al noviazgo supuso mucho tiempo de incertidumbre: temían que si alguno de los dos decía lo que le estaba ocurriendo por el otro, los sentimientos no fueran recíprocos y terminarían de ese modo una amistad muy importante y valiosa para ambos. Piper no pudo

continuar fingiendo lo que realmente sentía. Su amiga Sophie la alentaba continuamente a que le revelara de una vez por todas sus verdaderos sentimientos. Fue así como tomó coraje y lo invitó a cenar, lo cual no asombró para nada a Benjamin: a menudo lo hacían.

—¡Me parece buenísimo Piper! ¿A qué hora paso por ustedes?

—Dirás por mí, Sophie no viene esta vez.

—¿Por qué? ¿Tiene planes con su novio?

—No, para serte totalmente sincera, hay algo que debemos hablar sólo tú y yo.

Al decir aquellas palabras, sentada en su sillón estilo Lawson de líneas rectas, tomaba un mechón de sus largos cabellos castaños y lo giraba entre sus dedos. Junto a ella, Sophie intentaba escuchar lo que decía Benjamin al otro lado de la línea, quien no lograba entender qué sería lo que tenía que hablar a solas con su amiga Piper. Jamás hubiera pensado que a ella le

ocurría lo mismo que a él.

—Debo decirte que no imagino qué estarás por decirme, y ya sabes que este tipo de situaciones me ponen sumamente nervioso. —

Ambas rieron. Sophie se tapó la boca con la mano y Piper le hacía con la suya un gesto para que se mantuviera en silencio.

—¿Conque está Sophie junto a ti? ¿Qué están tramando? —preguntó Benjamin.

—Pues nada, te espero a las siete y media. Por favor, trata de ser puntual, ya hice

la reserva de nuestra mesa.

—Muy bien señorita... ¿y adónde vamos?

—Bueno, yo quería ir a Tartine, pero como soy muy buena contigo, y te conozco demasiado, reservé en The Little Owl... ah, algo más: ¡yo invito!

—¡Ok linda, paso por ti entonces! ¡Me encantan las sorpresas!

—¡Qué mentiroso que eres, Benjamin!

Unas horas más tarde, Piper esperaba a Benjamin en el living del apartamento que compartía con Sophie.

Se había puesto un hermoso vestido azul con lunares blancos, tacones haciendo juego, impecablemente maquillada y con su cabello suelto, de hermoso color castaño y reflejos rojizos, que la hacía parecer más pelirroja que castaña. Estaba sola, a la espera de su cita. Su amiga no se encontraba para hacerle compañía y ayudarla a calmar los nervios que le causaba el tener que confesarle a su mejor amigo lo que sentía desde hacía mucho tiempo por él. Siempre le había



resultado muy difícil escuchar las historias de Benjamin cada vez que él salía con alguna amiga. Le contaba hasta los detalles más íntimos de lo sucedido, como ocurre entre verdaderos amigos. Aquello tenía que terminar de una vez por todas, o ella moriría de tristeza.

A las siete y media en punto llamaron a la puerta. Al abrirla y verlo allí tan guapo, con un ramo de flores en sus manos, no pudo más que presentir que él sabía lo que estaba por

sucedier. Lo disfrutaba en su interior, aunque se dijo a sí misma: “lo odio por ello”.

—¡Pero qué bella te encuentras hoy Piper! Me siento muy afortunado de tener una amiga tan bonita y de poder lucirme contigo ante el resto de las personas —le dijo Benjamin, con la sonrisa encantadora y pícaro que lo caracterizaba, y que la enamoraba cada vez más, al tiempo que le entregaba sus flores preferidas, un hermoso ramo de rosas blancas.

—Muchas gracias. Tú

también estás muy elegante, el color marrón claro de tu jersey combina a la perfección con tus ojos castaños y con tu cabello — le dijo ella sonriente, mientras colocaba las rosas en un jarrón que le había obsequiado su abuela, quien le había dicho que muchísimos galanes tratarían de conquistarla con flores. Sin embargo, era la primera vez que lo usaba y no podía creer aún el gesto que había tenido Benjamin con ella: no le conocía su faceta romántica.

Al llegar al restaurante, luego de que la encantadora mesera les recomendara los mejores vinos, y una vez que pidieron lo que deseaban cenar, Benjamin le dijo que no podía siquiera imaginar de qué se trataba lo que ella tenía para decirle. Piper tomó sus manos y se percató de que las suyas estaban húmedas; sintió vergüenza y se preguntó por qué la naturaleza reacciona de ese modo en momentos en que estamos tan nerviosos. Mirándolo a los ojos le dijo:  
—Benjamin, necesito que

tomes lo que estoy por decirte como una consecuencia lógica de la fidelidad que tengo por mis sentimientos y el respeto que merece nuestra amistad.

A pesar de la buena predisposición que él había demostrado hasta el momento, algo raro sucedió. Ella sintió que él no quería que le sostuviera sus manos. Entre ellos nunca había existido un contacto físico tan íntimo. Suave y disimuladamente, tratando de no ser obvio, cuando la mesera les sirvió el vino a

ambos tomó su copa y sintió un alivio tremendo al sentir que sus manos estaban libres. Podía relajarse.

—¿Quieres realmente que te diga lo que opino? —Ella asintió con la cabeza, al tiempo que disfrutaba del primer sabor en boca del exquisito vino francés—. Para mí, nada de lo que tú digas puede interferir en nuestra amistad, así que siéntete libre, cuéntame qué es lo que te preocupa tanto.

Piper aún disfrutaba del sabor persistente a frutos rojos y taninos

aterciopelados del pinot noir, cuando le dijo:

—Espero que así sea, y que no cambie nuestra relación, porque para mí sería una pérdida demasiado dolorosa. Lo que me sucede es que me he enamorado de ti.

En ese momento, Benjamin, que estaba disfrutando de su vino, quedó estupefacto. Jamás había pensado que eso pudiera suceder, no lo esperaba en absoluto, como ella creía.

—Benjamin, ¿te

encuentras bien? Por favor, no me dejes así, di algo —le suplicó Piper.

—Me has dejado helado. ¡Cómo no he podido darme cuenta antes! Yo siempre he creído que nuestra amistad nunca se vería amenazada como les ocurre a otras personas... pero quiero que sepas que me resulta imposible cumplir lo que me pides.

—¿Tú dices... que no cambie nuestra relación?

—Justamente eso es lo que se me hace más difícil luego de escuchar lo que me has



dicho...

—Hace mucho tiempo que le doy vueltas al asunto, y no me animaba a confesártelo. Ahora veo que me he equivocado.

—Así es, te has equivocado —le dijo sonriendo, y luego terminó la frase que había dejado momentáneamente en suspenso—. A pesar de que en un principio sólo sentía amistad por ti, hace un tiempo que eso ha cambiado: ¡a mí me sucede lo mismo, pero no he tenido tu valor para decirlo!

En ese momento, ambos rieron sin poder dejar de mirarse a los ojos. Ella se tapó la boca con la mano: se sentía feliz y tonta a la vez. Aquella sensación de frustración que había experimentado segundos atrás se había desvanecido por completo. A partir de ese día vivieron un noviazgo diferente al del resto de las parejas. Su relación parecía ser de tres, ya que continuaron día y noche en compañía de Sophie, como siempre había sido.

Pero Benjamin nunca llegó

a ser más cariñoso con ella, algo que para Piper era muy difícil de sobrellevar. Siempre era ella la que daba el primer paso, las caricias, los besos... Al principio de la relación él los aceptaba, y continuaba con el juego amoroso, pero luego todo cambió. Cuando Sophie se fue a vivir con su novio, ella se mudó a casa de Benjamin. Fue una decisión que él debió tomar sin desearlo realmente, ya que Piper necesitaba encontrar un lugar en donde vivir. Pero el noviazgo se resquebrajó

definitivamente cuando Piper notó que Benjamin no sentía atracción alguna por ella como mujer. Él nunca se lo confesó, sino lo que era peor: la rechazaba una y otra vez. Ella intentaba todo y más para que él la deseara, pero nada de lo que hacía daba resultado. Cuando esto empezó a ocurrir, Piper creía que era normal. Pero un día, un tanto preocupada, se lo contó a Sophie; y su amiga le dijo que a la edad de ellos eso no estaba bien. Mucho menos al comienzo de una vida en pareja.

Fue entonces cuando decidió poner en juego todo su encanto y seducirlo. Esa misma noche, cuando estaban acostados y él se encontraba cómodo, sin poder dar ningún tipo de excusas, comenzó a hacerle un sensual striptease. Él parecía no sentir nada al respecto, pero ella fue por más. Persistente, sin querer rendirse tan fácilmente a sus evasivas, se acercó seria, como si estuviera por devorarlo por completo, y con su característico estilo sensual, comenzó a besarle,

a mordisquearlo. Lo acariciaba, con excepción de las zonas de su cuerpo que ella creía que él desearía más: quería hacerlo estallar de pasión. Cuando finalmente llegó a donde creía que él deseaba, Benjamin se puso muy nervioso, se levantó de la cama y se fue a tomar un trago a la cocina. Ella fue tras él. Cariñosamente, le preguntó qué le sucedía, pero no obtuvo ninguna respuesta.

Esa noche durmieron separados, ignorándose el

uno al otro. Pasaron los días y continuaron como de costumbre, hablándose lo mínimo indispensable. Ella temía tocar el tema porque sabía que lo incomodaba y no le sacaría ni una sola palabra. Se preguntaba cuál sería el trauma que él tenía para actuar de ese modo. No era el mismo Benjamin divertido y alegre del que ella se había enamorado. Parecía como si hubiese sido transformado. Algo le sucedía, pero no se lo confesaba.

\* \* \*

Piper tenía que entregar su artículo. Faltaba sólo un día para la edición final de la revista, pero no había logrado encontrar la inspiración para hacerlo. Había actuado de la misma forma que lo hacía cada semana, yendo a los mismos lugares en donde normalmente su imaginación comenzaba a fluir, pero esta vez estaba bloqueada. Su vida con Benjamin parecía ser la misma que lleva un matrimonio que ha



permanecido en monotonía por años. Fue así que decidió buscar una solución para su problema de pareja, y esa noche, antes de que él llegara, le preparó una sorpresa especial. Quería que fuera algo que lo cautivara y excitara por completo. Deseaba que se volviera loco por ella. Cuando Benjamin llegara a su apartamento, se encontraría con la cena preparada, pero también con algo mucho mejor: se había comprado un conjunto de lencería erótica

extremadamente sensual. Era en color negro, de encaje, y hacía juego con el corsé y con el portaligas. Para completar el deleite de su novio compró un par de tacones, del tipo que jamás usaría, con plataformas y muy altos.

Recién maquillada y vestida, decidió esperarlo acostada en el sillón del living, bajo la penumbra de las velas y con el cálido sonido de la música preferida por Benjamin: Jason Mraz. Mientras esperaba que él llegara,

pensaba en lo sorprendido y excitado que él estaría al verla allí. Sería una sorpresa que jamás olvidaría, se decía a sí misma, sonriente tan sólo de imaginarlo. Pero sorpresa fue la que se llevaron todos cuando Benjamin abrió la puerta acompañado por dos de sus amigos, que quedaron tan boquiabiertos como él al ver a Piper en esa situación. Piper saltó del sillón inmediatamente, y fue corriendo hasta su dormitorio. Su novio pidió a sus amigos que esperaran un

minuto afuera, hasta que hablara con su avergonzada y humillada novia.

—Mi amor, perdóname, ¡cómo iba a imaginar que vendrías con amigos!

—Es algo que acostumbro hacer —dijo él, un tanto enfadado y avergonzado—. ¿Y a ti qué te sucede que te has vestido de ese modo? Sinceramente no entiendo qué es lo que nos está pasando Piper. Desde que decidimos darnos una oportunidad estás muy rara.

—Ya lo sé, perdóname, creí que esta sorpresa te

gustaría, pero evidentemente me he equivocado.

Se sentía muy desilusionada con su reacción y esperaba, al menos, que él maldijera haber llegado con amigos y manifestara su deseo de estar a solas con ella. Pero por el contrario, y a diferencia de la reacción normal de cualquier otro hombre, parecía estar indignado por su forma de actuar. Su ilusión de sorprenderlo se había ido por la borda. Y ahora debía salir y enfrentarse a unos

desconocidos, si es que quería al menos mejorar un poco las cosas con Benjamin.

Minutos más tarde, luego de vestirse apropiadamente con un par de jeans y una sudadera, salió al living. Las velas aún permanecían encendidas, al igual que el suave y bellísimo sonido de la música de fondo. Tomó coraje y pidió las disculpas correspondientes, diciendo a los amigos de Benjamin que no sabía que vendrían.

—Pierde cuidado —le dijo uno de ellos, sonriente—, a

ninguno de nosotros nos ha molestado... ha sido como ver una película maravillosa.

—¡Así es! —le dijo su compañero, que era tan tonto como él—. Una en donde la primera actriz es impactante... y sensual...

Al ver el tipo de personas que eran, los ignoró. Sopló las velas y salió a caminar. Lo último que escuchó fue el fuerte sonido de la puerta al cerrarse a sus espaldas y la risa burlona de su novio y de sus amigos. Seguramente lo único que le importaba a Benjamín aquella velada era

tener cervezas frías y la PlayStation para jugar.

Ya no volvería a la casa de Benjamin. Se sentía muy avergonzada e incapaz de vivir con alguien que, con la convivencia, se había convertido en un completo desconocido.

Sin lugar donde ir a vivir, y con un bajísimo sueldo que no le permitía alquilar un monoambiente —ya que la habían contratado a modo de prueba por tres meses y no podía afrontar el costo elevado de los apartamentos de Nueva York—, llamó esa



misma noche a su hermana Elle, una joven y reconocida escritora que vivía en Greenwich Village. Le contó lo que le había pasado y le pidió que la fuera a recoger a pocas cuadras de la casa de su novio. Elle, sin dudarlo un segundo, la invitó a vivir por un tiempo en su hogar—desde esa misma noche, y hasta que su situación económica mejorara— junto a su esposo Noah, un apuesto y exitoso financista, y a su pequeña hijita Lilly. La niña, de tan sólo dos años de edad, era la alegría del

hogar y podía hacer que Piper no se sintiera tan sola y angustiada por haber terminado a la vez un noviazgo y una importante amistad. A Piper le agradó también la perspectiva de ayudar a su hermana con el cuidado de la niña.

\* \* \*

Era una bella y cálida mañana de sábado. Piper se encontraba sola. Su hermana, junto a su esposo e hija, habían acudido a una fiesta de cumpleaños

infantil. Así que, al levantarse, decidió tomar su bicicleta y salir a pasear por el West Village; para luego, cuando su ánimo se lo permitiera o su energía se terminara, ir de *brunch*. Para Piper, desayunar tarde por la mañana o almorzar temprano —según cómo se lo mire— en su cafetería predilecta, era un verdadero placer. Añoraba su pueblo natal y todas sus pacíficas costumbres, pero como sabía que su carrera requería que viviera en una ciudad como aquella, veía el lado bueno

de estar allí.

Al ser el barrio tan bonito y conocer cada uno de sus bellos rincones, comenzó a considerarlo rápidamente “su segundo lugar en el mundo”. Luego de pasear más de hora y media en su bicicleta, sintió repentinamente ganas de ver cómo había quedado finalmente impreso su artículo. Entró en un pequeño y acogedor lugar donde vendían todo tipo de revistas, la mayoría del mismo estilo: el tipo de género superficial por el que

ella no gastaría ni un centavo. Pero en esta oportunidad Piper sentía que no podía esperar hasta el lunes, ya que no había podido corregirlo ni siquiera una vez. Se preguntó cómo era posible haber llegado a ese punto siendo ella una persona extremadamente responsable.

—Sí señora, ¿en qué puedo servirle? —le preguntó el comerciante, un tanto nervioso al ver la distracción de su clienta. Las personas que esperaban tras ella en la caja estaban tan

nerviosas como él.

—¡Oh, disculpe! Es que realmente estaba indecisa... Cuando estoy ante tantas buenas revistas se me hace imposible decidirme rápido por una. ¡Son todas tan atrapantes! —comentó sonriendo y con ironía. En ese momento, la chica que estaba tras ella en la fila le dijo:

—¡Excelente elección!... Gorgeous Woman es sin dudas la mejor. Yo también la llevo siempre, me encanta de principio a fin.

Piper asintió con un gesto

rápido y pagó para por fin salir de esa situación ridícula. Colocó la revista en el canasto de su bicicleta y decidió ir a desayunar. Estaba a pocas cuadras del 317 de la calle Bleecker, donde se encontraba su cafetería predilecta: Café Angélique.

Al llegar, se sentó en un rinconcito, disfrutando del placer que le producía el delicioso aroma, mezcla de café con pastelería artesanal recién horneada. Luego de relajarse leyendo el periódico y de haber comido

un delicioso *smoked salmon omelet*, acompañado de la saludable ensalada de la casa y jugo de naranja recién exprimido, pidió una *blueberry fruit tart*. Estaba saboreando la inigualable tarta cuando se dispuso finalmente a mirar la revista. Fue directamente a la página en donde según el índice comenzaba su sección. Cuando empezó a leer sintió un escalofrío.

*TE CONTAMOS POR QUÉ  
EL ANILLO DE  
CLADDAGH NO TE  
PUEDE FALTAR ESTA*



## *TEMPORADA*

Su título original había sido:

*TRAS UN HERMOSO ANILLO, TE CONTAMOS ENTRAÑABLES SECRETOS IRLANDESES*

En ese momento se atoró y comenzó a toser, desesperada. Rápidamente, la amable camarera acudió a socorrerla y le preguntó si se encontraba bien. Ella le respondió con un gesto de la mano, levantando su vaso vacío. Sus ojos estaban

llenos de lágrimas y su rostro se había enrojecido. La camarera corrió lo más rápido que pudo y le trajo un vaso con agua. Piper lo bebió hasta el final, sosteniendo con su otra mano la garganta dolorida.

—¡Muchas gracias! Ya estoy bien... sólo me he atorado con la tarta.

—¡Cuánto me alegro de que nada malo le haya ocurrido! ¿Desearía algo más para beber? —le preguntó gentilmente la camarera.

—No, gracias. Por ahora

estoy satisfecha, más tarde te pediré un café.

“¿¡Qué pasó con mi título!?”, se preguntó enfurecida. “Justamente lo elegí teniendo en cuenta la bellísima historia sobre los irlandeses, su dura inmigración, y los encantadores mensajes que se logran transmitir según la forma en que se utilice el anillo”. Tratando de mantener la calma, siguió leyendo, sin poder creer aún que algo así le estuviera sucediendo. Comprendió que su artículo había sido

completamente modificado. Sabía del tipo de persona inescrupulosa que era Amanda, pero jamás pensó que pudiera llegar al límite de lo que tenía ante sus ojos.

Sin poder continuar leyendo, llamó a su amiga. Le pidió que le diera una ojeada a la revista y que luego leyera el artículo original en su ordenador. Le había mandado una copia después de terminarlo.

—¡Cuando hayas finalizado llámame inmediatamente!

—Pero, ¿qué sucede... qué

puede ser tan grave? ¿Estás llorando?

—Así es, pero es del dolor y de la rabia que siento. Es muy frustrante lo que ha hecho esa maldita con mi artículo.

—Escúchame un momento, trata de calmarte, ¿sí? En un momento voy por ti y vienes a pasar la tarde a mi casa. ¿Te parece?

—Como tú digas. Realmente me ha arruinado el día. ¡No puedo más Sophie!

—Ya estoy camino a la casa de tu hermana.

—No estoy en casa de Elle, estoy desayunando en Café Angelique... vine en bicicleta.

—Eso no será ningún problema, voy en la camioneta de mi novio.

—Louis no está entonces... me imagino.

—Claro que no, ya sabes que luego de que se la chocara hace un par de meses me prohibió tocarla, pero mi auto estará en el taller durante todo el día: es el único día de la semana que puedo prescindir de él.

—Si tú lo dices... No

olvides que existen los taxis.

—Vale, ya estoy cerca. Me alegra mucho saber que estás un poco más relajada. Déjame cortar: no es mi fuerte manejar con el móvil en el oído —le dijo riendo, tratando de alegrar a su amiga con un toque de humor.

# 3

PIPER, muy disgustada, se sentó en el asiento del acompañante luego de ubicar la bicicleta en la camioneta. No había terminado de cerrar la puerta cuando Sophie le entregó un sobre personal, con sus datos laborales. Piper, curiosa, le preguntó de qué se trataba. “Ábrelo y verás”, le respondió su amiga. Inmediatamente lo abrió y se encontró con el contenido



del paquetito, el mismo que le había dado la secretaria de Sophie la víspera, en su oficina.

—Sólo para que sepas —le dijo su amiga, que estaba al volante en medio de la vorágine que resulta el tránsito a ciertas horas en Nueva York—: ¡esto te encantará!

Con mucha ansiedad, Piper abrió la carta que había en su interior. No había reconocido el envoltorio, ya que no era el mismo que había visto en la oficina. En seguida recordó

que Sophie, al abrirlo, había dejado el original totalmente destruido.

—¿Qué es? ¿De qué se trata?

—Ábrelo, y ya vas a ver... es el paquete que me entregó mi secretaria ayer, ¿lo recuerdas?

—Claro que lo recuerdo... pero no era para ti, o al menos eso fue lo que pensaste ayer, ¿no es así?

—Así es, pero me dio intriga y decidí abrirlo. Seguramente me lo entregaron por error, pero vaya sorpresa que me llevé.

Anda, léelo. ¡Por favor ten cuidado, son añejas, tienen al menos cien años!

—¡¿Cien años?! —  
cuidadosamente, Piper lo abrió y comenzó a leer en voz alta.

*Señor Gustavus Sutherland*

*Claddagh, Galway, Irlanda*

*Señorita Kate Hemstitch*

*Mansión Hemstitch*

*Quinta Avenida y Calle 54*

*Manhattan, Nueva York*

*Irlanda, 1 de septiembre de  
1912*

*Mi amada Kate:*

*Deseo verte, nuestro futuro juntos está cargado de posibilidades. Cree en mí. Debemos atravesar por esta tormenta, que se rehúsa una y otra vez a dejarnos ser felices, pero te pido, amor mío, que confíes en mí. Tras ella se vislumbra la calma.*

*Nuestro amor es puro, bello y debe ser libre. Yo te pertenezco, y tú me has demostrado una y otra vez que eres digna de mí. Lo que más deseo es ir por ti*

nuevamente a la América, pero sabes que eso es imposible y muy riesgoso para nuestro pequeño. Me haces falta, me siento morir. Espero que al recibir esta carta, aunque no sean buenas nuevas, decidas finalmente contestarme. No logro entender, amada mía, por qué no respondes a mis cartas, y mucho menos por qué no vienes a mí. Tú eres una mujer fuerte. Me lo has demostrado un centenar de veces. Tu coraje hizo que nuestro amor prevalezca ante la adversidad. Te

*imploro que no temas; debes cruzar el océano que nos separa. Debes saber que las lágrimas que derramo cada día hacen que esa distancia se acreciente, haciendo que el mar sea de dimensiones aún mayores.*

*Nuestro pequeño te necesita, aún más que yo. ¡Oh, pobre Oliver! Crecer sin su dulce madre. Sólo de pensarlo, mi alma llora. Todos aquí en Irlanda se preguntan qué ha sido de su madre. Yo no hago más que decirles la verdad, que pronto vendrás a nuestro encuentro, porque*

ciertamente sé que así será. Imagino que te encuentras atemorizada, Y ese temor hace que no puedas ser libre junto a nuestro bello niño. Es el fruto de nuestro inmenso amor, al que has permitido crecer en tu vientre y le has dado la vida. Si tan sólo pudieras ver su carita, y conocerlo. Es tan bello como tú.

No pasa un solo día en que no me pregunte: ¿Por qué no respondes a mis cartas? Se me hace aún más difícil la distancia, al no saber de ti. Te pido que me escribas

*lo antes posible, siento que voy a enloquecer.*

*Recapacita Kate, ambos deseamos verte.*

*Eternamente tuyo,  
Gustavus*

—¡Es bellísimo! —  
exclamó anonadada Piper,  
olvidando momentáneamente su  
preocupación previa.

—Muy romántico y triste a la vez, ¿no te parece?

—Sí, es una carta llena de amor y de dolor. ¿Pero por



qué enviaría alguien este sobre a la revista?; y, además, ¿por qué a ti? Debemos hablar lo antes posible con tu secretaria, Sophie. Tal vez nos pueda decir cómo era quien se lo entregó.

—Estoy casi segura de que dijo que era mi novio, pero eso es imposible. ¿De dónde sacaría esto Louis?

—Realmente no lo sé, Sophie —Piper estaba tan intrigada como ella—, pero hay algo de todo este asunto que no me gusta. Tú sabes, algo no me huele bien.

—¿Quieres saber una cosa?... a mí me sucede exactamente lo mismo. Es por eso que te di las cartas, para que me ayudes a resolver este misterio. Debemos ser muy precavidas.

—¿Has dicho las cartas? Pero... ¿dónde están las otras?

—Ahí dentro, fíjate bien —le dijo Sophie con un movimiento de cabeza, desviando la mirada de la calle. En ese momento sintieron un estruendo, algo que sonó realmente muy

mal.

—¡Oh no, Sophie, has chocado al auto de adelante!

—¡No puede ser! Otra vez me sucede lo mismo con esta camioneta.

Sophie sintió un déjà vu, y por su mente transcurrieron en milésimas de segundo imágenes de un suceso similar ocurrido algún tiempo atrás. Ambas bajaron lo más rápido que pudieron y corrieron para ver qué había sucedido, mientras también lo hacía el dueño del espectacular Porsche.

—¡Es un Porsche 911

Turbo S! Si quieres saberlo, vale más de doscientos mil dólares... —le dijo Sophie a su amiga, agarrándose la cabeza con ambas manos, antes de enfrentarse al señor.

—¡Por Dios, cómo has podido... romperlo de esta manera!... —al decir aquello Piper sintió que se le congelaban las palabras en la boca. El auto estaba completamente abollado y la gran camioneta de Louis, intacta.

—¿Qué les sucede? ¡Maldición! ¡Qué es lo que le han hecho a mi coche! —

les decía, quebrado en llantos, el hombre pasado de kilos que bajó de su Porsche tan inmaculadamente plateado como los pocos cabellos que tenía.

En ese instante, Sophie pareció transformarse. No demostraba tener ni una pizca de nervios; estaba, más bien, preocupada por su amiga. Actuar de aquel modo era uno de sus mayores defectos. Cada día intentaba evitarlo y creía que había mejorado, pero en ese momento y ante situaciones complicadas, recurría a la

mentira como mecanismo de salida.

—Ya lo sé, es muy grave lo que ha sucedido, pero debe saber que esto tiene solución... en cambio, mi amiga acaba de perder a su bebé de seis meses. Me apena tener que decírsele: venimos del funeral, estamos totalmente destruidas, es una pérdida irreparable.

En ese mismo instante, ante la mirada desconcertada de Piper, Sophie comenzó a llorar. El estado de furia del dueño del Porsche cesó de

inmediato.

—Discúlpennme ustedes a mí... como siempre, pensando en lo material... llevo años haciendo terapia, tratando de darle a las cosas su justa importancia...

Piper abrió su cartera y le entregó a su amiga unos pañuelos descartables, sin poder creer lo que veía y escuchaba.

—Gracias —le dijo ella—, como siempre yo, en vez de ser fuerte y darte una mano en el día más duro de tu vida, me largo a llorar — Sophie le hablaba a su

amiga, mientras el pobre hombre miraba con mucha pena a Piper. Fue entonces cuando la acongojada artista, temiendo que se diera cuenta de que todo era una farsa, acotó:

—Pobrecita mi amiga, aún está en estado de shock... y muy sedada.

—Está bien... Sigán chicas, en verdad esto me tiene sin cuidado... lo solucionaré pronto, pero... ¿qué puedo decir?... me han dejado sin palabras.

—Pero, ¿y los datos del seguro? —dijo Piper, sin



poder creer lo que estaba sucediendo.

—Niñas, soy un hombre con recursos. Continúen tranquilas hacia donde se dirigían, por favor... deben mantenerse fuertes ante la adversidad.

Ambas bajaron la cabeza y volvieron a la camioneta. Una vez que cerraron las puertas, Piper, todavía asombrada por la reacción de su amiga, exclamó:

—¡No lo puedo creer! ¿Cómo has podido hacer algo como eso?

—¿Hubieras preferido ver

a tu amiga “sola” de ahora en más? Porque si Louis se entera de que le he sacado la camioneta y que nuevamente se la he chocado... mejor dicho, que he chocado un auto tres veces más caro, como ese Porsche... ¡qué sería de mí! —le dijo Sophie señalando para atrás hacia donde el hombre todavía contemplaba las consecuencias del accidente.

—Pero... que se me ha muerto un bebé... ¿no te parece demasiado?

—Lo es, pero... ¡debía ser demasiado! —exclamó

Sophie feliz porque todo había salido bien.

Al llegar a la casa de Sophie, bajaron la bicicleta y pudieron comprobar que, efectivamente, el guardabarros protector había resultado clave para evitar daños en la camioneta de Louis. Ya más relajadas, se sentaron en la gran terraza contigua al suntuoso living. Piper sacó de su cartera la revista que había comprado, para poder mostrarle a Sophie el artículo que la perturbaba.

—Es realmente una pena

que no podamos recostarnos cómodamente en las reposeras a tomar sol y beber un delicioso trago, de esos inigualables que tú preparas —dijo Piper finalmente.

—No veo motivo alguno para que no podamos hacerlo. ¡Para mí, las tardes como éstas son únicas! —exclamó Sophie en un intento por distraer a su amiga y hacerle cambiar de tema y de ánimo.

—¡Yo prepararé los tragos!... aunque sabes que no me quedan tan ricos

como a ti. Tú lee el artículo, y luego me dices qué piensas al respecto. ¿Te parece?

—¡Si así lo quieres, encantada! Pero Piper, quiero que seas objetiva tú también. Piensa en la situación en la que se encuentra Amanda. Imaginarás que en nuestra revista es imposible publicar artículos que no concuerden con la orientación empresarial establecida. Incluso aunque a ella le pareciera fenomenal tu trabajo, debe respetar el espíritu de la revista, al

margen de su opinión... y de la tuya.

—Luego de que leas ambos artículos me dirás si no tengo derecho a ponerme así... compáralos. ¿De qué lo quieres, cítrico o de frutos rojos?

—De frutos rojos, pero para mí sin nada de alcohol... por ahora. Quiero estar con todas mis facultades para analizar lo que parece ser tan grave.

—Ya verás... ¡sabes que no es mi estilo exagerar!

La temperatura era muy agradable pero, debido a que

en pocas horas era probable que lloviera, había mucha humedad en el aire y eso hacía que el estado de ánimo de ambas se viera afectado. Piper vestía un vestido corto y floreado, ideal para ese clima. Un tanto desganada fue por los tragos y Sophie, disfrutando del poco sol que aún quedaba, se dispuso a leer la revista. Todavía pensaba que no podía ser tan terrible lo que hubiera hecho Amanda.

Leyó el artículo como había sido publicado, directamente del ejemplar

que Piper había comprado esa mañana. No le pareció en absoluto un artículo diferente al común denominador de la revista, aunque de todos modos se notaba que no había sido escrito por su amiga. De lo que sí estaba segura era de que, luego de leerlo, deseaba con todo su corazón tener un anillo de Claddagh.

A continuación leyó el original en el ordenador, y ¡vaya sorpresa que se llevó! A su entender, era excepcional, perfecto. Se preguntó desconcertada por



qué Amanda lo había cambiado. Tenía todos los ingredientes necesarios que constantemente exige su jefa, incluso por demás. Claramente hablaba del anillo, destacándolo sutilmente en la breve historia que redactaba sobre la dura lucha de los inmigrantes irlandeses. Con unas pocas oraciones, dirigía completamente la atención del lector hacia el anillo, cautivándolo por completo.

—Aquí tienes, como a ti te gusta: con arándanos, frambuesas y frutillas —dijo

Piper al regresar.

—¡Delicioso! Pero le has puesto un poco de vodka ¿no es así?

—Tan sólo un poquito, sabía que lo necesitarías... ¿Ya los has leído?

—Sí... y te comprendo. No logro entender por qué quitó gran parte del texto. Se le ha ido la mano modificándolo...

—No sé por qué haría algo así, pero me encargaré de averiguarlo... de eso puedes estar segura.

—Debes tener cuidado — le advirtió Sophie—, recuerda que si ella no toma

de buena manera lo que tú le dices, inmediatamente estás fuera.

—¿Y tú crees que debo dejar que sobrepase los límites y haga lo que quiera con mi trabajo? ¡Es mi nombre el que figura allí!

—No es eso, lo que quiero que entiendas es que debes disimular un poco tu enfado. Sólo ve con cuidado, ¿sí?

—¿Y cómo lo hago? Estoy muy furiosa, ¿sabes? Esto es demasiado, casi me vuelvo loca escribiendo este artículo y finalmente pude lograr lo que esperaba. Hago un

esfuerzo enorme, día a día, para poder mantener mi puesto. Seguí cada uno de tus consejos, allí lo puedes ver —le dijo Piper con los ojos humedecidos por la frustración, señalando el ordenador—. ¿Y todo eso para qué? Estoy harta, no aguanto más, si algo así me vuelve a suceder te puedo asegurar que me quedaré sin trabajo, pero regreso a Ogunquit. Es allí donde debería estar. ¿Sabes cuánto me ha costado acostumbrarme a vivir en este lugar?

—Vamos, trata de calmarte. Toma un poco de tu trago, todo saldrá bien. No me parece correcto que, a la menor adversidad, lo primero que desees es huir a tu pueblo. Nuestros sueños no son fáciles de cumplir. No estarás siempre en esta revista. Sólo ten paciencia.

Minutos más tarde, luego de un largo silencio entre ambas, el cielo se había nublado por completo, dejando atrás el día soleado y húmedo. Las amigas parecían estar esperando la inminente lluvia, recostadas

en las amplias reposeras, con sus ojos cerrados, y saboreando sus deliciosos tragos, cuando llegó Louis.

—Hola chicas, ¿estaban disfrutando del poco rato de sol que queda?

—Hola Louis, así es... el día ha sido muy pesado, tal vez nos vendría bien refrescarnos, si es que llueve —respondió Sophie.

Luego de saludar a las dos bellísimas jóvenes, se sentó junto a Sophie y bebió un poco de su trago, al tiempo que se dirigió a Piper:

—Al llegar vi tu bicicleta.

Eres todo un ejemplo, debería imitarte... y tú también mi amor.

—Sí, para mi realmente es un placer salir a pasear en ella, me encanta ir disfrutando del paisaje y de la arquitectura de este lugar.

Mientras escuchaba a Piper, Louis abrazaba efusiva y apasionadamente a su novia. Era un hombre muy romántico y cariñoso. Sophie quedó deslumbrada desde el primer momento por lo apuesto y elegante que era, pero luego se enamoró por completo: su

carisma y su alegría lo hacían aún más sensual. Aunque lamentablemente cada día pasaban menos tiempo juntos. Él trabajaba demasiado, y pasaba largas horas en su taller pintando exclusivos y carísimos cuadros que luego vendía en su propia galería de arte. Además tenía infinidad de negocios que no acostumbraba mencionar a Sophie y que le restaban tiempo a su vida de pareja, algo que Sophie le regañaba y reclamaba a menudo.

—Mi amor, dime —dijo



Sophie cambiando de tema —: ¿para qué has dejado ese paquete con cartas antiguas en la recepción de la revista?

—¿De qué hablas? ¿Cuál paquete?

—El que me dejaste ayer a la mañana, se lo diste a mi nueva secretaria. Adentro tenía algunas cartas del año 1912.

—¿Algunas cartas dices? —exclamó Piper—. Yo leí una sola.

—Anda tráelas... Así es, eran dos, pero...

—Ajá, ya entiendo...

—¡Hoy están más

misteriosas que nunca! —  
exclamó Louis al ver el  
modo particular en que se  
hablaban.

—Para nada, es sólo que  
estas cartas nos ponen así —  
dijo Sophie. Después, le  
indicó a Piper—: deben estar  
en tu cartera.

Tan pronto como sus  
piernas se lo permitieron, ya  
que el paseo matinal en  
bicicleta la había dejado  
exhausta, fue en busca de  
ellas... pero no estaban allí.  
Entonces se dirigió a la  
camioneta y miró en su  
interior. Se agachó para

revisar debajo de los  
asientos pensando que tal  
vez se habían caído, pero  
tampoco pudo encontrarlas.  
Rápidamente volvió a la  
terraza, y le dijo a Sophie  
que estaba segura de que se  
las había dado a ella. Sophie  
buscó en su bolso, pero el  
desconcierto comenzó a  
hacerse dueño de las dos. Se  
miraron, perplejas, al  
comprender que lo más  
probable era que se hubieran  
caído en la Séptima Avenida  
cuando chocaron. Pero no  
podían decir nada al  
respecto, de lo contrario

Louis se daría cuenta de que Sophie había tomado su camioneta, y luego deberían confesar que también habían chocado.

—Y entonces, ¿qué sucede con las misteriosas cartas que yo supuestamente le entregué a tu nueva secretaria, pero de las que evidentemente no tengo la menor idea?

—La verdad no lo sé, pero en cuanto las encuentre te las enseñaré —le dijo Sophie, un tanto confundida, sin saber realmente qué había sido de ellas; pero con

el presentimiento de que habían caído al bajar ambas para ver el choque—. Me hubiera gustado que las vieras. Escribían de un modo tan especial en aquella época... ¡son tan románticas!

—Realmente no sé de qué me hablas, pero te puedo asegurar que yo no las llevé. No he ido a tu oficina en ningún momento.

—Pero si no fuiste tú... es todo muy raro... Te aseguro que mi secretaria, que te ha visto algunas veces antes, me dijo claramente que tú se las entregaste. Pero si dices

que no has ido, es probable que haya cometido otra vez una equivocación. Ya he perdido la cuenta de la cantidad de veces que comete errores de toda índole durante el día.

—Mmm... si es como tú dices, mi amor, no creo que permanezca mucho tiempo más en la revista; en cuanto Amanda lo note, la pondrá de patitas en la calle.

—Por favor, no le comentes nada de esto: no quiero que sepa que mi secretaria confunde la correspondencia.

Seguramente no sea para nada importante. Mañana mismo lo solucionaré y encontraré a la verdadera persona a quien estaban dirigidas.

—Sophie está muy relajada al respecto, pero... ¿ni siquiera sabemos quién es la persona que las envía, ni conocemos el remitente! —le dijo Piper a Louis, quien se encontraba tan intrigado por el tema como ellas.

—Pero... ¿quién sería entonces? ¿Estás segura de que estaban dirigidas a ti y

que las llevó alguien que al parecer era tan apuesto como yo? —preguntó Louis a su novia en tono de broma.

—Sí, ya te lo dije: es lo que pensó mi nueva secretaria, pero es evidente que se confundió. Mañana hablaré con ella y llevaré una foto tuya, así podrá explicarme exactamente cómo era la persona que le entregó el paquete.



# 4

TRATANDO de no despertar a Lilly, Piper se escabulló suavemente de su lado. La niña dormía aferrada a ella en su cama de plaza y media desde que su tía vivía allí. Cada día caminaba silenciosamente desde su dormitorio hasta la cama de Piper.

Luego de una ducha rápida, tomó su habitual desayuno succulento, que sería lo único que recibiría

su estómago hasta la cena. La gran mayoría de los días era imposible almorzar en Gorgeous Woman Magazine. Ésa era otra de las cosas a las que Piper no lograba acostumbrarse. Ni siquiera un pequeño sándwich estaba permitido ante la atenta mirada de Amanda, que todo lo veía.

Piper se despidió de su hermana, que se encontraba como todas las mañanas en su escritorio escribiendo bellas y fantasiosas historias, las que eran leídas por un fiel público adulto que aún

conservaba la fantasía para disfrutarlas. Elle decía que todos llevamos un niño adentro, que está latente en cada uno de nosotros, y que su trabajo simplemente consistía en encontrarlo y hacerlo revivir en sus lectores al sumergirlos en fantásticos mundos. Era evidente que lo conseguía: bastaba ver la lista de best sellers en la que ella ocupaba invariablemente los primeros lugares.

—¡Buenos días, Elle! Te he traído un termo con café, así no tienes que ir tú por él.

—¡Hola Pip! ¡Muchas gracias! Hace rato que estoy por ir a la cocina por uno, pero estaba tan concentrada en la historia que no había podido. ¡Cuánto me alegro que me lo hayas preparado! Es un placer tener una hermana tan buena como tú.

Piper se acercó a su hermana y le sirvió una taza del humeante café recién hecho.

—¿Otra vez la pequeña princesa se ha ido a dormir contigo? —preguntó Elle.

—Así es. No sé cómo hará cuando me vaya a Maine.

—¿Qué es lo que dices?

—Elle estaba muy sorprendida: no esperaba esa noticia.

Piper se sentó en un cómodo sillón de la pequeña sala contigua al escritorio en donde se encontraba su hermana.

—Mira Elle, es inevitable que vuelva a vivir a Ogunquit. El sueño de triunfar como una importante periodista aquí en la gran manzana es cosa del pasado. Trataré de buscar empleo en Portland y tal vez con el tiempo pueda

volver nuevamente.

—Pero trata de recapacitar. Es muy difícil encontrar el empleo soñado tan rápido, y personalmente creo que vas por el camino correcto. Trabajar en esa revista tan importante es un buen comienzo.

—Pero cada día que pasa me siento más frustrada allí: mi trabajo es subestimado, al igual que mi persona.

—Vivimos en un mundo en donde los valores humanos y el respeto por el otro no son prioritarios, sino que muy por el contrario, lo

único que cuenta es lo económico. En consecuencia, millones de jóvenes emprendedores, como lo eres tú, se sienten desganados y pierden la esperanza de un futuro exitoso. Pero Piper, yo te conozco más que nadie, sé que estás atravesando un momento difícil. Son muchas cosas las que te han sucedido en los últimos días. No es sólo tu trabajo, sino también haber terminado una amistad tan importante en tu vida con una persona que te ha defraudado.

—¿Cómo es posible que comenzar una carrera profesional sea tan complicado?... y para colmo de males, también es difícil llevar una vida en pareja. Todo es desastroso en mi vida. ¿Por qué no puedo tener la suerte que tienes tú? Cada uno de los caminos que eliges es el correcto: tienes la familia soñada y eres una escritora reconocida y admirada por muchísimas personas, entre las que me incluyo. Pero para mí todo es más difícil, siempre lo ha sido.



—Porque es así, tan simple como eso. Aunque en este momento te cueste entenderlo, mi consejo es que no debes rendirte ante la adversidad. Tú no eres así. Toda la vida has sido perseverante y eres la persona más emprendedora que conozco.

En ese momento, Elle comenzó a reír. Al decir aquellas palabras había recordado algo que la hacía reaccionar de ese modo.

—¿Qué sucede, qué es tan gracioso de todo esto? Anda, dímelo. Debo marcharme,

tengo media hora de metro.  
¡Por favor, habla rápido!

—Recordaba cuando éramos pequeñas, un fin de semana que fuimos a esquiar con los primos. Para ti era imposible. Todos hacíamos *downhill*. Por supuesto, siendo menor (tendrías unos ocho años y yo once) no lo lograbas. Pasaste todo el fin de semana intentándolo, cayendo y volviendo a levantarte. No querías hacer otra cosa, te invitábamos a jugar y te negabas... Luego de esquiar, hicimos todo tipo de travesuras en la cabaña,

pero tú permaneciste en la montaña intentándolo una y otra vez. Mamá y papá estaban totalmente impresionados por tu perseverancia, y muy orgullosos de ti. Papá nos dijo: “Aprendan de Piper y sabrán lo que es el éxito... seguramente ella lo alcance algún día. Por más que ahora le cueste mucho esquiar, ya verán que pronto lo hará a la perfección”.

—¡Cómo olvidarlo! Recuerdo que cuando fuimos a dormir caí exhausta... Pero finalmente

lo logré.

—Así es. Como has logrado todo en tu vida. Solamente continúa en tu camino y verás que todo llegará —en ese momento se abrazaron, y Piper le dijo:

—Que sería de mí sin tus sabios consejos... Siempre que hablo contigo todo parece ser más simple y no tan trágico como antes. Incluso mis sueños parecen no estar tan distantes, ni ser imposibles.

—Porque soy tu hermana mayor, y siempre será así... Y si estás extrañando

Maine... ¿qué te parece si hoy al finalizar tu día invitamos a Lilly y la llevamos a disfrutar de un delicioso *lobster roll*?

—Me encantaría, así le demostramos a Noah que pedir una bocata de langosta no es lo mismo que una de verduras.

—¡Perfecto! A las 18:30 en el Peal Oyster Bar.

# 5

A pesar de haber hablado con su hermana y de haber escuchado con atención los consejos de su amiga, el lunes, al llegar a su trabajo, Piper buscó inmediatamente a la secretaria de Amanda, que es tan arrogante como su jefa, o incluso más. Le dijo que deseaba tener lo antes posible una reunión con ella. Su reacción no la sorprendió en absoluto: la miró de pies a cabeza tratando de

intimidarla, pero sin conseguirlo. Piper estaba acostumbrada a su forma de ser, y el disgusto que sentía era demasiado grande para que una mirada de ese tipo lograra desestabilizarla.

—No sé si podrá atenderte. Los lunes, luego de la edición de la revista, tiene la mañana totalmente ocupada. Nuestros clientes desean renovar contratos, reprogramar publicidad... y además se suman muchos otros que no desean perder su lugar en la próxima edición. Así que hazte a la

idea de reunirte con Amanda tal vez el miércoles o el jueves.

Piper sintió un fuego interno que se apoderaba súbitamente de ella y, sin siquiera pensarlo, pasó por delante de la antipática secretaria y entró directamente a la oficina de Amanda. Los latidos de su corazón parecían galopar, incontrolables. Pero al encontrarse ante ella se sintió paralizada. Era el sentimiento de pánico que Amanda Horton causaba en la gran mayoría de las



personas que la conocían. Se trataba del demonio personificado. Cayendo en la cuenta de lo que había hecho, sintió que su corazón pasaba de ese estado de descontrol a algo parecido a lo que se debe sentir minutos antes de padecer un infarto. Sus manos estaban húmedas y tuvo la sensación de estar cayendo vertiginosamente del piso más alto del rascacielos en donde se encontraba. Inhaló todo el aire que pudo y, tomando coraje desde lo más profundo de su ser y sin

pensarlo demasiado, soltó todo lo que había ido a decirle.

—Amanda, sé que hoy no es un día en el que me pueda atender, pero hay algo que tengo que decirle y no lo puedo dejar pasar. Es por eso que me he tomado el atrevimiento de entrar de este modo, espero sepa disculparme. —Tras ella entraba desesperada su secretaria, evidentemente enfurecida con Piper, y disculpándose con Amanda una y otra vez.

—Vaya, vaya. Ya veo que

las buenas costumbres no son tu fuerte. Lo único que podría llegar a justificar lo que acabas de hacer es que vengas en busca de tu despido inmediato, de lo que te arrepentirás por el resto de tus días.

—¡Claro que no he venido para eso! —dijo demostrando seguridad—. Por favor, ¿le puede pedir a su secretaria que se retire? Lo que quiero decirle es estrictamente personal.

—¡Conque además has venido con imposiciones! Bueno, entonces, ¿ya no

trabajas más aquí?

Piper sentía sus mejillas ruborizadas. Era una mezcla de vergüenza con indignación, pero aunque trataba de no verse afectada por sus comentarios irónicos y soberbios, no podía evitar que eso sucediera.

—Pensándolo bien, tal vez sí he venido en busca de mi despido... pero antes necesito hablarlo a solas con usted —le dijo Piper haciéndose fuerte ante la humillación, y olvidando en ese momento lo necesario que era para ella permanecer

un tiempo más en aquel maldito lugar para tener un buen currículum en el futuro.

—¿Qué haces tú aquí todavía? ¡Fuera! —al darle la orden a la secretaria, ésta salió de inmediato demostrando el terror que también ella le tenía a Amanda—. Y bien, comienza... tienes sólo un minuto a partir de este momento para decirme qué demonios es lo que quieres. Estoy perdiendo millones mientras hablo contigo.

—Renuncio porque me he

llevado el disgusto de mi vida al ver figurar mi nombre en un artículo tan banal como el que, debido a su atrevimiento, han publicado en la última edición. No toleraré que nadie cambie mi trabajo del modo en el que lo ha hecho usted sin mi autorización.

—¡Haz lo que quieras!  
¡Me tiene sin cuidado!

En ese momento sonó su teléfono. Nuevamente era su secretaria que, tan atemorizada como había estado Piper minutos atrás, le dijo:

—Disculpe Amanda...

—Vamos habla, déjate de rodeos.

—¡Está en línea el dueño de Elite Jewelry!

—Vamos, dime exactamente: ¿quién llama? Estoy segura de que es el encargado de ventas disconforme por el artículo en el que mencionamos su joyería... El millonario dueño jamás se tomaría el trabajo de llamar aquí —al decir esto miraba de forma intimidante a Piper.

—Pero es él señora, me he asegurado de preguntárselo

más de una vez.

—¿Puedes disimular lo tonta que eres y no preguntar las cosas varias veces?! —gritó con indignación—. Pásamelo ya.

—Sí señora, le comunico.

—Buenos días, ¿Piper? —se escuchó del otro lado de la línea.

—No soy Piper —dijo bruscamente Amanda, cambiando de golpe su tono de voz al darse cuenta de su actitud poco cordial—. Le habla Amanda Horton, soy la directora de la revista. ¿Cómo le va señor Stewart?



—Muy bien. Por favor, quisiera hablar lo antes posible con la periodista que escribió el maravilloso artículo de la última edición... —fijándose en la revista que tenía en sus manos, dijo—: Páseme urgente con... Piper Cook.

—Enseguida le comunico. Que tenga un buen día.

Al parecer, el dueño de la joyería era tan antipático como ella. ¡Qué duro era cuando debía disimular su arrogancia ante sus clientes!

—Toma, es para ti —le dijo furiosa.

—¿Para mí?... Hola, ¿con quién hablo? —Piper no lograba entender qué era exactamente lo que ocurría.

—Buenos días Piper. Mi nombre es John Stewart, soy el dueño de Elite Jewelry.

—Buenos días, señor Stewart. Es para mí un honor hablar con usted.

—Lo mismo me sucede a mi contigo —para ese entonces, Amanda había colocado el teléfono en altavoz. No quería perderse una sola palabra de aquella conversación.

—¿En qué le puedo ser

útil? —preguntó Piper totalmente desconcertada.

—La razón por la que te he llamado es, antes que nada, porque quería agradecerte personalmente el excelente trabajo que has realizado. Cada semana la revista me envía por mail el artículo que saldrá impreso en la siguiente edición, pero esta semana se han equivocado. Me enviaron el original y no el que fue publicado... ¡Imagino cómo te habrás sentido al ver el desastre que hicieron con tu trabajo!

—Sí, realmente me he sorprendido muchísimo pero, lamentablemente, así son las cosas y debemos aceptarlas.

—Tú sabes, este viejo tiene experiencia y te puedo decir que no es así. Debemos aferrarnos a nuestras creencias y luchar por ellas cada día.

Piper no podía creer lo que estaba sucediendo. Uno de los mejores clientes de la revista pedía hablar exclusivamente con ella y Amanda tenía que tolerar aquel diálogo. Era algo que

no hubiera imaginado ni en sueños.

—Pero lo que quería decirte más que nada — siguió diciendo John Stewart —, es que a pesar de lo que sucedió con tu artículo, el propósito que tuviste prevaleció ante todo. A lo que me refiero es que... ¡tu idea del anillo ha sido realmente estupenda! Nunca antes en los años que llevo en este rubro me había sucedido algo similar. Una simple publicidad, tan bien dirigida como la que tú ideaste, tiene como resultado

una venta récord. ¡No damos abasto!

—Me alegro muchísimo que así sea, señor Stewart. Es lo que todos aquí deseamos e intentamos que suceda.

—De ahora en más, quiero que todos allí sepan que la única persona que hará la promoción de mis productos serás tú y nadie más que tú.

En ese momento, Piper no podía evitar sonreír y mirar a Amanda, que irradiaba un rencor nunca visto antes. Estaba totalmente sorprendida y furiosa.

—Es un gran halago escuchar sus palabras, pero le aconsejo que hable ese tema con mi jefa. No puedo decidirlo yo, aunque de más está decirle que sería para mí un gran privilegio. Con su permiso me retiro, y le comunico con Amanda. Que tenga usted un buen día y, por supuesto, que sus buenas ventas continúen como hasta ahora.

\* \* \*

Con una sonrisa en la boca, Piper sintió que al

menos la vida no era tan injusta, a pesar de lo que había sucedido minutos atrás, cuando por amor propio decidió renunciar. Al menos Amanda tendría que mostrar arrepentimiento, aunque fuese tan sólo por una milésima de segundo. O tal vez sintiera un gran enfado. Pero de una cosa estaba muy segura: sería incapaz de pedirle que regresara. Eso jamás lo haría por nadie. Y mucho menos por ella. Tomó sus pertenencias, las colocó rápidamente dentro de una



caja y se retiró sin decir una sola palabra, ante la atenta mirada de sus compañeros.

Ya en el subterráneo, apagó su celular. No se sentía con fuerzas para explicarle nada a Sophie, quien seguramente estaría en ataques al enterarse de lo sucedido.

\* \* \*

Amanda, totalmente desesperada, fue a la oficina de Sophie para contarle lo que había sucedido.

—¡Amanda! ¿Qué te

sucede? Estás muy pálida.

—Lo que me sucede es que tu amiga ha renunciado.

—Pero... ¿Por qué haría algo así?

—Es lo que yo me pregunto... El tema es que realmente me daba igual que se fuera o no. Hasta ahora jamás me ha demostrado que merece su puesto aquí, pero en el preciso instante en que decidió renunciar, llamó uno de nuestros mejores clientes, sino el mejor, y pidió hablar con ella.

Sophie no podía dejar de sentir placer al escuchar el

relato. Pero, aún sin poder salir de su asombro, no imaginaba de quién había sido el llamado.

—Me dejas helada, no tenía la menor idea de que estuviera por renunciar —dijo, tratando de no poner en evidencia sus sentimientos.

—No creo que estuviera por renunciar, lo que sucedió fue que se sintió ofendida...

—dijo, mirando hacia el cielo con ambas manos en alto— ...porque yo cambié parte de su artículo. ¡No sé por qué demonios lo hice!

—Bueno, en eso tal vez

tuvo razón —le dijo Sophie ruborizada, al saber que con aquellas palabras estaba pasando una línea inquebrantable: nadie contradecía jamás a Amanda Horton.

—¿Cómo te atreves? —le preguntó Amanda, con una aterradora y penetrante mirada a los ojos de Sophie.

—Discúlpame, es que trato de entender por qué haría Piper algo así repentivamente. No quise contradecirte. Sabe Dios que siempre tienes la razón — exclamó casi temblando

Sophie. Era la típica reacción que generaba aquella mujer fría y déspota.

—Lo importante ahora es que hagas algo para que regrese lo antes posible a trabajar con nosotras.

—¿Cómo? —preguntó sorprendida, sin lograr entender qué era lo que le sucedía aquella mañana a su jefa. Tal vez estaba haciendo terapia y le habían recomendado tratar de tener un mínimo de afecto y empatía por los demás.

—Millones de dólares están en juego —respondió

fríamente Amanda.

Sophie comprendió claramente: su preocupación era la pérdida económica que podría sufrir la empresa.

—Si Piper no regresa y redacta cada uno de los artículos para Elite Jewelry, con publicidad incluida, habremos perdido a nuestro mejor cliente.

—Elite Jewelry... ¡Oh, por Dios! ¡Es el mejor cliente que tenemos!

—¡Al fin estás entendiendo! Como te decía, ha llamado el dueño personalmente. Está

deslumbrado por la creatividad de Piper. Y lo que es peor aún, se ha dado cuenta de que alguien de la revista cambió el original. No hace falta que te diga que por nada del mundo debe saber que fui yo.

—Quédate tranquila, ya bajo a hablar con Piper. Todo se arreglará enseguida.

—Imposible. Luego de cortar la llamada con el señor Stewart, fui a hablar con ella y ya había recogido sus cosas. Se ha marchado... definitivamente. ¡Debes hacer algo ya! Tampoco

contesta su móvil.

Mientras hablaban preocupadas, sonaba una y otra vez el teléfono de la oficina de Amanda. Sophie le sugirió que lo atendiera: podría tratarse de Piper. Sin embargo, sólo era su secretaria. Quería avisar que un señor esperaba a Sophie. Parecía estar muy preocupado por entregarle un paquete, pero quería hacerlo en persona. Amanda le pidió a Sophie que lo atendiera inmediatamente y que luego se ocupara del capricho de su amiga.



—Hazlo pasar aquí —le ordenó Amanda a su secretaria, y luego miró a Sophie—. Así no te entretiene y puedes irte rápidamente.

Segundos después, golpeó a la puerta la persona que quería hablar con Sophie. Y vaya sorpresa que ésta se llevó al ver de quien se trataba.

—Permiso. Buenos tardes, señoras... No sé si usted me recuerda —dijo amablemente, mirando a Sophie.

—Buenas tardes, claro que

lo recuerdo. ¿Cómo está usted?

—¡Oh, muy bien! — exclamó el buen hombre, sonriente. Luego de darle la mano a Sophie, saludó a Amanda, presentándose como George Mc. Gregins.

A continuación se dirigió cordialmente hacia Sophie otra vez. Era cómico ver cómo se arreglaba el pelo que rodeaba su cabeza. Amanda deseó maliciosamente que se le cayera y pudiera verse que usaba el poco cabello que le quedaba a modo de peluca,

girándolo en el sentido de las agujas del reloj por el contorno de su cabeza.

—He venido aquí porque en el momento en que bajaron de su coche se les cayó este paquete.

—¡Oh, qué alegría! Es usted muy amable por haberse molestado en traérmelo.

—No es nada —dijo sonriendo el encantador hombre. Además estoy muy contento, ya que mi mecánico me ha asegurado que en un par de días mi coche estará como nuevo...

pero lamentablemente el seguro no se hará cargo del costoso arreglo. Usted ya sabe cómo es esto. Si yo no la denuncio formalmente, no tengo ningún tipo de amparo legal. Esa es la única exigencia que esta gente del seguro me impone. La señora que lo vio todo desde la acera trató de entregarme muy gentilmente una filmación tomada por una cámara de seguridad, para probar cómo ocurrió el accidente. De más está decir que no la acepté. Ella se quedó boquiabierta sin poder

creer que yo no hiciera valer mis derechos. Igualmente insistió y me dio su tarjeta, diciéndome que tal vez podría necesitarla más adelante. Es lo que yo les decía aquel día... ¡La gente no tiene corazón, el mundo pierde constantemente los valores esenciales del respeto hacia el prójimo! De todos modos, me vi obligado a comentarle lo que les había sucedido, y por qué no podía demandarlas. Le expliqué sin rodeos que tu amiga acababa de perder lo máspreciado del mundo...

“¡Oh por Dios, que no hable más!”, pensaba Sophie. “¿Por qué no se calla de una vez? ¡Me está metiendo en un gran problema!”. Y no se equivocaba, ya que Amanda no entendía absolutamente nada de lo que decía aquel charlatán.

—¿De qué habla, no entiendo nada? —preguntó Amanda mirando a Sophie —. ¿Habla de Piper, no es así?

—Oh, sí... pero no te preocupes —le dijo Sophie, restándole importancia al

asunto—, luego te lo explicaré.

Pero aquel hombre no se callaba por nada del mundo. Peor aún: contó todo sin rodeos.

—Ella y su amiga destruyeron la parte trasera de mi Porsche en un accidente de tránsito hace algunos días. Pero luego de saber lo que le había sucedido a su pobre amiga, como le decía, me decidí a no demandarlas.

—Disculpe que me entrometa, pero ¿qué le había sucedido?

—¿Cómo, usted no lo sabe?! —aquella duda del señor cayó como una bomba en el estómago de Sophie; pero no fue todo, quiso poner en tema a Amanda—: Perdió a su bebé hace pocos días.

Como Amanda era una energúmena, no hizo más que reír irónicamente. En ese momento, quedó claro para el hombre que el asunto del bebé había sido un invento y no hubo nada más que decir. Sophie iba a tener que hacerse cargo del costo total del arreglo del lujoso



automóvil. El sujeto miró a los ojos a la joven periodista, que estaba más blanca que el gran escritorio de Amanda, y luego le dijo:

—¡¿Cómo han podido hacer algo así?! Ustedes no tienen dignidad alguna. En un par de días tendrán que vérselas con mi abogado y les puedo asegurar que ambas pagarán por lo que me hicieron a mí y a mi auto.

Era evidente que el hombre trataba a su auto como si fuera un ser humano. Luego se dio media

vuelta y, haciendo sonar la puerta lo más fuerte que pudo, se retiró indignado.

—Vaya, vaya... ya veo que ambas tienen muy buena imaginación. Pero mentir con algo tan descarado como eso... creo que se les ha ido la mano, ¿no te parece?

—Sinceramente, no puedo hablar ahora de lo que sucedió. Ya veré cómo lo soluciono. Te pido por favor que no le comentes nada a Louis. No quiero ni imaginar cómo se pondría al enterarse de que lo pueden demandar por lo que hice yo.

—¿Fue en su camioneta?

“¡Oh, no puede ser! ¡Cómo he podido decirle esto a Amanda, qué demonios me sucede hoy!”. Sophie estaba muy enojada consigo misma. Cada minuto que pasaba su vida se complicaba un poco más.

—Amanda, si tú quieres que Piper regrese, debes mantener este secreto. De lo contrario, yo me encargaré personalmente de que Elite Jewelry pertenezca al pasado de esta revista. ¿Trato hecho? —le dijo firmemente Sophie, extendiéndole su

mano derecha.

—Bueno, si es así, puedes estar tranquila de que no se enterará de nada. Pero tú trata de cuidar tu trabajo, ya que la demanda por un Porsche no debe ser muy económica —rió Amanda.

# 6

ENCONTRÁNDOSE ya en el apartamento de Elle, Piper se sentía furiosa con su ex jefa y con la vida en general. Además, sabía que en unas horas tendría que preparar su equipaje para regresar definitivamente a Ogunquit junto a sus padres y a su gata Black. Su vida parecía destinada a fracasar en todos los aspectos. “¿Por qué es tan difícil perseguir los sueños para algunas

personas?”, se preguntaba a sí misma entre lágrimas.

La tarde había transcurrido y, como le había prometido a su hermana, iría a cenar un riquísimo *lobster roll* junto a ella y a su familia. Al mirar el reloj se dio cuenta de que aún era temprano, así que decidió revisar su correo electrónico. Para su sorpresa, encontró muchísimos mensajes, la mayoría de personas conocidas. Al menos pudo distraer su mente de las preocupaciones del día durante el tiempo que le

llevó leerlos. Casi todas eran lectoras de la revista que le contaban —como ella les había sugerido— historias de sus compromisos personales o de amigas y qué alianza les habían regalado. Algunas incluso le decían que ya habían ido a comprarse un anillo de Claddagh. Éstas últimas habían quedado fascinadas con el diseño y con su historia.

Luego, leyó algunos mensajes desesperados de Sophie en los que le pedía que recapacitara y que

hablara lo antes posible con ella. No debía tomar ninguna decisión apresurada, como es su costumbre, ya que algo había sucedido. *“Ya sé que seguramente estás preparando las maletas, pero amiga, tu vida está aquí, y déjame decirte que serás muy exitosa si continuas intentando... (bla, bla, bla...)”*. “Lo mismo de siempre”, se dijo a sí misma, borrándolos automáticamente.

Un mensaje, sin embargo, le llamó muchísimo la atención. No estaba escrito,



como el resto, por una mujer sin cabeza del tipo de Amy y Rachel. El mensaje decía:

De: Ruth Sting

Para: Piper Cook

Asunto: Artículo sobre el anillo de Claddagh

He leído su artículo. Para serle sincera, es la primera vez que leo una revista de ese tipo, usted ya sabe a lo que me refiero: mi intención no es ser grosera, pero por lo general suelen ser banales y su contenido, por ende, es demasiado superficial. Pero yendo al grano, ya que no

quiero hacerle perder su valioso tiempo, me encontraba yo en la sala de espera del consultorio médico cuando, hojeando las páginas, me detuve en el artículo que usted escribió. Me llamó muchísimo la atención la imagen del anillo que allí aparece. Es un anillo muy poco común; creo que la mayoría de las personas no lo habíamos visto antes. Algo me sucedió unos días antes de verlo, por eso estoy escribiéndole en este momento, para contarle de qué se trata.

Yo trabajo para una empresa que se dedica al reciclaje de grandes edificios, especialmente rascacielos. Soy secretaria allí.

Totalmente intrigada leyendo el mensaje, y aún sin terminarlo, sintió que llamaban desesperadamente a la puerta. Cerró la pantalla y fue a atender, imaginando quién podría ser... Efectivamente, era Sophie.

—¿Por qué tienes ese temperamento? —le preguntó Sophie al pasar a

su lado, dirigiéndose al living.

Estaba muy nerviosa, a diferencia de Piper, que tras haber abandonado aquel lugar de trabajo que tantos disgustos le traía, y a pesar de estar angustiada por haber perdido una buena referencia empresarial para su futuro, sabía que estaba ganando en salud mental. Se encontraba en paz, consciente de no tener que sostener cada día esa pesada mochila.

—Ya imagino que no has de estar muy contenta con la

decisión que he tomado, pero el “diálogo” con Amanda se tornó muy humillante y denigrante hacia mi persona. Por eso no encontré en ese momento otra salida más que la renuncia.

Mientras Piper le hablaba a Sophie, que estaba sentada a su lado, ésta se ponía una crema para manos que sacó de su cartera. Luego la miró directamente a los ojos, y le dijo sonriendo:

—Entiendo perfectamente el modo en que puede hacerte sentir esta perversa

mujer, pero cuando te diga lo que ha sucedido... — evidentemente lo que estaba por mencionar le causaba mucha alegría, pensó Piper —. ¡Lo peor que le puede pasar a Amanda ocurrió luego de tu renuncia!

—¿Cómo dices? —Piper, ansiosa por saber de qué se trataba, se acomodaba con ambas piernas entrecruzadas sobre el gran sillón en el que se encontraban. Sophie continuaba hidratándose las manos.

—El mismísimo dueño de Elite Jewelry llamó minutos

después de que tú te fueras  
—le dijo riendo.

—No, eso ocurrió cuando  
yo aún estaba en su oficina.  
Hablé con él.

—Le dijo que jamás había  
visto una periodista que  
supiera llegar a sus clientes  
como tú lo has logrado, ¿no  
es genial? —Sophie estaba  
contenta por su amiga—.  
¿Es verdad que le ordenó a  
Amanda que tú y solamente  
tú te ocupes de su  
publicidad?

En la boca de Piper se  
dibujó una sonrisa de placer:  
finalmente alguien ponía en

su lugar a Amanda Horton.

—Sí, es cierto, y es realmente fantástico, pero yo ya me he ido... —dijo Piper riendo—. ¿Qué va a hacer ahora?

—Por eso he venido... tienes que regresar a tu puesto, no hay posibilidad alguna de que lo dejes —le dijo firmemente Sophie.

—¿Pero a ti qué te sucede? ¡Eso es lo último que haría, ni pensarlo!

—Tienes el poder en tus manos. Ella depende cien por ciento de ti. Se verá en la obligación de hacer todo



lo posible para que estés conforme con tu empleo. Piénsalo, Piper, si tú no regresas perderá a su mejor cliente.

—Bueno, eso sería un verdadero placer para mí. Tal vez a partir de esta experiencia comience a ser mejor persona.

—Si tú regresas, seguramente te ofrezca un mejor puesto... con una oficina más cómoda... Es tu oportunidad para exigirle lo que deseas. Trata de recapacitar, tienes mucho a favor. ¿Qué harás en

Ogunquit?... Además, hay algo más que debes saber.

—¿Algo más? —preguntó Piper, con ambas manos sobre su corazón, desconcertada. ¿Qué más podría haber sucedido luego de que ella se retirara?—. Vamos hasta la cocina y me cuentas. ¿Quieres té o café?

—Café bien cargado, gracias.

Una vez que ambas estuvieron sentadas en la pequeña mesita de la immaculada cocina, sosteniendo sus tazas de café, Sophie continuó

relatando lo que había sucedido.

—Cuando Amanda trataba de convencerme para que viniera a hablar lo antes posible contigo, llegó Mr. Porsche.

—¡Mr. Porsche! Esto es demasiado para un sólo día, ¿no lo crees?

—Claro que sí... ¿Qué deseas escuchar primero: la mejor o la peor parte de lo que ocurrió?

—Primero la peor.

—Básicamente, Mr. Porsche comenzó a hablar sin parar. Estaba muy

agradecido por la lección que le habíamos dado: preocuparse por los verdaderos problemas de la vida y darle a las cosas materiales menor importancia. Pero por desgracia mencionó lo que te sucedió a ti... ya sabes, sobre “la pérdida de tu bebé”... —Piper llevó su mano a la boca, sin poder creer lo que estaba escuchando.

—¿Delante de Amanda?

—Ajá —le dijo asintiendo con la cabeza, mientras saboreaba su café, que era lo

primero que había probado durante todo el día—, pero lo peor fue que Amanda se encargó de que Mr. Porsche se enterara de toda nuestra gran farsa. —Piper tapó su rostro con la mano que no sostenía la taza.

—¿Y qué dijo él? —preguntó sin poder contener su preocupación.

—Concretamente... que nos demandará. Que en unos días enviará a su abogado.

—¡Oh, qué terrible! Hoy es un día que recordaré por mucho tiempo ¿Y cuál es la buena noticia? Realmente no

puedo creer que exista.

—Espera un momento —  
le respondió Sophie—. Está  
en mi cartera.

Inmediatamente fue hasta  
el living y apareció con un  
pequeño sobre entre sus  
manos.

—¡Ésta es la buena  
noticia! ¡Son las cartas!  
Como imaginábamos,  
cayeron cuando bajamos de  
la camioneta, por el choque.  
Después de irnos, el hombre  
se quedó mirando un  
momento más a su auto  
destrozado y las vio en el  
piso. Afortunadamente, me

las entregó en cuanto llegó a la oficina, antes de enfadarse.

—Ahora entiendo... Fue hasta la oficina para entregarte el sobre.

—Y logró localizarme porque en el sobre están mis datos y la dirección de la revista.

Piper abrió rápidamente el sobre y sacó ambas cartas. Luego de identificar cuál era la que no había leído aún, la abrió con mucho cuidado, tratando de no dañar las hojas amarillentas y añejadas. Comenzó a leer en

voz alta:

*Señorita Kate Hemstitch*

*Mansión Hemstitch*

*Quinta Avenida y Calle 54*

*Manhattan, Nueva York*

*Señor Gustavus Sutherland*

*Claddagh, Galway, Irlanda*

*Nueva York, 3 de septiembre*

*de 1912*

*Mi dulce razón de vivir:*

*¡Oh, querido! He intentado  
huir pero mi padre me tiene  
atrapada en este devastador*



*y maldito lugar. No imaginas lo difícil que es para mí estar distanciados uno del otro. Me encuentro deprimida y sé que soy muy desdichada. No logro entender cómo es posible que mi madre obedezca a mi padre de esta forma, sabiendo lo infeliz que su actuar me hace.*

*Cada día que pasa me pregunto por qué no respondes a ninguna de mis cartas. Estoy desesperada. ¿Cómo es posible que la persona que más amo en este mundo, que como ya*

sabes eres tú, no se preocupe por mí y por mi pesar? Mi madre me ha dicho que ya te has olvidado de mí, que eres tal cual ella me había prevenido. Pero yo sé que debe haber otro motivo. Algo no está bien. Y te puedo asegurar, amor mío, que averiguaré de qué se trata.

Ansío con locura saber de ti; deseo atravesar el océano lo antes posible y sumirme en tus brazos. Siento una punzada continua en mi pecho, de un dolor indescriptible. Sé que es el

gran sufrimiento que me causa estar separada de mi niño y, por supuesto, de ti. Imagino lo hermoso que ha de estar. Por favor, aunque él aún no entienda tus palabras, háblale de mí y dile que su madre luchará contra viento y marea para poder llegar hasta allí con ustedes.

¡Oh, Dios mío! Siento una tristeza muy profunda y no tengo fuerzas. Sólo me permiten salir para acudir a aburridas tardes de té con amigas, que como ya sabes me han asignado, y en las

que no puedo confiar mis más íntimos secretos. Ellas creen que durante mis meses de gestación, en los que realmente me escondieron en casa de mi abuela para no poner al descubierto mi embarazo, estuve de viaje por tus bellas tierras, y que conocí gran parte de Europa. Se han convencido por la terrible imaginación de mi madre, quien ha obligado a mi institutriz a que me enseñe imágenes y me inculque amplios conocimientos sobre dichas ciudades. Es ella quien les

*habla sobre mi viaje, porque a mí se me hace imposible ocultar el verdadero motivo. Si tan sólo me permitieran ver a la única amiga que realmente aprecio y que, como lo hemos comprobado, nos ha demostrado su lealtad, me sentiría al menos un poco más aliviada. Pero no puedo acercarme a ella tampoco. Temen que si estoy cerca de Julie, ella me ayude a escapar.*

*Esta triste carta te la escribo con la pluma que tú me has regalado, y que es guiada por mi corazón prisionero y*

*oprimido. Sus latidos son la fuerza que siento día a día, que es enviada continuamente desde Irlanda por el fruto de nuestro gran amor: nuestro niño.*

*Estoy padeciendo la prueba más difícil que una mujer sea capaz de resistir, y que pueda llegar a tolerar: estar brutalmente impedida de ver y de sentir a mi bebé. No puedo parar de llorar, me siento muy débil. No tengo fuerzas para afrontar cada día, pero cuando esto me sucede, que como ya te lo he*

dicho es todo el tiempo, es cuando me acuerdo de tus inolvidables palabras, aquellas que me regalaste la última noche en que nos vimos, ¿lo recuerdas? Cuando Richard nos ayudó a encontrarnos en su casa. Tú, mi gran amor, me susurraste suavemente, al tiempo que me contenías para que no me quebrara en mil pedazos: “Nuestro amor es imposible de destruir. Por más que el universo entero lo intente, nuestros sentimientos provienen de un lugar muy puro al que

*absolutamente nadie más que nosotros puede ingresar. Son lo más bello que jamás hayamos sentido y nos pertenecen, vida mía”... Es sólo por esto que consigo continuar mi vida tan lejos de ustedes, pensando que al menos mis sentimientos de amor infinito aún son únicamente míos.*

*He estado escribiendo poemas desde hace unos días, siguiendo el sabio consejo que me diste. De esta forma logro poner en palabras mi padecer. He*



descubierto que, al menos momentáneamente, me libero del inmenso dolor que sufre mi corazón abatido. Especialmente he escrito uno que me gustaría compartir contigo para que cuando nuestro niño, en un futuro, lo logre entender, y si es que por alguna razón no logra conocerme, sepa al menos que su madre lo amó desde el primer momento en que lo tuvo en su vientre. Gustavus, este poema es para él. Lo he titulado “Madre”:

*Madre tú eres*

*tañido de campana*

*pureza y frescura,*

*de agua clara*

*del correr cristalina;*

*¡bella tu alma!*

*De las flores*

*¡Tú la hermosa!*

*del jazmín, tú perfume*

*suave piel, como pétalo de  
rosa*

*son tus manos,*

*alas, de blanca paloma,*

*en procura de mis manos.*

*Voz amiga, que te escucho  
embelesada*

*llevándote en mi corazón,  
prendida*

*cual dulce melodía,*

*¡De ángeles entonada!*

*He escrito este poema pensando que tal vez Oliver nunca llegue a conocerme. Es muy difícil para mí decírtelo, como imaginarás mi adorado Gustavus; pero en estos momentos de angustia y desilusión pasa por mi mente este desagradable pensamiento. Muchas de las frases que tú me decías las he puesto en*

él, para de alguna forma describirle lo que tal vez él hubiera sentido al conocerme, y que yo añoro escuchar. ¿Recuerdas que me decías que yo era la flor más hermosa; que la suavidad de mi piel era como los pétalos de rosas? ¡Al fin sonrío, amado mío! Al recordar cómo me gustaba tu delicioso, único e irresistible aroma; sin dejar también de recordar que tú me susurrabas, con dulces palabras, que yo olía a jazmín.

Y ahora, amor de mi vida,

*debo finalizar esta carta. Mi institutriz Grace espera escondida aquí en mi recámara para que se la entregue, así la envía por su cuenta, sin que nadie pueda desconfiar. ¡Agradezco día a día a Dios que al menos tengo tres personas en quienes confiar! En cuanto logre escapar, iré rápidamente en busca de tu amigo irlandés Richard, quien me ha prometido que me ayudará a subir al buque que me lleve directamente a ustedes.*

*Siempre tuya,*

## *Kate*

Piper quitó su mirada de la carta que había finalizado de leer y se secó las lágrimas de emoción que colmaban su rostro. Miró a Sophie que, al igual que ella, sentía mucha empatía por esta joven y desdichada madre, y le dijo con palabras entrecortadas:

—Sólo de pensar lo mucho que debe haber sufrido Kate, se me parte el corazón. Estas cartas reflejan el profundo amor que estas dos personas

se tenían.

—¿Pero, por qué él tuvo que huir a Irlanda con su hijo? —preguntó Sophie, algo desconcertada.

—El motivo parece haber sido la oposición de los padres de Kate; evidentemente lograron que alguien en quien ella confiaba le fuera desleal. Y así pudieron evitar que las cartas llegaran a destino.

—¡Tienes razón! Ella menciona en cierto momento que sólo puede confiar en tres personas... y fue alguna de ellas quien la traicionó.



—Quien trajo estas cartas a la oficina debe tener muchísimas más, porque dos personas profundamente enamoradas y desesperadas como ellos se escribirían continuamente. Y te puedo asegurar que son más importantes de lo que nosotras imaginamos —dijo Piper mientras miraba con atención la carta en busca de alguna información que pudiera haber pasado por alto, y olvidaba por un momento el terrible día que había tenido.

—El poema es hermoso —

dijo con emoción Sophie—. Debe haber sido una gran escritora... Leámoslo nuevamente, ¿quieres?

Luego de leerlo por segunda vez, y con un suspiro a modo de finalización por parte de Sophie, Piper comentó:

—A mí me parece muy nostálgico. Tal vez, si nunca logró encontrarse con su amado, no haya sido capaz de mostrar ninguno de sus poemas. Le preguntaré más tarde a Elle si alguna vez escuchó hablar de Kate Hemstitch. A mí no me

suenan para nada su nombre.

—Tengo una sensación muy extraña. Cuando algo nos intriga demasiado no podemos evitar buscar más información. ¿Qué habrá ocurrido después? Es evidente que aquí hay un misterio oculto, algo que no cierra. ¿No lo crees Piper?

—Por eso siempre te digo que somos muy parecidas: a mí me sucede lo mismo. Estamos ante un gran dilema. Es casi insoportable lo que me sucede cuando siento curiosidad por algo: no puedo dejar de pensar en

ello hasta obtener las respuestas a mis interrogantes. Incluso en mi inconsciente continua latente, hasta que logro descubrir de qué se trata todo el asunto realmente... tal vez sea parte de mi personalidad periodística.

—Ya lo sé, pero en ese punto somos diferentes. Yo puedo seguir con otros temas, pero tú Piper... te conozco demasiado: hasta que no llegues al fondo del asunto no te quedarás tranquila.

—¡Esta vez es peor aún!

—exclamó Piper— siento una fuerza mucho más poderosa que me incita a ir por más.

—Es la fuerzaaaa del más alláaaa... los espíritus de Gustaaavus y Kaaate... —le dijo Sophie a su amiga, con voz terrorífica, al tiempo que reía.

—No comiences, sabes que por una investigación lo dejaría todo, y es la razón por la que he estudiado periodismo.

—Ya lo sé, sólo bromeaba. A mí me sucede lo mismo. Y te puedo asegurar que

vamos a averiguar cómo cuernos llegaron estas cartas a mis manos, aunque haya sucedido por error.

En ese momento Elle llegó al cálido apartamento de Greenwich Village, junto con la pequeña Lilly, quien había salido un momento antes del jardín de infantes al que acudía felizmente cada día. Durante su ausencia, la joven madre encontraba al menos algunas horas de tranquilidad para hacer lo que más le gustaba: escribir. Al escuchar que se acercaban a la cocina, Piper

le pidió a Sophie que no le comentara nada a su hermana de lo sucedido en su trabajo. “Más tarde yo se lo explicaré”, le dijo.

—¡Hola tía Piper!

—¡Hola pequeña!, ¿cómo te ha ido en el jardín de infantes hoy?

—Muy bien, pero mi maestra se ha enfadado conmigo, me ha regañado y luego me ha puesto en penitencia. —Para ese entonces su tía la tenía arropada en su regazo y le daba cariñosos y reconfortantes besos.

—¡Hola Lilly! ¿Así que te has portado mal hoy? — exclamó Sophie, quien sentía un gran cariño por la niñita, tal como si fuera su propia sobrina.

—¡Parece que es traviesa como su tía! —comentó Elle, sonriente al ver que Sophie estaba en su casa. Se saludaron con un abrazo, demostrando el gran cariño que sentían una por la otra.

—Le daré un baño a Lilly y luego iremos a cenar con Noah y Piper. ¡Nos encantaría que nos acompañaras!



—¡Pues claro, me encantaría! —dijo Sophie—. Louis hoy tiene una reunión de trabajo a la noche y llegará tarde, así que estoy libre.

—¡Además vamos a comer langosta! ¿Qué me dices? —le preguntó Piper, conociendo de antemano la respuesta.

—¡Mejor aún! Adoro la langosta de Maine.

Cuando Elle fue a asear a la pequeña —que, debido al calor que había hecho ese día, requería un baño lo antes posible—, Sophie

recibió una llamada a su móvil. Al ver quien la llamaba se levantó nerviosa, y Piper pudo escuchar lo preocupada que sonaba. Su interlocutor parecía no tener mucha paciencia, ya que Sophie sólo pudo decir:

—Te puedo asegurar que todo se arreglará, pierde cuidado. Te llamo enseguida.

—¿Era ella, no es así?

—Ajá. Escucha: está desesperada, esta oportunidad es única. ¿No logras verlo? ¡Vamos Piper, despierta! Amanda Horton

está rendida a tus pies, está perdida sin ti. Es la primera vez que la escucho hablar de ese modo, totalmente desencajada.

—Me cuesta creerlo. Tendría que verlo personalmente. No es el tipo de persona que se altera fácilmente.

—El tema aquí es que su revista está en juego. Si pierde a Elite Jewelry, tras esa pérdida vendrá una avalancha: las demás empresas se pondrán al tanto de lo ocurrido y Gorgeous Woman pasará

automáticamente a la historia.

—Sinceramente, me parece que te estás extralimitando con tus suposiciones. ¿Por qué las demás empresas que publicitan con nosotros harían algo así?

—Porque el dueño de Elite Jewelry, el señor Stewart, es una de las personas más influyentes en el estrato superior del comercio de Nueva York. ¡Todo lo que dice él es palabra santa!

—Bueno, bueno, viendo que mi futuro en Ogunquit

no se vislumbra muy exitoso, y que tú me has hecho recapacitar... dile que volveré.

—¡Oh, qué alegría Piper!

—Pero lo haré luego de tener una reunión personal con ella, y si definitivamente nos asegura que Louis no se enterará bajo ningún concepto de nuestro pequeño incidente.

—Eres la mejor, por eso te quiero tanto. Me haces reír... ¡Esto va a ser muy divertido!

—exclamó Sophie, al tiempo que tomaba su móvil para llamar a la desesperada

Amanda Horton.

AL llegar las tres jóvenes y la dulce Lilly al 18 de la calle Cornelia —en donde se encuentra el Peal Oyster Bar — vieron que sentado a una mesa las esperaba Noah.

—¡Creí que me habían dejado plantado! —exclamó en tono de broma mientras saludaba a cada una de ellas, comenzando con la niña que, como él suele decir, es la dueña de su corazón.

—Mi amor —dijo Elle con

una mirada tierna—, tú sabes que seríamos incapaces de hacer algo semejante. Lo que sucede es que me demoré preparando a Lilly.

Luego de que cada uno se comiera su delicioso sándwich —o lo que fuera que hubieran pedido con langosta dentro—, Noah fue con la niña en busca de golosinas y las chicas aprovecharon para hacer lo que más les gusta, disfrutar de una cálida conversación.

—Ahora que estamos más tranquilas —dijo Sophie



mirando a Elle—, hay algo que queremos consultarte.

—Sí, díganme.

—Hace unos días hemos recibido en la oficina unas cartas muy antiguas, escritas hace más de cien años.

—¡¿Cien años?! ¿Y quién se las mandó?

—No lo sabemos. Lo único que sabemos es que no fueron recibidas por sus destinatarios en aquella época —le dijo Piper mientras disfrutaba de su postre.

—¿Pero están seguras de que no esperaban esas cartas

por algún asunto de la revista, o que tal vez se las envió un lector por algún artículo que publicaron?

—No, de eso estamos seguras —respondió Sophie—. Es muy extraño, realmente queremos averiguar de qué se trata. Lo que deseamos saber es si tú alguna vez has escuchado hablar de una poetisa llamada Kate Hemstitch.

—Ella es la destinataria de una de las cartas y la que escribió la otra —comentó casi al mismo tiempo Piper.

—¡Kate Hemstitch, la

famosa escritora! Claro que la conozco. Sus poemas no fueron muy reconocidos durante su vida. Luego de morir, su amiga —quien mantenía sus manuscritos originales escondidos— los publicó siguiendo el deseo de ella, y obtuvieron reconocimiento. En su vida fue muy desdichada, sufrió muchísimo. Y además murió muy joven, trágicamente, junto a sus padres.

—¡Oh, pobrecita! Al leer las cartas nos enteramos de que sus padres la obligaron a entregar a su bebé recién

nacido. Y por suerte quien se lo llevó fue justamente el padre del niño, su gran amor. Al parecer se fueron a Irlanda... al menos allí se remitían las cartas... ¿Sabes si alguna vez volvieron a verse? En las cartas ambos dicen que esperan ansiosamente reencontrarse.

—No estoy segura. Déjenme averiguar con una colega que es fanática de sus poemas. Ella seguramente me aportará más datos. ¡Morirá cuando le cuente que ustedes tienen esas cartas!

—¿Podrías no comentarle nada hasta que descubramos de qué se trata todo?... sólo trata de conseguir más información —le pidió Piper, implorando con ambas manos juntas.

—Tienes razón, pero por favor, ¡me encantaría leerlas!

—Claro que sí, te las mostraremos en cuanto lleguemos al apartamento.

\* \* \*

Unas horas más tarde, al llegar a su casa, Sophie

comenzó a preocuparse: Louis no había vuelto todavía. Lo que le resultaba aún más raro era que ni siquiera la había llamado para avisarle que demoraría un poco más. Fue así que decidió llamarlo y, al hacerlo, comprobó que tenía su móvil apagado. Algo raro estaba sucediendo y debía averiguarlo. Viendo que no tenía otra opción más que ser paciente y esperarlo, se fue a dormir, aunque no pudo conciliar el sueño durante horas. Finalmente sonó su móvil.

—Hola mi amor, estoy muy preocupada por ti. ¿Dónde estás? Sabes que no puedo dormirte si tú no estás a mi lado —le dijo Sophie con un tono de voz tan dulce que sería capaz de derretir a cualquier hombre del planeta.

—Disculpa que no te he llamado antes... —y, hablando con alguien a su lado dijo—: perdón me retiraré un momento, es Sophie.

—¿Con quién hablabas? —le preguntó, sabiendo que era alguien a quien ella

conocía.

—Con Amanda, vinimos a cenar.

—¿Has ido a cenar tú solo con mi jefa?

—Así es, con tu jefa que es mi amiga desde antes que tú fueras su empleada. Y ahora, por favor mi amor, trata de calmarte quieres.

—¡¿Cómo demonios quieres que me calme, cuando mi novio está a estas horas reunido a solas con una amiga?! ¿Por qué no me comentaste nada sobre esto antes? Hubiera ido a cenar con ustedes, y no con Piper



y su familia.

—No te lo dije antes porque sé el modo en que lo hubieras tomado y realmente necesitaba estar con ella a solas.

—Oh, discúlpame entonces —le dijo irónicamente Sophie.

—¿Me dejas explicártelo, por favor? Sino la próxima vez no te diré nada. Eres muy celosa Sophie.

—Anda, dímelo de una vez —le ordenó furiosa.

—Estoy en medio de un gran negocio. Ella es mi socia en este

emprendimiento... Pero ahora realmente debo cortar la llamada.

—¿Y cuál es ese negocio del que yo no debo enterarme?

—No te lo puedo decir, mi amor. No me lo hagas más difícil, ¿sí? Por favor, duérmete. Yo llegaré tarde. No me esperes.

Sophie echaba chispas y quedó desconcertada al ver que él había finalizado la llamada sin más. Miró el teléfono, que quedó en blanco. “¿Qué demonios es lo que traman estos dos?”, se

dijo. “¿Y si las cartas eran para Amanda? Por suerte Louis no sabe nada de ellas. Tal vez están metidos en algo que tiene que ver con esas personas o con sus descendientes. ¡Oh, Dios mío! ¿Cómo es posible? ¡¿Y no me va a decir nada al respecto?!... Pero, ahora que lo pienso, yo le conté de las cartas. Si tuviera algo que ver, ¡qué bien lo disimuló cuando le comenté que mi secretaria me había dicho que mi novio era quien las había traído!”. Los pensamientos de Sophie se

aceleraban. Atando cabos se dio cuenta: “Ahora entiendo, Cynthia, mi inútil secretaria, se las tenía que entregar a Amanda y no a mí. Fue él quien las llevó a la revista... y por algún motivo que está directamente relacionado con Kate y Gustavus. Mañana sin falta, hablaré al respecto con Piper. Estará tan indignada como yo cuando se entere de que mi novio, en quien ya no puedo confiar, está metido en algo turbio con nuestra adorable jefa”.

# 8

A la mañana siguiente, luego de darse una ducha rápida, Piper se vistió con su mejor vestido primaveral. Y de ese modo informal —en su nuevo rol de ex empleada de *Gorgeous Woman Magazine* — se dirigió a su antiguo lugar de trabajo, donde tal vez volvería a trabajar si llegaba a un acuerdo con su jefa.

Al verla entrar, el portero de la empresa la miró de

pies a cabeza. Una mujer como Piper no pasa desapercibida para ningún hombre, incluso si puede verla todos los días. Le llamó muchísimo la atención su vestimenta. “Evidentemente ya no debe trabajar aquí o tiene su día libre”, se dijo. Al pasar delante de los escritorios de Amy y Rachel, ambas quedaron muy sorprendidas de verla allí.

—No entiendo qué hace aquí. Ayer presentó su renuncia —dijo Amy. Era el comentario de todos en los

pasillos.

—Me parece que te equivocas, Amy. Amanda la despidió, te lo puedo asegurar. Me lo dijo su secretaria. Y también me comentó que luego de que ella se fuera sucedió algo muy raro. Por lo que pudo escuchar, le pidió a Sophie que hablara con ella y que la hiciera recapacitar.

—Eso quise decir —dijo convencida Rachel—: que no la despidieron, sino que algo sucedió y ella decidió irse.

Luego de caminar unos

pasos, Piper se detuvo un momento y saludó a su compañero de escritorio, quien fue la gran inspiración irlandesa de su exitoso y controvertido artículo.

—¡Hola Arthur!

—¡Buenos días Piper! ¡Qué alegría que hayas decidido regresar! Ven aquí, dime: ¿qué sucedió ayer?

—¡Oh, si tú supieras!... Algo demasiado increíble para ser cierto. Ahora sólo puedo decirte que Amanda tal vez deba ponerse de rodillas si quiere que regrese. —Sus palabras iban



acompañadas de una gran sonrisa. Aquella situación ponía a su compañero de trabajo tan feliz como a ella.

—Pero espera, no te vayas —le pidió Arthur sonriendo—. Dime algo más, por favor.

—Ahora no puedo hablar, hay alguien que me espera, y ansío encontrarme con esa persona lo antes posible.

—Piper, eres única, ¿lo sabes? —al decir Arthur aquellas palabras, ella ya se había alejado unos pasos, riéndose.

Cuando llegó al escritorio

de la secretaria de Amanda, fue recibida como nunca antes:

—Buenos días señorita Cook, es para nosotros un verdadero honor que haya decidido venir hoy. Por favor, pase. La señora Horton la espera con ansias.

—Vaya, pero... ¿qué es lo que te sucede a ti hoy, o... eres bipolar? —le preguntó Piper sin poder contenerse, entre risas.

—Por favor, le imploro me disculpe si alguna vez se ha sentido ofendida por mi modo inapropiado de actuar.

De más está decirle que jamás volverá a repetirse.

Piper, moviendo su cabeza de un lado al otro a modo de negativa y poniendo sus ojos en blanco, le dijo:

—Conque te han reprendido ¿eh? El modo en que me hayas tratado antes, o como lo haces ahora, me tiene sin cuidado. Permiso.

Al decir esas palabras ya tenía la puerta de la oficina de Amanda abierta, y a ésta esperándola de pie tras su escritorio.

—Buenos días Piper, ¿cómo estás?

—Buenos días. Por suerte me encuentro de maravillas. Hoy, que es mi primer día libre, lo he decidido disfrutar al máximo. Haré todas aquellas cosas que jamás tengo tiempo de hacer y que me causan placer. Pero antes decidí pasar por aquí, solamente porque mi mejor amiga me lo ha implorado.

—¡Me alegro muchísimo de que hayas venido, fue una decisión muy inteligente! Antes que nada, debo decirte que deseamos que regreses a ocupar tu lugar de trabajo y que nos deleites con tus

exclusivas columnas. Fue un gran error el enorme malentendido que tuvimos ayer. Eres una excelente profesional y esta empresa se jerarquiza con periodistas exquisitamente cultas e imaginativas como tú.

—Muchas gracias por sus elogios pero realmente no es necesario que malgaste su tiempo con adulaciones. Ya nos conocemos lo suficiente como para saber lo que opina una de la otra.

—Pero Piper, quiero que sepas que de verdad estoy dispuesta a cambiar... Para

nosotros es muy importante que permanezcas acompañándonos con tu gran labor semanal. En cada edición es fundamental que tú figures con tus inusuales artículos.

—¿Por qué tanto interés en mí especialmente? —Piper ya lo sabía, pero quería disfrutar un momento más la humillación que reflejaba en su mirada Amanda.

—Bueno, tal vez Sophie no te lo haya comentado, pero el señor Stewart así lo quiere. De lo contrario no será más nuestro cliente.

—Entonces, si realmente es tan importante mi presencia aquí, debemos dejarnos de tantos rodeos y tratar de llegar a un acuerdo. ¿No has pensado que tal vez a mí no me interese más este puesto?

—Claro que lo he pensado, sólo dime qué es lo que quieres y haré todo lo posible por complacerte.

Piper sintió que por primera vez en su vida tenía el poder y el control absoluto de la situación. Fue entonces que decidió disfrutar de su gran

momento.

—Lo que deseo antes que nada es una oficina más apropiada. Es imposible que pueda realizar mi trabajo y lograr concentrarme en el pequeño cubículo en el que trabajaba.

—Perfecto, en unos días te prepararemos una oficina adecuada a tus exigencias.

En ese momento, Piper pasó su mirada por la amplia y lujosa oficina y dijo sin rodeos:

—Ésta me parece adecuada. Por lo que respecta a usted, en unos



días le prepararán una adecuada a sus exigencias.

—¿No crees que eso sería un poco inapropiado? No olvides que aún soy tu jefa —le dijo Amanda sin poder fingir la ira que la situación le creaba.

—Y usted no olvide que si no se cumplen mis requisitos, yo no tengo ninguna intención de que sea mi jefa.

—Bueno... puedes quedarte aquí, si es lo que deseas —le dijo Amanda, mirándola de forma altiva, demostrando que aún no se

conformaba.

—Por supuesto que debemos llamar cuanto antes a la decoradora —continuó Piper—. Este lugar evidentemente carece de buen gusto.

Piper estaba logrando hacer pasar un mal momento a la mujer más detestable de Nueva York, e iba por más.

—Quiero ganar lo mismo que quien ocupa el puesto más alto de la revista —agregó con seguridad.

Piper tenía pleno conocimiento de que sólo obtendría una absoluta

negativa. Sophie le había comentado un dato que sabía por Louis: Amanda percibía, como directora de la revista, un ingreso estimado en cinco millones de dólares anuales, además de generosos beneficios. Pero como realmente no quería volver a padecer nunca más aquel infierno, decidió pedir lo imposible.

—Sabes que hace años ocupó este puesto. Lo que me pides es imposible de negociar. Tal vez podría duplicar tu sueldo actual.

—Me hace reír, Amanda...

¿Usted sabe cuánto gano yo? No me molestaría en venir aquí por más que me pagaran diez veces mi salario.

—¿Qué te parece un millón al año? —dijo Amanda nerviosa y utilizando su faceta más comercial, sintiendo de verdad el riesgo de perder a Piper para siempre al no poder cerrar un trato.

—Por dos me quedo —y pensó para sí misma: “¡Por Dios, estoy diciendo dos millones! Eso es impensable, ni en sueños me

lo pagarían... pero vamos, ya lo lancé, ahora esperemos su negativa”.

—Está bien, pero sigo siendo tu jefa —dijo Amanda, después de pensarlo un momento.

—Mi jefa será Sophie.

—Basta ya Piper, dos millones, esta oficina, pero acatarás sí o sí mis órdenes.

“Era de esperar”, pensó Piper, “la maldita Amanda está regresando nuevamente... Pero vamos Piper, por dos millones, ¿qué mal te hará soportarla, como ya lo has hecho por

miserias? ¡Oh, por Dios, soy rica!”. Estaba perdida en sus pensamientos y con una sonrisa radiante.

—Discúlpame, meditaba mis opciones, tal vez lo acepte... —dijo finalmente—. Sí, sí, está bien. Puede llamar al señor Stewart y decirle que continuaré aquí. Seguramente querrá enviarme a su gerente de marketing para que me diga qué joya quiere publicitar.

—Me alegro mucho que hayas aceptado. Lo primero que haremos es firmar los contratos nuevos de trabajo

con nuestros abogados, y debes saber que se han sumado mágicamente muchísimos nuevos clientes. Te dejo mi oficina entonces, disfrútala. Yo momentáneamente me buscaré otro lugar. En un rato enviaré a mi secretaria por mis cosas. Hasta luego Piper.

—PIPER, debo hablar contigo cuanto antes. ¿Estás en tu casa?

—No, estoy en la oficina de Amanda.

—De ella justamente debo hablarte. Cuando puedas pasa por mi oficina.

—Estoy sola y yo también quiero contarte las últimas novedades. La maldita me ha dado su oficina, ¿puedes creerlo?

—¡Eso es imposible!



Jamás haría algo así... Oh, Piper, por favor ten cuidado. Ya voy para allí —exclamó Sophie, feliz de la vida.

\* \* \*

Al mismo tiempo, en los pasillos de la empresa, Amy estaba feliz: en pocos días iba a casarse finalmente. Mientras hablaba con Rachel, Arthur las escuchaba pensando que el gran sueño de toda mujer se le haría realidad. Seguía sin creer lo banal que podían llegar a ser ambas. Él

también estaba junto al dispensador de café, escondido tras una puerta, y escuchaba el diálogo claramente.

—Qué diferentes somos algunas mujeres —le decía Amy a Rachel—: mientras tú y yo tenemos nuestro sueño de casarnos, Piper sólo hace desbarajustes con tal de escalar aquí dentro.

—Pero es que a ella lo único que le interesa es trabajar, ¿no ves que no tiene pareja? Y se la pasa viendo todo de color negro. Debería leer el artículo que

salió en la revista hace dos semanas.

—¿Cuál de todos? — preguntó Amy.

—El que escribió Chloë... la mejor psicóloga de Nueva York.

—Ya sé a cuál te refieres: “Sencillos consejos para ser la esposa perfecta”. Me encantó. Te enseña, con sutiles detalles, cómo conquistarlo día a día con ciertas iniciativas, como comprarle una camisa Polo, o invitarlo a un spa para dos, o llevarlo a cenar a Rosemary's, en donde

ofrecen productos frescos y naturales.

—Sus columnas son muy interesantes, pero Piper sólo piensa en trabajar y trabajar.

Arthur, sorprendido por lo que escuchaba, se sobresaltó al ver que Amanda llegaba hacia donde estaba este par de atolondradas.

—Amy, necesito que acudas a los desfiles de hoy —dijo secamente la directora de la revista.

—Pero Amanda, es la semana de la moda... la prensa la buscará a usted.

—Eso a ti no te incumbe.

Además debes ir con tu novio. Quiero que ambos saluden a la prensa y que todos sepan que representan a esta revista. Y, por supuesto, necesito que pongas en lo alto a tu novio.

—Pero él ya lo está, no necesita que nosotros le hagamos más prensa. Bastante lo persiguen día y noche... no lo sé... realmente no creo que quiera acompañarme.

—Te puedo asegurar que no se lo perdería por nada del mundo. Es un destacado empresario y, como a todos,

le interesará salir en las revistas más importantes del mundo.

—Pero, ¿por qué con mi prometido y no con Rachel?

—No preguntes y haz lo que te digo —dijo Amanda finalmente y se retiró.

Al dar la vuelta y girar camino a la oficina de su secretaria, Amy puso los ojos en blanco y le dijo a su compañera:

—¿Qué demonios se traerá entre manos?

—No lo sé, pero muero por ir a esos desfiles. Tú vas siempre con ella. Incluso fue

allí donde Thomas te pidió casamiento... Pero yo no valgo nada aquí —se lamentó Rachel, que soñaba con poder asistir alguna vez a uno de esos increíbles desfiles.

—Relájate. Amanda tiene el poder de hacerte sentir de ese modo, pero yo pasé por lo mismo antes que tú. En un momento crees que te tiene en la cima de tu narcisismo y, de repente, no eres nadie y ni siquiera te mira.

Arthur, petrificado, aún continuaba parado sin poder moverse para que no lo

vieran. No pudo dejar de escuchar toda la conversación. Luego de que sus compañeras se retiraran, llamó a Piper y le dijo que debía hablar con ella.

—Ok, nos encontramos para almorzar, ¿quieres?

—Pero, ¿qué te sucede hoy, Piper? Aquí no podemos almorzar.

—Desde ahora lo haremos. Luego de lo que tengo para contarte, te darás cuenta de que algunas cosas cambiarán en esta empresa. Como adelanto, puedo decirte que ya no seremos más vecinos



de oficina. ¡Me han  
reinstalado en la de  
Amanda!

—¡No te lo creo!

—Así es... Nos vemos más  
tarde, Arthur. Debo cortarte.  
Sophie necesita hablar  
urgente conmigo.

—Pero, ¿cómo lo  
conseguiste? ¡Anda, por  
favor cuéntame al menos  
algo, no me dejes así!

—¡Ya te lo dije,  
hablaremos más tarde, mi  
dulce irlandés! —dijo  
sonriendo y dejando a  
Arthur con la intriga.

Cuando terminaba la

conversación telefónica,  
Sophie llegó a la oficina que  
tanto conocía, ahora  
ocupada por su amiga.

—Piper, ¡explícame qué  
haces aquí!... ¡Si llegara a  
entrar Amanda no quiero ni  
pensar qué podría sucederte!

—exclamó al tiempo que  
abría sus manos de par en  
par y miraba para todos  
lados como si fuera la  
primera vez que entraba allí.

—¡Es mi escritorio ahora!

—Vamos, que no estoy  
para bromas hoy y ella  
podría llegar en cualquier  
momento.

—De veras. Hemos negociado mi nuevo puesto y no sólo ésta será mi nueva oficina, sino que voy a ganar dos millones al año, y algunos beneficios.

—Y yo soy la nueva reina de Inglaterra.

—Parece que mi continuidad aquí lo valía. Y como yo realmente no quería regresar, pedí el monto más alto que se me pudo ocurrir... y dio resultado. Ya lo ves.

—¡Oh, Piper, ten cuidado! Puedes terminar siendo su esclava y teniendo que

abanicarla día y noche —le dijo Sophie, mientras se acercaba a donde ella estaba y miraba detenidamente el monitor aún encendido del ordenador que Piper tenía enfrente.

—¿Es el ordenador de Amanda?

—Así es. Y ya le ha pedido a su secretaria que se ocupe de retirar sus pertenencias. Luego se buscará una oficina temporaria hasta que le preparen lo antes posible una como ésta... es decir, que esté a su altura.

—Algo sucede entre ella y Louis. Estoy desesperada.

—¿Pero de qué hablas, Sophie? ¿Crees que ellos, ya sabes, mantienen una relación? —dijo Piper, subrayando la última palabra.

—No, nada de eso. Pero están en algún asunto del que yo no puedo enterarme.

—¿Pero por qué crees eso?

—Ayer salieron a cenar juntos y Louis no me había mencionado nada al respecto. Cuando finalmente me confesó que estaba con ella, no quiso decir ni una

sola palabra del motivo de su encuentro.

—¿Pero, por qué piensas algo así? Siempre han salido juntos por motivos de trabajo. Desde hace años mantienen distintas sociedades juntos.

—Puede ser que esté paranoica, Piper, pero sus negocios siempre han sido en torno al mundo de la moda. Es más, siempre me ha contado en qué andaba, ya sabes... sin tapujos. Pero ayer estaba de incógnito. No quería que supiera de su encuentro, ni que preguntara

nada al respecto. Luego, sin poder pegar un ojo, comencé a hacer memoria y recordé algo que me impidió volver a dormir en toda la noche.

—¿Qué recordaste?

—Que mi secretaria estaba segura de que fue él quien trajo las cartas; y fue entonces cuando supe de inmediato que eso debe ser cierto y que no tengo por qué dudarlo. Él trajo esas cartas, pero no estaban dirigidas a mí sino a Amanda. Como Cynthia es nueva, malinterpretó el destinatario y me las dio.

Conoce a Louis porque lo tengo en la foto sobre mi escritorio y además ha venido algunas veces aquí.

Totalmente asombrada, Piper quitó la mano que cubría su boca y le dijo:

—Ya entiendo... por eso estás tan interesada en este ordenador. ¿Quieres hurgar un poco en él?

—¡Sería genial! Anda, cierra la puerta con tranca, que yo buscaré que hay por aquí.

En pocos minutos revisaron los archivos de Amanda. Nunca pensaron



que sería tan fácil llegar al objetivo. Una carpeta se titulaba “Louis y yo”. Hicieron doble click en ella y accedieron a una gran cantidad de carpetas diferentes. Eso les llamó muchísimo la atención, en especial porque era la última carpeta ingresada, y luego por el nombre que tenía: “Restauración de edificio emblemático destino Gorgeous Woman Magazine”.

—¿Tú sabías algo de esto?  
—le preguntó Piper levantando ambas cejas y

señalando la pantalla.

—No tenía la menor idea. Louis no me ha comentado nada sobre este tema. ¿Por qué ella querría restaurar un edificio en sociedad con Louis?... Nunca ha mencionado que la firma quisiera mudarse. Ábrelo Piper. Por favor, apúrate.

—Ella es una de las personas que poseen más acciones en la empresa y Louis, al menos hasta donde yo sé, no tiene nada que ver con esta revista. ¿Por qué querría meterlo a él en el negocio?... ¡Ahí está!

¡Finalmente abrió la página  
este maldito ordenador!

—¡Se trata de la Torre  
Cosmopolitan! —exclamó  
Sophie, que para ese  
momento estaba junto a  
Piper sobre la pantalla  
tratando de devorar  
rápidamente lo que leían. Si  
Amanda llegase a aparecer  
en ese instante sería el fin  
para ambas. Piper fue  
rápidamente hasta su cartera  
y tomó un pen drive para  
copiar en su memoria todos  
los archivos posibles,  
incluso el que leían en ese  
momento, que

definitivamente parecería ser muy interesante.

## TORRE COSMOPOLITAN

Rascacielos ubicado en Manhattan, Nueva York, específicamente en el N°1 de la Avenida Madison.

Diseñado originalmente para la famosa compañía de periódicos del millonario Paul Hemstitch en el año 1909. Este prestigioso magnate decidió expandir su empresa debido al furor industrial y económico. Su sueño era poseer un edificio emblemático y de categoría

para lucirse ante la alta sociedad neoyorkina. Fue entonces que compró primero el terreno y luego pagó catorce millones de dólares para la construcción del rascacielos. El arquitecto Joe Brinkly lo diseñó muy sutilmente inspirado en la deliciosa arquitectura de la época que se utilizaba en Londres.

La Torre Cosmopolitan mide 213 metros de altura. El dueño original, y único conocido hasta el momento en que se realizó esta investigación, ha sido el

señor Hemstitch. Fue el orgulloso propietario del edificio más alto del mundo durante tres años, hasta que en 1913 fue superado en altura por el edificio Woolworth.

Luego de la repentina y devastadora tragedia que sufrió éste junto a su familia, el edificio quedó increíblemente abandonado, debido a que al parecer no hubo ningún heredero que reclamara sus derechos e iniciara los trámites para adquirir la posesión. Lo que llama aún más la atención es

que en estos días no exista  
comprobante alguno que  
certifique que haya sido  
nombrado monumento  
histórico. Al parecer, una  
persona —de quien aún no  
poseo ningún dato—, se ha  
encargado de pagar los  
impuestos correspondientes  
durante años, con el lógico y  
ambicioso objetivo de  
apropiarse algún día de él.

Me encuentro como de  
costumbre a su entera  
disposición.

Detective Owen  
Candleman

\* \* \*

—¿Por Dios Sophie, qué es todo esto?

—Cada vez estoy más asustada. Esta información debe ser parte de una investigación minuciosa hecha por este detective a pedido de Amanda... y tal vez también de Louis... Evidentemente buscan con desesperación toda la información que puedan obtener sobre este rascacielos.



—Como indica el nombre del archivo, es claro que está deseando con ansias ampliar la compañía, pero... ¿hasta dónde es capaz de llegar con tal de conseguirlo?... Además lee esto —Piper le señaló a su amiga en donde quería que leyera—. ¿Lo ves? Paul Hemstitch... ¿No será el padre de Kate?

—¡Oh, por Dios, tienes razón!... Además habla de una tragedia... ¿Qué pudo haber ocurrido?

—No lo sé, pero debemos averiguarlo. Mi hermana también mencionó una

muerte trágica, ¿lo recuerdas?

Totalmente desconcertadas, y sin lograr entender aún qué tenían que ver las cartas, el edificio y la repentina indiferencia de Louis en todo aquel asunto, escucharon que alguien golpeaba desesperadamente la puerta.

—Apúrate Piper, apaga el ordenador de una vez, seguramente sea ella —le dijo Sophie a su amiga, que tenía las manos húmedas y se había quedado sin habla luego de lo que había leído y

trataba de asimilar.

# 10

THOMAS enfrentaba un día complicado. Tener una empresa constructora en Nueva York no es tarea fácil. Pero más difícil es aún si debes tolerar durante todo el día a un padre que cree que eres un niño y que te lleva de las narices sin dejarte tomar ninguna decisión. Así se sentía Thomas.

Su padre, Bladimir Boothe, había dirigido la

empresa durante años. Tenía una personalidad muy fuerte y ejercía un poder avasallante sobre todas las personas de su entorno, sin dejar que nadie pudiera apreciarlo sinceramente, ni siquiera sus familiares más cercanos. Por el contrario, siempre se había rodeado de personas adulatoras y falsas que alimentaban su ego. Su esposa, la madre de Thomas, falleció cuando éste aún era muy pequeño y, debido a esto, la infancia que vivió fue muy solitaria y triste. Su padre jamás le permitió

tomar decisiones importantes dentro de la empresa. Debido a tanta presión personal, Thomas cada día se alejaba más de su familia. Tal es así que sólo veía a su padre cuando coincidían en la empresa.

Conoció a Amy en el gimnasio al que acudían cada día y donde ambos lograron obtener un increíble estado físico. Él es esbelto, rubio y muy musculoso. Amy es alta —al igual que él—, castaña, y tiene unos hermosos y llamativos ojos de color verde esmeralda.

Pero lo que no la ayuda es su temperamento. Es una joven quisquillosa, la menor de tres hermanos y única hija mujer. Ha sido criada por sus adinerados padres en una gran burbuja de superficialidad y estupidez. Antes de salir con Thomas ya lo había rechazado algunas veces, exactamente por la forma en que fue educada. Se comportaba como una chica difícil, que es lo que ella personalmente siempre se consideró. Finalmente salieron juntos y ya no se separaron más.

Thomas, extremadamente mujeriego, siempre hizo con ella lo que quiso, mintiéndole con descaro sin que Amy pudiera siquiera percibirlo.

Amy estaba radiante desde el momento en que Thomas le propuso casamiento. Pedirle que fuera su esposa fue una idea que se le ocurrió luego de que ella lo descubriera infraganti por primera vez —después de tantas otras veces en las que había logrado engañarla— en compañía de otra bella joven. En ese momento



pensó que no tenía salida y que ella lo abandonaría: Amy estaba furiosa. Él había invitado a salir a una conocida modelo, quien sabía que el guapísimo Thomas Boothe era el novio de la joven que cubría las páginas sobre los desfiles más importantes en Gorgeous Woman. La joven accedió a la invitación luego de que él le desmintiera todas sus suposiciones, las cuales no dejaban para nada de ser reales.

A Thomas le encantaba figurar y fue con la hermosa

modelo a la fiesta que se celebraba luego del desfile. Se sentía deslumbrante e invencible, y estaba repleto de hermosas y esbeltas mujeres. Jamás pensó que allí estaría su novia. No tenía por qué preocuparse, ya que Amy había decidido tomarse unos días de vacaciones y salir de la ciudad, acompañada de su amiga Rachel. Al menos eso era lo que él suponía.

Se encontraba, como tantas veces antes, relajado y muy feliz en la gran mansión del lujoso Upper East Side, a

pocas cuerdas de Park Avenue. En el instante en que tomaba por la cintura a la hermosa chica de cabello largo color castaño fue precisamente cuando Amy lo vio. Se quedó petrificada porque pensó que el muchacho, que estaba de espaldas, tenía un parecido asombroso con su novio. Pero ese pensamiento se desvaneció cuando, al ver su perfil, reconoció de inmediato a la persona que acariciaba la espalda de tan llamativa mujer.

El mundo entero se

desmoronó para Amy. Sin embargo, sería incapaz de hacer un escándalo en ese momento. Allí parada, con una copa del finísimo champagne con que la habían convidado, puso una mano en su boca y observó totalmente desconcertada y dolida cómo su novio besaba a la modelo que aparecería en la portada de la próxima edición de la revista para la cual trabajaba. Si alguien lo notaba —y el lugar estaba repleto de periodistas de chimentos—, su vida y su reputación se verían

amenazadas.

Unos segundos después, Rachel —que la había acompañado por primera vez a una fiesta de esta categoría — se le acercó y le preguntó si se encontraba bien, a lo que ella respondió afirmativamente con gran disimulo, y luego se excusó diciendo que su distracción se debía a que comenzaba a sentir las primeras burbujitas de champagne en su cabeza. Unos minutos después le dijo a Rachel que estaba muy mareada y que se quería ir. A pesar de la

desilusión de ésta, se retiraron.

Ya en su apartamento, decidió que era hora de enfrentar al gran amor de su vida y pedirle explicaciones. Llamó inmediatamente a Thomas, quien llegó a los pocos minutos. Rápidamente su novio le hizo cambiar de parecer con unas caricias reconfortantes y estimulantes. Le repitió una y otra vez que ella significaba todo para él. Le confesó, entre falsas lágrimas, que por momentos se sentía confundido debido

a la inestabilidad emocional que había sufrido durante años en su infancia.

—Pero dime, caramelito —le dijo besándola por debajo de la oreja, donde él sabía que estaba su punto más sensible— ¿Tú no te habías ido por unos días a Boston con Rachel?

—Sí, estábamos allí, pero ella comenzó a enloquecer porque estaba muy ansiosa por ir a una fiesta tan lujosa, y luego de tanta insistencia decidimos volver... ¿me perdonas que no te avisé?

—Claro que sí, pero por

favor la próxima vez debes avisarme. Tú sabes que si algo te sucediera en las autopistas yo me volvería loco. No toleraría perderte.

Era increíble cómo lograba convencerla de todo. Pero para asegurarse de que ella no lo fuera a abandonar, decidió lucirse un poco más y, pocos días después de aquel suceso, le pidió casamiento ante toda la prensa neoyorkina en aquel desfile de modas inolvidable para Amy. De ese modo logró definitivamente su objetivo: ser reconocido



entre una amplia gama de famosos que aún no conocían a Thomas Boothe.

\* \* \*

Esa mañana, la prestigiosa empresa donde trabajaba Thomas estaba muy movida, como de costumbre. Cada día que pasaba era más intenso su deseo de independizarse lo antes posible de su progenitor. Por años ahorró todo lo que pudo, además de tener intacta la herencia de su madre, pero aún no había

encontrado el negocio de su vida.

Pocos años antes, revisando el escritorio de su padre en su ausencia, había encontrado algunos documentos que le llamaron muchísimo la atención. Aquella vez, solo en su casa y sin ninguna de las señoras del servicio que trabajaban allí —las que hubieran podido revelar que había estado husmeando en el escritorio—, los leyó rápidamente. Pero algunos días después, cuando se le presentó la oportunidad de

revisarlos más tranquilo y ver si podía fotocopiarlos, no los encontró. Seguramente, pensó, su padre había notado que alguien los había movido o los había estado revisando, y decidió retirarlos de allí. Al señor Bladimir Boothe no se le pasaba nada por alto, todo lo controlaba. Era extremadamente meticuloso, y en seguida percibía si algo no estaba exactamente en el lugar donde él lo había dejado.

Thomas siguió buscando esos interesantes

documentos cada vez que tuvo la oportunidad, sin encontrarlos nunca. Hacía un mes que su euforia no le permitía ni siquiera conciliar el sueño, ya que encontrarlos implicaría el cambio radical que tanto anhelaba para su vida. Nada podría detenerlo y tenía la determinación de hacer lo que fuera necesario para lograrlo. Llegaría hasta las últimas consecuencias, sin importarle el precio que debiera pagar por ello.

Sentado en la oficina de su padre, escuchando como éste hablaba con alguien por

su móvil, sintió un cosquilleo en su estómago: imaginó la reacción del desgraciado cuando él pudiera dar el gran golpe de su vida y finalmente quitarle el negocio que se traía entre manos.

—Lo único que tienes que hacer es lo que te digo, energúmeno inservible... — gritaba Bladimir por la línea a uno de los pobres mártires que trabajan para él— ... ahora dime: ¿yo en algún momento te he dicho que pienses? Haz lo que te digo y nada más.

Luego de cortar la comunicación bruscamente, miró a su hijo y le dijo:

—¿Qué diablos te sucede, de qué te ríes?

—Discúlpame papá, estoy pensando algo y me ha causado tanta felicidad que no me he dado cuenta que sonreía.

—¿Por qué mejor no tratas de madurar un poco y te pones a trabajar? Te he llamado para explicarte personalmente lo que debes hacer. ¡Cómo es posible que seas mi hijo y que jamás entiendas un rábano!

Siempre me he preguntado si tu madre no habrá tenido una aventura con algún retardado, porque no veo posibilidad alguna de que seas mi hijo.

Aquellas dolorosas palabras parecían serle indiferentes a Thomas. No conocía otro modo de ser tratado por su progenitor. En ese momento sonó su móvil, pero era imposible contestar en la oficina de su “jefe”, así que siguió escuchando las humillaciones que éste le prodigaba. Al salir de allí, devolvió el llamado a su

novia.

—Hola Amy. Dime, ¿qué sucede?

—¡Antes que nada... buenos días mi adorado futuro esposo!

—Discúlpame caramelito, lo que sucede es que estaba en una reunión de trabajo y me encuentro muy distraído.

—¡Tengo algo para decirte que te pondrá muy contento!

—Dime, ¿de qué se trata?

—¡De moda y glamour mi amor! Tengo que cubrir un importantísimo desfile mañana mismo y Amanda me ha exigido que acuda



junto a ti.

—Sabes que me encantaría pero, ¿por qué querría Amanda que yo te acompañara?

—Mi amor, porque luego hay un brindis con la prensa y la imagen lo es todo para la revista... por ese motivo es importantísimo que acudas conmigo.

—¿Y?

—Justamente por eso... que tú me acompañes jerarquiza la próxima edición. No olvides que eres hijo de un prestigioso empresario.

—Basta Amy, sabes que no me gusta que digan que soy “hijo de”. Es una ofensa personal.

Para Amy todo era glamour y estupidez. No sabía que Amanda siempre tenía propósitos mucho más interesantes, relacionados directamente con el beneficio económico.

# 11

EL día había comenzado de forma diferente a la habitual en las oficinas de la revista. Amanda deambulaba como nunca buscando a quien podía quitar de su lugar con el propósito de recuperar su oficina. Pero a pesar de que debería haber estado más furiosa y más mala que de costumbre, parecía feliz. Mientras hablaba con su secretaria, la que tenía en sus manos dos grandes cajas

con sus objetos personales, vio pasar a su lado a Arthur corriendo por los pasillos. Lo llamó sin pensarlo. Éste la miró al instante y sintió que se le venía el mundo abajo.

—Sí señora, dígame ¿En qué puedo ayudarla?

—No, sólo me preguntaba qué ha sucedido al verte tan apurado. Seguramente has de tener alguna noticia de último momento.

—Sí, justamente me dirijo a la sección de Chloë — respondió el joven, casi tartamudeando. Mentir no

era su fuerte, pero tampoco podía decir hacia donde se dirigía.

—Bueno, si es así anda, continúa. Más tarde hablaré con Chloë para que me cuente las novedades, entonces. Antes de que te vayas, por favor trata de no correr por los pasillos. Sabes que no está permitido.

Con el corazón en la boca, llegó a la oficina que antes pertenecía a la bruja con la que acababa de hablar. Trató de entrar sin demoras para que ella no pudiera verlo allí pero, evidentemente, Piper

había trabado la puerta. Intentó con fuerza pero fue imposible abrirla. Piper y Sophie, al escuchar que había alguien golpeando, pensaron en Amanda. Tomando coraje, Piper decidió abrir. En ese momento Arthur pasó por delante de ella a gran velocidad, con ambas manos sobre su cabeza, demostrando lo nervioso que estaba.

—¿Por qué trabaste la puerta? Me he cruzado con Amanda y le tuve que decir que iba a ver a Chloë.

—¿Pero por qué le dijiste eso?

—Porque no quería que se diera cuenta de que había escuchado su conversación con Amy y que luego venía hacia aquí a contarte todo.

Sophie levantó una ceja y miró a su amiga. No se fiaba para nada de Arthur; ya le había dicho varias veces a Piper que tuviera cuidado con lo que le decía. Tal vez era desconfiada por demás, pero el joven periodista tenía todas las características que poseen las personas charlatanas.

—¿Qué sucedió? ¿Qué escuchaste?

—Bueno, nada específico, pero me llamó la atención que quisiera que Amy vaya acompañada de su prometido para cubrir un trabajo que, desde que me acuerdo, siempre hizo ella misma. Y cuando va acompañada, es sólo con Amy. Jamás le pediría a ella que fuera con su pareja... Amanda no se lo pediría a nadie de aquí.

—Disculpa Arthur, pero... no veo qué te puede haber llamado tanto la atención —



le dijo Sophie, logrando su propósito de hacerlo sentir incómodo.

—Tal vez tengas razón... es sólo que como ella siempre se trae algo entre manos... Disculpen que les he quitado su valioso tiempo. Me iré a trabajar, aún tengo que terminar de preparar las posibles portadas para la nueva edición... Antes de que me olvide, también comentaban que tú Piper eres una escaladora, sin sentimientos. Eso fue lo primero que escuché... Nos vemos para

almorzar —dijo Arthur  
mientras se retiraba,  
sintiéndose un idiota.

Piper estaba furiosa con su amiga por haber tratado a Arthur de esa forma, cuando era evidente que sólo quería ayudar. De pronto, llevó ambas manos a su boca y comentó totalmente sorprendida algo que le acababa de venir a su mente:

—Puede que tenga un motivo ¿sabes? Déjame ver en mi ordenador. Alguien me envió un mail el día que yo estaba muy enojada porque habían alterado mi

artículo. En ese momento no le di importancia. Tal vez Amanda, como es usual en ella, tenga sus razones para querer que el novio de Amy esté en algún lugar específico mientras...

—Mientras ella busca los documentos que necesita... ¡Oh, por Dios Piper, qué es todo esto! Louis no puede estar metido en semejante lío... y también el novio de Amy. Eso sería demasiada coincidencia, realmente no creo que las dos cosas estén relacionadas.

—Eso es lo que tenemos

que averiguar, por ahora son todas suposiciones nuestras.

—Ella es capaz de cualquier cosa con tal de obtener lo que busca. Pero Louis no es ese tipo de persona... o al menos eso creía.

En ese momento sonó el móvil de Piper.

—Es Elle, tal vez tenga novedades —dijo a su amiga antes de atender la llamada.

—¡Hola Piper! —Elle sonaba muy alegre.

—¡Hola Elle! ¿Cómo estás?

—Muy bien, a mil con el

chequeo final de mi próximo libro, pero muy feliz de que finalmente hayas decidido quedarte a trabajar allí, porque estás en la oficina, ¿no es así?

—Sí, finalmente he decidido darle una oportunidad más a este maldito empleo, pero espera que llegue a tu casa esta noche... te sorprenderás de los logros de tu hermanita pequeña.

—No te lo podrás imaginar —dijo en voz alta Sophie para que Elle la pudiera escuchar. Piper no

podía evitar reírse al recordar los privilegios que había obtenido aquella mañana.

—Pero dime para qué me has llamado. ¿Sólo para saber qué sería de mi futuro?

—Ese es uno de los motivos, pero además hay algo muy importante que tengo para decirles.

—¿Qué es? ¡Por favor adelántanos algo!

—No puedo, es sobre lo que estuvimos conversando... no quiero hablar sobre ese tema por teléfono, necesito que nos

encontremos las tres hoy a la tarde.

—Perfecto. Café Angelique, a las 16:30 —le dijo Piper, radiante, a su hermana. Parecía que el día estaba lleno de sorpresas y era posible que continuaran las buenas nuevas.

\* \* \*

En su oficina, unas horas más tarde, Sophie intentaba en vano concentrarse. Su único pensamiento era Louis. Estaba inquieta y profundamente distraída,

frustrándose al darse cuenta de que realmente no conocía a la persona con quien había elegido compartir su vida. ¡Cómo era posible que Louis no le hubiera comentado nada! Seguramente porque se trataba de algo demasiado aberrante como para que ella lo supiera y lo aceptara. Le vino a la mente un gran deseo de enfrentarlo y preguntárselo directamente, cara a cara. Jamás habían existido secretos entre ambos. Ella debía saber qué pasaba más que nadie. Sin embargo no iba a aceptarlo



de ningún modo, de eso no tenía dudas. Pero antes debía estar segura de que realmente era Louis quien estaba involucrado con Amanda en el asunto. Luego vería cómo continuar. En ese momento estaba demasiado agobiada para resolverlo. Sus pensamientos se vieron interrumpidos.

—Sophie, hay alguien en recepción que desea hablar con usted, ¿lo puede atender?

—Dime, ¿quién es? —le preguntó a la encantadora recepcionista, al tiempo que

colocaba una mano sobre su sien, tratando de calmar la inminente migraña que sentía aproximarse.

—Me dice que es el abogado del Señor George Mc. Gregins.

“¡De Mr. Porsche, no puede ser!”, fue lo primero que pensó Sophie. Lo que menos necesitaba ese día era al dueño del auto que ella literalmente hizo añicos.

—Por favor, hazlo pasar a mi oficina. Gracias.

Sin pensarlo, Sophie llamó a su amiga Piper. Le contó quién había llegado

sorpresivamente, y le pidió que no permitiera bajo ningún concepto que Amanda se fuera a enterar. Además le suplicó que hiciera lo imposible por impedirle que ésta fuera a su oficina hasta que el abogado se retirara.

—Pierde cuidado, ahora esa tarea es pan comido para mí. Le pediré que venga a su “ex oficina” para mostrarle los bocetos de mi próximo artículo.

—¿Ya los tienes?

—Claro que no, pero ella no tiene por qué saberlo.

Todas y cada una de las chicas de Gorgeous Woman Magazine iban quedando paralizadas al ver pasar a este guapísimo y esbelto joven abogado mientras avanzaba por los pasillos hacia la oficina de Sophie.

—...y el traje que lleva seguramente es de algún reconocido modisto italiano... —decía Rachel embobada al verlo ante sus ojos.

—Seguramente sea de Armani; es el diseño que quiero que use Thomas para la boda —suspiraba Amy

embelesada, cabeza con cabeza junto a su amiga. Luego se separó de ella y le preguntó—: ¿Sabes quién es?

—No tengo ni la más pálida idea, pero me encantaría saberlo y que me lo presentaran... Está buenísimo. ¡Lo quiero para mí! ¡Para colmo es castaño y de ojos celestes... santo Dios!

—Qué pena que ni te registró —dijo Amy, pero enseguida se disculpó al caer en la cuenta de lo groseras que habían sonado sus

palabras—: Estamos muy escondidas aquí dentro de estas minúsculas oficinas, ¿no lo crees?

—En eso tienes razón, Amy, pero de todos modos un tipo como él jamás se fijaría en alguien como yo.

—Anda Rachel, no digas eso. Hablaremos con Chloë, así te aconseja el modo correcto de seducir a un hombre tan apuesto.

—A ti te dieron resultado sus consejos. Hoy mismo hablaré con ella. Mira, parece que se dirige a la oficina de Sophie. Tal vez

sea el representante de alguna marca prestigiosa... ¿No será alguien con quien mantiene una aventura?

—Ya lo averiguaremos.

\* \* \*

Finalmente golpeó a la puerta de la moderna oficina. Sophie lo hizo pasar del modo más cordial posible y lo invitó a tomar asiento. Estaba aún más intimidada que antes de su llegada, luego de ver la extraordinaria belleza de aquel joven abogado. Él, tan

atento y cordial como Sophie, le tendió su mano, apretándosela tan fuerte que ella disimuladamente tuvo que masajearla bajo el escritorio para calmar el dolor que le había causado. No pudo evitar sospechar que con ese gesto probablemente pretendía destacar su poder. “Este choque terminará con mis ahorros de años”, se dijo resignada.

—Soy el abogado Martin Courout. Represento al bufete de abogados Simon & Smith. He venido aquí en



nombre de mi cliente, el señor George Mc. Gregins. Imagino que sabe de quién hablo, ¿no es así?

—Claro que sí, cómo olvidarlo. Ha sido tan amable conmigo en el momento del choque.

—Bueno tal vez fue así, pero la situación ha cambiado, al menos es lo que tengo entendido —en ese momento se le dibujó una sonrisa en el rostro.

“Seguramente”, pensó Sophie, “se refiere a la tonta mentira que se me ocurrió hacerle”.

—Señorita Gatson, parece que de aquel hombre tan amable que usted recuerda no queda nada en absoluto. Usted ha cometido un gravísimo error. No le hablo en este caso del choque, sino de menospreciar la capacidad intelectual de mi cliente. Es por este motivo que él ha querido demandarla sin más. Sin embargo, en nuestro bufete tenemos como costumbre en primera instancia tratar de solucionar las cosas del modo más simple para ambas partes.

—¿Y cómo me sugiere que lo haga?

—Pagando los daños ocasionados al vehículo de mi cliente y los costos surgidos por el estrés emocional que debió transitar a causa del erróneo modo de actuar que usted ha tenido.

—Me parece razonable que deba pagar la tarifa del arreglo del coche, pero que tenga que hacerme cargo también de su "estrés emocional" es sinceramente una locura.

—Bueno, si eso es lo que

piensa... —dijo el abogado  
mientras se ponía de pie—  
...en unos días nos  
encontraremos nuevamente,  
pero en presencia de un juez.  
Buenas tardes.

Ya se encontraba en la  
puerta dispuesto a retirarse  
cuando Sophie, sin encontrar  
ninguna forma de evitar un  
juicio —lo que implicaba  
que su novio se enteraría de  
que ella era tan mentirosa  
como él— le pidió casi a los  
gritos que esperara un  
momento.

—¡No se vaya! Tome  
asiento nuevamente, por

favor. No me ha dicho aún cuál es el monto del que hablamos.

El apuesto abogado abrió una finísima agenda de cuero que traía consigo, sacó un listado y se lo entregó a Sophie.

—Analícelo, mañana la llamaremos para tener una audiencia y ver qué decisión ha tomado.

Parecía que un tren hubiera pasado por encima de Sophie. No pudo siquiera acompañarlo hasta la puerta, ni tenderle la mano de forma cordial. Quedó allí, tirada en

su sillón, con la vista clavada en la abismal cifra que se reflejaba al final de una gran cantidad de gastos y costos de materiales ocasionados por el maldito choque del Porsche 911 Turbo.

—SOPHIE, debes venir ya mismo a mi oficina. Quiero que veas esto antes de encontrarnos con Elle. Es increíble la gran coincidencia del mail que me enviaron luego de que saliera mi último artículo... ¿Recuerdas que te lo comenté? Con todo este asunto del edificio Cosmopolitan... —al ver que su amiga parecía estar ausente al otro lado de la

línea, Piper le preguntó—: Sophie, ¿te encuentras bien?

—Sí, estoy bien, tan sólo siento que todo esto me supera... En unos minutos estoy allí. Es un día especial, sabes, han transcurrido demasiadas cosas y siento que no puedo más.

—Anda Sophie, todo estará bien.

—Bien para ti, que te has conseguido un ascenso inimaginable para cualquier periodista neoyorkina, pero para mí, ya verás... todo pinta negro. La persona con la que duermo cada noche y



de la que estoy profundamente enamorada, parece ser un mafioso o algo parecido... y recién me ha sucedido algo que no vas a poder creer. Ya voy para allá. Por favor pídele a tu secretaria un té de tilo para mí.

\* \* \*

—¿Qué te ha sucedido Sophie? Recién cuando hablamos sonabas realmente extraña, y ahora que te veo, te encuentras muy pálida... ¡Luces terrible!

En ese momento entró la secretaria con el té para Sophie.

—Bueno, gracias por darme ánimo. ¿¡Cómo quieres que me encuentre!?! —dijo desesperada—. Ha venido el abogado del señor Porsche y me ha sugerido, chantajeándome, que no iniciarán una demanda legal contra mi persona si pago los costos ocasionados al coche y el daño psicológico que le causamos al gordo tonto y pelado.

—¡Sophie, tú nunca hablas de ese modo! Trata de

calmarte, toma tu té de tilo...  
Antes que nada, ¿de qué  
monto estamos hablando?

—¡Ciento diez mil!

—¡No puede ser!

—Ya lo sé, es una locura,  
pero si no los pago en diez  
días hábiles... estoy perdida.  
Louis se enterará de todo: la  
demanda irá dirigida a él.

—¡No lo había pensado!  
¡Es un horror! Lo  
demandarán porque  
chocamos con su  
camioneta... podrían  
embargarle sus bienes y...

—Y nada Piper, no se  
enterará. Los pagaré con mis

ahorros.

—Yo te ayudaré. Ahora que ganaré más dinero, en cuanto tenga ese monto te lo daré. Despreocúpate. No es justo que pierdas los ahorros que has logrado hasta ahora... para eso somos mejores amigas.

—No puedo permitírtelo, es una locura.

—Es mi locura. Además debemos aprovechar esta oportunidad porque te aseguro que por más que este salario anual que negocié sea fantástico... no durará mucho tiempo. No

aguantaré demasiado aquí. Quiero ser una periodista seria. Esto no es para mí. Mi sueño es trabajar para el *News Now*. Basta de complicarnos con cosas que nos amargan la vida... —y, cambiando de tema, agregé señalando el ordenador—: Mira esto. ¿Recuerdas que te comenté que me enviaron un mail? Como aquel día eran demasiados los que habían llegado, lo leí por la mitad. Quiero que lo leas rápidamente ahora, por favor. Ya son las cuatro menos cuarto y pretendo

llegar puntual al Café Angelique.

—¡Me encantaría!... pero antes déjame agradecerte por tu gesto, realmente no debes hacerte cargo. El error fue mío.

—Yo también estaba allí. ¿Lo recuerdas?

—Claro que lo recuerdo, pero fui yo la que choqué... ¡Te quiero Piper!

—Y yo a ti... pero anda, fíjate en el ordenador, he dejado el correo para que lo veas.

Luego de que Sophie leyera la primera parte del

correo electrónico que Piper ya había leído, volvió a hacerlo pero esta vez en voz alta y sólo la última parte, que resultaba ser muy interesante:

Me encontraba junto a mi jefe en un edificio muy antiguo. Estábamos preparando los últimos documentos para proceder a su derrumbe. En un momento, él se retiró a hablar por su móvil e inesperadamente llegaron unos inspectores. Estaba muy nervioso. Yo quedé

sola en una habitación (en donde aún había algunos muebles abandonados) sin saber qué hacer, ya que no podía salir de allí hasta que los inspectores se retiraran.

Esperando que mi jefe terminara de hablar con ellos, encontré un pequeño escondite en la pared. Este estaba tras un cuadro que cayó al piso inesperadamente cuando intenté acomodarlo, ya que estaba torcido (soy un poco exquisita con el orden). La cuestión es que me dio un gran susto cuando cayó al



piso. Luego me percaté de que esto había sucedido porque alguien lo había quitado de allí para sacar algo y no lo colocó correctamente en su lugar. No sé quién pudo ser. Allí estuvo mi jefe junto a otros inspectores, pero también había estado solo. Por eso creo que fue él quien lo vio antes que yo. Bueno, no sé por qué le digo todo esto. Como siempre, hablo de más. El caso es que encontré allí algo que nadie vio antes, y mi jefe también lo pasó por alto. Era un hermoso

anillo: igual al que usted publicó. Adentro tiene el nombre de un hombre y de una mujer con una fecha muy antigua. Junto con él había una carta.

Me interesaría enseñárselo. Realmente me haría mucha ilusión que usted lo viera. Lo que debo confesar, y sé que no estuvo nada bien de mi parte, es que me lo guardé. Lo mismo hice con la carta. En ese momento consideré que tampoco le pertenecía a él. Pertenece al Estado, ya que el edificio no tiene dueño

aparente hasta dentro de poco, cuando pertenezca a la empresa para la que trabajo.

Sin más la saluda atentamente,

Ruth Sting

P.D: Espero con ansias una rápida respuesta de su parte. Le agradezco se dirija a mi correo electrónico personal, que es el mismo con el cual me he comunicado con usted.

—¿Qué me dices?

—Que no sé por qué lo has relacionado con el edificio. Tu sabes la cantidad de edificios rascacielos que hay en Nueva York. Además ni siquiera menciona que sea un rascacielos. Yo no perdería el tiempo.

—Tienes razón. Estoy tan emocionada con todo esto que hasta que no llegue al fondo del asunto no pararé. Por suerte te tengo a ti Sophie, que eres mi cable a tierra... Yo veo posibilidades por todas partes.

—¿Qué te parece si nos

vamos al café? Sabes que a tu hermana no le gusta esperar. Además parece que tiene muy buenas noticias para nosotras.

AL llegar al 49 de la calle Grove y ver su cafetería preferida, Piper sintió instantáneamente una oleada reconfortante de placer.

Desde que descubrió aquel lugar en Greenwich Village, encabezaba su lista de lugares predilectos. Su cálida decoración exterior incluía un hermoso par de bancos resplandecientemente blancos, en contraste con los

típicos toldos color borra de vino que le daban el toque particular y característico que atrajo su atención desde un primer momento. Pero luego, cuando ingresó por primera vez al amplio y cómodo salón, se sintió cautivada por completo: imposible no hacerlo al sentir el suave y penetrante aroma del café, mezclado con los sutiles y particulares toques de las distintas combinaciones —elaboradas artesanalmente—, y de las especias y frutas que utilizan en su exclusiva pastelería y

que efectivamente logran activar al instante los sentidos de sus clientes.

Son incontables la veces que Piper y Sophie han compartido, juntas o por separado, sus vidas allí. Cuando Piper necesita concentrarse, o hacer volar su imaginación para lograr crear su columna semanal, es allí adonde acude. Si encuentra una mesa libre junto a la ventana, se sienta en una de las tantas bellísimas sillas de hierro forjado con forma de corazón en su respaldo. En



los días en los que no logra obtener la inspiración necesaria y no puede escribir, pasa horas mirando a la gente pasar mientras disfruta de un delicioso y único *caffè latte*, decorado ingeniosamente con un exclusivo diseño con espuma. Y como por arte de magia, incluso en sus días más difíciles, repentinamente aparece una idea y la plasma en una hoja de la libreta que lleva siempre consigo, para pasarla más tarde a su ordenador personal.

Luego de que su novio la hiciera pasar por aquel terrible mal momento frente a sus amigos, cometió el error de no acudir como de costumbre al Café Angélique, y tuvo que crear rápidamente en su oficina — y no en aquel lugar tan inspirador— el artículo referente a su compañero de oficina irlandés y al anillo de Claddagh, que felizmente resultó ser la causa del ascenso en su carrera profesional.

Junto a la ventana, escribiendo como de

costumbre, estaba Elle  
sentada en una pequeña  
mesa para tres personas.

—Seguramente —  
comentó Sophie— tu  
hermana está muy inspirada,  
porque no nos ha visto aún.

—Te puedo asegurar que  
es así. Hace tan sólo unos  
días finalizó su último libro,  
y ahora su mente se ha  
convertido en una verdadera  
varita mágica: todo lo que  
imagina lo escribe en sus  
fabulosos manuscritos, para  
luego regalarle al mundo  
entero el placer de leer sus  
obras maestras, que nos

remontan a grandes escritores como...

—Jane Austen.

—¿Cómo supiste que iba a nombrarla?

—Simplemente porque es quien me vino a la mente al imaginar una escritora con su estilo literario.

—Luego se lo diremos, le encantará saber lo que tú piensas... es una de sus escritoras favoritas — comentó sin dejar de mirar con orgullo hacia donde estaba su hermana, quien en ese preciso momento notó la presencia de ambas. Las

abrazó con cariño, primero a Sophie y luego a Piper.

—¡Qué alegría me da que ambas pudieran venir, estaba muy ansiosa esperando que llegaran! Tengo muchas cosas que decirles, y que estoy segura les van a interesar.

—Imaginarás cómo estamos nosotras, sólo de saber que tienes novedades. Hemos tenido que postergarlo todo y venir aquí lo antes posible —le dijo Sophie al tiempo que se sentaba junto a ella.

—¿Y cómo hicieron con

Amanda? —preguntó Elle.

—Bueno, de eso también quería hablarte —le dijo Piper—. Hoy, luego de que le planteara mi disconformidad con mi trabajo, reaccionó de un modo increíble...

En ese momento llegó la camarera y se dirigió a Elle, a quien sólo había traído un café hasta entonces. La interrumpió muy cordialmente y preguntó si podía tomarles la orden.

—Sí por favor —contestó amablemente.

Cuando les quiso entregar

el menú, las tres se negaron: ya sabían perfectamente lo que querían ordenar. “Ventajas de venir siempre al mismo sitio”, acotó Piper, que pidió lo de siempre: su clásico *caffè latte* con un delicioso y crocante *almond brioche*. Sophie pidió lo mismo para tomar, pero con un *ham and swiss croissant*. Y por último Elle, fanática del buen café, ordenó el irresistible café de la casa con un *blueberry muffin* para acompañarlo.

—Como imaginarás —dijo Piper a Elle retomando la

conversación—, Sophie ya está al tanto de todo.

—Y aún estoy en shock. Prepárate para lo que vas a escuchar —le adelantó Sophie, al tiempo que ambas se miraron cómplices y sonrieron; luego Piper continuó contándole a su hermana cuál era aquel cambio tan drástico en su vida laboral.

—A partir de hoy me manejaré de un modo diferente en la revista. Puedo entrar y salir de allí cuando quiera. Además de una cantidad enorme de



“atribuciones” que podré tomarme, que antes no hubiera imaginado ni en sueños.

—¿Como cuáles? — preguntó sonriente y sin lograr entender del todo lo que su hermana decía.

—¡Mi oficina pasó a ser la que ocupaba ella, y mi sueldo se fue de una sola vez al cielo... o más allá! — Creyendo que su hermana menor bromeaba, Elle miró a Sophie, quien asentía con la cabeza.

—¡No te lo puedo creer! ¿Tú ocuparás su oficina?

Pero eso es imposible, tu jefa jamás haría una cosa así. ¿Cómo lo lograste?

—Simplemente porque se sintió en apuros al ver que su periodista más requerida en la revista estaba a un paso de renunciar —respondió Sophie por Piper—. Pero Elle, ¿por qué mejor no le preguntas lo que ganará?

Moviendo su cabeza y mirando rápidamente a su hermana menor, sorprendida por lo que escuchaba, Elle esperó la respuesta; pero en ese mismo instante llegó la camarera con parte del

pedido. Elle sintió una gran intriga, pero sabía que tenía que esperar a que ésta se retirara para enterarse del que quizás sería un monto asombroso. Piper comenzó a reír, sin poder aún creérselo a sí misma, y una vez que se retiró la camarera, le dijo:

—Dos millones al año, ¿puedes creerlo? Pero quiero que sepan desde ya que si todo continua como hasta ahora, no creo que permanezca mucho más tiempo trabajando allí. Siempre he pensado que el dinero no lo es todo, hace

falta ser feliz y sentirse a gusto con lo que uno hace.

—Bla, bla, bla —la interrumpió su amiga—. No puedes hablar así. Quiero creer que aún no has reaccionado y por eso dices semejante disparate. —La mayoría de las veces Sophie se sulfuraba por la escasa ambición de su amiga. No lograba entender que Piper viera al éxito en otro lugar, y no específica y únicamente en el dinero.

—Claro que he reaccionado, y por supuesto que me alegra que me hayan

ascendido tan rápidamente. Pero en mi interior, aunque les parezca increíble, este ascenso no logra que yo me sienta realizada trabajando para esa revista. El contenido, la poca información que brinda, la carencia de valores, todo eso hace que me sienta así. En este tipo de revistas queda en evidencia la creciente falta de cultura y de educación de las personas, que inevitablemente provocará el deterioro general de la sociedad. Al pensar en eso se me pone la

piel de gallina.

—En eso estoy de acuerdo contigo, Piper —le dijo Sophie con una suave sonrisa en sus labios. Sabía que aquel tema preocupaba mucho a su amiga: lo habían hablado infinidad de veces —. Pero también debes entender que existe este tipo de revistas porque hay mercado para ellas. No sólo a nosotros nos interesan los chimentos, sino que hoy en día también a los periodistas serios les pasa lo mismo. Incluso en los noticieros y en los diarios hay menos

información y más espacio para secciones de espectáculos y asuntos banales, que nada tienen que ver con lo que usualmente veíamos.

—Es justamente eso lo que más me preocupa. Es como acabas de decir: tal vez si no fuera así, perderían clientes. No queda otra opción que ir para el lado que determina el mercado. Veremos qué sucede dentro de unos años, cuando esto estalle. Porque seguramente es lo que sucederá. Las personas deberían nutrir su alma y

acceder a la cultura de otro modo, no con lo que los periodistas creemos que es hoy por hoy lo correcto.

—Bueno, la verdad es que te felicito Piper, no sabes cuánto me alegro por ti, realmente te lo mereces — dijo Elle refiriéndose a la nueva situación de su hermana—. Escribes columnas fascinantes, y poco a poco estás viendo que se te recompensa por tu valioso trabajo... aunque también entiendo tu postura, y lo que dice Sophie. Mi consejo es que a pesar de



todo lo que te está  
sucediendo —que de más  
está decirte es maravilloso—  
nunca pierdas tus  
convicciones. Siempre  
persigue tus sueños. Yo creo  
fervientemente que mereces  
un puesto en el que sientas  
que puedes plasmar tus ideas  
verdaderas. Sé que lo  
lograrás. ¡Vas por buen  
camino mi querida  
hermanita! ¡Nuestra abuela  
estaría orgullosa de ti, es del  
modo en el que fuimos  
educadas!

—Muchas gracias, qué  
haría sin ustedes... ¡mmm

esto está delicioso! —  
exclamó Piper al tiempo que  
saboreaba su primer bocado  
del irresistible almond  
brioche, limpiando  
delicadamente su boca con  
una servilleta. Cambiando  
de tema, le preguntó a Elle  
—: ¿Cuáles son las  
novedades que tienes para  
darnos?

—Luego de que me  
comentaran sobre las cartas  
de la poetisa Kate  
Hemstitch, llamé a mi  
amiga. ¿Recuerdan que les  
dije que ella era una gran  
admiradora de su literatura?

—Claro que sí. Yo confieso que desde que leí su poema y la carta que le escribió a Gustavus, fui a la biblioteca en busca de su obra. También leí algunos de sus poemas en internet. No puedo entender cómo nunca había escuchado antes sobre ella —al decir esto, Sophie mantenía la taza cerca de su rostro con una mano, para de ese modo poder continuar bebiendo su caffè latte.

—Yo también he estado investigando en internet —agregó Piper—, pero no hay información sobre la familia

Hemstitch. Parece realmente un tema tabú. ¿Cómo es posible que no se sepa nada de ellos? Aunque pensándolo bien, ¿recuerdas Sophie lo que vimos hoy en el ordenador de Amanda?

—Sí, todo aquello sobre la Torre Cosmopolitan.

—¿El antiguo rascacielos del número uno de la Avenida Madison? — preguntó Elle, sin poder conectarlo con lo que hablaban.

—Sí, ese histórico edificio. No me preguntes aún cómo, pero tiene

muchísimo que ver con las cartas que por algún motivo o por error llegaron a mi oficina.

—Hoy hurgamos en el ordenador de Amanda —le aclaró Piper a su hermana.

—¿Ustedes han enloquecido! ¿Qué hubiera sucedido si las hubiera visto?

—¿Recuerdan que hace un momento mencioné el valor que doy a mis convicciones? Bueno, todo este asunto me apasiona, y me incita a continuar investigando. Siempre he pensado que las

cosas de la vida suceden por algo... veremos qué hay detrás de todo este asunto.

—Yo pienso igual que tú Piper —le dijo su hermana—. Pero deberían contarme qué es lo que vieron en el ordenador. Tal vez logremos conectarlo de algún modo con todo lo que sabemos hasta ahora.

—¡Ahora entiendo lo que dices, Piper! —exclamó Sophie, que se había quedado pensando en la investigación que Amanda había solicitado—. El dueño del edificio Cosmopolitan

era de apellido Hemstitch.

—Así es. ¿No será el padre de Kate? —en ese momento Elle encendió su tablet personal, en donde tenía toda la información que le había brindado su colega.

—Enseguida les digo cómo se llamaba, mi amiga me lo ha dicho... Aquí está: ¡Bingo! Efectivamente era su padre. ¿Se dan cuenta de que las cartas están directamente conectadas con Amanda y, por ende, ella sabe todo lo que estamos descubriendo?

—Por cierto —agregó Sophie—, es seguro que Louis... también lo sabe. No entiendo por qué no me ha querido comentar nada al respecto.

—Sophie, no quiero que te preocupes aún más pero, ¿recuerdas que cuando husmeamos en el ordenador de Amanda, decía que la familia había muerto trágicamente? Tal vez ella se esté aprovechando de la desdicha que padecieron hace tantos años para apropiarse del edificio. Por eso Louis no te ha querido



comentar nada: ella se lo debe haber prohibido.

—Ahora que hablas de esa tragedia, recuerdo que mi amiga me contó lo sucedido —dijo Elle.

—¿Qué les sucedió? — preguntaron ambas casi al unísono.

—Nunca pudieron comprobarlo. Imaginen que en esa época no había tantos recursos como hoy en día para descubrir un crimen. Pero parece ser que Paul Hemstitch tenía un importante competidor en los negocios al momento de

comprar el terreno para construir el edificio... un tal Boothe, tan despreciable y mala persona como él — Sophie y Piper, intentando no atorarse con lo que tenían en sus bocas, se miraron y abrieron los ojos tan grandes como platos.

—¿Qué sucede? —les preguntó Elle.

—¿Dijiste que el apellido era Boothe?

—Así es. Robert Boothe, para ser más exacta —al decirlo, le dio un vaso con agua a Piper—. Toma un poco, trata de calmarte.

—Lo que sucede es que el novio de Amy, una de las principales asistentes de Amanda, se apellida así —le dijo Sophie al ver que su amiga no podía hablar: tenía los ojos enrojecidos y llenos de lágrimas porque se había atorado y le costaba respirar —. Y para colmo de las coincidencias, tiene una empresa constructora. Tal vez las cartas no estaban dirigidas a Amanda, sino a Amy.

Elle, que aún no podía creer lo que escuchaba, giró su mirada rápidamente hacia

Sophie, que al parecer sabía algo más, ya que puso rápidamente una mano sobre su rozagante mejilla, en un gesto de sorpresa. Piper comenzaba a recuperarse.

—¿Piper, recuerdas el mail que recibiste de una lectora?

—¿Cuál de todos? Recibo cientos de ellos... ¡Ah, ya sé cuál!

—exclamó inmediatamente al comprender a qué se refería Sophie.

—Sí, el que te envió la secretaria de una empresa constructora —dijo mirando a ambas, y de algún modo

poniendo al tanto a Elle—. Al parecer no contenía nada relacionado con este asunto, nada importante; hablaba sobre algo que había encontrado en un edificio que iba a ser demolido... — al decir aquello, asentía con su cabeza y levantaba las cejas, dando por entendido que se trataba del mismo rascacielos del que estaban hablando— ...un anillo de Claddagh, igual al que mencionabas en el artículo. Deberías chequear nuevamente tu ordenador y releer su mail. Ella

mencionaba que el anillo tenía grabado dos nombres. ¿Recuerdas que Gustavus era irlandés? ¿No será que él se lo envió a Kate, y su padre lo escondió al igual que lo había hecho con las cartas?

—¡Esto es increíble! Debo reunirme lo antes posible con esa chica. Me dijo que trabajaba para una empresa constructora.

En ese momento, Sophie y Elle no pudieron ocultar su sorpresa ante esta nueva coincidencia.

—Si esa chica que te envió

el mail llegase a trabajar para la empresa del novio de Amy —dijo Sophie—, entonces sí que no entiendo nada. ¿Quién está tras el edificio? ¿Mi novio y Amanda... o Thomas Boothe?

*Nueva York, abril de 1912*

El puerto internacional de Nueva York está repleto de personas, tanto inmigrantes que acaban de abandonar sus buques y pisan por primera vez tierras Americanas, como así también vendedores ambulantes que intentan aprovechar la oportunidad de estafar a los



recién llegados. Kate, junto a su amigo Richard Sweeney —a quien conoció por intermedio de su novio— corren a toda velocidad entre las personas. Parece que finalmente lo están logrando. Hace pocos días que Kate ha creado un plan de escape para engañar a su padre y poder huir a los brazos de Gustavus. Ya han pasado dos años del nacimiento de su niño, y desde aquel momento no volvió a ver a ninguno de los dos. No ha recibido ni siquiera una carta, y su

amigo tampoco; pero de todos modos se está arriesgando a dejar su cómodo pasar para ir finalmente tras ellos. Había intentado escapar en un primer momento, pero sus esfuerzos fueron en vano: el padre de Kate, el señor Paul Hemstitch, había contratado una persona para vigilarla día y noche. La madre de Kate ha implorado a su esposo infinidad de veces para que le quite ese peso de una vez por todas. Pero para Paul Hemstitch eso es imposible: teme que de ser

así su hija desaparezca para siempre.

Sin embargo, parece que finalmente va a lograrlo. Le han permitido salir para acudir a un baile de salón junto a sus amigas; es algo que ella detesta pero que puede ser la única oportunidad que tenga para escaparse. No le ha escrito sobre esto a Gustavus, temiendo que su padre pudiera leer sus cartas. Finalmente descubrió que él siempre había interceptado su correspondencia e impedido que las cartas de

su amado llegaran a sus manos. Y había actuado con la ayuda de un cómplice. Se trataba de Grace, la institutriz, a quien Kate siempre le había entregado confiadamente las cartas luego de las clases semanales de piano. ¿¡Cómo no se había dado cuenta antes!?

\* \* \*

Kate resolvió tenderle una trampa a su padre. La última carta que le escribió a Gustavus era una despedida.

En ella le decía que finalmente había dejado de amarlo y que se había dado cuenta de que sus padres tenían razón: el amor de ellos era imposible y ella merecía algo mejor para su vida. Sin poder creer lo que escribía, dejándose llevar por su gran imaginación, le contó que últimamente había comenzado a salir con amigas y que, yendo cada semana a un salón de baile, había conocido a un apuesto joven. Por eso, con esta carta daba por terminada la relación. Lo último que le

pidió fue que criara a su hijo, ese niño que jamás tendrían que haber tenido juntos.

Esta era la carta ideal que su padre disfrutaría leyendo, pensó Kate. De ese modo, y si todo salía bien, tal vez podría finalmente confundirlo y escapar. Como última evidencia de su ruptura, se quitó el hermoso anillo de Claddagh que Gustavus le había obsequiado —en el que se había gastado la totalidad de sus ahorros y en donde aparecían grabados sus

nombres— y lo colocó en el sobre. Sabía que haciendo esto sus padres creerían la historia.

—Toma Grace. Por favor, envíala por correo lo antes posible. Definitivamente he decidido comenzar una nueva vida.

—¡Oh, señorita Kate, cuánto me alegro por usted! Ya ha sufrido demasiado... Sé que no es asunto mío pero, ¿y su anillo? Veo que no lo lleva puesto como de costumbre.

—Como te he dicho, a partir de ahora mi vida

cambiará. Ha llegado el momento de brindarle a mi alma un poco de tranquilidad. Es por esta razón que he decidido dejar mi pasado atrás y darle una nueva oportunidad a mi corazón herido.

—Hace usted muy bien señorita, esos ojos ya han derramado demasiadas lágrimas. Me alegro muchísimo de que finalmente haya recapacitado.

Luego de que Grace hiciera una reverencia, como de costumbre, y se retirara



de la iluminada sala en donde tenían lugar las clases, Kate suspiró mientras negaba con su cabeza entre lágrimas, al saber que era engañada por la persona en quien había confiado plenamente.

Corrió sollozando en silencio hasta su recámara, ubicada en el segundo piso de la gran mansión donde vive junto a sus padres y a los cinco empleados de la servidumbre. Se sentó en su pequeño escritorio de roble y escribió uno de sus poemas más hermosos, “El

recuerdo vivo”. Este poema no sería leído nunca por nadie, excepto por su padre, quien al encontrarlo lo escondió junto con el anillo. El destino quiso que Kate no lo agregara a la pequeña carpeta que contenía todos sus otros poemas ordenados cronológicamente, y permaneció oculto por cien años.

## *El recuerdo vivo*

*Te llevo en el recuerdo*

*en mi mente estás*

*de recuerdos*

*hoy ya desvanecidos...*

*tú no lograste escapar*

*porque eres materia viva*

*¡en ella siempre vivirás!*

*Días...años...transcurrieron*

*no sé...no los he de contar*

*llegarán y se irán otros años*

*más de mí...*

*¡tú no te has de librar!*

*y hemos de estar siempre  
juntos*

*como la roca está junto al  
mar.*

Luego de guardarlo, salió al jardín de su casa a disfrutar de la cálida tarde de primavera. En ese gran espacio al aire libre, buscó la

frescura bajó un  
hermosísimo rosal blanco,  
que además de la sombra le  
regalaba un delicioso aroma  
especial. Se sentó en una de  
las sillas blancas de hierro  
forjado, con un libro en sus  
manos: *The Secret Garden*  
de Frances Hodgson  
Burnett, uno de sus autores  
preferidos. Trató de  
concentrarse en el libro pero  
no pudo. Y mientras pensaba  
en su plan para escapar,  
sintió que el mayordomo  
John se acercaba.

—Señorita Kate, disculpe  
que la interrumpa —le dijo.

—No hay problema, por favor dígame usted.

—Ha venido a visitarla la señorita Julie, ¿me dice usted si la invito a pasar?

—Por supuesto John, ya sabe usted que Julie es más que bienvenida a mi hogar.

—El señor Hemstitch no opina lo mismo. Seguramente se enfadará si sabe que le he permitido ingresar —las palabras se le entrecortaban. Aquella situación ponía demasiado nervioso al fiel mayordomo.

—Mi padre ya no se enfadará más por ese

motivo. Le agradezco cumpla mis órdenes y la haga pasar inmediatamente... Por favor envíeme lo antes posible una jarra de té helado, con dulces. Hoy adelantaré mi rutina diaria, debo salir en una hora.

—Como usted diga, señorita Kate. Con su permiso.

Luego de que el impertinente mayordomo se retirara, puso sus ojos en blanco y, deseando que su madre no fuera a llegar de sus tardes de bridge antes de lo planeado, se sintió

reconfortada al saber que al menos su gran amiga y aliada había ido a verla. Con ella, seguramente sería más fácil acudir al distrito Five Points en el bajo Manhattan. Para Julie nada era imposible y mucho menos pasar desapercibida en los peligrosos barrios donde vivían los inmigrantes irlandeses, los más pobres que Nueva York haya visto alguna vez. Allí debía encontrar al amigo de su novio para confirmarle que finalmente estaba lista para escapar.



Al ver llegar a su amiga luego de tanto tiempo — debido al estricto impedimento dispuesto por su padre— salió corriendo a recibirla.

—¡Qué alegría me da verte!

—¡Oh Kate, no imaginas lo feliz que me siento de que finalmente me hayan permitido ingresar! ¡Qué delgada que estás! Bueno, la última vez que te vi aún estabas encinta, ¿lo recuerdas?

—Claro que lo recuerdo, necesitaba más que nunca

tenerte cerca. Eres una hermana para mí. Te necesité demasiado en el momento de dar a luz y mis padres no permitieron que estuvieras a mi lado.

Kate no pudo resistir la emoción que aquel recuerdo le causaba y se quebró. Lloró desconsoladamente, como nunca antes lo había hecho. Necesitaba desahogarse, la angustia que sentía se había ido acumulando día a día durante esos dos largos años. Julie le acarició la cabeza y le dio aliento, diciéndole lo

fuerte que había sido durante todo ese tiempo y asegurándole que en poco tiempo su calvario finalmente terminaría. Luego, Kate continuó expresándole lo que sentía, un poco más calmada.

—Yo necesitaba más que nunca que vinieras, pero me persiguen vaya adonde vaya, día y noche. Mi padre me ha puesto vigilancia permanente. Pero ayer, cuando tuve que ir a reunirme con mis “amigas”, ya sabes, a casa de la señorita Margaret, me llevé

la sorpresa de mi vida. Una de tus damas de compañía había ido a llevarle a la anfitriona un recado tuyo. Al verla en el hall de entrada, me disculpe ante ellas para ir al toilette, y allí escribí rápidamente la carta que te envié. Luego salí y se la di muy disimuladamente en el momento que pasé a su lado; ella estaba a la espera de un paquete que debían enviar para ti.

—No podrás creerlo... Yo también había sido invitada, pero tu madre, al enterarse, se excusó diciendo que tú no

irías si yo también estaba invitada —al decir aquello, Julie negaba con la cabeza sin poder creer el aberrante actuar de Lady Hemstitch.

—¡Pero cómo es posible que mi madre haya llegado tan lejos!

—Ya lo sé, pero las cosas son así Kate. Ella sabe cuánto te aprecio y lo importante que eres en mi vida. También sabe que soy capaz de hacer lo imposible para que puedas encontrar la felicidad —los ojos de ambas estaban desbordados de lágrimas—. Ahora dime,

¿ese hombre espera fuera en cada lugar adonde vas?

—Así es, pero justamente mañana es su día libre y eso me viene de maravillas. Julie, escucha muy atentamente todo lo que voy a decirte... Estoy muy nerviosa... Debemos apurarnos... Si mi madre te llega a ver aquí, no podremos hacer lo que tengo planeado para mañana.

—¿De qué hablas Kate? Anda, dime: ¿qué te traes entre manos?

En ese momento llegó una de las chicas que trabaja en

la mansión Hemstitch con una pesada bandeja de plata, llevándoles la fresca jarra de té helado y los dulces que Kate había ordenado minutos antes. Ambas se mantuvieron en silencio momentáneamente. No querían que nadie las escuchara. El plan que tenía Kate debía permanecer en secreto.

—Mañana a las tres de la tarde en punto me escaparé definitivamente de aquí. Trataré de encontrar al amigo de Gustavus, ¿recuerdas a Richard

Sweeney?

—¡Cómo no recordar a Dicky —exclamó la joven con una pícara risa—: es el irlandés más apuesto que he visto alguna vez!

—Mejor aún que lo recuerdes, porque mañana, cuando logre huir de esta maldita casa, debemos encontrarlo. No es para nada fácil ir al lugar en donde vive. Si todo sale bien y lo encontramos, él sabrá cómo tengo que hacer para escapar de Nueva York sin que mi padre me encuentre antes.

—No sabes lo feliz que me



hace que finalmente haya llegado este momento. Debes tener mucho cuidado. ¿Cómo sabes que no te atraparán antes?

—Bueno, de eso no estoy segura, pero he averiguado y mañana zarpa un buque para Irlanda, al atardecer. Aún no sé cómo hacer para subir a él sin que nadie me vea. Dicky es la persona indicada para ayudarme, pero debemos encontrarlo antes y luego llegar a tiempo al buque.

Ambas permanecían agarradas de las manos, muy cerca una de la otra. No

podía haber posibilidad de error en el plan de escape, de lo contrario la última carta que se jugaba la bella joven americana habría fracasado y jamás lograría reencontrarse con el gran amor de su vida y su pequeño hijito.

—¿Qué es lo que necesitas que haga? —preguntó Julie—. Sabes que haré lo que desees.

—Ya lo sé, por eso he recurrido una vez más a ti. Antes que nada necesito que me prepares, a escondidas de tus padres, una maleta con

prendas tuyas, para que yo pueda llevar algo de ropa conmigo. Yo he podido ahorrar, pero necesito que me des todos tus ahorros. La crisis en Irlanda es muy grande; seguramente Gustavus y mi pequeño estén pasando momentos muy difíciles y quiero llevar dinero para lograr que tengan un mejor pasar, al menos por un tiempo. El país está atravesando momentos conflictivos. Los obreros recientemente sindicalizados se rehúsan a su afiliación salarial y están

promoviendo huelgas.

—Claro que haré eso por ti, pero no creo que estén pasando hambre... Trata de tranquilizarte. Debes pensar que en la pequeña villa de Claddagh viven pescadores... Nada tiene que ver con lo que tú dices.

—¿Y cómo lo sabes? — preguntó Kate al tiempo que bebía rápidamente un vaso entero de té helado.

Su amiga tenía razón: debía tranquilizarse, tratar de respirar pausadamente. El calor era insoportable y eso no ayudaba, pero no podían

entrar en busca de un ambiente más fresco ya que se arriesgarían a ser escuchadas.

—He recibido muchas cartas de tu novio. Está desesperado, no entiende cómo es posible que no le escribas: teme que te hayas olvidado de ellos. Yo no sabía si tus sentimientos efectivamente habían cambiado, me costaba creerlo... Decidí responderle contándole lo que me sucedía y que no podía darle novedades tuyas porque hacía mucho tiempo que no

sabía de ti.

En ese momento Kate confirmó definitivamente que ninguna de las cartas que le había escrito al hombre por quien continuaba viviendo llegaron a destino: Grace se las entregaba a su padre.

Inesperadamente, sintieron gritos desde el interior de la mansión. Era su madre.

—¡Oh, por Dios! — exclamó Kate—. Debes irte lo antes posible, seguramente el maldito mayordomo le ha contado de tu presencia aquí. Vamos a

entrar. Quédate tranquila, yo le diré que tú viniste a visitarme, y simularé estar enfadada por ese motivo. Ellos creen que finalmente he cambiado y que estoy feliz con las decisiones que han tomado para asegurarme un mejor futuro.

—Está bien, Kate. Te espero mañana a la hora acordada en la puerta de la mansión de la familia Long. Por favor trata de relajarte, todo saldrá bien. Te pondré en el equipaje un hermoso vestido para que Gustavus, al verte, se enamore aún más

de ti... aunque pensándolo bien, mi adorada Kate, no necesitas ninguna prenda que te haga brillar. Tienes luz propia, eres especial, y ese joven irlandés lo sabe y está loco por ti. Mañana te daré todas las cartas que me envió preguntando por ti.

—¿Y qué le dijiste de mí?... ¡hace tanto tiempo que no nos vemos!

Habían caminado unos pasos y se detuvieron. Kate quería escuchar de boca de su amiga y confidente todos los detalles y saber cómo se encontraban Gustavus y el



pequeño Oliver.

—Le dije lo que pensaba, y que es la verdad. Él ya imaginaba que tú tampoco recibías su correspondencia.

—¿Qué te ha dicho de Oliver?

—Que es un hermoso niño, muy feliz y que goza de muy buena salud. ¿Sabes una cosa? Es muy parecido a ti... dice que finalmente le ha crecido el cabello y que es rojizo como el tuyo. Gustavus le habla mucho de su mamá. También me ha contado que, al igual que a él, le gusta tocar el violín.

¿Lo imaginas? ¡Un niño de dos años con un violín entre sus manos!

—¡Mi pequeño hombrecito, cuantas ansias tengo de tenerlo en mi regazo y besarlo! No existe nada en el mundo que sea tan difícil de sobrellevar como no poder ver, tocar, y sentir al ser que ha crecido en tu vientre y por el que lo darías todo. ¡Siento que no lo puedo resistir más, Julie! Si mañana mi plan no da resultado, no sé lo que haré... ¿Cómo es posible que mi propia madre no pueda

comprenderlo? Sabe lo terrible que ha sido para mí estar separada de mi niño, pero sin embargo cada vez parece ponerse más en mi contra: ya ni siquiera le puedo hablar del tema, me evade continuamente.

—Escúchame por favor Kate. Mañana todo ese sufrimiento insoportable acabará finalmente —Julie intentaba animar a la desdichada Kate con palabras de aliento—. Haz un pequeño esfuerzo ahora y trata de que ella no sospeche nada. Yo le avisaré a Dicky

para que nos espere. Ya verás que todo saldrá bien.

En ese preciso momento, la madre de Kate salió al jardín como una exhalación.

EL grato momento que estaban pasando sentadas en el Café Angelique se vio interrumpido por un llamado telefónico. Piper tenía entre sus manos un delicioso croissant, el segundo que había pedido. Como de costumbre, cada vez que se ponía nerviosa le daba mucha ansiedad, y necesitaba comer dulces.

—Era Amanda, ¿no es así?

—preguntó Sophie,

poniendo sus ojos en blanco.

—Así es, está un tanto alterada... No es para menos, hemos desaparecido y tiene algo urgente que decirnos — Piper reía; sabía que unos días antes no hubiera actuado de ese modo ni en sueños, y ya estaría yendo sin demoras a la revista—. Antes debo terminar este croissant, es delicioso...mmm... ¡el chocolate con almendras es una combinación irresistible!

—Anda Piper, apúrate... no olvides que ahora ocupas

un lugar privilegiado y debes dar el ejemplo —Elle siempre dejaba ver su lado maternal al hablarle a su hermana: continuamente le daba consejos. Era una característica que no podía evitar demostrarle, y que se había afianzado aún más desde que vivían juntas.

—Lamento tener que dejarlo por la mitad... —dijo a su hermana, dejando su croissant nuevamente en el plato.

Piper y Sophie, de pie y listas para retirarse, dieron a Elle el dinero para compartir

los gastos.

—Escucha Elle, debes ponerme en contacto lo antes posible con tu amiga escritora —dijo Piper mientras se pasaba nuevamente la servilleta por la boca para asegurarse de que no habían quedado rastros de chocolate.

—Sí, por favor. Trata de que sea lo antes posible. Seguramente ella pueda darnos más información —agregó Sophie cuando se retiraban.

\* \* \*



—¡Buenas tardes! —  
dijeron al unísono,  
sonriendo cordialmente  
como de costumbre al pasar  
delante de la secretaria en la  
puerta principal de admisión  
a las oficinas de la revista.

Cuando caminaban juntas  
por las calles de Nueva  
York, o por donde fuera,  
jamás pasaban  
desapercibidas: además de  
ser muy hermosas y altas,  
lucían un porte altivo que  
demostraba la seguridad que  
poseían en sí mismas, lo que  
las hacía aún más sensuales.

Todas las mujeres que trabajan para la revista tenían que cumplir con un requisito imprescindible que a Piper le resultaba intolerable: debían ser delgadas y tener muy buena presencia. Esto lo había dispuesto el directorio a partir de que Amanda asumiera. Sin embargo, Piper estaba segura de que a partir de ese momento —en que su opinión finalmente sería tomada en cuenta—, aquel requisito tenía una pronta fecha de caducidad. ¿Desde cuándo la belleza

física y la estética forman parte de la capacidad de las personas?, se preguntaba indignada.

—Señora Gatson —dijo tímidamente la secretaria, luego de saludarlas cordialmente.

—Sí, dígame —respondió Sophie. Tener que ir a la nueva oficina de su jefa la ponía muy nerviosa.

—Le han traído este sobre, es para usted. Pensaba llevárselo a su oficina, pero como no estaba allí, se lo entrego ahora.

—Sí, no hay problema,

gracias.

Luego de tomar el amplio sobre, amabas subieron al ascensor. Sophie comenzó a abrirlo, y al ver quien lo enviaba, exclamó:

—¡No puede ser!

—¿Qué sucede? —le preguntó Piper con tono de preocupación.

—Es del estudio de abogados que representa a Mr. Porsche... ¡Me demandan, Piper! No, perdón, es peor aún: George Mc. Gregins... ¡demanda a Louis! ¿Puedes creerlo? El muy maldito no sabe con

quién se mete.

—Sophie, aunque no quieras vas a tener que contárselo.

—Ya lo sé... Déjame ver cómo puedo encarar el tema con él, espero que no lo tome a mal.

—¿Hablas en serio? ¿Cómo quieres que lo tome? Pero, consejo de amiga, cuando se lo digas, antes prepáralo diciéndole que me han ascendido, y como me siento por demás responsable, pagaré lo que nos piden para que no lo demanden.

—Piper, no me has entendido, ¿no es así?... esto es una demanda, no tenemos opción. Mr. Porsche se puso tan furioso por haber sido engañado que no nos ha dado ningún tipo de oportunidad de negociar.

—¿Pero su abogado no te dijo que te daba diez días hábiles para resolver el problema, y que de no ser así, te demandaría?

—Sí, fue lo que dijo, que debía pagar ciento diez mil dólares para solucionarlo... pero luego debe haber hablado con su cliente, y

éste quiso ir por más... Piper, ¡la demanda es por ciento cincuenta mil! —las caras de ambas eran de gran preocupación. Sophie se encontraba demasiado enojada y desconfiada de su novio como para disimularlo ante él y tratar de conquistarlo para evitar su enojo.

—No, no te había entendido. Es realmente increíble, y todo porque le mentiste con lo de mi supuesto bebé —le dijo negando con la cabeza mientras miraba disgustada

hacia el piso del ascensor; luego, rápidamente trató de alentar a su amiga diciéndole—: Veremos entonces la forma de solucionarlo... anda, vamos... ¡mira quién está tras su escritorio!

Apenas pudieron sonreír, a pesar de lo alegres que se hubieran puesto en otro momento, al ver a Amanda Horton en una oficina igual a todas las demás, con el mismo sencillo diseño que la que ocupaban Rachel y Amy y, hasta hace unos días, la propia Piper.



—¿Se puede saber en dónde se habían metido?

—¡Amanda, antes que nada debes saber que tenemos buenas noticias para ti! —exclamó Sophie adelantándose a la reacción de enfado de su jefa.

Piper no quiso mirarla para no quedar en evidencia, pero se preguntaba cómo es posible que una persona tenga tanta imaginación. ¿Qué iría a inventar ahora? A pesar de que la gran mayoría de las veces su noble e ingeniosa rapidez le había resultado bien, ese día

se encontraban en medio de un gran problema, con una demanda de por medio. Afortunadamente, el rostro de Amanda cambió rápidamente: desde hacía unos días, todo lo que hacía Piper se convertía en millones, así que seguramente Sophie estaba en lo cierto.

—¿Buenas noticias? Quiero escucharlas — mirándolas expectante, Amanda esperaba ansiosa la respuesta.

—Como ya sabes, en una semana comienza la semana

de la moda.

—Así es, estamos a fines de enero... comienza el primero de febrero — sentada tras su sencillo escritorio, la directora de la revista estaba cruzada de piernas, totalmente relajada al saber que seguramente lo que estaba por escuchar la alegraría; con la mano apoyada en su mentón, y el codo en el escritorio, permaneció atenta.

—Hemos logrado cerrar con un nuevo cliente, con el mejor... y es por ese motivo que nos permitirán obtener

un lugar de privilegio en el sector de la prensa, además de que conseguimos un adelanto de la nueva temporada en la que han estado trabajando los últimos seis meses... ¡Nos dejarán editarlo en nuestra portada! Amy estará feliz cuando lo escuche.

—¿Amy? No me interesa en lo más mínimo cómo se pondrá Amy.

—Pensé en ella, ya que es quien se encarga de ir junto a nosotras a los desfiles — dijo casi sin aliento Sophie.

—Eso era antes. De ahora

en más será tu tarea, y en el lugar de Amy irás tú Piper —dijo, pensando en las personas como en piezas de ajedrez— ¡Lo que dices es fantástico! Ahora dime, ¿quién es ese nuevo cliente? —al preguntar con incredulidad, levantó una de sus cejas, y formó con sus manos un puente en donde apoyó su mentón. Piper, expectante, por primera vez miró a su amiga casi en estado de shock.

—Tommy Hilfiger —dijo, sin pensarlo siquiera: fue el primer nombre que le vino a

la mente.

—¿La prestigiosa marca Tommy Hilfiger? ¡No lo puedo creer, eso es fantástico! Seguro que nuevamente te lo debemos a ti, Piper.

—No, no... Yo no he tenido nada que ver con ese asunto.

—¿Has sido tú sola Sophie?

Casi paralizada, sin poder creer lo que acababa de decir, Sophie asintió con un movimiento de cabeza.

—Hace años que he tratado que esa firma trabaje

con nosotros —continuó diciendo la directora— pero lamentablemente jamás pude lograrlo; forma parte de nuestros imposibles, aunque he intentado convencerlos infinidad de veces. A pesar de que tenemos clientes de las mejores firmas internacionales, ellos nunca han querido formar parte de nuestras páginas.

—Ahora entiendes por qué hemos permanecido durante algunas horas fuera, justo un día como hoy, ya sabes, de tantos cambios.

—¿Y en qué han quedado?

Estos últimos días previos a la semana de la moda debemos movernos rápidamente.

—Mañana me encontraré con su gerente de prensa, pero quédate tranquila Amanda: para el viernes tendrás tu portada y los adelantos más esperados en Nueva York —en ese momento sonó el teléfono de Amanda. Ésta, sin siquiera disculparse, levantó el auricular.

—¿Cómo que del gobierno? —a Amanda le cambió la expresión



súbitamente—. Eso es imposible... ¿lo quieren registrar justo ahora, luego de permanecer tantos años abandonado?

Sophie y Piper escuchaban con atención. Parecía tratarse de algo sobre lo que ellas estaban muy interesadas: el rascacielos Cosmopolitan, el negocio que evidentemente estaba intentando conseguir junto a Louis. Amanda hacía silencio al escuchar lo que le decía la otra persona. Sophie, al ver que ésta miraba para abajo

concentrada en lo que le decían, le susurró a Piper:

—Es Louis, o el investigador.

Piper asintió disimuladamente con su cabeza, y levantó sus cejas. Atentas, trataron de escuchar algo más para poder armar aquel rompecabezas que se escondía secretamente tras un edificio lleno de incertidumbre y de dolorosas historias.

—No puede ser, si hace un par de días me aseguraste lo contrario... Mira, en este momento estoy en una

reunión y no puedo hablar. Lo único que te pido es que no se te escape un solo detalle más sobre este asunto, o lo pagarás muy caro. Llegaré hasta las últimas consecuencias. Que quede claro que no hay opción alguna de que algo salga mal.

Como de costumbre cortó sin despedirse, demostrando soberbia. Las dos amigas se sobresaltaron con el estruendo que hizo al momento de colgar el teléfono. Sophie se preguntó, dada la posibilidad

de que fuera Louis quien había llamado, por qué continuaba siendo amigo de alguien que era el demonio personalizado y, lo que es peor aún, haciendo negocios con ella.

—Piper, para el viernes quiero terminado el artículo del hotel y spa —dijo Amanda con resolución—. Habla con Chloë si necesitas que unas páginas antes recomiende a nuestras lectoras un buen descanso psicofísico para esta época del año. Generalmente es en el otoño cuando las personas

se deprimen, o en la primavera, así que es nuestra oportunidad de publicitar a nuestros buenos clientes del sector hotelero. Y tú Sophie, en primer lugar debes cerrar definitivamente el negocio increíble que conseguiste hoy, pero además debemos definir quiénes serán los famosos que estarán en nuestras páginas las próximas semanas. No quiero que nos suceda como la última vez, en que por culpa del alboroto en el que se convierte Nueva York en esta época y la gran multitud

de famosos que quieren aparecer en las mejores revistas, no pudimos obtener a muchas de las estrellas más importantes, y sí lo hicieron nuestra competencia (a quienes no quiero ni mencionar) y los programas televisivos del corazón.

—¿*Vogue*? —preguntó Piper.

—Ajá —respondió secamente Amanda—. Tú, Piper, debes acudir a cada una de las fiestas a las que seamos invitados. Es importantísimo que no se

nos pierda ni un solo detalle de la semana más importante para nosotros. Amy y Rachel no irán; quedarán aquí tratando de armar todo lo que ustedes consigan.

—Pero Amy es quien ha ido con nosotras desde hace años, no puedes dejarla afuera sin más —le dijo indignada Sophie.

—No es asunto tuyo. Tú vendrás por tus buenos logros y porque los diseñadores de las importantes firmas están acostumbrados a hablar contigo, pero de lo contrario,

preferiría que te quedaras junto a Amy. Ahora, si me disculpan, tengo muchas cosas que hacer, al igual que ustedes.

Después de retirarse de la minúscula oficina de su despreciable jefa, Piper le dijo a su amiga:

—Ahora entiendes por qué no puedo realizarme aquí. No importa lo que me paguen, va más allá: es la humillación por la que debemos pasar cada día. La ambición ha deshumanizado a esta mujer.

—No lo creo, siempre



debe haber sido igual. Pero al tener poder, hace lo que quiere con las personas que la rodean ¡Pero vamos, Piper, no puedes negar que trabajar aquí es el sueño de cualquier periodista!

—No el mío, Sophie. Hoy pasamos una tarde tranquilas, en mi cafetería preferida, y desde que entré a este lugar me siento incómoda, estoy aturdida, es demasiada la presión que ejerce sobre todos nosotros... Aunque creo que no vale la pena seguir quejándome ahora: iré a mi nueva oficina

a tratar de conseguir algo muy importante para ti.

—¿Qué es lo que vas a hacer?

—Voy a llamar al cliente del que hablabas recién, y trataré de utilizar todo mi potencial para lograr al menos conseguir un cincuenta por ciento de lo que afirmaste que ya habías obtenido. Y que conste que lo hago por nuestra salud mental —rió Piper, señalando con el dedo índice su cabeza.

PASARON unos días y Piper aún no había logrado ningún avance. El encargado de marketing y prensa de Tommy Hilfiger —la firma que Sophie había prometido que saldría en la próxima portada como la marca destacada, brindando a los lectores el privilegio de obtener los adelantos de la temporada—, se disculpó diciendo que ya habían cerrado el acuerdo con la

competencia, y que los contratos previamente firmados no les permitían aparecer en otro medio periodístico, ya sea televisivo o impreso. Para tratar de solucionar ese gran inconveniente, Piper continuaba su ferviente búsqueda. Hasta ese momento la habían rechazado varios diseñadores. Se puso en contacto con los mejores y más reconocidos del medio, ya que debía cumplir a toda costa con las expectativas de Amanda. Tal vez en la

reunión que intentaba acordar para el día siguiente junto a Sophie pudieran encontrar alguna solución para sus problemas.

—Buenos días, ¿hablo con el señor Gerard Guntrier?

—Así es, ¿con quién tengo el gusto de hablar? —No sólo su nombre era francés, pensó Piper en ese momento: el gerente de marketing de la reconocida firma francesa del modisto Jacques Vontandant también era de la misma nacionalidad.

—Mi nombre es Piper

Cook, represento a la revista  
Gorgeous Woman.

—Buenos días, señorita  
Cook. Por supuesto que sé a  
qué revista pertenece —le  
dijo el encantador francés.

La joven periodista sintió  
por primera vez en su vida  
una gran oleada de orgullo  
propio, porque finalmente  
era alguien en el mercado en  
el que se movía.

—¡Oh, me alegro  
enormemente que así sea!  
Entonces sabe con qué tipo  
de periodista está usted  
hablando.

—Justamente, habíamos

estado conversando con Jacques sobre la posibilidad de contratar vuestros servicios la semana entrante, ya que quien publicita nuestras colecciones desde hace unos años obtuvo últimamente menores ventas que ustedes.

—Bueno, lo he llamado precisamente para proponerles una oferta, ya que estamos deseosos de llegar a un acuerdo.

—Soy muy amigo del dueño de Elite Jewelry.

—¿Del señor Stewart?

—Así es, y fue él quien

me aconsejo que la contactara. Me comentó el gran éxito que obtuvo con la última edición de su revista.

—Sí, es verdad. Las ventas de la revista, y también del anillo que publicitamos, batieron record. Nuestra modalidad es la venta a través de mensajes codificados, ¿me entiende? Tratamos de que el lector no compre por lo que le ofrece una esbelta modelo, como es común, sino que lo hacemos de forma natural desde un lugar muy creativo e imperceptible, casi le diría...



—Subliminalmente.

—Así es. Sería para nosotros un honor poder acordar una entrevista, así podríamos mostrarle el proyecto que hemos elaborado minuciosamente para ustedes.

—Bueno, es una semana sumamente complicada, pero como aún no hemos arreglado con ninguna otra revista, y las horas corren hacia la increíble semana de la moda...le daremos una oportunidad para apreciar su trabajo.

—¿Qué le parece mañana

a la diez?

—Yo no manejo mi agenda, si me disculpa le paso inmediatamente con mi secretaria personal. Muchas gracias, *beaucoup de goût*.

—*Merci, jusqu'à matin* —al decir esto, Piper le sugería su intención de concretar la reunión para el día siguiente, a la vez que disfrutaba escuchándose hablar en el idioma que a su entender era el más romántico. Sin poder disimular la felicidad que sentía al saber que finalmente era reconocida por su trabajo, esperó largos

minutos tras la línea.

—Buenos días, señora Cook. Mi nombre es Katherine, soy la secretaria del señor Guntrier.

—Buenos días.

—El señor Gerard me ha pedido que le otorgue una cita lo antes posible.

—Así es. ¿Podrá ser para mañana mismo? Ya que en caso de llegar a un acuerdo, y luego de que le mostremos nuestro proyecto publicitario, debemos acordar algunos detalles para poder editar la revista.

—Bueno, sinceramente su

agenda no está disponible hasta dentro de tres meses, pero como él me ha dicho que su cita es de carácter urgente, le postergaré las que tiene para mañana en la mañana, entonces... ya queda citada para venir aquí mismo, a nuestras oficinas, a las nueve en punto. De no ser así —agregó secamente—, quedará automáticamente imposibilitada de acordar un nuevo encuentro.

—Perfecto, muchas gracias por tu amabilidad Katherine.

“¡Por Dios, que le pasa a todo el mundo, parecen maquinas programadas en vez de seres humanos de carne y hueso!”, pensó Piper, que lamentaba el giro que estaba dando el mundo, y en el que ella se veía involucrada en un viaje sin retorno. Tras colgar con la antipática secretaria, llamó de inmediato a Sophie por su móvil. No le gustaba utilizar los internos de la empresa porque temía que su maldita jefa escuchara sus conversaciones.

—¿Sophie, te encuentras

sentada?

—Sí dime. ¿Qué sucede?

—El prestigioso, el imposible modisto Jacques Vontandant, seguramente cierre con nosotras mañana.

—¿Estás hablando en serio, Piper? —dijo Sophie con la voz entrecortada por la emoción.

—Sabes que no es mi costumbre bromear con estas cosas. Claro que es verdad, tenemos una cita en sus gigantescas oficinas mañana a las nueve en punto. No podemos fallar bajo ningún concepto, o Amanda nos

sacaré a ambas el pellejo sin titubear, y eso lo sabes.

—Por supuesto que saldrá todo a la perfección. ¿Cómo lo lograste?

—Hablé con el encargado de marketing, un tal Guntrier.

—Lo he escuchado nombrar; al parecer es bastante dócil, por lo que dicen.

—Sí, conmigo fue encantador. Me dijo que habían estado hablando con el diseñador para figurar en nuestras páginas, y que creían que estábamos al

límite por el éxito obtenido en el ranking mensual de ventas de las mejores revistas neoyorkinas. ¿Lo puedes creer?

—Y todo gracias a ti. ¡Eres fantástica, sólo debes creértelo; tu carrera recién comienza y tus logros son increíbles!

—Realmente me he sentido muy bien, en parte por el éxito en las ventas, que es lo único que importa a los ojos de Amanda, pero más aún por el sencillo pero valioso reconocimiento de este hombre.



—Es muy alentador cuando lo que hacemos sale bien. ¿Sabes algo? No sé cómo haremos, pero yo también estuve avanzando con mis cosas. Hablé con Elle y me dijo que te había estado llamando pero que no le contestabas, seguramente ha sido cuando hablabas con esta gente. Parece que pudo contactarse con su amiga. Le dijo que tiene muchas cosas que contarnos que nos pueden interesar... ya sabes, sobre Kate Hemstitch.

—¡Qué alegría! ¡Al parecer hoy todo sale bien!

¿Cuándo puede reunirse con nosotras?

—Mañana a las ocho. Tiene que ser lo antes posible porque por la tarde viaja a Europa.

—¡A las ocho! A esa hora es imposible, no nos daría el tiempo de llegar a las nueve a nuestra cita con el diseñador... además le he dicho, para demostrarle lo eficientes que somos, que ya tenemos definido nuestro proyecto publicitario.

—¿Te has vuelto loca Piper?!

—Tal vez sea por estar

tanto tiempo contigo... ¿no recuerdas que estamos en medio de este lío porque tú lo has querido?... sin nombrar el pequeño asunto de Mr. Porsche...

—No me lo recuerdes, hoy sin falta tengo que hablar con Louis.

—No quiero ser negativa, pero ¿cuándo hablaras con él? Debemos planificar ese proyecto hoy mismo y no sé a qué hora podremos terminarlo... es más, ¿por qué no vienes a mi oficina?

—Piper rió—, que es la más cómoda de todas aquí.

Cuando Sophie llegó minutos más tarde a la confortable e iluminada oficina que ocupaba el piso más alto del edificio, Piper ya había comenzado a armar su proyecto. Junto a ella estaba Rachel, que se encargaría de ponerla al día con las últimas tendencias que la firma de Jacques Vontandant había presentado en desfiles previos. También estaba Chloë quien, como siempre, apuntaba en cada edición al perfil psicológico de las lectoras. En ese momento le

explicaba a Piper, como de costumbre, a qué tipo de personas iban dirigidos los artículos que ésta escribía; por supuesto que daba por sentado que Piper ya lo tenía claro, pero de todos modos le hacía hincapié en que generalmente estas clientas no leen otro tipo de cosas, como obras literarias o material más informativo, sino que —sin dejar de agradecer que existan—, les interesa en especial todo lo que *Gorgeous Woman* ofrece.

Siempre había demostrado

ser una psicóloga muy centrada, es por eso que Piper, al igual que Sophie, le otorgaba un lugar de privilegio intelectual cada vez que necesitaban una opinión profesional certera y segura. Chloë solía decir que observarían por un momento a Amy o a Rachel para conocer con exactitud el perfil psicológico de sus lectoras, algo que a ellas sin duda las haría sentirse orgullosas: les encantaría saber que Chloë las utilizaba como referencia.

—Disculpen que me he

tardado —dijo Sophie—, estaba con una llamada muy importante —luego agregó mirando a Piper—: al final nos atenderá mañana a las siete, ¿te parece mejor así?

—Me parece fantástico, ahora sí podremos con todo... ¡Gracias! —le dijo Piper guiñándole un ojo.

—¿Qué están tramando? —preguntó simpáticamente Chloë, mientras tomaba un café bien caliente que la secretaria de Amanda, muy a su pesar, les había traído hacía un momento. Se trataba de una nueva tarea

que su jefa le había ordenado, y que jamás se hubiera imaginado que debería cumplir. Al parecer, ésta le había dicho a Piper que considerara a su secretaria como propia hasta que le adjudicaran una personal.

—Puedes estar tranquila, no estamos metidas en un ningún lío esta vez —le contestó Sophie a Chloë—. Piper se quiere mudar y mañana nos mostrarán un apartamento a la misma hora que teníamos que encontrarnos con el



diseñador; los horarios de ambas citas se superponían, pero finalmente logré hablar con la inmobiliaria y nos veremos una hora antes de lo pactado.

Piper no podía creer la facilidad de palabra que tenía su amiga, y lo mentirosa que podía llegar a ser. Pero peor aún era que lo disfrutaba. Luego, Sophie miró a la secretaria que había entrado para traer unas galletitas, y le dijo:

—¿Me sirves un café a mi también por favor?

Con cara de pocos amigos,

la secretaria salió como una exhalación. Sophie y Piper sonrieron cómplices. Que ella debiera estar a su servicio luego de haberla destrutado por mucho tiempo, las llenaba de satisfacción.

—Bien chicas, debemos armar este proyecto lo más rápido posible —exclamó la psicóloga con su habitual dinamismo—. Creo que es primordial que entiendan que nosotros más que nadie estamos de su lado, que nuestra prestigiosa revista forma parte de su equipo.

¿Entienden a lo que apunto?

—Perfectamente —

respondió Piper—. Lo que  
tratas de decirnos es que,  
antes que nada, debemos  
lograr que abandonen el  
pensamiento de marketing  
que evidentemente les  
transmiten las empresas  
colegas, y que entiendan que  
para nosotros lo más  
importante es que ellos  
vendan sus diseños.  
Queremos que depositen  
toda su confianza en  
nosotros —al decir estas  
palabras todas quedaron  
impactadas: era increíble el

gran poder de convicción que tenía.

—Piper, te entiendo perfectamente. Como siempre, debo reconocer que me sorprendes. Pero, ¿cómo logramos ser convincentes? —preguntó Sophie para asegurarse de que realmente seguía el hilo de la conversación.

En ese momento Rachel, que no había hablado todavía, se encontraba en una pequeña barca a la deriva en medio de un gran océano, sin poder entender absolutamente nada de lo

que decían. Para disimular su confusión, acotó tímidamente:

—Les mostramos los números de venta de nuestra última edición y listo.

Todas la miraron de tal modo que desde ese momento no volvió a participar. Sólo lo hizo cuando específicamente le pidieron su opinión en temas en los que creían que podía ser útil. Cuando, minutos más tarde, le hicieron una pregunta puntual, pidió llamar a Amy para que la ayudara, como pasaba

siempre que le consultaban algo. Sophie jamás había logrado conocer su opinión personal, a pesar de intentarlo infinidad de veces. Rachel había sido contratada para trabajar junto a Amy en la sección semanal sobre belleza y moda, pero realmente aquel puesto era compartido entre dos. Piper solía comentar en tono de ironía que lo que le faltaba a una lo compensaba la otra, y de ese modo lograban formar finalmente casi un cerebro.

—Lo que quiero que se

entienda, y que debe quedar muy claro, es lo que concretamente debemos transmitirle a este importantísimo diseñador: defendemos a tal punto su nueva colección que es como si realmente la hubiéramos creado nosotras. Ahora, ustedes me preguntarán cómo lograrlo...

—Exacto, ¿cómo lo hacemos? —dijo Chloë, cruzada de piernas en el otro lateral de la mesa con la mano sobre su mentón, claramente interesada en lo que escuchaba, y sin poder

creer la capacidad y el talento de Piper.

—Díganme: ¿cuál es el mayor potencial que tiene un diseñador? —preguntó la joven periodista mirando a cada una de ellas.

—Que sus vestidos sean espléndidos, únicos —respondió desconcertada Sophie, un tanto insegura.

—Ser originales —acotó la joven y hermosísima psicóloga.

Piper miró a Rachel, esperando su opinión; quería saber si realmente la estaban entendiendo y sabían a qué



punto deseaba llegar. Al ver que estaba pálida y sin saber qué decir, tomó rápidamente un poco de agua fresca —ya que sus labios estaban secos de tanto hablar—, y le dijo, para alentarla:

—No te preocupes Rachel, seguramente me estés entendiendo... es sólo que algunas veces simplemente se nos hace difícil transmitir con palabras nuestros pensamientos. —Lo que menos deseaba era incomodarla. Luego, mirando a todas con una disimulada sonrisa, al ver

que ninguna había logrado descifrar su “acertijo”, exclamó—: La mayor virtud y potencial que tienen los diseñadores, al igual que todas las personas del mundo sin importar a qué se dediquen, es ser creativos.

—¿La creatividad? No sé... —dijo Chloë—. Pero anda, te escuchamos. Dime por qué piensas que es tan importante. Yo particularmente creo que las personas podemos tener muchísimas fortalezas que nada tienen que ver con la imaginación.

Sophie no hablaba, sólo escuchaba. Sabía que su amiga no se equivocaba, estaba demasiado segura de lo que decía. Si lograba deslumbrarlas a ellas con su discurso, no cabía duda de que lo haría también con el diseñador al que deseaban conquistar.

—Antes que nada, no crean que las características que ambas mencionaron no son importantes para un buen diseñador, pero no es el máximo potencial del que estoy hablando. En primer lugar, debemos impactarlo

positivamente desde nuestro pensamiento, desde nuestra predisposición. Le dejaremos en claro que esa creatividad que él ha utilizado para crear sus diseños, es la misma que usaremos nosotros para venderlos. ¿Qué te parece Sophie?

—Te estoy siguiendo, me gusta mucho tu idea... y luego le mostraremos algo importantísimo: ¡el artículo que tú escribirás! Él sabe que será un éxito, porque su amigo, el dueño de la joyería Elite, es quien le aconsejo

que hablara con nosotras. El lector llegará a ese artículo luego de haber visto los adelantos de la nueva colección unas pocas páginas antes.

—Ya lo he pensado —le dijo Piper a Sophie—. También podría hablarles del placer que sentimos las mujeres al cuidarnos, vistiéndonos con las prendas que realmente nos sientan bien. Se trata de una cadena de sensaciones, ya que si nos sentimos felices por cómo lucimos, esa sensación mejorará nuestra vida

cotidiana.

Aquellas palabras eran totalmente contrarias a su forma de pensar: ella creía justamente que la riqueza, la autoestima, y por ende el bienestar de los seres humanos, nada tenían que ver con lo superficial o el materialismo.

—Y en mi sección de ayuda personal, yo podría darles consejos sobre lo importante que es la estética para sentirnos realmente bien —agregó Chloë.

—¡Me parece fantástico!  
—exclamó Sophie al ver que

finalmente el proyecto que armaban en equipo tomaba forma—. Haremos entre todas un combo perfecto. Luego de que vean los avances de Jacques Vontandant, y tengan presente en su subconsciente esos hermosísimos diseños, leerán el artículo de Piper unas páginas adelante y se preguntarán inmediatamente cómo demonios resistirse a los exclusivos diseños que tanto les gustaron, si al lucir bien estamos mejorando nuestra autoestima. Y para terminar de convencerlas

definitivamente, tú Chloë pondrás la frutilla de la torta.

En ese momento entró Amy y momentáneamente interrumpieron la conversación para saludarla. Luego de excusarse por la demora, silenciosamente se sentó, al igual que ellas, rodeando la mesa rectangular, para escuchar lo que Piper continuaba diciendo.

—En la reunión de mañana también diré que nuestras lectoras son mayoritariamente mujeres de entre veinte y treinta años



de edad, y que nuestro equipo de trabajo está convencido de que somos el medio directo para llegar a ellas, sus futuras clientas; además poseen el perfil socioeconómico y cultural adecuado para sus diseños. Son mujeres con un gran poder adquisitivo que pueden darse el lujo de pagar esas costosas prendas.

—Piper, estoy realmente impresionada con tus ideas. Estoy segura de que no te dará mucho trabajo convencerlo —le dijo Chloë satisfecha.

—Muchas gracias. Tengo el presentimiento de que todo saldrá como lo esperamos. Ahora, lo mejor será que cada una de nosotras haga su parte. Cuando terminemos nos volveremos a reunir; me gustaría darle una mirada al proyecto completo antes de que se retiren a sus hogares —mirando hacia donde estaban Amy y Rachel, les dijo—: necesito que ustedes armen un bosquejo de como luciría la portada, al igual que las páginas en donde aparecerán los diseños. ¿Por

favor Sophie, las puedes asesorar al respecto?

—Por supuesto, es mi especialidad. Si me necesitan, sólo tienen que llamarme.

Piper asintió con su cabeza, luego miró a la psicóloga y le dijo:

—¿Quieres quedarte aquí para ayudarme con los artículos? Creo que voy a necesitarte para escribir el mío.

\* \* \*

Las horas pasaron

rápídamente. Amanda estaba radiante al saber que todas estaban poniendo lo mejor de sí para convencer al cliente que ella deseaba conquistar desde sus comienzos en la revista. Pero cuando pasó por su antigua oficina antes de irse, como de costumbre, no demostró su alegría sino que, por el contrario, puso en duda lo que estaban haciendo. Luego se fue.

Sophie, Amy y Rachel se retiraron horas más tarde, a las ocho de la noche, cuando terminaron de hacer su

trabajo. Había quedado fantástico: era justo como Piper lo había imaginado. Chloë se quedó dos horas más. Luego de terminar su sección asesoró a Piper para resolver algunas dudas que tenía y después se retiró. Piper quedó sola en su oficina, y en la empresa. Se podría haber ido a su casa y terminar de armar el proyecto allí, como le aconsejó Chloë antes de irse, pero previendo que su sobrinita Lilly no la dejaría concentrarse prefirió quedarse. “Es increíble lo

fácil que resulta armar una presentación de este tipo cuando uno tiene claras las ideas”, se decía cuando casi había finalizado, y sólo le quedaba revisarlo por última vez.

Fue en ese momento cuando, al mirar su reloj, se asombró al ver cómo habían trascurrido las horas: eran las dos de la mañana. Llamó a la casa de comida china que supuso estaría aún abierta. Sus platos eran ideales para momentos como ese, cuando estaba con el estómago vacío; con

anterioridad los había probado y eran casi incomibles. Lo último que había probado aquel día fue en el Café Angelique, a la tarde.

Minutos después, cuando el repartidor avisó que había llegado y que la esperaba en la planta baja, Piper se dispuso a bajar los sesenta y tres pisos por ascensor. El enorme edificio, mayoritariamente ocupado por la revista y los diferentes departamentos que le pertenecen, estaba totalmente desolado. Las

oficinas de las otras empresas también estaban vacías. Piper, que jamás sintió temor por estar sola, salió como de costumbre del sector donde se encuentran las oficinas más importantes de la revista. Pero en ese momento escuchó un ruido proveniente de no muy lejos de donde estaba: sin dudas algún objeto había caído al suelo. Sólo para asegurarse de que no tenía compañía, preguntó si había alguien allí. No estaba preocupada, ya que podía tratarse también de un sonido



producido por alguna maquina dispensadora de bebidas y snacks.

Al ver que nadie contestaba, continuó su paso ágil rumbo al ascensor: temía que el repartidor se cansara de esperar y se fuera. A pesar de no sentir miedo, aquel lugar le pareció demasiado desolador en esas circunstancias. No se parecía en nada a lo que es usualmente durante el día, cuando hay personas por todas partes; incluso para ir al tocador hay que esperar turno. Al llegar finalmente a

la planta baja, saludó a los dos guardias de seguridad que, como cada noche, controlaban una gran cantidad de cámaras distribuidas por todo el edificio en cada uno de sus pisos.

—Buenas noches, señora —saludaron muy cordialmente ambos.

—Buenas noches —contestó ella y luego les pidió, con su habitual sonrisa, que le abrieran la puerta.

Pagó al repartidor, y éste le entregó su pedido sin

siquiera mirarla. Cerró la puerta y se dispuso a regresar a su oficina, deseosa de terminar su proyecto e ir a la casa de su hermana a descansar. Se le ocurrió, mientras bajaba la enorme cantidad de pisos por ascensor, que sería buena idea vivir sola, ya que con sus nuevos ingresos no tenía excusas para continuar en casa de su hermana. Tal vez podría conseguir algún apartamento cerca de Elle, y seguir en el barrio que tanto le gustaba, en Greenwich Village. De ese modo

continuaría cerca de sus afectos.

—Disculpe señora —la llamó tímidamente uno de los guardias, al tiempo que su compañero lo miraba avergonzado: no era común que hablaran con el personal que trabajaba en el edificio más allá de los saludos de cortesía.

—Sí, dígame.

—No me gusta entrometerme, pero hace un momento vino su novio, y me pidió que no le avisara que subiría, traía un gran ramo de hermosas flores.

¿Está con usted arriba, no es así? —las palabras del guardia se entrecortaban. Sabía que no debía entrometerse, mucho menos si le habían pedido que no dijera nada por tratarse de una sorpresa; pero no pudo con su genio y a pesar de que su compañero le pidió que no se metiera en asuntos que no eran de su incumbencia, decidió preguntárselo para estar más tranquilo.

—¿De qué está usted hablando? Yo no tengo pareja y no espero a nadie.

¿Usted dice que alguien subió para sorprenderme? — Por primera vez Piper sintió un escalofrío por todo su cuerpo. Su pulso se aceleró: su corazón aumentaba rápidamente las palpitaciones. Se dio cuenta de que, efectivamente, el ruido que había escuchado minutos atrás significaba que había alguien más allí, en la desolada oficina... y fuera quien fuera esa persona, sabía que ella estaba sola. El paquete con la humeante comida china cayó al piso y al hacerlo

dejó sus botas color beige sumergidas en spaghetti y salsa de soja.

—Si es así, subiremos a chequear —dijo el guardia para tranquilizarla.

Preguntaron a Piper en qué sector del edificio estaba, y miraron muy nerviosos las cámaras que vigilaban esa zona. Pudieron ver cómo el mismo hombre al que le habían permitido entrar hacía unos momentos salía de la oficina de la joven quien, para ese momento, se encontraba en estado de pánico mirando las pantallas

junto a ellos.

—¿Hay alguien que pudiera desear hacerle daño, o sorprenderla? —le preguntó el otro guardia.

—Que yo sepa no, pero evidentemente nunca se sabe.

Lo primero que pensó la joven fue que tal vez se tratara de Benjamin. Si había llamado a la casa de su hermana seguramente le habían informado que ella aún se encontraba allí. Probablemente decidió llevarle flores para reconquistarla. Pero al



instante se dio cuenta de que eso sería imposible para él. Era alérgico al polen, y además no le gustaba regalar flores: siempre le había parecido un gesto demasiado cursi.

—Estoy casi segura de que es alguien que tenía otros planes para mí, o para alguien de mi sector... tal vez para mi jefa... deben saber que ella no es una persona muy querida... —dándose cuenta de que había hablado de más, agregó preocupada—: Por favor, no vayan a comentarlo.

—No se preocupe señora, nada de lo que usted nos ha dicho saldrá de nuestras bocas. Agradecemos que nos lo haya comentado. Es posible que la persona que está arriba haya pensado que usted era ella.

—Seguramente... Además me ha cedido su oficina... Es evidente que quien está arriba busca a Amanda. Esperemos que sea alguien a quien ella aprecie, y no que tenga otros motivos malintencionados.

—Por suerte usted bajó en el momento en que él subía.

—No fue así exactamente. Cuando estaba saliendo escuché un ruido. Él sabe que lo escuché, porque pregunté si había alguien allí.

Ambos guardias se miraron. No les gustaba para nada lo que estaba sucediendo. Le pidieron a Piper que se encerrara en un pequeño cuarto de emergencia ubicado a pocos metros de donde se encontraban. Luego subieron rápidamente para tratar de capturar al imprevisto visitante.

# 17

LOS guardias regresaron y buscaron inmediatamente a Piper. Al ver lo nerviosa que se encontraba, encerrada sola en aquella habitación de emergencia, trataron de tranquilizarla asegurándole que la persona que vieron por el monitor se había retirado antes de que ellos hubiesen revisado cada rincón del piso sesenta y tres. Más tarde, luego de tomar un calmante que

gentilmente le  
suministraron, subió a la  
oficina en busca del material  
que necesitaba para la  
presentación ante el  
modisto, escoltada por  
ambos. Fue en ese momento  
que se llevó la gran sorpresa  
de su vida.

\* \* \*

No pudo pegar un ojo en  
toda la noche. Se sentía  
exhausta. Decidió darse un  
baño reparador, ya que en  
pocos minutos la pasaría a  
buscar su amiga para ir a

encontrarse con quien Elle les había acordado una cita. Según lo que les había comentado el día anterior, esta persona era el único nexo que quedaba con la familia Hemstitch, y seguramente también sabía los motivos de su triste final.

Desayunó casi en estado de desesperación. Estaba famélica, ya que luego de lo sucedido la noche anterior no pudo comer la comida china, ni tampoco quiso probar bocado cuando más tarde llegó a casa de su hermana. Se preparó unos

sabrosos huevos revueltos, con jugo de naranja, y llenó la cafetera; más tarde su hermana la bebería por completo en su estudio, pensó. Cuando Sophie llegó a buscarla, salió silenciosamente para no hacer ruido. Lo que menos deseaba era despertar a todos a las seis de la mañana.

—¡Buenos días Piper! ¡Qué cara que traes hoy, parece que has visto un fantasma!

—¡Buenos días! —le contestó al tiempo que

dejaba su maletín en el asiento de atrás—. No estás tan errada... He visto un fantasma y no sólo eso... te caerás de espalda cuando te cuente lo que me sucedió anoche.

—¿Qué te pasó?

—No puedo hablar ahora, debemos estar tranquilas. Esta reunión es muy importante, y la que tenemos luego, más aún.

—Como lo desees, pero me dejas helada.

—Ya lo sé, no te iba a adelantar nada. Fuiste tú la que lo notaste en mi cara —



y, cambiando de tema, agregó—: ¿Otra vez en la camioneta de Louis? Ya tiene una demanda, esperemos que no tenga dos.

—Veo que estás muy bromista hoy. Me prometieron en el taller que para esta semana mi coche estará reparado, más les vale que cumplan.

Piper deseaba preguntarle algo con sutileza, para no preocuparla. Necesitaba saber quién podía haber querido advertirle la noche anterior, de una forma por demás intimidante, que si

continuaba investigando sobre la familia Hemstitch resultaría lastimada. Comenzaba a sospechar de todos, incluso del tranquilo pintor.

—Y bien, cuéntame, ¿qué hiciste ayer de noche? ¿Pudiste hablar con Louis del choque?

—No, imposible, cuando no está en alguna exhibición de cuadros, suyos o de famosos colegas, tiene otras cosas que hacer... deportes o reuniones con amigos. Estoy cansada. No nos queda tiempo para estar juntos. Te

diría que últimamente no nos vemos. Ayer no sé ni siquiera a qué hora regresó. Yo ya estaba dormida.

Piper, sin decir una sola palabra, disimulaba mirando dentro de su cartera. Luego exclamó:

—¡Qué suerte, lo tengo acá! —al mismo tiempo ponía mentalmente al novio de su amiga dentro de la lista de sospechosos. Una de las posibilidades era que Louis fuera quien la había visitado en su nueva oficina. Sabía muy bien donde quedaba. Pero, ¿era posible

que se atreviera a llegar tan lejos? ¿Tanto revuelo por un negocio de un antiguo rascacielos?

—¿Qué es lo que buscabas?... Estás muy rara hoy, ¿lo sabes? Hace un par de minutos que hurgas dentro de tu bolso y no me contestas.

—El grabador, quiero registrar todo lo que nos diga esta señora... Respecto a Louis, no lo sé Sophie. Yo no soy quien para dar consejos amorosos, pero como decía mi abuela: el noviazgo es para

conocerse... Debes ver si esa es realmente la vida que deseas.

—Tendré en cuenta los consejos de tu abuela entonces. Fíjate por favor en la dirección que tengo anotada allí —le dijo a Piper, al tiempo que ésta tomaba un diminuto papel que había junto a la caja de cambios.

—Es en el 56 de la calle Prince, a pocos pasos de la calle Lafayette. Mi hermana dijo ayer que era cerca de la catedral San Patricio.

—Sí, ya sé dónde queda,

es en el Soho.

\* \* \*

En el trayecto, Piper no dejó de dar bostezos. Sophie le pidió que cuando llegaran tratara de disimularlos. Minutos más tarde se encontraban en la dirección que Elle les había indicado. Al salir del cálido ambiente que había en la camioneta, ambas tiritaron de frío y taparon sus rostros con las bufandas que llevaban puestas aquella gélida mañana. Seguramente la

temperatura era de varios grados bajo cero.

Camminaron lo más rápido que pudieron, y se encontraron con una casa de ladrillo visto con una escalinata antes del zaguán antiguo. A cada lado de éste había dos grandes macetones que estaban vacíos, sin rastros de vida, debido al frío invierno que estaban atravesando y a la persistente nieve que azotaba por aquellos días. Las cálidas jornadas que la naturaleza les había permitido disfrutar en pleno

frío invernal ya habían desaparecido. La lluvia había traído, además de la nieve, un drástico y repentino descenso de la temperatura. Era un milagro que aún los coches pudieran circular a pesar de las últimas tormentas. Por suerte, la joven amiga de Elle las esperaba tras la ventana, y al ver que llegaban exactamente a la hora acordada, les abrió rápidamente.

—Hola, ¿cómo están? Mi nombre es Megan Duff. Tú seguramente seas la hermana



de Elle, Piper, ¿no es así? No puedes negar el gran parecido que tienes con ella.

—Así es, y ella es... —le dijo sonriendo Piper intentando presentar también a su amiga, al tiempo que tiritaba de frío y frotaba sus manos enérgicamente.

—Sophie Gatson, encantada. Muchas gracias por recibirnos, sobre todo a estas horas tan tempranas. —Ambas se dieron un fuerte y cordial apretón de manos, al igual que lo había hecho Piper. Luego, la encantadora escritora las invitó a pasar a

la sala, en donde las luces continuaban encendidas. Aún estaba oscuro. Las dos tomaron asiento junto a la chimenea que había sido encendida en su máximo ardor.

—Es para mí un verdadero placer que estén interesadas en la historia de esta adorable poetisa. A mí me pasó lo mismo hace algunos años pero luego, por las vueltas del destino, desistí. Pasen, tomen asiento por favor.

Así lo hicieron. Todas sabían que tenían poco

tiempo esa mañana, pero el motivo de la reunión prevalecía por sobre los inconvenientes. Luego de que se acomodaran, Megan continuó hablándoles:

—¿Quieren café? Lo he preparado recién. —Ambas se miraron asintiendo con la cabeza, deseosas de algo caliente.

—Si eres tan amable. Nos encantaría —dijo Sophie.

Mientras Megan fue hacia la cocina, las amigas contemplaron el acogedor espacio en el que se encontraban. El living,

confortable y amplio, combinaba paredes color beige claro con ladrillo visto, pero la mirada inevitablemente era atraída por una de las paredes laterales, pintada en color borra de vino. Todo estaba delicadamente colocado en su sitio. Los cuadros encajaban a la perfección en el ambiente, al igual que lo hacían los elegantes muebles, que en su gran mayoría eran de estilo contemporáneo. Decididamente, la dueña de casa era una ferviente

lectora ya que, desde una puerta que permanecía abierta, se veía una gran biblioteca repleta de obras literarias, digna de una joven escritora.

—Cuando me mude del apartamento de mi hermana, lo primero que haré es tener una biblioteca tan amplia como esa —le indicó Piper a su amiga—. ¿La puedes ver desde allí?

Sophie se estiró disimuladamente, previendo que en cualquier momento llegara Megan y, poniendo ambas manos en su regazo,

exclamó en voz baja:

—¡Es una belleza, es enorme! Te vendrá de maravillas, podrás organizar todos tus libros. Tu madre se pondrá feliz... ¿Los tienes todos en Maine, no es así?

—Sí, están en la casa de mis padres, son cientos... es imposible que los tenga en el apartamento de Elle, no me parece apropiado. Tal vez antes de irnos le pida que nos la muestre. ¿Qué te parece Sophie? —Ésta, con una sonrisa, asintió con su cabeza; se sentían los pasos de Megan.

La anfitriona trajo las tazas de café junto a unas deliciosas y tentadoras *donuts* y, luego de dejar la bandeja sobre la pequeña mesa ratona, se dirigió a ellas para ir directamente al grano.

—Me ha dicho tu hermana que están muy interesadas en obtener información sobre la historia de vida de quien ha sido para mí una gran inspiración y motivación a la hora de escribir... la desdichada Kate Hemstitch.

—Así es. No sé si Elle te

ha comentado cómo fue que llegamos a enterarnos de su existencia. Porque como ya sabrás, hay muy poca información sobre su vida y, lo que es peor aún, sobre su valiosa poesía.

—Me contó algo sobre unas cartas que encontraron... ¡Me encantaría leerlas en algún momento, si es posible! He luchado durante años para obtener información de su familia pero, aunque les parezca demasiado misterioso, hay alguien con mucho poder que, desde que



sucedió la tragedia que terminó con todos ellos, se ha encargado de truncar el crecimiento literario de esta desdichada joven aún después de su desaparición física —al decir estas palabras, Megan colocó dos cucharadas de azúcar en su taza, y demostrando su buena educación, la revolvió sólo una vez y media, para luego dejar la pequeña cuchara prolijamente en el plato.

—Justamente, ahora que mencionas la tragedia familiar y el gran secreto

que la acompaña, ¿sabes qué fue lo que sucedió realmente con todos ellos? —preguntó Sophie, tratando de encontrar al menos algunas respuestas en el poco tiempo que podían dedicar a este asunto aquella fría mañana.

—Bueno, ahora puedo decirles que finalmente he logrado descubrirlo. Me llevó muchos años de investigación y de búsqueda desenfrenada. Sentí una y otra vez que se me cerraban las puertas. Pero gracias a Dios, hace más de un año, conocí a la bisnieta de Julie,

Clementine.

—¿Qué relación tenía Julie con Kate?

—Era su mejor amiga. Sufrió muchísimo, diría que padeció tanto dolor como su amiga. Los padres de Kate creían que Julie era una mala influencia en su vida, y no les permitían verse. Y como les decía... hace un tiempo localicé a su bisnieta, fue ella quien aclaró la mayoría de mis dudas.

—¡Eso es fantástico! — exclamó Sophie.

—Los padres de Kate no sólo la separaron de su novio

y de su hijo, sino también de su mejor amiga —reflexionó Piper indignada, al tiempo que tomaba una donut decorada con azúcar impalpable. Sabía que habían sido elaboradas por Dunkin' Donuts, sus preferidas.

—Su propio hogar era un campo de batalla, no la dejaban libre, ni siquiera podía elegir sus amistades —continuó diciendo Megan, que se había sentado en un sillón frente a ellas.

—Tal vez podríamos reunirnos con ella también

—dijo Piper—. Me ha dicho Elle que viajas hoy.

—Así es, pero estoy a las órdenes para lo que necesiten. De todos modos, les daré los datos de Clementine. Será para ella un verdadero placer hablar con ustedes... Sin embargo, por algún motivo, aún teme hablar: cuando la visité pude notar que esconde algo... lo vi en sus ojos.

—¿Pero cuál puede ser ese gran secreto?

—No lo sé, pero estoy segura de que sabe más de lo que me contó.

—Si eres tan amable, nos encantaría reunirnos con ella. Pero por favor, cuéntanos qué les sucedió — dijo Sophie, insistiendo nuevamente al ver que la hora pasaba y que les quedaba poco tiempo.

—Parece ser que fueron todos envenenados. Al principio, debido a la falta de información que había en aquella época, pensaron que se había tratado de algún tipo de virus extraño, por el modo en que murieron. Pero luego Julie hizo un estudio minucioso de lo que había

sucedido, y por intermedio de análisis científicos de los cuerpos y varias autopsias, descubrió que fueron brutalmente envenenados, como lo había sospechado desde un principio... Kate y sus padres corrieron con la misma suerte.

—¿Cómo sucedió? — preguntó Sophie, al tiempo que miraba a su amiga, sin poder creer el voraz apetito que aún tenía aquella mañana.

—El periódico del cual Paul Hemstitch era el propietario cumplía los

veinte años de trayectoria. Éste deseaba mostrar sus logros ante toda la ciudad de Nueva York, y sobre todo ante el sector más próspero y los aristócratas de la época. Organizó entonces una gran fiesta e invitó a muchísimas personas importantes. Quería que todos vieran el nuevo edificio de su propiedad, el rascacielos más alto de la ciudad, diseñado por quien en ese momento era el arquitecto mejor pago del mundo. Su mayor defecto era su gran vanidad. Necesitaba



alimentar su ego con la incontrolable envidia de los demás. Por aquellos días, además, algo había sucedido con su esposa, según lo que me contó a medias Clementine... Se sentía dolido, no sé si era por ella o por alguien más... pero no tengo dudas de que su deseo era ostentar. Es una pena que no me haya contado más al respecto... pero sé que lo sabe.

—Ya lo averiguaremos... pero, ¿qué puede haber sucedido para que se comportara de ese modo?

Me parece que su forma de actuar demuestra debilidad. Es probable que en realidad fuera una persona insegura... ¿Realizó la fiesta ahí mismo? —preguntó Piper ya más relajada, pero comenzando a ponerse nerviosa nuevamente debido a la hora, y con ansias por saber más.

—Sí, fue la gran fiesta del año, todos querían estar allí. Al parecer Paul Hemstitch tenía varias personas que lo deseaban ver muerto. Era un ser despreciable y muy arrogante. Cuando salió a la

luz lo del envenenamiento, nunca se pudo descubrir al autor. Increíblemente, uno de los principales sospechosos era su familiar más directo, su hermano, quien lo detestaba. Habían comprado juntos las acciones del periódico. Al comienzo del emprendimiento se llevaban de maravillas, ya que eran cortados por la misma tijera: déspotas por igual.

—Pero entonces, ¿es posible que lo quisiera muerto? —preguntó Piper al tiempo que buscaba dentro

de su bolso algo que utilizaba en cada entrevista.

—Esperen un momento, déjenme pensar... Sí, estoy segura de que Clementine me dijo en algún momento de nuestro encuentro que Paul Hemstitch tenía dos hermanos. No lo sé, tal vez no logré entenderle bien, porque luego me dijo que tenía uno solo... seguro fue un malentendido. Con respecto a tu pregunta —continuó diciendo Megan— te diré que tal vez no le deseaba el mal al principio, cuando el periódico crecía a

pasos agigantados y ambos hacían dinero estrepitosamente, pero con el tiempo comenzaron los conflictos y eso terminó con la sociedad definitivamente.

»La esposa del joven Tom, como suele suceder infinidad de veces con los familiares políticos, hizo que ambos hermanos se enemistaran a muerte. Ella quería que su marido fuera el único dueño de la empresa y hacía todo lo posible para conseguirlo. Pero Paul, al darse cuenta de esos manejos, no toleró la

situación y lo dejó fuera de todo de un momento a otro. Al poco tiempo, Tom decayó anímicamente y sufrió una gran depresión... Murió inesperadamente por una cardiopatía isquémica debido a un gran exceso de alcohol en sangre. Su esposa, desesperada y en ruinas, pasó a ser una de las sospechosas del terrible envenenamiento de los Hemstitch.

—¿Logró recuperar algo de la fortuna que había perdido, luego de que la familia Hemstitch falleciera?

—preguntó Piper al tiempo que anotaba en su agenda, que finalmente había encontrado, los interesantes datos que la joven escritora les contaba.

—Eso fue lo peor de todo. A pesar de ser los únicos familiares directos con vida, ella y su hijo (quien se crió con el mismo odio hacia sus tíos y su prima) no pudieron cobrar absolutamente nada de la suntuosa herencia.

—Pero ¿por qué no? A ellos más que a nadie les pertenecía —Sophie no lograba entender cuál sería

el motivo que la justicia encontró en aquel momento para actuar de ese modo.

—Eso es lo que pensaron en un primer momento. Pero cuando el abogado de confianza de la familia sacó a la luz algo que jamás hubiera esperado ninguno de ellos, vieron terminadas todas sus ilusiones.

Ambas amigas se miraron incrédulas, sin poder terminar de entender qué sería aquello tan importante que había cambiado el destino de la cuñada y del joven sobrino de Paul



Hemstitch. Luego de unos segundos de gran expectativa, Piper se dio cuenta de lo que había sucedido cien años atrás.

—Ya entiendo a qué te refieres —dijo—. Paul Hemstitch dejó a su abogado por escrito el detalle de su herencia.

—Bueno, claro que sucedió así. Él dejaba toda su herencia a su única hija, pero estipulaba que podría cobrarla siempre y cuando no se casara ni mantuviera ningún tipo de relación con el irlandés. Ese deseo iba

más allá de su existencia. Pero Kate falleció en el mismo momento que su padre. Lo que ocurrió fue que el abogado (y amigo de la familia), tenía en su poder una carta que Kate le había entregado personalmente, y que en esa circunstancia ocupaba en la sucesión un lugar privilegiado. En ella, Kate estipulaba que si algo le sucedía dejaba todos sus bienes a su hijo Oliver Sutherland.

»Pero el abogado tenía intereses personales que lo motivaban a callar y no decir

nada respecto del paradero de Oliver: deseaba sacar partido de la situación. Su plan le salió bastante bien y logró disimular todo durante años, aunque no pudo quedarse con la totalidad de la fortuna porque corría el riesgo de terminar tras las rejas. Sólo leyó la carta de la herencia a la cuñada y al sobrino de Paul Hemstitch, y luego la ocultó para que nadie más la viera. La disposición de Kate nunca pudo cumplirse, porque no tenían la menor idea dónde estaba aquel pequeño niño.

Si esto hubiera llegado en aquel momento a oídos de su amiga Julie, la historia hubiese sido muy diferente.

Ambas jóvenes estaban asombradas por lo que escuchaban. Nunca pensaron que aquellas cartas las transportarían a una historia tan increíble y apasionante como la que estaban descubriendo. Piper continuó su interrogatorio:

—Pero... no entiendo, quiere decir que... ¿Julie nunca se enteró de esta herencia?

—Bueno, eso es lo que su

bisnieta me transmitió, pero yo lo dudo. Creo que todo esto forma parte de lo que ella no quiso aclararme por algún motivo. Tal vez Julie no podía hablar y temía demasiado al Dr. Greene. Clementine me dijo que aún no ha encontrado la forma de probar ante la justicia la gran estafa de este abogado. Tampoco sabe cómo probar que los bienes de la familia Hemstitch poseen desde un primer momento un beneficiario directo. No quiere encontrar al posible heredero e informarle de

todo hasta asegurarse de poder sacar a la luz los oscuros secretos que rodearon durante años a los Hemstitch.

—¿Pero qué es lo que está esperando entonces Clementine?... ¿Tal vez una prueba como la que nosotros tenemos? Estas cartas son la mejor evidencia junto con la información que ella posee. ¡Ese heredero del que hablas seguramente viva en Irlanda... y sea el nieto o nieta de Kate! —exclamó Piper, esbozando una sonrisa que provenía directamente

de su corazón. Finalmente todo aquel asunto comenzaba a tomar forma, y eso la apasionaba y la motivaba a ir por más.

—Pero entonces... hasta el abogado podría haber sido el asesino —dijo Sophie mirando a Piper, sin lograr atar los cabos sueltos de esta intrigante historia que les contaba Megan.

—Por supuesto que también se convierte en un posible culpable. Tenía motivos suficientes para desear terminar con su cliente. Conocía cada

negocio y los detalles de los movimientos de dinero. Aunque los investigadores también sospechaban de un reportero que en algún momento había formado parte de sus negocios, y que tenía un profundo odio hacia los hermanos Hemstitch. Incluso llegaron a pensar que también podía ser el responsable de la inesperada muerte de Tom, y que en realidad no se tratara de una sobredosis de alcohol sino de un asesinato.

—Si Paul Hemstitch era tan despreciable como dices,



seguramente jamás se logre esclarecer quien cometió el crimen... Ahora dime, ¿qué fue lo que sucedió en la gran fiesta del periódico? — preguntó Sophie, tomándose el mentón con una mano.

—Kate tenía una gran cantidad de pretendientes. Pero ella les demostraba total indiferencia. Su corazón ya tenía dueño: era algo que no podía evitar ni deseaba cambiar. Ese gran día, su madre le exigió que demostrara ser una persona feliz. Eso le resultaba imposible porque estaba

atravesando el momento más oscuro y temible de su existencia.

—¿Te refieres a que estaba deprimida? —preguntó Piper.

Ella sabía más que nadie lo que se siente al atravesar una crisis de angustia. Lo había vivido en carne propia cuando, luego de recibirse con honores, pensó que conseguiría el puesto de periodista en algún importante diario neoyorkino. Pero al ver que todas las puertas a las que acudía se cerraban una y otra

vez, comenzó a frustrarse y luego a deprimirse. Al principio creyó que era normal. ¿Cómo sentirse bien y en armonía cuando el fracaso es continuo y cada vez mayor? Sophie le aconsejó hablar con Chloë, a quien en ese entonces no conocía. Ésta accedió y acordaron una cita. La psicóloga notó inmediatamente el gran estado de angustia por el que estaba atravesando su nueva paciente. Luego de varias sesiones, y de completar la terapia que le recomendó,

logró finalmente salir de aquel lugar oscuro y abandonó ese miedo continuo que la atormentaba.

—Así es, estaba pasando por una intensa depresión — continuó Megan—. Tenía motivos suficientes para sentirse de ese modo. Cuando una persona está mal, en la gran mayoría de los casos sus afectos tratan de ayudarla recordándole todo lo bueno que tiene. En el caso de Kate, su hijo, su novio, su familia. ¿Pero quién podía ayudarla realmente? Estaba

completamente sola, aislada. Muchas veces sintió el impulso de acabar con su vida, pero no lo hizo porque tenía la gran ilusión de volver a encontrar a Gustavus y a Oliver.

Piper comprendía perfectamente a Megan. Su propia experiencia pasó por su mente en un instante.

—¿No trató de escapar para ir tras su gran amor, como le había prometido en sus cartas? —le preguntó.

—Claro que sí, pero esa es una larga historia... Me apena demasiado no tener

más tiempo para ustedes, pero seguramente Clementine las pueda ayudar. De todos modos yo vuelvo la semana que viene de Europa y estaré para lo que me necesiten. Como sabrán, salgo de gira para promocionar mi último libro y mis itinerarios son imposibles de cambiar.

—No te preocupes, te entendemos perfectamente. Ya es hora de irnos, Sophie.

—Sí, debemos marcharnos ahora, no podemos ir muy rápido por la escarcha —y mirando a Megan, agregó—:

Si antes sentíamos ansias  
por saber más, ¡imaginarás  
cómo nos encontramos  
ahora!

# 18

LA tarde del 15 de abril de 1912, Lady Hemstitch, Kate y Julie se sorprendieron con la noticia. Los gritos desesperados provenientes de la mansión no eran por la visita de Julie, y ambas amigas estaban desorientadas y con culpa al sentirse aliviadas. En otro momento Lady Hemstitch se hubiera enfurecido con la visita de Julie, pero la terrible noticia que le había



dado su esposo superaba todo lo demás.

Mientras aún estaba reunida con sus amigas jugando al bridge, había llegado su marido para comunicarle que el transatlántico Titanic, en el que viajaba su amigo John Jacob Astor IV, se había hundido en su viaje inaugural. La noticia era aterradora, y aunque Kate también se sentía muy afligida, el suceso le sirvió para distraer la atención de sus padres, quienes decidieron viajar en su barco

privado hasta el lugar de la catástrofe: la isla Terranova, en Canadá. Debían ayudar a su gran amigo y consejero de negocios, y a su joven y desamparada esposa de diecinueve años de edad que se encontraba encinta. Tenían la ilusión de que aún estuvieran con vida. Le explicaron a Kate que debían ausentarse durante algunos días y unas horas después se marcharon.

Al día siguiente, Kate aprovechó la ausencia de sus padres y el día libre de la persona que la perseguía a

sol y sombra. Finalmente, el destino parecía estar de su lado. Ninguna persona del servicio de su casa pudo verla cuando escapó por una ventana para encontrarse con su amiga a la hora convenida. Por fin había logrado abandonar aquel lugar en el que había sufrido tanto. Se sentía muy feliz y ansiosa por subir al buque que la llevaría al encuentro de su amado.

Momentos después se encontró con Julie, quien la esperaba dentro de un novedoso taxi frente a la

casa de la mansión Long, a sólo unos metros de su casa. Este práctico medio de transporte había comenzado a funcionar hacía poco tiempo y pertenecía a la Yellow Taxicab Co. Cuando llegaron a destino en el distrito Five Points, habían recorrido aproximadamente dos millas y media desde la casa de Kate, y tuvieron que pagar sólo cincuenta centavos por milla. El resto del dinero que Julie pudo conseguir se lo dio orgullosa a su amiga.

—Toma, esto es para ti —

le dijo con una suave sonrisa en los labios— son todos mis ahorros... y algo que le sustraje momentáneamente a mi madre de su caja fuerte. Luego veré cómo solucionarlo.

—Gracias Julie... ¡qué haría sin ti! Prometo devolvértelo en cuanto pueda.

Luego de bajar la única maleta, comenzaron a caminar hacia la dirección que Kate tenía anotada en un papel. Era el lugar donde vivía Dicky, el 266 de la calle Elizabeth.

—Tranquila Kate, no te pongas nerviosa. ¿Recuerdas que ayer me diste la dirección y vine por aquí? Sé cómo llegar.

—Oh, es verdad, tienes razón. ¡Estoy muy alterada! ¡Temo no lograrlo! ¿Cómo te fue? ¿Lo encontraste?

Julie sonrió, dejando ver que evidentemente lo había encontrado. Kate sabía que su amiga siempre se había sentido atraída por los encantos del joven inmigrante, y pensó que si llegaban a comenzar una relación seguramente tendría

que pasar por un calvario similar al suyo. Los padres de Julie eran tan exigentes y autoritarios como los suyos.

—Claro que lo encontré. Es más: ¡se puso muy feliz al verme! —respondió sonriente Julie—. Vive con un matrimonio amigo y sus cinco hijos. Cuando me vio, me saludó un tanto nervioso. No entendía qué hacía yo allí. Pero luego me dijo que enseguida se había dado cuenta de que era por algún asunto tuyo.

—¿Y qué te dijo? ¿Puede ayudarme? —le preguntó

muy ansiosa Kate al tiempo que caminaban entre una gran cantidad de niños que jugaban en la calle.

—Claro que está dispuesto a ayudarte. Me dijo que haría lo que fuera por la felicidad de su amigo y que tiene un conocido que trabaja en el puerto. Después fuimos los dos hasta allí.

—¿Los dos?

—Sí, decidí acompañarlo, pero ésa es otra historia —dijo Julie, con una sonrisa en sus labios—. Cuando llegamos al puerto todo estaba muy revolucionado.



Jamás había estado en ese lugar. Debo decirte que a mí también me dieron ganas de viajar y de conocer tierras lejanas alrededor del mundo.

—Ya lo harás cuando me vayas a visitar.

—¡Por supuesto que iré... junto con Dicky!

—Anda, dime qué sucedió.

En ese momento ya habían entrado al humilde edificio de los pequeños y mugrientos apartamentos *tenement*. Había basura mal oliente por todas partes, desechos de distintos

objetos, e incluso ratas que hicieron estremecer y gritar a ambas señoritas. Sin desearlo, llamaron aún más la atención de todas las personas que habitaban ese lugar.

—Como te decía —Julie retomó la conversación—, me pidió que lo acompañara al puerto para hablar con la persona que él conocía. Fuimos en un carro que utiliza para vender las canastas que arman las personas con las que vive. En el camino me contó que cuando Gustavus te vio por

primera vez, él lo acompañaba... y yo estaba contigo —en ese momento se interrumpió para señalarle el humilde hogar donde vivía Dicky—: ese es el apartamento. Ya hemos llegado, pero déjame que te cuente sólo esto... ya sé que no hay mucho tiempo y que esta valija es muy pesada, pero no quiero que te vayas sin que lo sepas.

—¡Anda, habla por Dios! Hay tiempo suficiente, quiero saber todo lo que respecta a Gustavus.

—Me resultó muy

divertido y pensé que tal vez tú no lo supieses. Al parecer, Gustavus, Richard y sus amigos iban a las cercanías en donde tu padre ha construido la Torre Cosmopolitan, y hacían apuestas para ver hasta qué distancia caerían los escombros cuando el viento lo derribara.

—No, no lo sabía, pero es realmente una tontería. ¿Eso es lo que te ha resultado tan divertido?

—No, espera, déjame terminar. También me dijo que estando un día allí

pasamos nosotras,  
seguramente camino al  
periódico de tu padre, y  
debido a la gran corriente de  
aire que formaban estos  
enormes rascacielos,  
nuestros vestidos se nos  
levantaban. ¡Lo que me  
pareció divertido fue que  
ellos se sintieran seducidos  
por ver nuestros tobillos!  
Gustavus fue corriendo hasta  
ti. ¿Recuerdas algo de ese  
episodio? Al parecer,  
deseaba con locura que tú le  
permitieras una palabra y  
poder hablarte. Se murió de  
amor tan sólo al mirarte,

pero en ese momento la policía se los llevó a todos. Según me dijo, es un delito mirar los tobillos de las damas

Ambas rieron, sin poder creer el ridículo actuar de la policía con los inmigrantes.

—No tenía ni idea de que existiera tal delito, una muestra más de la intolerancia de los nativistas. Nunca me lo contó. Siempre me decía que él me había conocido antes que yo a él. Yo creía que nos habíamos visto por primera vez aquella tarde otoñal... ¿lo

recuerdas?, cuando fuimos juntas a la casa de la amiga de Margaret.

—Claro que lo recuerdo. La señorita Mary Phelps Jacob estaba probando con conocidas, y conocidas de sus conocidas (como nosotras), sus primeros diseños de sujetadores con dos pañuelos.

—Sí, justamente ese es el día del que te hablo. Nunca te lo conté porque me daba mucha vergüenza, pero cuando tenía puesto el sujetador por la mitad, y la enagua, vimos aquella

enorme araña... ¡ya sabes el terror que le tengo a las arañas y a las víboras!

En ese momento, Kate debió interrumpir su cálida y apresurada conversación con su amiga, ya que un gran número de niñitos pequeños pasaron corriendo entre ambas a gran velocidad por los oscuros pasillos del humilde edificio.

—Claro que lo sé —dijo Julie en cuanto estuvieron solas—, saliste corriendo despavorida hacia la sala.

—Ajá. Y allí estaba Gustavus entregando un



pedido de cigarros. Los había hecho el mismo y los repartía a uno de sus clientes en ese momento. ¡Oh, sólo de recordar su dulce expresión, la ternura que brotaba de su mirada cuando me vio... fue amor a primera vista! Quedó tan paralizado como yo, que solamente atiné a tapar mis pechos, ya que el sujetador no estaba bien apretado y se cayó, dejando ver este enorme par de senos que Dios me ha dado.

—¡Es muy cómico —dijo Julie sin poder parar de reír

—, debe haberse sentido aún más atraído por ti en ese momento! ¿Por qué nunca me lo contaste antes?... ¡y la policía preocupada de que nos vieran los tobillos!

—No sabía qué pensarías de mí. Él no pudo disimular sus sentimientos, lo vi en sus ojos. Y yo, Julie, sólo puedo decirte que desde ese momento nunca más pude ni quise sacarlo de mi mente. A partir de entonces supe que mi corazón le pertenecía. Cuando ocurrió aquel episodio, ninguno de los dos supo cómo reaccionar.

Permanecimos inmóviles durante un momento, hasta que me disculpe sonriente. Ya sabes a lo que me refiero, cuando no puedes disimular ni una pizca lo que sientes... ¡Fue tan evidente! —Kate puso sus ojos en blanco al traer nuevamente a su mente aquel dulce recuerdo, y luego agregó—: Pero debes saber que es algo de lo que no me arrepiento en absoluto.

—Fuiste sincera con él. Seguramente fue por eso que después tomó coraje y se animó a pedir tu palabra

aquel día que te esperaba en la puerta del edificio de tu padre. Sabía dónde encontrarte porque ya te había visto antes... ¡ya conocía tus tobillos, y tus senos!

Conversaban ante la atenta mirada de los vecinos de Dicky, delante de la puerta del apartamento que sólo tenía dos habitaciones, cuando se sobresaltaron al verlo frente a ellas.

—¡Buenos días hermosas!

—¡Buenos días! ¿Cómo sabías que estábamos aquí?  
—preguntó sonrojada Julie.

—Escuché risas cómplices desde el interior, e imaginé que serían ustedes. Me imagino que vinieron por mí.

Dicky tenía una simpatía contagiosa. Era una persona muy alegre a pesar de las grandes adversidades por las que había tenido que atravesar durante su largo proceso de inserción como inmigrante, y a pesar de tener a toda su familia lejos en Irlanda.

—Así es —le dijo Kate, expectante. Luego le preguntó tímidamente—:

¿Puedes ayudarme?

—Claro que sí. ¡Cómo no hacerlo por mi mejor amigo, y por ti, el gran amor de su vida!... Cada día que pasa lo extraño más. Me pregunto por qué debe ser así. Lo único que deseo es que todo esto termine de una buena vez, y ustedes puedan encontrarse nuevamente.

—Ya verás que todo saldrá bien, y tal vez en algunos años, cuando mis padres recapaciten, podamos regresar con ustedes aquí, al lugar del que tuvimos que escapar para poder estar

juntos.

—¡Tengo muchísima fe en que será así! Vengan, pasen, les presentaré a las personas con quienes vivo —dijo Dicky con entusiasmo.

Al entrar en la pequeñísima sala, vieron a una señora sentada alrededor de una mesa junto a sus niños; todos trabajaban. Estaban haciendo canastas para luego venderlas. Saludaron a las dos amigas. Julie no podía quitar los ojos de encima a Dicky, hasta que Kate le dio un pequeño pellizco. Como tenían muy

poco tiempo, se despidieron a los pocos minutos, y el joven irlandés las llevo hasta el puerto en un carro arrastrado por un débil caballo. Todo estaba saliendo como lo habían planeado.

Cuando finalmente llegaron a destino, Dicky tomó la pesada valija y se dirigió acompañado por las delicadas jóvenes hasta el sitio donde trabajaba su conocido, a quien había visto con Julie el día anterior. Dicky estaba exhausto. Desde hacía



algunos días el clima se parecía más al caluroso verano que a la cálida y agradable temperatura que es habitual en primavera. El pesado equipaje terminó con la poca energía que poseía el mal alimentado y flacucho irlandés.

—Ahí está mi amigo, él es quien nos ayudará —dijo mirando a Kate, al tiempo que le señalaba a una persona que estaba trabajando tras una mesa repleta de pescado con un hedor casi insoportable. Kate le sonrió, sintiendo en

lo más profundo de su ser que su gran anhelo se cumpliría en pocas horas.

—Buenos días señoritas, espero sepan disculparme, pero no puedo darles mi mano: los motivos son evidentes.

Trataba de romper el hielo, porque sabía que lo que les estaba por decir iba a cambiar la felicidad que los tres tenían aquella tarde. Luego de que ambas lo saludaran con un gentil movimiento de cabezas, el joven pescador comenzó a hablar.

—No tengo buenas noticias.

—¿Qué sucede? — preguntó Kate mientras su expresión cambiaba por completo.

—Todos los buques han postergado su salida el día de hoy, por tiempo indefinido. Lo que ha sucedido con el transatlántico ha motivado esta drástica decisión. Lamentablemente no puedo hacer nada para ayudarlos.

—¿Pero, cómo es posible que suceda tal cosa? — preguntó Julie abrazando a

su amiga, tratando de darle contención. Sabía que se sentiría devastada por la inesperada noticia.

—Al parecer, como aún no saben los motivos exactos del terrible accidente, temen que vuelva a suceder, y por precaución han tomado este tipo de recaudos.

—Pero eso es totalmente ridículo. Mis padres me han dicho que al parecer impactaron contra un iceberg.

—Justamente. Eso es lo que preocupa a las autoridades. Piensan que

puede volver a suceder si no se toman ciertas medidas. Como imaginarán, hay mucho pánico por aquí — dijo mirando a su alrededor.

Ese fue el momento de quiebre interior en Kate, en el que todas sus ilusiones se transformaron en una inmensa frustración colmada de un dolor desgarrador que provenía de sus entrañas. Sintió que su última oportunidad se desvanecía como lo hace momentáneamente el sol al atardecer, transportándonos de un momento a otro a una

profunda oscuridad. La esperanza a la que se había aferrado, su deseo de volver a abrazar a Oliver y de estar en los brazos de Gustavus, se terminaba definitivamente. En ese momento no demostró lo que sentía, y eso alteró y estremeció aún más a su amiga. Kate no solía actuar de ese modo sino que, por el contrario, era expresiva por demás.

No derramó ni una sola lágrima, ni dijo palabra alguna de regreso a su casa. Julie, luego de acompañarla,

siguió camino a la suya, con el equipaje que contenía sus prendas y que no sirvió de nada a su amiga. Iba en compañía de Dicky, que estaba tan triste como ella. En total silencio, recorrieron el camino en el carro del irlandés hasta que llegaron a destino; antes de que éste se despidiera le pidió un último favor:

—Debes escribirle a Gustavus. Explícale que no hay forma de que Kate pueda viajar y reencontrarse con ellos.

# 19

LUEGO de despedirse de Megan, quien había logrado aclararles algunas dudas y les había provocado muchísimas más, Sophie y Piper subieron nuevamente a la camioneta, en donde había una sensación térmica similar a la de las cámaras de frío. La temperatura allí era casi insoportable: les dolían los dedos de los pies a pesar del abrigo que tenían, parecían pequeñas



puñaladas que penetraban la suave piel de sus extremidades.

—¿Y qué me dices de todo esto? —preguntó Piper mientras trataba de aumentar la calefacción.

Sophie, al ver lo que intentaba hacer, le explicó que luego del choque con Mr. Porsche se había desestabilizado el calefactor y a veces no calentaba lo suficiente. Piper le preguntó entonces cómo estaba tan caliente cuando venían de camino a casa de Megan. Sophie le indicó que mirara

atrás. Piper giró su cabeza y no pudo contener la risa al ver una pequeña estufa a baterías que estaba apagada en el asiento trasero. La encendió de inmediato, y una vez más le dijo que la admiraba por su gran imaginación. Pero también le advirtió que era un peligro llevarla allí. Luego, comenzó a frotarse las manos para tratar de entrar en calor. En ese momento reaccionó: había olvidado su maleta en la casa de Megan.

—¡Oh, por Dios! —  
exclamó con desesperación.

—¿Qué sucede? —  
preguntó Sophie  
sorprendida.

—Me he olvidado la maleta con el proyecto en casa de Megan.

—¿Pero cómo es posible que no te dieras cuenta antes? —a Sophie se le hacía difícil sobrellevar las continuas distracciones de su amiga.

—Me he dado cuenta ahora, al darme vuelta para ver la estufa. Por suerte lo has mencionado. ¡Debemos regresar, tal vez tengamos suerte y no se haya ido aún!

—No creo que esté en su casa, estaba muy apurada por salir.

Para ese entonces Sophie había dado un estrepitoso giro en U, y estaba de regreso. Al llegar, las ventanas todavía estaban abiertas, lo que les dio la esperanza de que Megan estuviera aún allí. Piper bajó corriendo. Al encontrarse con la puerta abierta, pensó que seguramente no la habían cerrado bien al salir, y decidió entrar directamente a la casa en busca de la maleta sin

molestar a Megan, que debía estar demasiado apurada para tomar su vuelo. Cuando había dado unos pasos en la sala, escuchó un sonido grave que provenía de la biblioteca, algo que le llamó poderosamente la atención. Piper pensó que seguramente Megan estaba hablando con alguien al teléfono. Al acercarse, se impresionó al verla tendida en el suelo.

—¡Megan! ¿Te encuentras bien? ¿Qué te ha sucedido?

En ese momento la joven intentó levantarse; estaba

mareada y aturdida. Piper pensó que se había desmayado y se había golpeado al caer.

—Estoy bien —dijo Megan con la voz entrecortada—, por suerte se ha marchado al escuchar tu VOZ.

—¿Quién se ha marchado?

—No lo sé, llevaba su rostro tapado. Desde hace un tiempo me han pasado cosas muy extrañas, ¿sabes?

Piper comprendió que lo que había sucedido era mucho peor de lo que imaginaba. Corrió hasta la

ventana que el individuo había dejado abierta al momento de escapar. Pero ya era demasiado tarde, se había ido. Guardó esperanzas de que Sophie hubiera visto algo. Luego ayudó a Megan a sentarse y fue hasta la cocina en busca de algo para darle de beber.

Mientras Megan volvía a estar consciente y se recuperaba del gran golpe que había recibido minutos atrás, Piper quiso entender los motivos de lo que había ocurrido. Quería saber si también tenía relación con la

familia Hemstitch y su millonaria herencia.

—¿Qué te ha estado sucediendo? —pregunto la periodista sin titubear.

—Han tratado de entrar a mi casa antes. Una noche cuando dormía, me sobresaltó la alarma de la sala, y pude escuchar que una persona escapaba. En ese momento di por sentado que sería alguno de mis lectores y le resté importancia. Escribo libros de asesinatos y la policía me ha dicho que me cuide porque han tenido casos de



depravados obsesivos que persiguen sin tregua a los autores de ese tipo de historias. Se ven reflejados en ellas, ya que transmiten en palabras los horrendos pensamientos que pasan por sus mentes perversas.

»Hace un par de días un repartidor me entregó un ramo de flores, sin remitente. Al parecer, quien las enviaba no quería darse a conocer. De todos modos, yo traté de averiguar quién podría ser. Se lo pregunté al gentil repartidor, pero no pudo ayudarme. Y ahora

aparece de nuevo este individuo... Sospecho que es siempre la misma persona.

—Pero, sin embargo, pareciera que no tiene nada que ver con el asunto del que hablábamos, ¿no es así?

—Hasta hace un momento no lo relacionaba, pero ahora... —dijo Megan, forzando sus ojos para tratar de enfocar su visión, que aún permanecía mareada.

—Sé que no hay tiempo pero, por favor, adelántame algo —Piper le imploraba, necesitaba saber más.

—Los Hemstitch fueron

envenenados con la misma flor que yo recibí. Además de ser extremadamente venenosa, puede llegar a ser letal si es consumida. Tiene un significado...

—¿Un significado? — preguntó Piper nerviosa.

En ese momento Sophie entró a la casa buscando a Piper. Había comenzado a preocuparse por su tardanza, sobre todo cuando vio salir por la ventana a un hombre de complexión física similar a la de su novio. Comentó esa situación a Piper y a Megan, y éstas trataron de

tranquilizarla explicándole que todo estaba bien. Pero Piper se quedó de boca abierta cuando Sophie le dijo que llevaba una campera como la que ella misma le había regalado a Louis.

—Puede haber millones iguales a la suya —dijo Megan tratando de ser racional—. Seguramente te has confundido, ya que con tanta niebla es imposible ver con nitidez, menos aún si estabas dentro de tu coche... además, ¿por qué tu novio querría hacerme daño?

—Piper y yo hemos visto en la computadora de nuestra jefa que ambos están interesados en el edificio Cosmopolitan.

—Debes tener mucho cuidado entonces —dijo Megan—: la ambición enloquece a las personas.

—Pero es imposible que sea él —reflexionó Piper—. Anoche yo también recibí un ramo de flores. Es obvio que se trata de la misma persona... Al parecer —dijo mirando a Sophie, para ponerla en tema— la familia Hemstitch murió

envenenada con flores... No es Louis quien los mató hace cien años, por lo tanto no tiene sentido que sea él quien esté intentando advertirnos que hará lo mismo con todas nosotras si seguimos averiguando sobre el edificio.

—Las flores pueden transmitir mensajes — intervino Megan—. El significado al que me refiero se conoce como el “lenguaje de las flores”. Era muy utilizado en la época victoriana para mandar mensajes cifrados. Deben

ser muy precavidas en circunstancias como éstas. Todos son sospechosos. Louis puede tener motivos que lo lleven a actuar de la misma manera que lo hizo cien años atrás el asesino de los Hemstitch... o quizás no esté involucrado en absoluto en este asunto... Es más, sinceramente creo que tu novio debe ser ajeno a todo esto. Ahora dime Piper — agregó mientras pasaba una mano por su cabeza y palpaba el terrible chichón que se había formado por el golpe, ya un poco más

repuesta—, ¿cómo eran las flores que te enviaron?

—Mira, te mostraré una foto que les saqué antes de tirarlas —dijo Piper y buscó en su móvil la imagen.

Al mirarlas detenidamente durante un momento, Megan confirmó sus sospechas. Se levantó y fue a la biblioteca, que estaba a unos pasos del sillón del escritorio en el que se encontraba. Volvió con un libro muy antiguo.

—Este es un diccionario de la época victoriana. En él se detalla cada una de las flores y sus significados. A



ti te han enviado estas flores que ves aquí —Megan le señalaba cada flor a la que hacía referencia—: azaleas, también conocidas como rododendro, cuyas hojas son muy venenosas. Son una advertencia. Esta otra que ves aquí, que parece una gran rosa blanca, es la peonía, que significa ira. También te enviaron una flor de adelfa, que significa “ten cuidado”. Evidentemente te están advirtiéndome, como a mí. Para conseguir estas últimas las han tenido que encargarse con

anticipación a California. Son las mismas que me enviaron a mí, y las que utilizaron para asesinar a la familia Hemstitch. Pusieron en su comida estacas de esta planta y los envenenaron a todos.

—¡Es horrible! —exclamó Piper—. Todas estamos en peligro; alguien no quiere que sigamos investigando y está dispuesto a todo... —y agregó con mucha preocupación—: De ahora en más debemos tener mucho cuidado con todo lo que consumimos, ya sean

bebidas o sólidos.

A pesar de que ninguna se encontraba con ánimos, debían cumplir con sus obligaciones. Se pusieron de acuerdo en no hacer la denuncia de lo sucedido. Antes debían investigar por su cuenta: la policía había tenido cien años y no habían logrado encontrar al culpable aún. Tal vez esa persona tenía demasiado poder y por ese motivo todo permanecía oculto, a pesar de las cosas que seguían sucediendo y que eran por demás peligrosas. Megan

tomó su maleta, salieron juntas y se marcharon.

\* \* \*

El proyecto fue un éxito absoluto. El prestigioso modisto quedó encantado con las dos periodistas, que a pesar de la angustiosa mañana que habían tenido, representaron con profesionalismo a la importante revista para la que trabajaban. Ya era el mediodía y habían estado más de tres horas junto a Jacques Vontandant y su

equipo dentro de la sala de conferencias. Estaban exhaustas, ya que tuvieron que permanecer de pie mientras explicaban el proyecto y contestaban las dudas que cada uno de los integrantes del equipo del diseñador les formulaban dinámicamente.

—¡Qué alegría, al fin lo convencimos! —exclamó Piper mientras comenzaban a caminar hacia la camioneta.

—Es verdaderamente un logro, y todo gracias a ti que preparaste un proyecto

acorde a las circunstancias —le dijo Sophie demostrando lo orgullosa que estaba de su amiga—. Lo que me asombra aún más, es que lo lograste a pesar de lo que te había sucedido... no me habías contado nada sobre las flores.

—Disculpa, realmente no quería preocuparte antes de la presentación. Pero estoy muy asustada. Todo lo que estamos viviendo es muy raro, ¿no te parece?

—¡Es escalofriante! Dime Piper, ¿tienes idea de cómo

lucía la persona que te llevó las flores? —preguntó Sophie, que no había podido quitar de su mente el parecido físico que tenía el individuo que salió de la casa de Megan con Louis, además de que llevaba una campera como la que ella le había regalado.

—¿Sigues pensando que puede ser tu novio? —preguntó Piper.

Sophie asintió, reflejando en su rostro el dolor que esto le causaba y lo preocupada que estaba al respecto. Como de costumbre,

escuchaba atentamente la opinión de su amiga.

—Porque a mí me encantaría tranquilizarte, pero no puedo hacerlo — continuó Piper—. Ayer cuando me quedé hasta altas horas de la madrugada finalizando el proyecto en la oficina, me encontraba sola. Tú y Chloë ya se habían ido. Llegó el repartidor con la comida que había ordenado minutos atrás... estaba famélica ¿sabes?; pero algo sucedió, escuché un ruido. En ese momento un escalofrío recorrió mi



cuerpo. Traté de no darle importancia, pensando que seguramente sería algo que no estaba correctamente en su lugar, pero luego, cuando estaba en planta baja con el paquete en mis manos, los guardias me preguntaron si me había encontrado con mi novio, quien según ellos había subido pocos minutos antes con flores para sorprenderme. Me quedé estupefacta.

—¡Pero si tú no tienes novio! ¿Pudieron ver quién era en el registro de la filmación de seguridad?

—Bueno, lo primero que hicimos cuando los guardias regresaron después de haber revisado todo el lugar sin encontrarlo por ningún lado, fue mirar detenidamente la filmación, y es por eso que estoy tan preocupada como tú con respecto a Louis... no logré ver su rostro porque tuvo la precaución de tapárselo al pasar delante de la cámara. Sólo alguien que conoce la oficina y que ha estado previamente allí sabría en qué sitio están ubicadas.

Ambas entraron a la

camioneta. Allí estaban protegidas de la feroz tormenta de nieve que se había desatado minutos antes de terminar la reunión y que hizo que ésta finalizara lo antes posible. Decidieron que lo mejor sería regresar a la oficina para reunirse con Amanda y ponerla al tanto de las últimas novedades, que sin duda alguna la llenarían de felicidad.

—Quiero convencerme de que no es posible que sea Louis quien salió de casa de Megan luego de golpearla

—dijo Sophie,  
evidentemente preocupada.

—...y de tratar de terminar  
con ella —agregó Piper—,  
porque si yo no llegaba de  
imprevisto como lo hice...  
según Megan, intentaron  
asfixiarla.

—Sinceramente, no  
imagino que pueda llegar tan  
lejos. Tú lo conoces muy  
bien, es una persona  
tranquila. Algunas veces  
puede ser un tanto  
excéntrico y ambicioso...  
pero por más que le interese  
ese gran negocio, como es la  
compra de un edificio

histórico en un punto estratégico de la ciudad, sé que sería incapaz de hacerle daño a alguien.

—¿Pero qué me dices de las coincidencias, el parecido físico, su campera, y la primera impresión que tuvimos de él, yo al verlo ayer en la filmación y tú cuando salía de la casa de Megan?

—Sí, son muchas coincidencias, pero también es posible que sólo se trate de una persona con características físicas similares.

—Sophie, ¿recuerdas el día que tu secretaria te entregó la carta, diciendo que era tu novio quien la traía y que iba dirigida a ti, pero que luego pensamos que era para Amanda porque se trataba del edificio Cosmopolitan? ¿No te parecen demasiadas casualidades? Además, no te ha contado nada al respecto, y justamente cuando ayer me llevaron las flores a la oficina él no estaba contigo.

—Ya lo sé, tienes toda la razón... hoy en plena reunión pensaba que son pocas las

personas que saben que tú estás en la oficina que ocupaba Amanda. Él dejó las flores justo en esa oficina —Sophie estaba muy nerviosa, sentía que el profundo amor y la confianza que le tenía a su prometido se habían evaporado en muy poco tiempo.

—Debes estar muy atenta, tal vez nos estemos equivocando. Pero trata de ver todas las señales: si él está metido en esto y es realmente quien creemos, seguramente nos lo dejará

ver.

—En cuanto llegue a casa buscaré información en su ordenador; revisaré cada uno de sus bolsillos y cajones, trataré de encontrar algo que nos guíe a donde queremos llegar... lo único que espero es que estemos cometiendo un gran error y que no sea él la temible persona que pensamos.

\* \* \*

Mientras tanto, Louis se encontraba reunido en el registro nacional de



monumentos históricos con las mismas personas que habían investigado el edificio Cosmopolitan días atrás. Eran las mismas a quien Thomas Boothe quería engañar para así ser el único que pudiera apoderarse del edificio y truncar el deseo de su padre. Éste último había continuado pagando los impuestos correspondientes, sabiendo que ningún descendiente de los Hemstitch quedaba con vida. O al menos era eso lo que creía.

—Mi socia, la señora

Amanda Horton, y yo hemos estado realizando una profunda investigación sobre este edificio y creemos fervientemente que es imposible que pueda ser nombrado monumento histórico.

—Por favor, antes que nada, trate de relajarse... nosotros entendemos perfectamente su postura, pero también usted debe saber que por las características que este edificio posee, ¿me entiende sobre lo que le hablo, no es así?, es imposible de

momento que alguien lo pueda comprar. Estamos tratando de acelerar el proceso que corresponde en este tipo de situaciones: confirmar que no haya herederos legales y asegurarnos de que no posee las características necesarias para ser nombrado monumento histórico. Recién en ese momento pasaríamos a la siguiente etapa, en la que usted está evidentemente interesado. Aún falta camino por recorrer, pero si le sirve de algo, debe saber que

seguramente no existan herederos. Es increíble, pero luego de la muerte de estas personas no quedó nadie que reclamara la suntuosa herencia. Si definitivamente no encontramos herederos, debemos tener en cuenta que hay una persona que se ha reunido hace poco con nosotros, y que ha pagado durante años las contribuciones para poder obtener los derechos del inmueble.

—Pero... ¿Cómo es posible? Tengo entendido que ninguna persona de la

familia está con vida, tal como usted lo ha mencionado, por consiguiente pasaría directamente al Estado. Éste considerará si corresponde ser nombrado monumento nacional, y de no ser así llamará a licitación para su venta. Con mi socia tenemos derecho a comprarlo si ofrecemos más dinero por él, y devolvemos a esta persona que usted dice los impuestos que pagó sin que nadie se lo pidiera.

—Bueno, parece que usted está más interesado de lo

que pensaba. Déjeme analizarlo con mi equipo de trabajo. Realmente no puedo decirle ahora si usted puede pasar por encima de los derechos de esa persona que ha estado pagando los impuestos, ya que si no me equivoco tienen preferencia por sobre los suyos.

—Ciertamente espero que se interiorice sobre la situación lo antes posible: mi socia y yo no tenemos tiempo que perder. Y le puedo asegurar que al gobierno le interesará mucho más nuestra propuesta

financiera —dijo Louis para finalizar—. Buenas tardes, ha sido un placer conversar con usted.

Louis demostraba grandes dotes y mucha inteligencia a la hora de negociar. Sabía cómo transmitir seguridad financiera; a su entender, era fundamental que la otra parte interesada en el negocio pudiera percibirla. Además tenía algo de lo que Amanda carecía, y era el motivo por el cual lo había elegido como socio: era muy simpático y caía bien a la mayoría de las personas.

Ella había preferido no acompañarlo aquella tarde. Temía truncar el negocio, ya que sabía que, muy a su pesar, era una persona con características exactamente opuestas a las de Louis. Existía la posibilidad de que este negocio no resultara exitoso en aquella sociedad que tenían, pero sin embargo no le preocupaba demasiado. Había conocido a alguien más que sabía que estaría aún más interesado en llegar hasta las últimas consecuencias con tal de apropiarse del edificio.



\* \* \*

Amanda había intentado seducir a Louis en más de una ocasión desde que comenzó a salir con Sophie, pero él había cambiado por completo, parecía otra persona. Todo había sido distinto antes de que conociera a su novia. Cada tanto compartían noches de placer, risas y alcohol. Amanda encontraba en Louis todo lo que deseaba en un hombre.

El último verano,

aprovechando que estaban lejos en un viaje de negocios en Grecia, y sin Sophie que se interpusiera, lo invitó a dar un paseo en su barco privado. Cuando estaban relajados tomando varias copas de champagne, lo sedujo lentamente. Pero su intento fue en vano; no le quedó más que retroceder cuando él se resistió nuevamente.

Fue así que Amanda elaboró un plan para conquistar definitivamente a Louis: quería quedárselo para ella. Estaba segura de

que no fracasaría. Sabía que Sophie no toleraría las mentiras de su novio, ya que él se lo había comentado alguna vez, excusándose. Louis no le mencionaba a su novia muchas de las reuniones que tenía con Amanda, y le pedía a ésta que tampoco lo hiciera.

Una noche que viajaban a Boston para reunirse con un millonario interesado en una de sus obras, le pidió a Amanda que no le contara a Sophie nada al respecto. El contacto lo había conseguido ella por intermedio de su

trabajo como directora de  
Gorgeous Woman  
Magazine, ya que el  
interesado era dueño de una  
prestigiosa marca de  
cosméticos que publicitaba  
para la revista. Tiempo  
después, Sophie se enteró  
del asunto en una  
conversación telefónica con  
el mismo empresario por  
motivos directamente  
relacionados con la revista:

—Estoy interesado en  
comprar nuevamente un  
cuadro al amigo de su jefa.  
¿Podría usted pasarme la  
llamada para poder hablar

con ella? Me encantaría que vinieran nuevamente aquí con alguna de sus piezas. Como usted ya sabe, me encuentro atravesando una enfermedad, y como mis defensas están muy bajas no me permiten viajar.

—Sí, ya lo sé. Por supuesto, le pasaré inmediatamente con Amanda. Seguramente se refiere al famoso pintor Louis Stingrol.

—Así es. Desde que vino con Amanda y le compré una de sus exclusivas obras, mi esposa espera con ansias

reunirse lo antes posible con él y proponerle un negocio aquí en Boston. Usted ya sabe como son las mujeres cuando conversan. Mientras estuvimos reunidos, tuvieron la oportunidad de hablar y Amanda le comentó que estaban saliendo juntos desde hacía un tiempo, y que deseaban poner una nueva galería de arte en esta ciudad.

—¡Oh, cuánto me alegro de que mi jefa finalmente esté saliendo con su adorado pintor! Enseguida le comunico con ella —dijo

Sophie ocultando su indignación al saber que Louis le había mentado una vez más, y que tal vez la estuviera engañando con Amanda.

A pesar de lo que había escuchado, le costaba creer que fuera cierto: tenía muy claro que ella moría por él, pero también sabía que él encontraba en ella una excelente socia, con muchos contactos y poder.

HABÍA comenzado la semana de la moda en Nueva York, y las agendas de Piper y Sophie estaban completas todos los días. Debían acudir a la mayor cantidad posible de desfiles para cumplir con las expectativas de su jefa. Durante uno de los desfiles, Piper recibió un llamado de su secretaria, quien le informó que había alguien en su oficina que deseaba



hablar lo antes posible con ella.

—Es imposible que pueda encontrarme con alguien hoy... ¿Quién está allí?

—La señorita Ruth Sting.

—¿Ruth Sting? mmm... no sé quién es. Por favor, díselo sutilmente, pero realmente no la recuerdo. —Mientras escuchaba la voz de su secretaria que hablaba con la persona que quería verla, le preguntó en voz baja a Sophie—: Ruth Sting... ¿Te resulta conocido su nombre?

—¿No es la persona que te envió un mail diciéndote que

encontró un anillo de Claddagh? —dijo Sophie, que estaba vestida totalmente de negro al igual que su amiga y que el resto de las personas que se encontraban allí.

—¡Oh sí, ahora sé quien es!

—Señorita Piper —intervino su secretaria—, me dice que ella hace unas semanas le envió un correo electrónico con datos sobre un anillo que a usted le podría interesar.

—Sí, sí, ya la recuerdo. Por favor dile que en este

momento me resulta imposible reunirme con ella. Explícale que justamente soy la encargada de escribir los artículos sobre los desfiles en esta semana tan complicada, pero dile que me deje su número telefónico y la llamaré.

Luego de transmitir exactamente lo que le había indicado Piper, la secretaria dijo:

—Dice que debe llamarla con urgencia, tiene algo muy importante que decirle.

—Perfecto, en el primer intervalo que tenga la llamo

—dijo para terminar la conversación.

Inmediatamente, Piper se dirigió de nuevo a su amiga y le explicó lo que le había dicho su secretaria.

—Ahora es imposible que salgamos de aquí —dijo Sophie recordando su agenda—; luego tenemos la fiesta del modisto Jacques Vontandant, así que no creo que puedas llamarla. Es muy importante que esta semana no perdamos ningún detalle. Además, mira como está Amanda, no nos deja ni por un segundo... al menos sé

que no está con Louis.

—No puedo creer que aún sigas con él. Por más que no hayas descubierto nada que lo involucre, es muy peligroso que sigan viviendo juntos. ¿Has visto algo más que nos indique que es él quien está metido en todo esto?

—No Piper, al contrario, cada vez más creo que nos equivocamos en sospechar de él. Mira, allí está Amy con su prometido; al parecer es un importante empresario y, por supuesto, Amanda está encantada con él. Le ha

pedido a Amy que lo traiga a los desfiles, y él se la pasa conversando con ella.

—Cuando lo vi pensé que era Louis, tiene un parecido sorprendente... ¿no lo crees?

—Sí, puede ser, pero si hablas un minuto con él verás que se parecen sólo a la distancia: es muy arrogante —dijo Sophie, que estaba dos filas detrás de ellos.

—¿Te das cuenta? Ambas estamos hablando del parecido de Louis con el novio de Amy, sin caer en la cuenta de que podría ser la

persona que fue al edificio aquella noche, y a la casa de la escritora.

—Y a llevar las cartas para su novia.

—Quien también trabaja en la empresa —agregó Piper—, y que tu secretaria, cometiendo un error, te las entregó a ti. Todo encaja a la perfección. Debemos averiguar quién es, y por qué estaría interesado en el edificio.

—Y por qué se ha hecho tan compinche de Amanda.

Ambas estaban deseosas de saber qué era lo que

quería decirles Ruth Sting, pero también eran conscientes de que debían ir a la fiesta del famoso diseñador, o de lo contrario Amanda se pondría furiosa. Luego de cubrir los desfiles, pasaron por el vestuario donde tenían los vestidos vanguardistas que Amanda les obligaba vestir. Inmediatamente después fueron junto a ésta a la limusina que las esperaba para llevarlas a la fiesta.

—Les he pedido a ambas que se vistieran exactamente con los modelos que les



diseñó Jacques Vontandant en exclusividad.

—Pero Amanda, así lo hicimos —dijo Piper, mirando su vestimenta y la de su amiga.

—Bueno... realmente no les queda como a la modelo que los desfiló hace un momento.

—Por supuesto, si tú te vistieras con estos diseños seguramente tampoco te quedarían como a ella, ¿no lo crees? —le retrucó Piper haciendo uso del privilegio que poseía desde hacía un par de días.

Ignorándolas, Amanda le ordenó al chofer que las llevara lo antes posible a la dirección en donde se ofrecería la exclusiva fiesta del importante modisto.

—Por favor, diríjase lo más rápido que pueda al 848 de la calle Washington.

—¿Al Hotel Standard?

—Así es. —Luego miró a Sophie y a Piper, que estaban sentadas una junto a la otra mirando para la ventana contraria a la de Amanda, y les dijo—: Necesito que traten de conseguir la mayor cantidad

de información durante esta fiesta, es muy importante para nosotras que nos hayan invitado. Además, la encantadora encargada de prensa también invitó a Amy.

—¿A Amy? ¿Desde cuándo la invitan a las fiestas de la semana de la moda? ¡Yo creía que el máximo de invitadas de nuestra revista era de tres personas, y por supuesto con preferencia para las de mayor jerarquía! —exclamó Sophie con verdadera indignación: para ella había

sido muy difícil que Amanda le permitiera acudir a estas fiestas.

—Bueno Sophie, debes saber que es imposible cambiar las reglas de juego, así que lamentablemente no podrás acudir hoy con nosotras —dijo Amanda desafiante.

El rostro de Sophie lo decía todo, estaba totalmente desencajado. No podría estar más furiosa. Amanda Horton había llegado demasiado lejos. Deseaba gritarle a los cuatro vientos que era la peor persona que había

conocido alguna vez, pero sabía que no podía hacerlo ya que de esa forma estaría tirando su carrera por la borda. Amanda era demasiado influyente en el mercado periodístico y de la moda. Sin dudas era el demonio en persona.

—¿Pero Amanda, por qué no me lo dijiste antes? No me habría vestido, ni habría venido con ustedes.

—No surgió la posibilidad hasta hace unos minutos. Amy está muy bien relacionada últimamente, y demuestra gran interés en el

trabajo de la revista —le dijo, dando por sobreentendido que lo que ella hacía no era beneficioso para la empresa.

Pero ambas sabían que el verdadero interés de Amanda estaba en negociar con el novio de Amy, Thomas Boothe; alguien que a partir de ahora encajaba a la perfección en la lista de sospechosos. Piper estaba tan indignada como Sophie, pero debía disimularlo: Amanda no toleraba ningún tipo de quejas.

—Amanda —dijo de

repente Piper—, podrías haberle avisado en el desfile que no iba a poder acudir a esta fiesta, ¿no lo crees?

Sophie miró a su amiga sin entender qué demonios estaba haciendo. Nadie le hablaba de ese modo a la directora de la revista. Amanda quedó tan sorprendida como Sophie pero sabía que, a partir de las grandes ventas obtenidas gracias a los excelentes artículos que Piper escribía, no podía destratarla. Si lo hacía, pondría en riesgo la economía de la revista que

dirigía.

—Bueno, ya sé que debí avisarte antes —dijo Amanda a Sophie en tono de disculpa—, y no permitir que perdieras tu tiempo vistiéndote apropiadamente, pero es que recién me doy cuenta de que no te dejarían entrar. Debes entender que me interesa hablar con el señor Boothe esta noche. Él estaba invitado, y me pidió que Amy lo acompañara ya que a ella, por lo que me dijo, le daría mucha felicidad sentirse importante en su trabajo.



Al llegar al majestuoso hotel, luego de bajar de la limusina, Amanda ordenó al chofer que llevara a Sophie a su hogar.

—Ten mucho cuidado — le dijo Sophie a su amiga antes de irse—: si Thomas Boothe fue quien llevó las flores a la revista, y ahora Amanda me quiere lejos de ti, es posible que estés en riesgo.

\* \* \*

En cuanto subió a la lujosa limusina que le había

dispuesto su jefa, Sophie llamó inmediatamente a la secretaria de Piper y le pidió que le pasara el teléfono de Ruth Sting. Minutos más tarde la llamó y le preguntó si podían encontrarse en su casa en el Upper East Side. Estaba segura de que Louis no llegaría hasta tarde, ya que tenía una muestra en su galería de arte; se lo había dicho temprano en la mañana al pasar por su lado, indiferente como de costumbre. Últimamente, lo único que hacía Sophie era escucharlo cuando hablaba.

Sentía que dormía con el enemigo y que su pareja estaba llegando a un triste final.

Ruth aceptó la propuesta; finalmente podría hablar. Su deseo era contarle lo que sabía a Piper, que era quien había escrito el artículo y quien, a su parecer, estaba directamente involucrada y en riesgo debido a la información que poseía. Pero como Sophie le explicó que eran muy amigas y que estaba preocupada por su bienestar, Ruth aceptó reunirse lo antes posible.

Demoraría al menos una hora, o tal vez una hora y media, en llegar: estaba lejos de allí y aún no podía abandonar su trabajo, le explicó antes de cortar la comunicación telefónica.

Sophie llegó exhausta a su casa. Su día había sido muy intenso. A diferencia de Piper, a ella le encantaba el mundo de la moda, las modelos, y todo el entorno que podía frecuentar gracias al trabajo que tenía. Adoraba escribir artículos sobre las últimas tendencias en belleza, moda y actualidad.

Pero trabajar con Amanda le quitaba toda esa felicidad.

Aquel día especialmente, estaba deprimida y asustada. Al entrar a su gran casa, se sintió aún más diminuta y solitaria. El lujo era totalmente desmedido, las paredes estaban en su gran mayoría cubiertas con obras millonarias pintadas casi en su totalidad por su novio, y el resto, del mismo valor, por importantes colegas. Eran muy pocas las horas que compartían con Louis en aquel lugar, al que difícilmente ella podría

llamar su hogar. Estar sola era lo habitual. Y a pesar de que hacía un tiempo que vivían juntos, nada estaba ubicado de la forma que ella lo deseaba. Toda la casa había sido decorada por una importante decoradora, amiga de Louis, y con las opciones que él había elegido.

Abrió una botella de vino francés que tomó de una gran bodega, en el subsuelo de la casa, y se dirigió a su recámara. Luego se quitó su vestido vanguardista y lo miró con recelo; odiaba

tener que admitir que la gran mayoría de las decisiones de su vida no eran tomadas por ella y que, incluso en su casa y en la forma en que vestía, su opinión no valía ni era tomada en cuenta. Prendió el gran jacuzzi que tenía en una de las divisiones apartadas de su baño con vista al Río Este y a una gran cantidad de lujosos edificios. Recogió su pelo y puso música francesa, su preferida a la hora de relajarse ya que le traía buenos recuerdos de su viaje a Francia cuando se enamoró de Louis: a ambos

les gustaba escuchar a Carla Bruni. Luego, se sumergió en su gran bañera y en sus pensamientos. Estaría allí una hora hasta que llegara Ruth.

Sophie creía que estaba sola. No había visto a Louis cuando entró, pero él estaba allí, trabajando en su atelier. Debido a la falta de comunicación entre ambos no había escuchado que él, esa misma mañana, le había comentado que la presentación de sus obras había sido postergada. Cuando Louis entró al baño



ella estaba con sus ojos cerrados. Silenciosamente volcó unas gotas de un delicioso vino tinto en sus labios. Ella se estremeció. Sintió pánico. Jamás hubiera pensado experimentar esa sensación con su gran amor.

—¿Qué es lo que haces?!

—gritó sorprendida; no era común en ella expresarse de ese modo.

—Discúlpame, no imaginé que te pondrías así... pensé que te gustaría —respondió Louis.

Sophie se sentó rápidamente, estaba alerta.

No sabía hasta donde podría llegar Louis por su ambición. Pero éste, en vez de enojarse o demostrar su sorpresa ante la inusual reacción de su novia, quedó paralizado mirando sus pechos. Hacía tiempo que no sucedía nada entre ellos, y se sintió como si fuera la primera vez que la veía desnuda. Sophie era una mujer muy sensual, y muchas personas la encontraban parecida a la actriz Gwyneth Paltrow. A ella le sorprendió el modo en que Louis la miraba; hacía

demasiado tiempo que no percibía deseo en aquel apuesto hombre que tiempo atrás la seducía de un modo incontrolable. Cuando él levantó la vista, encontró los ojos verdes de Sophie mirándolo fijamente, y sintió que no la conocía.

—Mi amor... ¿está todo bien? Parece que hubieras visto un fantasma —dijo Louis. En ese momento, como por arte de magia, el dulce hombre que ella alguna vez conoció se acercó hacia su rostro lentamente, e intentó

acariciarla de un modo muy dulce— ¿Qué te sucede?

—Creo que nos debemos una charla, ¿no te parece?

Louis no entendía absolutamente nada. “¿Debo confesar algo?”, se preguntaba a sí mismo desconcertado.

—Pero, ¿qué sucede? — preguntó él mientras retrocedía un par de pasos, expectante.

—¿A ti no te parece que desde hace un tiempo parecemos unos completos desconocidos?

—Bueno, sabes que ambos

estamos con mucho trabajo. Yo estoy en una temporada complicada con muchos viajes, y me encuentro exhibiendo mis obras la gran mayoría del tiempo. Y tú estás en plena semana de la moda. Es más, ¿qué haces aquí? Hoy a la tarde hablé con Amanda y me dijo que tenía una fiesta del diseñador Jacques Vontandant. Tú siempre la acompañas, ¿no es así?

Sophie había comenzado a sentir los primeros efectos relajantes del vino, y sintió que no podía contenerse

más: debía sacar toda esa rabia y dolor que la sofocaban desde lo más profundo de su ser, incluso aunque pusiera su vida en riesgo. Si ella lo enfrentaba, y realmente Louis era quien había estado sospechando los últimos días, podría resultar lastimada. Sus bellísimos ojos verdes se llenaron de lágrimas, y le dijo con voz entrecortada:

—No pude ir. Amanda me lo dijo camino al hotel, en la limusina. Yo ya estaba vestida. Decidió a último momento que sería mejor

que fuera Amy, ya que es novia de un importante empresario en quien aparentemente ha encontrado un nuevo aliado para sus negocios —dijo para que Louis viera de una vez por todas el tipo de persona que era su socia realmente, y que nada tenía que ver con la imagen que él tenía de ella.

—¿De quién hablas? —los ojos de Louis se salían de su órbita, estaba furioso: por años había dado todo por Amanda y ésta le devolvía sus favores asociándose con

otro y destratando al gran amor de su vida.

—Thomas Boothe.

—Ya lo sabía...

—¿De qué hablas Louis?

—Sophie, yo no había querido contártelo porque sé que esto nos hubiera causado problemas, pero Amanda y yo mantuvimos una relación antes de que nosotros nos conociéramos. Viajábamos por negocios, y en esos viajes sucedía algo más que una estrecha relación laboral.

—¿Tratas de decirme que ustedes mantenían



relaciones sexuales?! —  
Cada minuto que pasaba  
Sophie se sentía aún más  
lastimada.

¿Por qué nunca se lo había  
mencionado? Ella no habría  
accedido a trabajar con  
Amanda Horton si lo  
hubiera sabido. Louis asintió  
con su cabeza y tomó la  
copa en la que ella había  
estado bebiendo vino.  
Estaba evidentemente  
nervioso. Bebió de ella y  
luego continuó hablando.

—Amanda ha querido  
continuar con esta relación.  
Yo me he negado infinidad

de veces, pero últimamente me ha amenazado diciéndome que si no hago un negocio que se trae entre manos, que es sumamente peligroso y sucio, te contará sobre lo que sucedió entre nosotros, y te dirá que seguimos manteniendo sexo casual, algo que por supuesto es una absoluta mentira.

—¿Pero por qué no me lo dijiste antes?

—Porque sé lo importante que es para ti trabajar allí, y lo feliz que te hace. De todos modos, hace poco he

conocido a una persona muy influyente de una importante firma... ocupa un cargo de privilegio en la revista en la que siempre has soñado trabajar. ¿Sabes a cuál me refiero, no es así?

—¿No hablarás de *Vogue*?

—Sophie cambió momentáneamente su rostro compungido, y dibujó una dulce sonrisa en él. Louis asintió y luego le dijo:

—Me ha prometido que te encontrará un puesto allí, en el sector que más te gusta. El de la moda y la belleza femenina.

—¡Louis, eso sería fantástico!... pero antes de que continúes con todo esto debo saber algo —Él la miraba expectante, con la expresión cálida y sensual con la que logró enamorarla —: ¿El negocio al que no accediste a involucrarte tiene que ver con la majestuosa Torre Cosmopolitan?

—Así es. ¿Y tú cómo lo sabes?

—¡Oh, mi amor, ven aquí! Ahora es mi turno de hablar.

Sophie continuaba sentada, abrazando sus piernas en el jacuzzi,

rodeada de una deliciosa espuma con aroma a vainilla y esencias relajantes. Él estaba junto a ella, fuera de la bañera, sentado a pocos centímetros de su rostro. Le relató en detalle todo lo que había sucedido los últimos días, y cómo comenzó a sospechar de él por las cartas y el gran parecido que tenía con la persona que las había llevado. También le habló del choque y del juicio en su contra. Por último le dijo lo más doloroso: temía que él fuera quien intentó asesinar a la joven escritora. Louis

estaba pálido; se había estado sintiendo pésimo últimamente, pero jamás hubiera sospechado que su angelical novia pudiera llegar tan lejos. ¿Tan poco la conocía?, se preguntó por primera vez desde que estaban juntos, en aquel lujoso baño de la casa que ambos compartían, y donde al principio de la relación disfrutaron haciendo el amor en el agua infinidad de veces.

Un silencio sofocante, casi insoportable, agobió por unos minutos a cada uno de

ellos, por distintos motivos. En ella, la culpa que sintió por haber desconfiado de Louis durante tantos días. En él, la indignación al saber que ella podría ser capaz de juzgarlo de ese modo, sin siquiera darle la oportunidad de defenderse, lo que hizo que se preguntara si una persona capaz de pensar de ese modo de quien dice estar enamorada es creíble, y merece su amor, confianza y respeto.

—Louis, por favor —dijo finalmente Sophie, rompiendo el silencio—,

debes entender que para mí ha sido muy difícil todo lo que ha estado sucediendo. El día que recibí las cartas pensé en contártelo; justo cuando llegamos aquí junto a Piper íbamos a decírtelo pero luego, cuando te pregunté, tú no sabías de que hablaba, ¿lo recuerdas?

Louis no la miraba, estaba ensimismado en sus pensamientos, pero ciertamente la estaba escuchando: se sentía muy dolido, y lo único que le dijo fue que no se acordaba. Sophie quería que entendiera



lo que había sucedido.

—Piper fue en busca de las cartas a tu coche, el cual habíamos chocado esa misma tarde, pero no estaban allí. Se nos cayeron cuando bajamos a ver qué le había sucedido al Porsche.

—¿Al Porsche? — preguntó Louis desconcertado.

—Así es. El coche con el que chocamos aquel día que te conté hace un momento era un Porsche... último modelo. Y ahora el dueño está tan furioso con nosotras por haberle mentado que me

demandará... es decir, irá contra ti.

—Pero Sophie, ¿cómo es posible que no me hayas dicho nada de esto? ¿Le mentiste a ese pobre hombre luego de chocarle el auto?

—Sí, lo hice pensando que de ese modo él no querría demandarnos. Pero el plan no nos dio resultado, porque él fue a la oficina a llevarme las cartas que había encontrado en el lugar del choque, y Amanda se encargó de decirle que Piper no había perdido ningún bebé ni venía de ningún

hospital.

—¿Eso le dijiste al dueño del Porsche?

—Sí mi amor, pero fue una mentira piadosa... que me salió muy mal. Luego fue tan sólo una seguidilla de situaciones que aún no logro comprender. Y todo llevó a que no te dijera nada al respecto, y que desconfiara incluso de ti. Perdóname Louis, sabes lo mucho que significas para mí. Todo esto ha sucedido muy de prisa, y tanto Piper como yo estamos asustadas. Alguien que tiene un aspecto

muy similar a ti, fue hace un par de noches a la oficina de Piper, y estando ella sola en todo el piso a altas horas de la madrugada, le dejó un ramo de flores con significados especiales.

—¿De qué hablas ahora?

—Louis, la persona que está tras este edificio le dejó unas flores. Pudimos averiguar que en la época victoriana cada tipo de flor tenía un significado, y eran utilizadas para dejar distintos mensajes. En este caso significaban advertencia; quien las dejó

le advirtió a Piper que no averiguáramos nada más al respecto. Seguramente era el novio de Amy, pero no logro entender cómo está conectado con el pasado de Kate Hemstitch, ya que por lo que estuvimos investigando la familia entera murió envenenada por una de las flores del ramo que le dejaron a Piper.

—¿Qué flor es?

—La adelfa. Es una flor potencialmente venenosa, con la que mataron en una cena a toda la familia de la poetisa. Su significado en el

lenguaje de las flores es “ten cuidado”.

Louis la miraba incrédulo. No comprendía cómo era posible que no hubiera notado nada de todo esto antes. Sabía que últimamente no había estado muy pendiente de Sophie, pero su vida había estado en riesgo y Amanda, al parecer, podría estar demasiado involucrada. Su ambición, y el gran deseo que sentía por él —que significaba para ella lo prohibido y la seducía aún más—, eran suficientes motivos para sospechar que

fuera Amanda quien ideara la mayoría de estas situaciones, incluso hasta el choque. La rabia que sintió al principio hacia Sophie comenzó a disiparse.

—Espera un momento, tú me has dicho que las flores estaban en la oficina de Piper... ¿en ese pequeño cubículo que ocupa?

—No Louis, Piper fue ascendida luego de escribir un artículo muy beneficioso para la revista, y Amanda le cedió su oficina —Sophie se dio cuenta de que aún no le había contado esa novedad a

su pareja.

—No tenía la menor idea... pero entonces, tal vez la persona que envió las flores no estaba al tanto de esto, y es probable que quisiera advertirle a Amanda para que no se entrometa y no a Piper como ustedes piensan.

—Tienes mucha razón; de ser así, tal vez Piper no esté en riesgo.

Sophie se ilusionó sin saber que, por el contrario, en aquel instante en la fiesta, la vida de Piper pendía de un hilo. Algo estaba por suceder, y eso lo cambiaría



todo; pero en ese momento ellos aún no lo sabían.

Sophie le dio la mano a Louis, y le pidió que se metiera al gran jacuzzi, olvidando por completo que en cualquier momento llegaría Ruth Sting, como habían acordado. Mientras mantenía la sensual mirada a su novia con sus bellísimos ojos, y su corazón le palpitaba como si fuera la primera vez que estaba con una mujer, Louis comenzó a quitarse su camisa. Luego dejó a un lado sus zapatos. Todo estaba cubierto de

pintura: era la ropa que usualmente vestía cuando trabajaba en su atelier. Después se quitó los pantalones, y quedó en bóxers con dibujitos, los preferidos de Sophie, que ella misma le compraba.

Louis tenía un físico envidiable, a pesar de no ejercitar demasiado su cuerpo; su espalda era ancha y bien tonificada, y su abdomen plano. Durante años había hecho natación, y fue campeón universitario de este deporte. Seguía lamentando haber dejado esa

actividad en segundo plano debido a las exigencias de su trabajo. Su pelo era más bien largo y desprolijo, castaño, en sintonía perfecta con los ojos del mismo color. Todo esto hacía que resultara muy atractivo no sólo para ella, sino para la gran mayoría de las mujeres, incluyendo a Amanda.

Ella sonrió cuando Louis demoró en quitarse los bóxers; sabía que lo estaba cohibiendo al mirarlo continuamente. Lo deseaba con locura, y lo mismo sentía él por ella. Entró al

jacuzzi y se tendió cómodamente en el lado opuesto a donde ella se encontraba. Luego le pidió que se acercara; ella obedeció, culposa. La espuma no había cedido y había formado un pompón en la punta de su nariz; él se la quitó y, tomándola entre sus brazos, la besó apasionadamente. Sophie se dejó llevar. Sentía cómo se esfumaba toda la culpa: él la amaba demasiado, y le estaba demostrando que entre ambos todo estaba como antes. El amor que se

tenían permanecía intacto.

Sophie se sentó en cuclillas sobre él, sintiendo cómo ingresaba suavemente por su cuerpo. Ella se movía suavemente, llevando rítmicamente sus movimientos. Él le acariciaba su espalda, y ella hacía lo mismo entrelazando sus dedos en su cabello. Luego Louis la sentó en el borde de la gran bañera, para sacarla por un momento del agua y de ese modo poder besarla por completo. Fue bajando, besó sus pechos, su abdomen y continuó de ese

modo hasta llegar hasta donde ella más deseaba, haciéndola gemir de placer y dejando atrás por un momento todas las preocupaciones que durante días la acechaban. Él rió, la miró y supo que ella deseaba aún más. Se colocó del mismo modo que lo hizo cuando entró a la bañera, y ella volvió a subirse sobre él, y de ese modo, uno junto al otro, abrazados, amándose, deseándose con locura, llegaron al clímax y al placer que tanto buscaban y necesitaban.

—¿Esperas a alguien? — preguntó Louis, casi exhausto, y sin poder disimular lo feliz que se sentía en aquel momento; tenía una sonrisa pícaro en sus labios, algo que lo hacía verse aún más sensual. Su cabello húmedo caía despeinado sobre uno de sus ojos.

—Sí, ha quedado en venir la secretaria de Boothe, el novio de Amy. Al parecer tiene información que nos puede servir.

—¿Pero tú cómo sabes que es confiable? — preguntó

Louis. Para ese entonces Sophie ya estaba fuera de la bañera, vistiéndose con un conjunto de ropa deportiva de algodón que había tomado de su vestidor antes de entrar al baño.

—Ella fue quien encontró en el edificio el anillo de Claddagh, con las iniciales de Kate y de Gustavus. Kate era la hija del dueño del edificio. Al parecer tuvo un hijo con este joven, lo descubrimos en una de las cartas. Él debió huir con el pequeño a Irlanda, que era el país de donde provenía, para



poder tenerlo junto a él y que no fuera entregado a una familia adoptiva, como solía hacerse en casos como estos en donde la madre era soltera. Los padres de Kate no les permitieron estar juntos, y esa fue una decisión que ambos se vieron forzados a tomar. Si realmente existen herederos, la Torre Cosmopolitan no podría ser vendida, y tanto Amanda como Thomas Boothe perderían el gran negocio de sus vidas.

—Anda, ve a atenderla. Se pensará que no hay nadie en

la casa. Luego me sigues contando... ¡Ambos se morirían si apareciera un heredero! Se les iría por la borda el negocio —dijo Louis sonriente desde el jacuzzi, al tiempo que ella se alejaba. Se encontraba mucho más relajado luego del reencuentro con su amada mujer.

# 21

LAS mesas de la recepción de la fiesta están delicadamente decoradas con grandes candelabros encendidos en el centro. Deliciosas tortas y postres acompañan la romántica decoración, en sintonía con la colección que presenta Jaques Vontandant. Los exclusivos y selectos invitados —importantes clientes, periodistas de prestigiosas revistas, nuevos

diseñadores que componen la nutrida lista de jóvenes neoyorkinos y europeos que recién se inician en este glamoroso mundo— han hecho lo imposible por estar allí y salir en alguno de los programas de chimentos y en las páginas más destacadas de la semana de la moda.

En un rincón de la fiesta, tomando champagne y probando cada uno de los deliciosos canapés que le ofrecen, se encuentra Piper sumamente aburrida. Cada minuto que pasa se

convence aún más de que no pertenece al mundo de la moda. Estar allí la pone muy incómoda. Para colmo de males, su ex está presente, y al verla se ha quedado a su lado. Él, al igual que Sophie, conoció a Piper en la universidad y estudió con ella. Ambos comparten la misma pasión por el periodismo. Para desgracia de Piper, ha sido invitado por intermedio de la competencia directa de la revista para la cual ella trabaja. Piper se pregunta cómo es posible que en

algún momento haya estado interesada en él, tan aburrido y egocéntrico, e incapaz de sentir empatía por el otro, como lo está demostrando con sus comentarios superficiales sobre cada una de las personas que pasan por delante de ellos.

Ha bebido mucho champagne, más de lo que usualmente bebería, y se siente demasiado aturdida por su ex. Mientras come los bocadillos, se ve tentada por una deliciosa bandeja que parece dirigirse hacia ella. Trae un sólo plato, y Piper

agradece a Dios que el insoportable de su ex no lo quiera. Es una deliciosa *cheesecake* decorada con moras negras y jalea, cada uno de cuyos bocados saborea intensamente. El placer que le ofrecen sus frutos dulces le da la satisfacción que no le provoca ni al parecer encontrará en esta glamorosa fiesta.

Luego de terminar el postre, le sugiere a Benjamin tomar asiento: se siente desorientada, mareada, con muchas náuseas. Éste, al ver

que Piper comienza a vomitar, se tapa la boca y huye despavorido, dejándola completamente abandonada y desprotegida en medio de muchas personas que piensan, como él, que ha bebido demasiado, y quienes tampoco desean brindarle ayuda.

Ve girar todo a su alrededor. Se percata de que, al estar abrumada por la compañía que ha tenido que soportar, ha tomado varias copas de champagne que sin duda le han caído muy mal. El rostro de Benjamín, nítido



y definido y hace un momento, es ahora borroso y torcido. Se lo comenta, ya que siente que no le será posible mantenerse en pie por mucho tiempo más. Luego lo ve marcharse. Es lo último que recuerda.

Comienza a despertar luego de repetidos intentos por reanimarla de la emergencia móvil. Alguien, que supone debe ser el médico que la ha atendido, le dice que la trasladarán al hospital para hacerle un chequeo lo antes posible. “¿Se encuentra usted bien?”,

cree escuchar, pero todavía está muy mareada, todo da vueltas y no logra contestarle. El joven médico nota que nuevamente comienza a agitarse y a desvanecerse, pero no logra que recupere la conciencia. Está convulsionando, las sirenas de la ambulancia suenan en medio del bullicio de la noche neoyorkina, pero la gran mayoría de las personas no lo notan; para ellos es tan sólo un sonido más de los que acostumbran escuchar a cada momento.

\* \* \*

Sophie bajó rápidamente las escaleras, y tras la ventana vio como Ruth se retiraba. Ésta había golpeado a la puerta hacía varios minutos, y al no obtener respuesta pensó que seguramente Sophie no había creído importante esperarla. ¿Por qué querría escuchar lo que una completa desconocida tenía para decirle?, se dijo, y decidió retirarse. Había llamado a Piper, pero tampoco ella contestaba.

Comenzaba a temer lo peor. Sabía lo que sucedería y no pudo advertírsele, ni llegó a tiempo para evitarlo. Eso pasaba por su mente junto con un sentimiento de culpa. En ese momento, Sophie la alcanzó.

—¡Hey, hola, espera por favor, no te vayas! ¿Eres Ruth?

—Hola. Sí, soy yo... mucho gusto.

Ambas se dieron la mano cordialmente, y luego Sophie la invitó a pasar a la sala. Le ofreció una taza de té, pero Ruth se negó

cordialmente: quería ir directamente al grano, no había tiempo que perder.

—He tratado de llamar varias veces a Piper, pero no he logrado comunicarme con ella —dijo nerviosamente—. Hay algo muy importante que debe saber... ¡su vida corre peligro!

—¿Cómo dices? ¡Eso es imposible! No te ha contestado porque está en una fiesta de la revista, y seguramente el bullicio de la gente no le ha permitido escuchar su móvil. ¿Qué es lo que sabes?

El buzo deportivo de Sophie se había comenzado a mojar; en medio del apuro no había llegado a secarse el cabello, ni siquiera con la toalla. Eso era algo que jamás le ocurría, porque para ella lucir el pelo impecablemente peinado y lacio es fundamental.

—Hoy escuché a mi jefe hablar con su hijo sin que notaran mi presencia — comenzó a explicar Ruth—. Le ordenaba que terminara de una vez por todas con la vida de Piper y la de alguien más, cuyo nombre me

resultó desconocido, y a quien no puedo advertirle del peligro. —Sophie quedó paralizada con la noticia, pero antes de interrumpirla quiso seguir escuchando todo lo que tenía para decir —. En un momento le dijo que estas personas eran las únicas que están al tanto de que hay herederos de la familia Hemstitch aún con vida.

—¡Oh, por Dios! — exclamó Sophie—. Vamos ya a la fiesta. Intentaré comunicarme con ella y llamaré a mi novio para que

nos acompañe.

Louis estaba en la cocina preparándose una taza con leche y cereales. Necesitaba recuperar energías. Además no había probado bocado en todo el día, algo habitual en él cuando trabajaba en el final de una obra. Ruth se sorprendió cuando rápidamente Sophie los presentó: era increíble el parecido físico que tenía con Thomas Boothe. Sin perder tiempo, los tres salieron en búsqueda de Piper.

Una vez en camino, Ruth remarcó el parecido entre



Thomas Boothe y Louis. Éste no le dio importancia, ya que mucha gente lo encontraba parecido a algún conocido.

—Decididamente —le dijo —, soy un tipo bastante común y corriente.

—Juraría que te conozco de antes —afirmó Ruth, dudosa al mirarlo.

—Realmente no lo creo, tal vez me has visto en las revistas. Soy artista, y muchas veces me entrevistan y me sacan fotos... Pero cambiando de tema, ¿qué es lo que sucede con Piper?

¿Por qué estamos tan apurados? —le preguntó a Sophie, que iba a su lado mientras él manejaba hacia el hotel en donde se realizaba la fiesta del diseñador.

—Ruth escuchó cuando su jefe, que es el padre del novio de Amy (mi compañera de trabajo), le pidió que hiciera lo posible para terminar con la vida de Piper y de alguien más que ella no conoce.

—Claramente pude escuchar que Thomas se negaba... pero Bladimir

siguió tratando de convencerlo. Le dijo que está preocupado por la posibilidad de que salga a la luz la existencia de herederos, y que además hay una fortuna en otros inmuebles y joyas muy valiosas escondidas en el edificio.

Sophie y Louis escuchaban con mucha atención el relato de Ruth, que continuó diciendo:

—Le daba órdenes entre gritos, cada vez más alterado... dijo algo así: “Mi abuelo comenzó con todo

esto, y nosotros debemos llegar hasta las últimas consecuencias. El maldito Paul Hemstitch le destruyó el futuro económico y le quitó al gran amor de su vida”. Realmente no pude entender a qué se refería, pero evidentemente lo decía con mucho odio.

—¿Qué dijo Thomas — preguntó Sophie—, finalmente aceptó hacer lo que su padre le pedía?

—No. Por primera vez en la vida escuché cómo le levantaba la voz. Le dijo que estaba harto de tener que

cumplir sus órdenes y que deseaba otra vida. Se retiró y cerró la puerta dando un fuerte portazo.

\* \* \*

En el hospital Lenox Hill, Piper fue atendida velozmente. Los médicos intentaban descifrar qué le había sucedido.

—Doctor, no sé si esto le servirá de algo —dijo un tímido joven interno. El doctor a cargo lo miró desconfiado, creyendo que era uno de sus típicos

comentarios insignificantes.

—¿Qué es lo que tienes en ese vaso, acaso crees que deseo beber un licuado energizante en este momento?

El joven estudiante sonrió al escuchar al doctor, y casi tartamudeando por lo nervioso que la situación lo ponía, le respondió:

—Me lo ha dado el joven que trajo a la paciente de una fiesta que compartían juntos. Me ha dicho que es el vómito de ella, y que tal vez nos resultaría necesario... pensó que tal

vez quisiéramos analizarlo, no lo sé... ¿Lo tiro?

—No, de ninguna manera, ha sido muy inteligente de su parte. Llévalo rápidamente al laboratorio, diles que lo analicen con urgencia.

Los médicos que rodeaban a Piper trataban de averiguar qué era lo que sucedía en su organismo y que hacía que su vida corriera riesgo. Tenía fiebre alta, las pupilas dilatadas, su pulso estaba muy acelerado, su boca y garganta estaban secas, y alucinaba continuamente. El

médico a cargo ordenó hacerle un lavado de estómago temiendo que, debido a los síntomas que observaba, se tratara de una intoxicación. De ser así, cada minuto era crucial: no podían perder el tiempo.

Cuando finalizaron el lavado gástrico, Piper comenzó a mejorar lentamente, a pesar de continuar alucinando y con taquicardias. Finalmente le entregaron al doctor los resultados de los análisis del vómito, y estos efectivamente demostraban



que sus suposiciones eran acertadas. Encontraron restos del fruto de una planta altamente venenosa. Y el resultado de los análisis químicos lo confirmaba. Pidió hablar con las personas que esperaban afuera por Piper. Allí estaban Sophie, Ruth, Louis y Amanda, quien de muy mala gana había tenido que ir. Thomas, que fue quien tomó las riendas del asunto y pidió una ambulancia cuando la joven periodista se descompensó, también estaba allí. Decidió hacerlo

porque temía que su padre llegara demasiado lejos. Fue por ese motivo que llevó el vómito para que los médicos lo analizaran y descubrieran qué tipo de veneno había utilizado. Junto a él estaba Amy, dormida.

—¿Cómo está mi amiga, doctor? —preguntó Sophie cuando lo vio acercarse; estaba muy alterada y lloraba desconsoladamente.

—Bueno, antes que nada les pido que traten de calmarse, todo ha salido mejor de lo esperado. Hace tan sólo seis horas de su

ingreso y ya ha recuperado medianamente su conciencia, a pesar de que aún continúa un tanto confundida.

—¿Qué fue lo que le sucedió? —preguntó esta vez Thomas, en busca de respuestas a su conciencia.

—Seguramente por error, o al menos eso es lo que queremos pensar, han puesto un fruto muy venenoso en lo que ella ha ingerido. Muchas veces se lo confunde con las moras debido a su color y a su forma; además, su sabor es dulce. Ha habido un gran

accidente, pero ella estará bien. Hay que averiguar si hay más personas en su estado; si es así podría llegar a ser una catástrofe.

—Yo he llamado a los organizadores y me han dicho que todo ha salido de maravillas, nosotros somos los únicos desafortunados — dijo Amanda, demostrando una vez más lo intolerante que podía llegar a ser.

Sophie la miró como nunca antes lo había hecho; ya habían transcurrido demasiados episodios y su paciencia se agotaba. En ese

momento se sentía devastada y aturdida al ver que la vida de su amiga corría riesgo, y sintió que no podía soportarla más.

—Amanda, por favor cállate. La única desafortunada es Piper, y si crees que estás perdiéndote la fiesta de tu vida por estar aquí, realmente deberías marcharte. Nos harías un gran favor... —le dijo indignada— ...y por cierto, por lo que me ha dicho Ruth, y según lo que dice el doctor, cuando investiguen lo sucedido seguramente

sospecharán de ti.

El doctor miró a Amanda sin poder creer lo que escuchaba. Ésta inmediatamente se defendió.

—¡No sé de qué demonios hablas, no conozco nada de plantas venenosas! ¡¿Cómo te atreves a acusarme?!

—Porque sé que estabas muy interesada en el edificio Cosmopolitan, y Piper ha estado averiguando al respecto. —Amanda quedo boquiabierta, no tenía idea de que Piper también estuviera interesada en el edificio. En ese momento la

vio como una nueva competencia.

—Bueno señoras, no tengo tiempo que perder —dijo el doctor—. Sólo quiero que sepan que la planta con la que la envenenaron se llama belladonna; lo hemos detectado gracias a que usted nos trajo el vómito. Y debido a que pudimos suministrarle rápidamente el antídoto correcto, todo ha sido un éxito y la paciente se encuentra ahora con vida. Con respecto a lo que ha sucedido —agregó mirando a Amanda—, usted deberá

acompañarme.

En ese momento, el doctor hizo un gesto y un guardia se acercó al lugar donde estaban conversando. Sin darle posibilidad de reacción, colocó unas esposas en las muñecas de Amanda, quien comenzó a forcejear furiosa al tiempo que le leían sus derechos.



—TOMA este anillo. ¿Sabes qué diseño tiene, no es así?

—le dijo sonriente Sophie a su amiga luego de esperar un momento a que despertara.

—¡Oh, Sophie, es el anillo con el que comenzó toda esta historia!

—Me lo dieron ayer y quiero que tú lo conserves... te pertenece más que a nadie. Tú lo has dado todo por averiguar lo que sucedió hace cien años.

—¡Muchas gracias! Desde que escribí sobre él, he querido tener uno; lo usaré en mi mano derecha, con el corazón hacía afuera... ¡para que todos sepan que estoy soltera! —Piper sonreía por primera vez luego de haber sentido muy cerca a la muerte.

—Quiero que sepas que, además, no es un anillo cualquiera. Es el de Kate, nuestra querida poetisa. ¿Recuerdas que cuando ella le entregó la carta a su institutriz para engañar a su padre, le adjuntó con

inmenso dolor el anillo de Claddagh que su amado le había obsequiado?

—Claro que lo recuerdo... pero, ¿cómo lo tienes tú ahora? —le preguntó incrédula y orgullosa a la vez, al tiempo que lo observaba colocado en uno de sus dedos de la mano.

—Ayer vino Ruth a verme, trató de localizarte y no pudo —comenzó a explicarle Sophie—. Tú estabas en la fiesta. Cuando finalmente me encontró, me dio el anillo y me dijo que fue con tu artículo que supo

cómo localizarte. Al principio sólo quería comentarte que le había llamado mucho la atención que el anillo que había encontrado era igual al que tú describías en el artículo. Pero luego me dijo que tiene firmes sospechas de que el padre de Thomas, su jefe, es quien ha tratado de quedarse con el edificio. Accedió a documentos que confirman que Bladimir Boothe ha pagado durante años los impuestos; y también ha escuchado conversaciones por demás sospechosas de

éste con su hijo, en las que encuentra a ambos potencialmente involucrados con lo que te ha sucedido.

Piper escuchaba con atención lo que le decía su amiga.

—Sobre Louis, he confirmado que no tiene nada que ver en este asunto —continuó Sophie—. ¿Recuerdas cuando aquella noche te quedaste en la oficina y alguien te llevó un ramo de flores, y más tarde al ver su imagen en la filmación te llamó la atención el gran parecido

que tenía esa persona con Louis?... Sin poder sacar esa sospecha de mi mente, junto con las demás situaciones que nos hicieron pensar incluso que él podría llegar a ser un asesino, tomé coraje y hablé con él. Ya no podía manejar más esa situación.

—¿Lo hiciste?

—Sí. No podía estar más a su lado pensando que vivía con un monstruo... es una larga historia... Pero te puedo asegurar que no tiene nada que ver con todo esto. Ruth me lo aclaró. Me dijo que Thomas seguramente

quiso amenazarte, pero quien realmente quiere apoderarse del edificio a toda costa es su padre.

—Pero... ¿cómo está tan segura? —preguntó Piper aún con dudas.

En ese momento llegaba Ruth a la habitación. Venía a visitar a la convaleciente y no pudo dejar de escuchar a ambas amigas hablar. Luego de saludar efusivamente a Piper, alegrándose por su mejoría como si la conociera de antes, les dijo:

—Escuché cuando Bladimir obligaba a su hijo a

terminar con el asunto. Supe que se refería a terminar contigo. Thomas le dijo que estaba yendo demasiado lejos, que él no pensaba envenenar a nadie bajo ningún concepto. Ya se había arriesgado demasiado cuando llevó las flores al edificio, cuando tú estabas sola en él. Además le dijo que estaba involucrando a Amanda en esto, y que ella tampoco llegaría hasta ese punto. ¿Esa Amanda es quien llevaron a investigar ayer, no es así? —preguntó mirando a Sophie. Ésta



asintió con la cabeza, y ambas miraron a Piper que, luego de beber un poco de agua, les dijo:

—Debemos ir ahora mismo a hablar con Clementine, ella tal vez nos pueda ayudar a descubrir por qué Bladimir Boothe está tan obsesionado con poseer ese edificio. Una vez que logremos aclarar todo esto debemos ir a la policía. Pero quiero que sepan que continúo sospechando de Amanda. Debemos tener mucho cuidado con ella también.

—¡Todos siguen siendo sospechosos! —exclamó Sophie—. Quien quiso asesinarte estará furioso, si ya se ha enterado de que su plan falló. Todas estamos en riesgo.

Al decir esas palabras, Sophie sentía cómo se estremecía de miedo sin poder evitarlo, pero sabía que debía demostrar fortaleza ante su amiga. Debían llegar al fin de la investigación sin permitir que nadie más resultara lastimado.

\* \* \*

Clementine estaba sumamente ocupada con las tareas de su hogar. Desde muy pequeña su único sueño había sido ser mamá. Siempre supo que el día que tuviera sus hijos su alma estaría colmada de dicha y felicidad. La vida no hizo otra cosa que cumplir esos anhelos. Con cada hijo que trajo a este mundo se sintió plena como mujer, porque ocupaban un lugar en su alma como nada en su vida lo había hecho antes. Ese

sentimiento era compartido por su amado esposo, a tal punto que continuamente, a los pocos meses del nacimiento de uno de ellos, buscaban un hijo más. Así había sucedido desde el comienzo, y ya tenían ocho niños. Su esposo trabajaba en Nueva York, en una importante y reconocida firma de cereales. Su cargo gerencial no le permitía disfrutar mucho tiempo con su numerosa familia, pero cuando lo hacía era un padre cariñoso y dedicado. La amaba tanto como el primer

día.

Esa calurosa tarde, Clementine escuchó que alguien golpeaba a la puerta imprevistamente. Había terminado en ese instante de hornear unas ricas *cupcakes* para sus niños y para saciar la ansiedad que le producía su noveno embarazo. Faltaban pocos días para la llegada del bebé y necesitaba distraer su mente. Cocinar siempre le había dado mucho placer y la ayudaba a relajarse. Cuando lentamente y con esfuerzo se dirigía a abrir la puerta, el

mayor de sus hijos le sonrió y corrió a ayudarla. Fue él quien atendió a la persona que había golpeado momentos atrás.

—Buenas tardes, mi nombre es Piper Cook. ¿Tu mamá se llama Clementine, no es así?

—Así es. Si la esperan un momento sé que viene hacia aquí —dijo el simpático jovencito mirando a su mamá, que para ese entonces estaba llegando a su lado. Ruth, Sophie y Piper se sorprendieron al ver el tamaño del vientre de

Clementine.

—Buenas tardes, disculpen que me he tardado tanto en atenderlas pero, como imaginarán, aunque lo intente no logro caminar demasiado rápido. ¿En qué puedo ayudarlas? —su bellísimo rostro angelical emanaba una dulzura inigualable. Al verla, Piper se preguntó si su bisabuela Julie luciría del mismo modo.

Junto a Clementine habían llegado dos pequeñas de aproximadamente cuatro y dos años de edad; ambas

lucían el mismo cabello dorado y ondulado de su madre y la abrazaban por sus piernas, al ver que estaba con personas que no conocían.

—Antes que nada nos presentaremos. Ella es Sophie Gatson, ella es Ruth Sting, y mi nombre es Piper Cook. Te preguntarás qué hacemos aquí. Nos ha comentado Megan Duff que tú podrías ayudarnos...

—¡Ah, sí claro, ya sé de quién hablas —interrumpió la encantadora anfitriona—, la conozco: la joven



escritora!

—Exactamente, es ella de quien hablo. Como te decía, nos ha comentado que tú podrías ayudarnos a esclarecer un asunto que nos tiene muy intrigadas: está relacionado con Kate Hemstitch.

Luego de un silencio inquietante, Clementine se sintió preparada para hablar.

—Disculpen, estoy por tener a mi bebé. Al mencionar el nombre de la desdichada Kate me han tomado por sorpresa y mi vientre se contrajo; en estos

días me encuentro muy susceptible. Pasen por favor —dijo al tiempo que con un gesto les indicó el camino.

Una vez dentro, lo primero que las tres visitantes pensaron era que Clementine debía ser muy pacífica para tolerar el bullicio que había en su hogar: los gritos y llantos de los pequeños eran casi insoportables. De todos modos, el aroma y el sentimiento hogareño que se palpataba en aquel iluminado hogar era extremadamente acogedor. Cuando se sentaron en la gran sala, una

joven muchacha que cumplía tareas domésticas les ofreció té helado y gaseosa bien fría a cada una de ellas.

—Disculpen que les pregunte pero, ¿por qué están interesadas en la vida de Kate? —la dueña de casa fue directamente al grano.

Sophie, al ver que su amiga estaba pálida y evidentemente mareada, le preguntó si se sentía bien. Piper asintió luego de beber un poco de Ginger Ale. Después, sin perder el tiempo, tomó la palabra y

mirando a Clementine dijo:

—Cuando te contemos lo que ha sucedido, entenderás por qué me encuentro en este estado. Es una larga historia, pero seguramente querrás escucharla.

Clementine miró a Sophie, quien le contó paso a paso todo lo que había ocurrido desde que recibieron las cartas. Pudo ver el anillo que lucía Piper, con las iniciales de los amigos de su bisabuela Julie. Por último, Sophie le confesó que no sabían exactamente quién podía estar tan interesado en

poseer el edificio Cosmopolitan, hasta el punto de intentar asesinar a Piper.

Mientras relataban todos los detalles de lo sucedido, saboreaban las deliciosas cupcakes que había hecho esa tarde Clementine, y cada tanto interrumpían la amena conversación para socorrer a algún pequeño que se había accidentado o debía ir al baño con urgencia. La pobre empleada no daba abasto con todas las tareas de la casa. Muchas veces fue Ruth quien corría a ayudarlos,

para permitir a Clementine descansar y poder escuchar la larga historia. Esa tarde Piper se sentía desmotivada y sin energías, y no pudo colaborar a pesar de que le encantaban los niños.

—Y eso es todo —dijo Sophie para terminar su relato, luego de beber un poco de té helado—. Ha sucedido demasiado rápido, pero poco a poco hemos logrado esclarecer el asunto. —Estaba exhausta de tanto hablar.

Las horas habían transcurrido demasiado

rápido, y el esposo de Clementine, Jude, las acompañaba. Estaba tan asombrado como su mujer por lo que escuchaba.

—Bueno, realmente me han dejado helada con lo que les ha pasado —dijo Clementine—. ¡Piper, es un milagro que estés aquí, has sido muy valiente! Yo sé quien intentó matarte: mi madre me contó cómo ocurrió todo. Durante años ha sido un secreto de familia. Robert Boothe y sus descendientes son hasta el día de hoy una amenaza para

todos nosotros.

—Pero entonces no hay dudas: quien quiere terminar con nosotras es Bladimir o... Thomas Boothe, obligado por su padre —concluyó Piper, mientras Clementine trataba de relajarse y respirar pausadamente.

—Cuando la familia Hemstitch murió imprevistamente... —en ese momento se interrumpió—. Disculpen que no hable fluidamente, es que siento dolores cada vez más fuertes —y mirando a su esposo con una suave sonrisa en sus



labios, agregó—: Nuestro bebé está por llegar.

Jude se acercó y comenzó a acariciarle la zona de la baja espalda: sabía cómo debía actuar en momentos como aquellos. Clementine continuó con el relato:

—Como les decía, luego de la inesperada partida de Kate y de sus padres, al principio los investigadores creyeron que habían muerto debido a alguna enfermedad. En aquella época, muchas veces las personas fallecían y las familias se quedaban sin saber el motivo exacto

del deceso. Generalmente azotaba a la población alguna epidemia del momento, como sucedía en esa época en Nueva York. Eso hizo que la investigación se viera directamente afectada. Poco tiempo después, mi bisabuela escuchó hablar a sus padres, quienes le dijeron que la policía investigaba al entorno de la familia Hemstitch, ya que era probable que hubieran sido víctimas de un asesinato.

»Desde ese entonces ella

comenzó a investigar por su cuenta, de forma ininterrumpida. Al principio todos eran sospechosos. Obviamente sospechó de la cuñada de Paul Hemstitch y de su hijo, que tenían un gran rencor a sus familiares. No sólo habían sido estafados por Paul, sino que la vida también la había golpeado dejándola viuda y en ruinas. Seguramente pensaría que su mala fortuna podría cambiar si mataba de una vez a los únicos herederos que quedaban en la familia. Finalmente mi

bisabuela los descartó, casi al mismo tiempo que la policía. Se descubrió que era imposible que fueran ellos.

»Supo toda la verdad cuando acompañó a su padre, por trámites propios, a la oficina del abogado de los Hemstitch, quien ya tenía una mala reputación por aquel entonces. Mientras su padre estaba en la oficina contigua con el abogado, ella aprovechó la circunstancia para buscar cualquier indicio que pudiera servirle en su investigación. Se quedó

estupefacta al encontrar dentro de un cajón unos documentos reveladores. Entre ellos había una carta en la que Kate disponía sus bienes a nombre del pequeño Oliver, en caso que le sucediera algo a ella y a su familia. Evidentemente se la había entregado Kate al abogado.

—¿Quién era ese abogado? —preguntó Sophie con ansiedad.

—Simon C. Greene.

—¿Estás diciendo que el asesino fue el abogado de la familia? —preguntó

sorprendida Piper.

Clementine, con los ojos cerrados tratando de tolerar el dolor, asintió con la cabeza. Piper sabía que no era correcto hacerle hablar en aquel momento tan especial, pero no había tiempo que perder. Estaba cooperando a pesar del momento que atravesaba, ya que más que nadie sabía que todos corrían riesgo, incluso ella, si no sacaban a la luz la verdad oculta durante tantos años y llevaban al culpable tras las rejas lo antes posible.

—¿Pero por qué el abogado haría algo así? — preguntó Sophie, al tiempo que ayudaba a Clementine a acostarse en el sofá junto a su esposo quien, a su lado, no dejaba de acariciarla y brindarle contención.

—El abogado había estafado a Paul Hemstitch, y le había hecho firmar documentos dejando todo en su poder. Entre otras cosas, la mansión y algunas propiedades más. Incluso se apoderó de gran parte de su fortuna. Pero lo que no había conseguido eran los títulos

de propiedad de la Torre Cosmopolitan. Había conocido a Paul Hemstitch por intermedio de Robert Boothe. Luego les hablaré de la relación entre ambos hombres de negocios. Boothe le guardaba mucho rencor al padre de Kate por algo que había sucedido en el pasado.

—Pero, déjame pensar... ¿cómo es que Julie no se encargó de hacérselo saber a Gustavus? Si él hubiese reclamado la herencia de su hijo, debían habérsela dado, ¿no es así? —preguntó esta



vez Jude, que estaba tan interesado como el resto de las presentes en la atrapante historia que había vivido su bisabuela política.

—Mi bisabuela nunca volvió a contactarse con Gustavus porque el abogado la amenazó de muerte — respondió Clementine.

—¡Maldito déspota! — exclamó Piper, tapando inmediatamente su boca, avergonzada: era muy educada y usualmente no pronunciaba palabras de ese tipo.

—¡No te preocupes, era

exactamente eso: un maldito asesino, inescrupuloso! —le dijo Clementine con los ojos cerrados, tratando de soportar el fuerte dolor que sentía en ese momento.

Pasaron unos segundos, en los que todos esperaban expectantes a que continuara hablando, al tiempo que veían como la pobre niñera preparaba a los niños para dormir. Luego de ponerse sus pijamas, cada uno pasó a besar a sus padres. La dolorida madre les dijo que cuando se despertaran irían al sanatorio a ver a su nuevo

hermanito. Luego,  
nuevamente aliviada,  
continúo su increíble relato:

—El Dr. Greene vio a mi bisabuela hurgar entre sus cosas cuando salió por un instante a buscar algo que necesitaba. Al abrir la puerta pudo ver que ella tenía en sus manos la carta y una cantidad de documentos fraudulentos. Se acercó furioso y se los quitó diciéndole: “si no quieres terminar como tu amiga, trata de olvidar todo esto en este mismo instante”. Salió corriendo; su padre la vio

pasar y fue tras ella. Nunca le contó lo que había descubierto. Temía que su familia terminara del mismo modo que los Hemstitch.

Clementine hizo una breve pausa y vio que todos estaban inmersos en su relato. Continuó diciendo:

—Greene era soltero y millonario. Nunca llegó a gastar ni una décima parte de la fortuna que le quitó a los Hemstitch, y tampoco tenía herederos. Robert Boothe, al enterarse de que el abogado había asesinado a Lady Hemstitch (el gran

amor de su vida), fue tras él. Lo torturó para obtener información y poder quedarse con su fortuna y los documentos que le daban sustento. Luego lo mató brutalmente y se quedó con todo el dinero. El abogado firmó bajo presión los papeles que Robert le exigió. De esa forma se vengó de Greene y, finalmente, de Paul Hemstitch. Y por eso los Boothe tienen tanto dinero hoy en día.

»Lo que no pudo conseguir es la propiedad de la Torre Cosmopolitan, pero

como sabía que no había herederos, pagó ininterrumpidamente todos los impuestos hasta el día de su muerte, al igual que sus descendientes, y seguramente el Estado adjudique el dominio a los Boothe en cualquier momento. A su vez, el gobierno ha considerado a la Torre Cosmopolitan como monumento histórico y ha intentado durante años nombrarla legalmente de ese modo. Desde entonces ha habido entre ambas partes numerosos juicios para

resolver la situación.

—Ahora entiendo por qué quiere callarme... ¿pero qué podemos hacer? —preguntó Piper.

—Mi amor, por favor abre la caja fuerte —dijo Clementine a su esposo—, trae un sobre que tengo en el cofre de la bisabuela Julie.

El encantador Jude salió corriendo. Las cuatro mujeres esperaron por él en absoluto silencio, aprovechando ese momento para que Clementine descansara. Minutos más tarde, llegó con el cofre

entre sus manos, y le dio a su esposa el sobre que había dentro, junto con alhajas y recuerdos.

—Mi bisabuela fue una gran luchadora, era muy valiente. Cuando el abogado murió, sabía que debía recuperar la carta que su amiga le había entregado con total confianza.

—¡Oh, por Dios! ¡No me digas que lo que tienes en tus manos es la carta de Kate! —Piper sonreía radiante, al igual que todos los demás.

—Así es. Ella sabía que



Robert Boothe la tenía. Pudo ver cuando éste torturaba a Simon Greene: estaba escondida tratando de recuperarlos y fue testigo de ese horror. Como sabía que esta carta estaba ahora en su poder, decidió seducirlo para recuperarla; fue así que salió varias veces con él. Como imaginarán, Robert era mayor que ella: tenía casi la edad de su padre. Ella era irresistible, joven y bellísima. Resultaba imposible que el maldito Boothe se negara a sus encantos.

»Una noche luego de cenar, ella le pidió ir a su casa, y él no pudo creer su suerte. Mi bisabuela sabía que si sus padres se enteraban de esta relación la echarían inmediatamente de su casa. Pero como tenía pensado que no sucediera nada (porque había llevado un potente somnífero para poner en su bebida), tomó coraje y fue a su casa, decidida a encontrar lo que tanto deseaba: los documentos que permitirían a Oliver obtener su fortuna. Lo hacía únicamente por el

honor de su amiga.

»Pero su plan se complicó. En cuanto entraron a su casa, él no quiso continuar bebiendo: ya lo habían hecho en el restaurante. La deseaba con locura, y ella tuvo que ceder. La tiró sobre el sofá del living, le levantó la pollera sin quitarle de encima los ojos sedientos de sexo, y excitándose aún más al ver el temor de los suyos, la penetró bruscamente y continuó haciéndolo cada vez con más pasión. Julie sentía que su cuerpo se partía en dos y el dolor le

llegaba hasta lo más profundo de su alma. Cuando Robert terminó, quedó exhausto sobre ella. Metió su mano entre las piernas húmedas de ella, y al quitarlas y ver que había restos de sangre, sonrió y le dijo que era la primera vez que estaba con una mujer virgen. En ese momento le juró que siempre sería de él, y que dejaría a su familia lo antes posible. Luego la llevó a su habitación.

»Ella estaba devastada, pero debía continuar con su plan. Le dijo que deseaba

con locura dormir en sus brazos. Él estaba encantado, y se alegraba de que su esposa, a quien nunca había amado, estuviera de viaje con su hijo. Le dijo que con ella era la primera vez que sentía algo similar a lo que había sentido una vez por una mujer que le había roto el corazón. Estaba totalmente fuera de sus cabales, obsesionado y traumatizado por ese amor frustrado del pasado. Minutos más tarde, ya en su recámara, quiso poseerla otra vez. Mi bisabuela trató

de tranquilizarlo acariciando su cabello. En ese instante, temblando de pavor, tomó coraje y le pidió un momento para relajarse y buscar una bebida en la cocina. Él se acostó y ella bajó rápidamente en busca de los documentos.

»Cuando estaba tratando de encontrar los papeles, sintió los pasos del desagradable hombre en las escaleras y salió rápidamente a su encuentro. Él creyó que se había perdido y la acompañó a la cocina. Le propuso que

tomaran un trago. Ella quiso lo mismo que él, un whisky. Finalmente podría llevar a cabo su plan: intentar dormirlo con el somnífero que había quedado arriba, dentro de su cartera.

Clementine tenía los ojos llenos de lágrimas. Su esposo le dijo:

—¿Mi amor, no crees que será mejor continuar con esto mañana? ¿Qué tal si partimos para el sanatorio?

—Jude tiene razón, Clementine —le dijo Piper mientras le daba la mano; parecía que se conocieran de

toda la vida—, no creo que sea bueno ni para el bebé ni para ti que estés nerviosa en este momento tan especial. Lo mejor será que te tranquilices y te prepares para traer a ese pequeño al mundo... ¿no te parece?

—Estoy bien. Al contrario, siento que finalmente este niño traerá paz a mi vida. Si todo sale como espero seguramente lograremos aclararlo, y mi bisabuela descansará en paz, al igual que Kate Hemstitch.

Clementine respiró profundamente, y continuó



hablando. Esta vez intentó mirar a los ojos a cada uno de ellos, no quería que se perdieran ni un solo detalle de lo ocurrido. Continuó con el relato:

—Cuando subieron nuevamente a la recámara de Robert Boothe y de su esposa, éste la llevaba abrazada, radiante de felicidad. Al entrar, ella tomó su cartera y le dijo que debía ir a asearse al cuarto de baño. Allí descubrió que sangraba, y entre lágrimas trató de calmarse; sabía que si no lo dormía pronto, él la

poseería nuevamente sin  
piedad. Al salir sonrió y, sin  
que él lo notara, colocó  
disimuladamente el  
somniafero en el whisky del  
sediento hombre. Pero él  
respiraba intensamente y no  
bebía ni un solo trago;  
estaba muy excitado. Se  
acercó a ella y la atrajo hacía  
él. Julie le dijo que quería  
beber un poco, para relajarse  
y poder demostrarle cuánto  
lo deseaba. Los ojos del  
maldito brillaban de  
felicidad, así que la sentó en  
su falda, y mientras ambos  
bebían, la acariciaba:

ansiaba que fuera nuevamente suya.

»Al ver que Robert no bebía su trago, mi bisabuela tomó coraje y se lo quitó de las manos. Puso el vaso en su boca, diciéndole: “bebe rápidamente, así podremos divertirnos toda la noche”. Instantes después de probar el whisky, Robert cayó pesadamente al piso. Ella bajó rápidamente al escritorio, buscó los documentos, y se fue en el auto de él en busca de Richard Sweeney, sin importar la hora que era.

Sabía que si realmente la quería, escaparía junto a ella.

—¿Richard Sweeney? — preguntó entre lágrimas Piper.

—Sí, era un joven irlandés que estaba perdidamente enamorado de ella, pero que al igual que a sus amigos, no les permitían estar juntos. Junto con los documentos encontró una importante suma de dinero que tomó en posesión, sabiendo que no le pertenecía ni a Robert Boothe ni a ella, pero que la necesitaría para escapar y

encontrar al pequeño Oliver.

—¿Así que viajaron a Irlanda para encontrarlo? — preguntó Sophie.

—Claro que lo hicieron, pero al llegar se encontraron con que Robert había enviado gente para que la matara. Así que se vieron obligados a desistir de la búsqueda. Cuando volvieron a Estados Unidos nació mi abuela. Durante años debió esconderse viviendo en Filadelfia, para que Robert no la encontrara. Temía que matara también a la hija de ambos.

—¡Oh, no! —exclamó Sophie, pálida, al igual que lo estaban Jude, Piper, y la tímida Ruth al darse cuenta de lo que eso significaba.

—Así es. Aunque siempre lo he ocultado, soy la bisnieta del maldito Robert Boothe. Mi bisabuela Julie quedó embarazada aquella noche. Su marido, Richard, siempre lo supo, pero criaron a su hija sin decírselo, hasta que él murió. Julie tomó coraje y le confesó todo a mi abuela. Toma Piper —dijo finalmente mientras le

entregaba los papeles—, sé que tanto tú como Sophie sabrán cómo llegar hasta el verdadero dueño de esta fortuna. No me pertenece ni a mí, ni a Bladimir, ni tampoco a Thomas Boothe: es de los descendientes de Kate Hemstitch.

Piper tomó los documentos con un sentimiento de inmensa responsabilidad: sabía que llegaría hasta las últimas consecuencias. Eso fue lo que le dijo a la prolífera madre, para tranquilizarla. Todos quedaron en silencio

tratando de reflexionar sobre las cosas que habían escuchado. Hasta que Clementine miró a su amado y apuesto esposo y le dijo:

—Ahora sí, mi amor, trae el bolso. Es momento de ir al sanatorio.

Jude asintió y corrió lo más rápido que sus piernas le permitieron.



DURANTE la adolescencia, Robert Boothe y Paul Hemstitch fueron muy amigos. Una vez adultos, comenzaron a hacer negocios juntos y generalmente uno consultaba al otro antes de tomar cualquier decisión. Ambos provenían de familias humildes, pero de padres muy trabajadores y honrados. Sus madres trabajaban juntas en la

misma fábrica, y fue por la gran amistad que ellas tenían que sus hijos se conocieron y se relacionaron del mismo modo que lo hacen los hermanos. Sabían muy bien el significado de la palabra lealtad. Ambas madres los educaron enseñándoles el mejor camino de la vida, para que ante todo fueran personas con buenos valores.

Les fue bastante bien con sus primeros negocios. Robert había conseguido un trabajo para ambos en un periódico conocido. Tenían

que hacer infinidad de tareas diferentes, desde repartir diarios hasta cubrir alguna urgencia, sacar fotos o ir a lugares a los que nadie quería ir. Ambos tenían sólo veintidós años cuando compraron su primer periódico juntos en el año 1884. Sus orgullosos progenitores les habían dado todos sus ahorros, confiando en que ellos de ese modo pudieran comenzar una nueva etapa. El diario que les ofrecían pertenecía a una firma poco conocida en el medio que había dado

quiebra, pero ellos supieron desde un primer momento que lograrían sacarla a flote.

Paul invitó a trabajar junto a ellos a su hermano menor, que era tan temperamental como él. Robert estaba de novio desde hacía algunos años con una joven aristocrática, hija de un duque de la alta sociedad. El padre de la joven, un hombre muy rico e inteligente, sabía que próximamente su hija se casaría con este don nadie y, al ver que no tenía muchas opciones, ayudó todavía más

que los propios padres de los socios para que el negocio se concretara, con el fin último de que su hija fuera feliz. Por aquel entonces, su contribución representaba una valiosa suma de dinero tanto para la familia Hemstitch, como para los humildes Boothe. La joven prometida a Robert más adelante se convertiría en Lady Hemstitch, para sorpresa de todos, abandonando inesperadamente a su prometido. Para Robert, que lo había dado todo por su

gran amigo, esta traición luego de tantos años de amistad lo hizo convertirse en un ser hostil, malvado y vengativo. Paul sabía lo que Robert había luchado tratando de conquistar al gran amor de su vida, y éste nunca pudo olvidar semejante ofensa.

Antes de que todo esto sucediera, el periódico había comenzado a crecer firmemente y con mucho éxito. Tenían una amplia clientela y acostumbraban trabajar como nadie lo había hecho hasta ese momento en

Nueva York. Iban a donde fuera necesario con tal de obtener la noticia, incluso al mismo escenario de un crimen. Paul y su hermano eran habitualmente los reporteros y, con escepticismo ideológico, llegaban siempre hasta las últimas consecuencias, haciendo todo lo posible con tal de obtener la noticia deseada. De este modo, marcaban la diferencia con el resto de los periódicos. Robert era el encargado de redactar y editar debidamente los artículos.

Cuando Paul Hemstitch logró conquistar a su futura esposa, Robert se encontraba devastado. No podía siquiera cumplir con sus obligaciones sociales y el diálogo entre ambos se vio tan afectado que no se dirigían la palabra. Lo mismo sucedió con la familia de la joven. Hasta el nacimiento de Kate no pudieron perdonarle la traición, la ofensa social y el vulgar comportamiento que había tenido. Cuando Paul vio que su ex amigo estaba desmotivado y deprimido, decidió concretar



rápidamente su próxima jugada. Le hizo firmar algunos documentos apócrifos y esta vez fue jaque mate: se apropió definitivamente del diario. De allí en más, Paul Hemstitch creó una impresionante fortuna. Además, al casarse con Lady Hemstitch en el año 1886, comenzó a relacionarse con el círculo más exclusivo de la burguesía americana.

Decidieron tener una sola hija con el objetivo de que fuera su heredera. La paternidad y la gran

responsabilidad que conlleva no les agradaba en lo más mínimo. Antes de que naciera Kate, ellos acostumbraban salir de fiesta en fiesta la gran mayoría de las noches. Pero luego fue Paul el único que pudo continuar con ese estilo de vida, porque creía que su esposa debía quedarse al cuidado de la niña. A pesar de que tenían jóvenes contratadas para esta tarea, Paul encontraba, gracias a la niña, la excusa perfecta para poder salir a divertirse solo. Ella lo aceptaba de mala

gana, y trataba cada día peor a su hija, culpándola una y otra vez de sus desgracias. Un buen día se cansó de ser la noble esposa que él deseaba, y decidió vengarse engañándolo con su peor enemigo. Luego de que Paul saliera por la noche, como acostumbraba, les dijo a las jóvenes del servicio que estaba cansada y que se acostaría temprano; pidió explícitamente que nadie fuera a molestarla. Minutos más tarde se cambió de ropa, vistiéndose de la forma más sensual que pudo, y escapó.

Llegó a la dirección en donde vivía su ex novio, Robert Boothe.

Robert continuaba manteniendo un buen estilo de vida. Trabajaba como reportero para un importante diario sólo para molestar a Paul Hemstitch, intentando obtener la mayor cantidad posible de primicias. Aquella noche, cuando abrió la puerta y se encontró con ella, se llevó la sorpresa de su vida. Lady Hemstitch quiso asegurarse de que Robert estuviera sin compañía. Éste le dijo que

vivía solo y la invitó a pasar a su casa. Le ofreció un trago; era una noche muy fría y ella aceptó un café con whisky para entrar en calor. La acogedora chimenea estaba encendida en la lujosa sala. Poco a poco se relajaron, y continuaron bebiendo sólo whisky. Finalmente, Robert le preguntó qué hacía allí. Ella le dijo que nunca había logrado olvidarlo —una enorme pero útil mentira— y que necesitaba compartir momentos juntos, si él estaba de acuerdo. Para

Robert, aquello fue como música para sus oídos. Estaba radiante, ya que finalmente todo parecía volver a su lugar. La había amado como a nadie durante toda su vida, sin lograr ser feliz. Pero esa noche, al tenerla frente a él nuevamente, sintió erróneamente que a Lady Hemstitch le sucedía lo mismo.

Desde entonces se veían cuando ella así lo deseaba, y cada momento que compartían era para él de inmensa felicidad. Sin

embargo, al pasar los años descubrió que realmente él no significaba nada para ella, sino que desde un principio lo había utilizado para escapar de su monótona vida.

Robert había intentado vengarse de Paul infinidad de veces, de todas las manera posibles, por el gran sufrimiento que había tenido que atravesar cuando éste le arrancó de su vida a su bellísima prometida, y con ella, todos sus sueños. Luego tuvo que padecer la derrota una vez más cuando

de un modo impensado Paul le quitó la parte que le pertenecía de la fructífera sociedad que ambos compartían. El peor sufrimiento lo vivió cuando, en 1912, se enteró de que su amada había fallecido. Si bien había experimentado infinidad de decepciones, esto era demasiado para él. Siempre creyó que la desaparición de la familia Hemstitch no se trataba de una terrible tragedia. Para él, que sabía cuántas personas odiaban a Paul, aquello había sido un asesinato



planificado. Más tarde, cuando descubrió que el responsable de la muerte de su amada era justamente el abogado Simon Greene —a quien él había contratado y pagaba mes a mes para terminar con los negocios de su rival—, puso manos a la obra para vengar esa traición y recuperar lo que él creía que le correspondía.

Robert Boothe debía disimular la gran fortuna de la cual se había adueñado. Por eso resolvió crear una empresa constructora, aprovechando el gran

momento de crecimiento inmobiliario que se vivía en Nueva York. Sus descendientes la hicieron crecer, e intentaron durante años apropiarse de la Torre Cosmopolitan. ¿Pero qué sucedería si supieran que existen más herederos: no sólo al que ellos han mantenido oculto durante años a miles de kilómetros en Irlanda, sino una auténtica Boothe?

JUDE conducía a alta velocidad hacia el sanatorio, en estado de absoluto nerviosismo. Delante de él, Sophie abría el camino. Quería ayudarlo a llegar lo antes posible y pasaba semáforos en rojo tocando bocina. Jude había estado presente en todos los nacimientos de sus hijos, pero no deseaba ocupar el lugar del ginecólogo ni de la partera. Las contracciones

eran cada vez más seguidas. Sabía por experiencia que faltaba sólo media hora para la impostergable llegada del niño. Piper y Ruth se agarraron la cabeza cuando vieron que el semáforo en verde de la próxima cuadra cambiaba en ese instante. Sophie pasó de todos modos, al igual que Jude. Como este tipo de maniobras no era común en ella, no calculó bien la distancia y golpeó a un Porsche reluciente, del mismo color que el que había chocado unos días atrás.

—¡Dime que no es Mr. Porsche! —gritó desesperada Sophie a su amiga.

El dueño del auto bajó instantáneamente y todo el tránsito se vio afectado. Efectivamente, la vida cruzaba nuevamente los caminos de Sophie, Piper y el señor George Mc. Gregins. Su rostro reflejaba la furia que sentía al ver que lo habían chocado nuevamente, y se transformó aún más al percatarse de quien era la persona que conducía el automóvil.

—¿Será posible que me hayas chocado otra vez? ¿Cómo es que continúas conduciendo? —dijo el hombre sin poder contener la indignación.

Sophie quedó sin habla. Jude continuaba tocando su bocina sin parar, en estado de desesperación. Todos los autos estaban amontonados y nadie se podía mover. Piper trató de tomar el control de la situación y le explicó lo que sucedía. El dueño del lujoso auto rio irónicamente.

—¿Ustedes

verdaderamente piensan que yo puedo creerles? No me moveré de aquí hasta que aparezca la policía. Seguramente les encantará escuchar que me han tratado de engañar nuevamente.

En ese momento bajó del auto Jude, y ayudó a descender a su esposa. Tal vez si la pasaban al auto menos embotellado llegarían a tiempo. Se acercaron al lugar del choque.

—¿Esta vez no están jugando conmigo? ¿No tendrás un almohadón ahí debajo de tu ropa?—

preguntó el señor Mc. Gregins al ver llegar a Clementine jadeante.

Piper y Sophie negaron con la cabeza y le explicaron rápidamente la situación. Él, dándose cuenta de que esta vez no mentían, se ofreció a llevar a Clementine en su auto, en el que seguramente llegarían antes. “Ninguno de estos autos corre tan rápido como el mío”, dijo con orgullo. Clementine trató de sonreír y caminó rápidamente al lujoso auto. No tenía tiempo que perder: ya sentía ganas de pujar.



En el preciso momento en que su esposo cerró la puerta luego de sentarse a su lado, oyeron un grito. Sophie, Piper y Ruth se miraron, y la primera de ellas exclamó: “¡creo que no llegaremos al sanatorio!”. Y así fue. Casi inmediatamente comenzó el trabajo de parto. Clementine dio a luz a un precioso bebé rozagante y gordito, de brillantes ojitos azules. Todos estaban felices. Le pusieron George, en honor al hombre que había tenido la bondad de ayudarlos. Había nacido rápidamente y sin

complicaciones.

La ambulancia llegó cuando Jude trataba de ayudar a su mujer a expulsar la placenta. El señor Mc. Gregins se acercó a Sophie y le dijo que dejaría atrás todo el asunto del juicio. Se sentía radiante. Les comentó que no tenía familia y que era la primera vez que alguien le ponía su nombre a un hijo. Por último, les pidió ayuda para limpiar un poco el auto, entre risas cómplices.

\* \* \*

La mañana en la revista estaba muy movida: la semana de la moda causaba una revolución allí. Amanda estaba furiosa, necesitaba que Piper apareciera. Su licencia médica había finalizado y debía reintegrarse, pero ésta ni siquiera le contestaba las llamadas. Luego de tratar de localizarla en casa de su hermana, y llamar a Maine a la de sus padres, decidió comunicarse con el sanatorio. Habló con el médico y éste le dijo que ya

le había dado el alta la tarde anterior. Entró como una fiera a la oficina de Sophie por quinta vez en la mañana, y la obligó a decirle en donde estaba Piper.

—Puedes ir buscando una persona que ocupe su lugar —le dijo Sophie riendo—. Abre tu mail. Me dijo hace un momento en el teléfono que ya te ha enviado su renuncia.

—¿Estás bromeando, no es así?

—Yo no bromeo con el trabajo, ni jamás lo haría. Por cierto, a partir de este

momento debes buscar también a alguien que ocupe el mío: Louis me ha conseguido un puesto de privilegio en la competencia.

Amanda quedó sin habla. Siempre había creído que podía manejar a todas las personas que estaban a su alrededor o que tenían algún tipo de nexo en su vida. Le imploró a Sophie que recapacitara. Incluso le propuso que ocupara el puesto que había dejado Piper.

Sophie tomó sus pertenencias y se fue

dejando a Amanda en estado de shock, gritando desesperadamente ante la atenta mirada de sus compañeros. A sus espaldas escuchaba los gritos amenazadores que juraban que su carrera estaba terminada. Sorprendida, escuchó como todos sus compañeros de trabajo la aplaudían orgullosos.

EL vuelo de Nueva York a Dublín significó para Piper la oportunidad de meditar, algo que realmente necesitaba. Hacía un tiempo que su vida se había visto revolucionada, y no había tenido tiempo de reflexionar sobre lo que le había estado sucediendo. Como el viaje fue por la noche, casi todos los pasajeros dormían. Antes de conciliar el sueño, vio pasar su vida como si

estuviera mirando una película.

Se sintió muy feliz al pensar en sus familiares, en la gran amiga que había encontrado en Sophie, en haber logrado recibirse con honores en la facultad y obtener finalmente el título de periodista que tanto había añorado. Pero también vio como poco a poco sus sueños y anhelos se habían desmoronado. Tampoco estaba feliz con su vida sentimental; sabía que algún día se enamoraría nuevamente, pero temía



volver a confiar en otro hombre. Benjamin había destruido el sentimiento más profundo que ella había sentido alguna vez por un hombre, y creía de verdad que sería imposible volver a sentir alguna vez algo similar por otra persona.

En absoluto silencio, desolada, tratando de ahogar su angustia y el llanto inevitable que inesperadamente brotó de lo más profundo de su ser, por primera vez se dio cuenta de que su carrera se derrumbaría debido a lo que

había sucedido en la revista, y a lo reconocida y respetada que era su ex jefa en el medio. También se terminaría su sueño de ser una periodista eficiente y sin límites. Sabía que tener en su contra a Amanda Horton en todo Estados Unidos era autocrucificarse: nadie la contrataría con las referencias pésimas que evidentemente Amanda brindaría.

Desde el comienzo de su trabajo en la revista se había sentido incómoda, y en ese momento en que afloraban

sus sentimientos más íntimos se lamentaba más que nunca por haber aceptado el ofrecimiento de Sophie. Si hubiera esperado un poco más, tal vez algo más apropiado para su personalidad hubiera aparecido, pero nadie podía habérselo asegurado. Después recordó la forma en que casi había perdido la vida unos días antes, y de sólo pensarlo se sintió reconfortada al estar en aquel vuelo y continuar viviendo. Tenía sentimientos encontrados: por un lado

desesperanza, por el otro  
valentía y fe en que todo  
saldría bien. Podría estar  
comenzando finalmente el  
camino de su felicidad o, por  
el contrario, podría tratarse  
de su hundimiento  
profesional. Ya lo  
descubriría en un tiempo,  
pensó entre lágrimas.

Al llegar a Dublín, decidió  
tomar el tren que la llevaría  
a Galway. Tenía la intención  
de averiguar, preguntando  
casa por casa, si alguien  
conocía a los descendientes  
de Kate y de Gustavus.  
Sabía que era una locura, ya

que era muy probable que no vivieran allí actualmente. Sophie le había advertido que ese tipo de búsqueda no era una decisión acertada. “Podrían vivir en cualquier parte de Irlanda o incluso haber emigrado. No olvides que cuando Gustavus regresó a su tierra la crisis aún estaba latente y no había mucho trabajo por allí”, le había dicho su amiga tratando de que recapacitara. También habían buscado información por internet, sin éxito. Parecía que se los hubiera tragado la tierra. Sin

embargo, Piper confiaba en sus instintos. Sabía que Gustavus había enviado las cartas desde Claddagh, la zona pesquera de Galway... y allí iría por ellos.

Como por arte de magia, de un momento a otro comenzó a ver todo con mayor claridad. Sabía que no se había equivocado en utilizar los adelantos que le había exigido a Amanda del suntuoso salario. Con este dinero, más algo que le habían dado Clementine y Jude, estaba recorriendo en ese momento extensas

tierras verdes, con jardines hermosísimos y paisajes que antes sólo hubiera conocido en sueños.

Al llegar a Galway luego de tres horas en tren, comenzó a preguntar en cada casa y a cada persona que se cruzaba con ella si alguien conocía a los descendientes de Gustavus Sutherland. Las amables personas se miraban entre sí en busca de respuestas: nadie conocía a los familiares de Kate. El sol estaba radiante, pero el mar traía una brisa que invitaba a

abrigarse. Luego de cruzar un puente que había sobre el río Wolfe Tone, como le dijeron que hiciera, llegó al Claddagh, la zona de pescadores en donde había vivido Gustavus, según la dirección que aparecía en las cartas.

El ulular de las gaviotas y el tan añorado olor del mar le recordaron a Piper vivencias de su pueblo natal. Sintió que sus pulmones se oxigenaban de un modo que sólo era posible junto al bullicioso océano. Continuó preguntado en la zona de



Claddagh, pero tampoco obtuvo información. Luego, sintiéndose cansada, decidió probar suerte al día siguiente y fue en busca del hospedaje que Sophie le había reservado por mail mientras ella volaba.

Al llegar al cálido hotel, se dio una reconfortante ducha y luego, sin siquiera cenar y completamente exhausta, durmió toda la noche. A la mañana siguiente, luego de desayunar un *stout* (pan de soda y mantequilla) y un delicioso café, decidió que debía utilizar otra estrategia.

El día anterior se había sentido un tanto desilusionada al ver los rostros de la gente cuando preguntaba por los descendientes de Gustavus. Se le ocurrió que sería una buena idea ir al hogar de ancianos de la ciudad. Una vez que le indicaron donde quedaba, se dirigió directamente allí: seguramente las personas más ancianas del lugar podrían ayudarla.

Tenía razón. Pidió permiso en la recepción del lugar y la autorizaron a pasar. Como la

gran mayoría de los irlandeses, fueron sumamente cordiales y le dijeron que estarían encantados de ayudarla. Preguntó a algunas personas que, luego de pensar por un momento, le contestaron que no los conocían.

Finalmente se acercó a una encantadora viejita que le dio esperanzas en su búsqueda. A pesar de sus noventa y ocho años, estaba en perfectas condiciones mentales y tenía una memoria envidiable. Piper se sorprendió cuando le dijo

que efectivamente había conocido a Gustavus por intermedio de su padre, con quien tenía un vínculo de amistad. Luego de llegar de Estados Unidos había tenido que huir del pueblo. Al parecer, según le había dicho su padre, alguien estaba tras él por algún motivo específico. No conocía más detalles, sólo sabía que se había marchado a otro pueblo de pescadores. Pescar era lo único que realmente sabía hacer, y aquellas eran épocas muy difíciles. Piper supo

inmediatamente que no tenía nada más que hacer en aquel lugar. Nadie conocía a Gustavus porque hacía muchos años que se había marchado.

Al llegar al hotel, el encargado le dijo que un hombre había estado preguntando por ella. Quería que le avisaran a su teléfono móvil cuando Piper regresara, a cambio de una suntuosa propina. A él le había llamado la atención la extraña actitud del individuo y observar que la recepcionista se estaba

fijando en los nombres del registro. Cuando se acercó y pudo enterarse de que el hombre había preguntado por Piper y la joven le había confirmado que se hospedaba allí, le dijo amablemente que no estaban autorizados a dar información sobre sus huéspedes, y que lo llamarían más tarde si tenían novedades.

Mientras el encargado le pedía disculpas por el error de la recepcionista, a quien hacía poco habían contratado, Piper le

agradeció su gesto y le pidió que describiera físicamente al individuo. Cuando lo hizo, la joven no pudo ocultar su sorpresa. Al parecer, Bladimir Boothe no pensaba darse por vencido: estaba en Galway. De algún modo había averiguado que ella estaba allí.

Piper, en estado de desesperación y sin tiempo que perder, se marchó al instante, antes de que fuera demasiado tarde. Miró nerviosamente a su alrededor para estar segura de que él no estaba

observándola. Llamó a Sophie, y ésta se puso en contacto con Ruth. Bladimir Boothe se encontraba de viaje en el exterior. Eso significaba que era posible que estuviera en Galway. Ruth le pidió mil disculpas a Sophie por no habérselo avisado antes: él le había dicho que iba a China por negocios.

—Además, creo que ha puesto micrófonos en mi móvil, por ese mismo motivo no te contesté antes. Te estoy hablando desde un teléfono público —Ruth se



sentía una tonta—. Mi compañera me dijo que le compró pasajes hacia Irlanda, ayer por la mañana.

\* \* \*

Cuando Piper llegó a Dingle, temía por su vida. Sabía que Bladimir Boothe estaba tras ella. Miraba continuamente para todos lados, pero como nunca lo había visto, sólo conocía su apariencia por los datos que Ruth le había dado antes de partir. Buscaría a los familiares de Gustavus y de

Kate del mismo modo que lo había hecho en Galway.

En cuanto llegó se dio cuenta de que ese era el lugar que Gustavus había elegido para vivir: era muy parecido al pueblo donde había crecido. Piper lo supo inmediatamente; a ella le sucedía lo mismo cuando estaba en lugares como aquellos, junto al mar. La hacían sentirse como en casa. A pesar de estar a millones de kilómetros de Ogunquit, Dingle le brindaba el mismo cobijo, algo que jamás había sentido

viviendo en Nueva York.

Ya era de noche. El día había sido especialmente largo y se sentía muy cansada, pero decidió que debía tratar de disfrutar su estadía allí y no tener miedo por la posibilidad de que la estuvieran siguiendo. Se dio un baño reparador en la hermosa bañera de estilo antiguo que tenía en su habitación, y luego de arreglarse fue a tomar un trago a uno de los tantos pubs que había en el lugar.

An Droichad Beag fue el pub que le recomendaron en

el hotel cuando dijo que quería escuchar buena música irlandesa en vivo. Al llegar se sentó y pidió una deliciosa y fría cerveza Guinness. El lugar estaba repleto de turistas pero también de gente del pueblo, ya que pudo observar que muchos conocían al dueño. Todos estaban felices compartiendo cervezas y riendo juntos. La música sonaba como ella había esperado: era originaria del lugar, contemporánea, y la tocaban en vivo, lo que era una gran diferencia respecto

de los otros lugares a los que pensó acudir previamente.

Los hombres que no eran irlandeses se distinguían con facilidad. Por un momento comenzó a jugar mentalmente, imaginando de qué lugar sería cada uno. Así pudo identificar a un grupo de españoles que estaban en la mesa junto a ella. Luego vio a otro grupo de hombres y mujeres que estaban brindando, y que evidentemente habían bebido demasiado; pensó que sin dudas eran todos irlandeses. No podía

escuchar el acento que utilizaban al hablar, pero definitivamente eran del lugar. Los hombres eran robustos: “una característica habitual de los irlandeses”, se dijo. Mientras los miraba atentamente, preguntándose qué sería lo que los divertía tanto, pensó que no podía recordar la última vez que había reído de ese modo, y sintió un poco de envidia.

En ese momento, uno de ellos se levantó de su asiento, haciendo gestos mientras aparentemente contaba a todos algo muy

interesante. Sin poder evitarlo, Piper quedó hipnotizada por este apuesto caballero. Su atractivo era irresistible: cabello castaño con reflejos rojizos, tez blanca con pecas —lo que a sus ojos era especialmente seductor—, y una espalda envidiable, por ser de contextura grande. Además, parecía ser muy divertido: movía sus manos haciendo ademanes y caras cómicas. Al girar hacia un lado, ante la atenta mirada de sus amigos, se detuvo al ver a Piper. Ésta pensó que él

quizás se sentía observado por ella, y bajó rápidamente sus ojos. Luego la atracción pudo más y sus sonrisas se encontraron olvidando el entorno: sin dudarlo supieron que algo había sucedido en ese instante. La chica que estaba a su lado, seguramente su novia, comenzó a hablarle llamando su atención, luego de mirar brevemente a Piper para que supiera que él estaba acompañado.

Piper terminó su trago, pagó y se retiró. Era tarde, las calles estaban desoladas.



Cuando estaba a pocas cuadras del hotel, miró para atrás y vio que alguien la seguía. Apuró su paso y la persona que estaba tras ella hizo lo mismo.

Finalmente llegó al hotel. Estaba segura de haber dejado atrás al incansable señor Boothe, quien seguramente ya sabría en donde se hospedaba. Cerró con llave su habitación y, con la ayuda de la cerveza que había bebido, durmió toda la noche como un bebé recién alimentado: su cuerpo y su mente necesitaban

descansar.

\* \* \*

A la mañana siguiente, sabiendo que Bladimir Boothe y tal vez alguien más intentarían impedirle encontrar a los descendientes de Gustavus y Kate, salió del hotel antes de que amaneciera. Al menos de ese modo no la verían retirarse. Dentro de su automóvil de alquiler, esperó a que fuera una hora prudencial como para preguntar casa por casa,

mientras se deleitaba mirando el bellísimo amanecer sobre el mar, como solía hacer de pequeña. Era una de las tantas cosas que adoraba hacer y que había estado postergando durante años al vivir en una ciudad en la que nunca se sintió del todo cómoda.

Finalmente comenzó su recorrido. Por algún motivo relacionado con la energía única que le había regalado la naturaleza esa mañana, se sentía especialmente esperanzada. Y no estaba

equivocada. En la primera casa que preguntó se llevó una gran sorpresa: la amigable señora que la atendió conocía a la familia Sutherland. Iban a la misma iglesia.

—Son unas personas encantadoras —le dijo afectuosamente la mujer—. Gustavus falleció hace muchos años. Su hijo Oliver también, unos años atrás. Pero su hija vive aquí, en Dingle, y su hermano en Dublín. Su nombre es Cecelia Sutherland.

Piper estaba radiante y no

podía contener sus lágrimas de alegría mientras escuchaba atentamente lo que decía la simpática señora, a la que en ningún momento interrumpió. En cuanto terminó de hablar, le pidió que le explicara cómo debía hacer para llegar a la casa de la nieta de Gustavus y Kate, quien al parecer tenía unos sesenta años.

\* \* \*

Al salir de la acogedora casa de piedra, en donde por primera vez había

conseguido un dato concreto que podía ser útil para descubrir la verdad, no pudo evitar dar un salto de alegría antes de subir a su coche. La casa de Cecelia estaba muy cerca de donde ella se encontraba, a pocas cuadras de distancia y sólo tenía que doblar una vez. Su corazón latía ferozmente mientras manejaba. Seguramente su adrenalina estaba en el límite que su cuerpo podía resistir, pero a pesar de los nervios se sentía muy feliz.

Cuando finalmente llegó a la dirección que le habían

indicado, se detuvo un momento antes de golpear a la puerta. Imaginó que tal vez algunos años atrás Oliver y Gustavus habían vivido allí, e incluso era posible que ellos mismos hubieran construido esa casita tan hermosa. Golpeó y esperó unos minutos hasta que le abrieron la puerta. Le parecieron horas.

—Buenos días, disculpa que he demorado en atender, estaba cocinando y no podía dejar de revolver hasta que estuviera lista la salsa, ¿en qué puedo serte útil? —le

preguntó muy cordialmente la señora que abrió la puerta, al tiempo que se quitaba su delantal de cocina.

—Buenos días, mi nombre es Piper Cook, he venido desde Estados Unidos para hablar con usted... ¿Es usted Cecelia Sutherland, no es así?

Cecelia asintió, al tiempo que observaba detenidamente a la tímida jovencita que estaba ante sus ojos, sin entender qué sería lo que la había traído desde el otro lado del mundo. Piper, feliz al saber que



finalmente había llegado al lugar correcto, le extendió su mano sonriente. La dueña de casa estaba sorprendida: era evidente que no todos los días venían personas desde tan lejos para hablar con ella. De todos modos, le dio su mano y la invitó a pasar.

Ambas se sentaron en la pequeña sala, y cuando Piper se disponía a explicarle los motivos de su visita, alguien llamó a Cecelia desde la cocina. No pudo entender las palabras, porque hablaba en gaélico como la mayoría de las personas del lugar. Ésta,

sin embargo, contestó en inglés para no ser grosera ante la visita presente. Afortunadamente para Piper, era el segundo idioma hablado en aquel pueblo.

—¡Por favor ven aquí, no te preocupes más por esa salsa... luego la terminaré! —dijo Cecelia a la otra persona—. Apaga el fuego y ven pronto. ¡Alguien ha venido desde lejos para hablar con nosotros!

Piper la miró y le preguntó suavemente con quien hablaba, creyendo que la voz masculina seguramente sería

de su esposo.

—¡Oh, no! Es mi hijo. Está en su día libre, y como yo debía atender el llamado a la puerta, le he pedido que continuara con la salsa —y agregó con una sonrisa—: cocina como los dioses.

Piper no salía de su asombro. En aquellas hermosas tierras, las personas eran en su gran mayoría muy simpáticas y serviciales. Cecelia le pidió que esperara a que viniera su hijo desde la cocina, para así poder escuchar juntos los motivos de su viaje. Pero

cuando apareció el bisnieto de Kate Hemstitch y de Gustavus Sutherland, la joven americana sintió que había encontrado el verdadero motivo por el cual habían aparecido en su vida esas cartas y el anillo que llevaba en su mano derecha. Desde que Ruth se lo había entregado, lo usaba con el corazón hacia afuera, indicando su soltería, como había descrito en el artículo de aquella historia. Nunca hubiera podido imaginar que poco después ella misma llevaría una alhaja tan bella

en sus propias manos. El destino le guardaba una gran sorpresa, se dijo así misma al ver al hombre de su vida ante sus ojos. En ese momento comenzó a creer que efectivamente el amor a primera vista existía.

—Él es mi hijo, Oliver Mac Carthaigh —dijo orgullosa su madre.

—Mucho gusto... —Piper no podía creer lo que estaba viviendo—. ¡Te llamas igual que tu abuelo!

Al tenderle su mano sintió como él casi le estrujaba las suyas. Esa forma de saludar

era habitual allí: le había sucedido con casi todas las personas que le habían presentado desde que llegó a aquel bellissimo lugar. Sintió que sus mejillas se enrojecían sin poder evitarlo. Oliver era el mismo apuesto irlandés que había visto la noche anterior. De eso estaba segura, a menos que la naturaleza hubiera creado dos seres tan perfectos en la tierra. Al pensarlo no pudo dejar de sonreír, odiándose por no poder disimular su picardía. Era evidente que no lograba

controlarse en aquel momento, sus palpitaciones lo demostraban.

—¡Mucho gusto! Es verdad, y me apena no poder llevar también su apellido. Él sí fue un hombre ejemplar y luchador... no como quien me dio su apellido —dijo Oliver orgulloso, con la misma sonrisa deslumbrante que la había enamorado la noche anterior—. ¿Tú estabas ayer en el pub, no es así?

“Vamos, responde”, se decía Piper, maldiciendo su escasa soltura. Su cerebro no

parecía responderle debido al bloqueo emocional que le causaban sus sentimientos. Nunca le había sucedido anteriormente. Ella siempre iba al frente y era muy jugada ante los hombres.

—Así es. —No podía negarle que ella también lo había visto la víspera, mucho menos después de la intensa mirada que habían intercambiado durante unos segundos—. Mi nombre es Piper Cook. He venido desde Nueva York con deseos de encontrarte.

—¿A mí?! —preguntó



casi en tono de broma Oliver, que sabía que ella se sentía intimidada por su belleza, como siempre le sucedía con otras mujeres. Esa circunstancia lo divertía por demás.

—Bueno sí... a ambos. Vine en busca de los descendientes de Kate Hemstitch y de Gustavus Sutherland, como le decía hace algunos minutos a tu madre.

Oliver miró a su madre: ahora el sorprendido era él. Su rostro divertido cambió de expresión

inmediatamente. En su familia el nombre de su bisabuela Kate había sido por décadas casi un tema tabú. Sabían que no había venido a Irlanda con Gustavus y su hijo. Y que había fallecido junto a su familia en Estados Unidos, al parecer por alguna epidemia del momento.

—Discúlpame que te pregunte, pero es que realmente no entiendo. ¿Qué es lo que te ha impulsado para que decidieras venir hasta aquí? Kate Hemstitch tuvo un hijo con mi

bisabuelo pero no vino con ellos a Irlanda. Mi pobre abuelo Oliver tenía muy pocos días de vida cuando se separaron. Siempre hemos sospechado que el verdadero motivo de la separación fue que Kate Hemstitch no quería dejar su buen pasar porque, si venía a Irlanda, iba a tener que vivir de un modo muy precario.

—Oliver puede resultar un poco agresivo al hablar de su bisabuela, pero ella causó mucho dolor en nuestra familia. Ni siquiera fue capaz de enviar una sola

carta para explicarle que no vendría con ellos. Mi abuelo murió inmerso en una profunda tristeza, y mi padre creció sin una familia que lo quisiera. Quedó huérfano a los seis años —explicó Cecelia a Piper, sin poder ocultar el rencor que sentía al hablar del tema.

Piper tenía sus ojos llenos de lágrimas. No podía comprender cómo era posible que nadie les hubiera dicho que Kate intentó huir de su hogar infinidad de veces.

—Entiendo cómo deben

sentirse, pero quiero que sepan que todo ha sido un terrible malentendido que les ha causado muchísimo sufrimiento a ustedes y a toda su familia. Antes que nada, quiero entregarles algo que he traído y que les pertenece. Son las cartas que Kate trató de enviarle a Gustavus.

Abrió su cartera, tomó un pequeño paquete con el papel débil y añejado que lo envolvía, y se las entregó a Cecelia. Consideraba que ella debía leerlas primero. Así lo hizo. Piper limpió su

rostro con una toallita descartable que había tomado también de su cartera. Mientras Cecelia leía las cartas, Piper permanecía pensativa, con su mirada hacia el suelo, imaginando cómo debió sentirse Gustavus al verse abandonado y creer erróneamente hasta el fin de sus días que Kate, la mujer de su vida, realmente no había querido ir a vivir junto a ellos. Inmersa en sus pensamientos sintió que Oliver le hablaba. Levantó sus ojos y vio que él le

miraba la mano.

—Si no estoy viendo mal, llevas puesto un anillo característico del pueblo de mi bisabuelo... ¿Es un anillo de Claddagh?

—Así es —le contesto Piper sonriendo tímidamente.

Lo que minutos atrás le habían dicho Cecelia y Oliver la había tomado por sorpresa. No esperaba que la familia Sutherland hubiera vivido una mentira durante tantos años, y que además sintieran un rencor tan injustificado por Kate, que

había sufrido demasiado en su corta vida.

—Gustavus regaló este anillo a Kate cuando le pidió matrimonio, algo que deseaban hacer más que nada en el mundo en cuanto ella llegara a Irlanda — continuó diciendo Piper. En ese momento se quitó el anillo y se lo entregó a Oliver—. Tómenlo, les pertenece también, al igual que las cartas.

Oliver se estremeció al tomar el anillo y rozar la mano de Piper. Su piel era muy suave. Levantó su



mirada y, al encontrarse con la de ella, ambos sintieron una fuerza indescriptible, como si estuvieran hechizados por el mismo mágico sentimiento que invadió y unió a Kate y a Gustavus cien años atrás.

—Ése es el anillo que mi abuelo le había regalado a Kate —dijo Cecelia—. Claramente menciona aquí en la carta que se lo devuelve porque daba por finalizado su compromiso. ¡Por Dios! ¿De qué hablas Piper? Ella se da por vencida y reconoce que le es

imposible llegar a Irlanda. ¿No entiendo por qué dices que no lo abandonó?

Cecelia se quitó las gafas de lectura y miró a Piper exigiéndole una explicación; la misma que habían deseado obtener Gustavus y Oliver en su momento, y que jamás recibieron.

—Lo hizo para engañar a su padre —explicó Piper—. El señor Hemstitch quería asegurarse de que su hija había olvidado a Gustavus. Kate, con esta correspondencia supuestamente dirigida a su

novio, se lo demostraba. Ella entregó la carta y este anillo a su institutriz, cuando descubrió que ésta era cómplice de su padre. Su institutriz, en quien confiaba plenamente, la había defraudado durante mucho tiempo y era quien impedía que toda la correspondencia que le había enviado anteriormente a Gustavus llegara a destino. Fue muy doloroso para Kate enterarse de que su padre se las quedaba. Nunca supo dónde las escondía. Quien me ha dado todo esto es la señorita

Ruth Sting, que me ha ayudado muchísimo a develar los secretos que se mantuvieron ocultos durante años. Ella fue quien encontró todo en un escondite en su lugar de trabajo. Es el mismo edificio en donde hace un centenar de años el maldito Paul Hemstitch tenía su prestigioso diario neoyorkino. Es un rascacielos gigante conocido como la Torre Cosmopolitan.

—Disculpa que insista — le dijo Oliver a Piper—,

pero... ¿tú cómo sabes todo eso? Como dijo mi madre, en la carta claramente lo abandona para siempre, y así lo hemos creído nosotros durante años.

—Es una larga historia pero, para dejarlos más tranquilos, puedo asegurarles que lo ha dicho alguien que conoció bien a Kate.

—Pero esa persona tiene que haber fallecido, no coinciden los tiempos —dijo Oliver mientras comenzaba a leer la carta que su madre le había entregado.

—Quien me ha contado toda la historia es la bisnieta de Julie, la mejor amiga de Kate. Clementine fue quien aclaró todas mis dudas.

—Ahora entiendo... —dijo pensativo Oliver, mientras tenía su mirada fija en la lectura.

Piper esperó en silencio a que ambos leyeran todas las cartas. Cuando finalmente terminaron, Cecelia suspiró, y dijo:

—Mi abuelo siempre estuvo muy enamorado de ella. Siempre me contaba que escribía poemas

hermosísimos, y ya veo que no se equivocaba.

—Muchas gracias, Piper, por haber venido desde tan lejos para contarnos la verdadera historia de nuestros antepasados — Oliver comprendía finalmente cómo había sido todo—. Seguramente desde algún lugar, alguien ayudó para que esto sucediera. Atesoraré este anillo con mucho amor.

Piper estaba embobada mirando a Oliver mientras escuchaba esas bellas palabras.

—Yo también quiero agradecerte —dijo Cecelia—. Es un hermoso gesto el que hayas venido desde tan lejos a traernos estos increíbles recuerdos.

Era evidente que Piper se sentía muy atraída por su hijo, ya que no le quitaba los ojos de encima. Cecelia continuó hablando:

—Oliver, según la tradición, ese anillo le pertenece a tu novia ¿no lo crees?

A Piper se le hizo un nudo en la garganta: Oliver tenía novia. Seguramente era la



bella joven que estaba sentada junto a él en el pub.

—Bueno mamá, puede ser que sea la tradición aquí pasar este anillo de generación en generación, pero imaginarás que a éste en especial no se lo daré a ella sin más. Además, Keira ya tiene su anillo de Claddagh. Se lo regalé cuando nos comprometimos. Prefiero quedármelo para mí, ya que tiene los nombres de mis bisabuelos. Hace muchos años que lo tendríamos que haber tenido nosotros. Estuvo demasiado

tiempo a la deriva.

Piper ya estaba acostumbrada a tener siempre piedras en el camino, y se dijo: “¿Creíste que este apuesto irlandés se fijaría en ti?”. Sentía mucha desilusión. Trató de disimularlo diciendo:

—Deben saber que además tengo otro motivo que me ha traído hasta aquí.

—Ambos la miraban expectantes—.

Kate Hemstitch dejó por escrito su herencia a Oliver, su hijo, entregándosela al abogado de confianza de su familia.

Era muy inocente, y no se le ocurrió que el abogado de su padre jamás la haría valer. Cuando la familia entera murió, la voluntad de Kate no fue respetada. Oliver tendría que haber heredado, con el total de los derechos que lo amparaban, la millonaria fortuna de su familia. Fue el abogado quien los asesinó y se quedó con todo... excepto un edificio que existe actualmente hoy en Nueva York. Es el edificio del que les hablé hace un momento, propiedad de Paul

Hemstitch.

—¿Los asesinaron?! —  
exclamaron Oliver y su  
madre sorprendidos, casi al  
unísono.

—Lamentablemente, sí.  
Como les dije, fueron  
asesinados por el abogado  
de confianza de la familia, el  
maldito Simon C. Greene.

—¡Esto es increíble! —  
exclamó Oliver.

—¡Pobre abuela, qué  
desdichada fue! —Cecelia  
limpiaba sus lágrimas y  
lloraba desconsoladamente,  
al tiempo que su adorable  
hijo la abrazaba y contenía.

—Pero lo increíble es que este hombre luego fue asesinado por alguien tan ambicioso e inescrupuloso como él, llamado Robert Boothe, quien se quedó con toda la fortuna. Le había hecho firmar a la fuerza los documentos que le daban sustento legal. He traído una carta escrita por Kate donde manifiesta su última voluntad con respecto a su herencia. Este documento se mantuvo oculto hasta ahora por la bisnieta de la amiga íntima de Kate, quien desde hace años ha deseado

encontrarlos, y que me la ha confiado. En fin, lo que deseo decirles es que: ¡Ustedes pueden reclamar lo que les corresponde!

—¡Pero eso es imposible, han pasado ya muchos años! —dijo Cecelia con resignación.

Ella había luchado durante toda su vida tratando de sacar adelante a Oliver, siendo una madre soltera. Su ex esposo, John Mac Carthaigh, lo único que le había dado a su hijo era su apellido. Luego de que éste naciera, se marchó sin avisar

y nunca más volvieron a verlo. Le gustaban las mujeres y la vida nocturna más que nada en el mundo. Cecelia sabía lo que era atravesar tiempos difíciles, sin tener muchas veces siquiera cómo alimentar a su niño. No se ilusionó demasiado con la posibilidad que se abría ante sus ojos. Oliver, sin embargo, no consideró que fuera tan complicado reclamar lo que les correspondía.

—Mamá, creo que Piper tiene razón. Si probamos, por medio de estas cartas y

del testimonio de la bisnieta de la amiga de Kate... ¿cómo era su nombre? —le preguntó a Piper.

—Clementine, se llama Clementine... Aunque resulte imposible de creer, también es bisnieta del asesino, de Robert Boothe. Pero anda, continúa hablando, luego les explicaré cómo llegaron a tener la amiga de Kate y el asesino una hija entre ambos.

Tanto Oliver como su madre se miraron sin poder creer que este tal Boothe



hubiera mantenido tantos secretos ocultos y ocasionado tanto mal, ya que imaginaban el motivo de aquella unión. Oliver, ilusionado, continuó explicando a su madre lo que pensaba al respecto:

—Efectivamente, somos los únicos familiares directos de la familia Hemstitch, y por ende sus herederos. De ese modo seguramente podremos reclamar lo que ella siempre quiso que nos perteneciera.

—Así es —acotó Piper con optimismo, mirando a

Oliver—. El mismo entusiasmo que tú sientes en este momento es el que me ha impulsado a mí también, y es por eso que hoy estoy aquí. No sólo les pertenece la gran fortuna que usurpó el abogado y que ahora poseen los descendientes de Robert Boothe, su nieto Bladimir y su bisnieto Thomas. También el edificio del que hablé, la Torre Cosmopolitan. En estos días corre riesgo de ser entregado a estas mismas personas, que han intentado poseerlo durante años, y con tal

objetivo han pagando impuestos y han luchado contra el gobierno para que no sea nombrado monumento histórico. No sé si me entienden: ¡este edificio es un invaluable rascacielos ubicado en el barrio más costoso de Nueva York, y forma parte de la gran herencia que les pertenece a ustedes!

—¿Y tú crees que también podemos reclamarlo? — preguntó Oliver sin poder creer lo que escuchaba.

—Por supuesto. La mala noticia es que Bladimir

Boothe me ha seguido hasta aquí en su afán de callarme, sabiendo que yo les contaría todo. Son muy peligrosos. Antes de venir trató de matarme, envenenándome. Se cree con derechos sobre el bien, pero sin embargo no ha tenido suerte hasta el momento: el gobierno no le ha otorgado aún los documentos correspondientes. El registro nacional de monumentos históricos de Estados Unidos está en trámites hace años, y continúan haciendo inspecciones sin cederle los

derechos, que obviamente no le corresponden. Pero el tiempo se acorta, y es muy probable que en cualquier momento le otorguen la posesión si la justicia así lo determina. Al menos que ustedes, los familiares directos del último propietario legítimo, Paul Hemstitch, lo reclamen. Por supuesto, los Boothe han intentado que ustedes no se enteren de que les pertenece.

Cecelia tapó su boca y suspiró. Todo aquello era muy ajeno a su pacífica vida y la asustaba demasiado. No

pasaba lo mismo con su hijo.

—¿Y tú, qué crees que debemos hacer nosotros? Tampoco podemos poner nuestra vida en riesgo, si es verdad que este hombre es tan peligroso...

El hermoso día que hacía cuando Piper había llegado era ahora sólo nubarrones y lluvia, algo que solía ocurrir en ese lugar. Se escuchaban truenos continuamente. Cecelia le servía una taza de té a su encantadora visita.

—Creo que debemos ser muy precavidos —respondió Piper—, pero es importante

que viajen a Nueva York. Se trata de una fortuna inimaginable.

Piper había permanecido, sin siquiera haberlo notado, varias horas en casa de la familia Sutherland. Pudo contarles todos los detalles de su investigación desde el principio: la increíble coincidencia de su artículo con la sucesión de acontecimientos posteriores que la llevaron a encontrar la verdad. Oliver quiso ser cortés y agradecido con Piper, y la invitó a cenar esa misma noche junto a su

novia, Keira.

\* \* \*

Horas más tarde, Oliver pasó a buscarla por el hotel en el que se hospedaba. Piper lo miró detenidamente mientras él esperaba en el lobby. Oliver no podía verla desde el lugar en el que estaba sentado. Conversaba con alguien a quien evidentemente conocía. Dingle es un pequeño pueblo de unos dos mil habitantes y todos se conocen entre sí.



La periodista se sorprendió a sí misma al desear a este irresistible irlandés desde lo más profundo de su ser. Por un momento imaginó cómo iba a reaccionar ante él y su novia esa noche y, presa del pánico, se arrepintió de lo que estaba por hacer. Cuando se disponía a regresar a su habitación, temerosa, escuchó que Oliver la llamaba. No tuvo otra opción que ir hacia él, pero se prometió tratar de no verlo nunca más en cuanto terminara de ayudarlo. Agradeció que hubiera

invitado a su novia, de lo contrario no sabía si podía ser responsable de sus actos. Oliver, al ver que Piper se acercaba, le pidió a su amigo que dejara de hacer comentarios, ya que ella podía escucharlos.

—¡No me digas que esa hermosa chica que camina hacía aquí es tu ángel americano! —exclamó su acompañante—. Por favor, pídele a Dios que me envíe uno a mí también.

—Cállate por favor —le dijo Oliver en voz baja.

No quería reconocer que

desde que la había visto no había podido quitarla de su mente. La atracción que sentía por ella era algo que no le había sucedido con ninguna otra mujer. Ni siquiera con quien había elegido para compartir el resto de su vida. Aunque tratara de ignorar lo que estaba sintiendo, ella lo seducía con locura; tenía todo lo que él deseaba en una mujer. Y sabía que no había mucho tiempo para que algo sucediera entre ellos: faltaban pocos meses para su boda.

Finalmente fueron al mismo pub en el que ella lo había visto la noche anterior. Él insistió para cenar en un lugar más tranquilo, pero ella no quiso. An Droichad Beag le había gustado mucho. Sabía que no estaría muchos días más allí y quería volver al mismo lugar. Al subir al coche, Piper le preguntó por Keira. Oliver le explicó que estaba muy complicada estudiando y que no podría acompañarlos; eran los últimos exámenes para recibirse de abogada.

—¿Estudia desde aquí?

—Hizo la carrera en Dublín, en la Universidad Griffith, pero como ya no tiene más clases y sólo quedan estos exámenes, ha venido a prepararlos aquí. Ha sido un lindo gesto de su parte, porque de ese modo al menos podemos vernos en algún momento del día.

—Conozco esa universidad. Una compañera de periodismo vino a vivir a Irlanda y continuó su carrera allí. Ayer dijiste que están comprometidos. Es un gran paso el que van a dar.

—¡Así es! Hace muchos años estamos juntos, y Keira quiere que empecemos una nueva etapa. Últimamente ha sentido que es tiempo de que vivamos juntos.

—Ella... ¿y tú?

—Bueno, yo también. ¡Es sólo que aún no me acostumbro a la idea!

“¿Pero qué estás diciendo?”, pensó Oliver, enojado consigo mismo. Claro que él también lo había querido... hasta que la vio a ella, a la deslumbrante joven americana que hizo que se sintiera confundido.

—¡Qué afortunados son de poder vivir en este hermoso lugar! ¡No sabes cuánto extraño dormir con el sonido del mar y despertarme cada mañana con el canto de los pájaros!

—¿Pero tú no vivías en Nueva York?

—Ahora sí, luego de recibirme de periodista; pero crecí en Ogunquit, un pueblo junto al mar, en Maine. El barrio en el que vivo ahora me encanta, pero sé que siempre añoraré estar en el lugar donde crecí. El bullicio de las grandes ciudades me

agobia. Ver cómo viven las personas, acostumbradas a la rutina y a la falta de libertad, me da mucha tristeza. Poco a poco olvidan las verdaderas prioridades del ser humano y se convierten en autómatas en una vorágine descontrolada y difícil de asimilar. La vida se les pasa, y cuando miran hacia atrás se dan cuenta de que todos sus sueños de libertad se los ha llevado el tiempo y ya no alcanzan las horas para realizarlos. Temo muchísimo que algún día eso me suceda a mí también.



—No creo que todas las personas sientan de ese modo. Los seres humanos no somos iguales. Tú y yo pensamos que si no tenemos la naturaleza a nuestro alrededor todos los días, moriremos de estrés; pero hay infinidad de personas que no podrían vivir en lugares como en los que nosotros hemos crecido.

—Sí, tienes razón. Mi hermana es un claro ejemplo. A pesar de que creció en el mismo lugar que yo, no cambiaría Nueva York por ningún lugar del

mundo. Por supuesto, ella vive en una de las zonas más lindas de la ciudad, y tiene un apartamento muy confortable.

Piper deseaba que Oliver conociera realmente cuáles eran sus valores y su modo de entender la vida. Continuó diciendo:

—Yo no tuve la mejor de las experiencias en Nueva York. Trabajé en una empresa donde lo único que importaba era el materialismo, el consumismo desorbitado; donde la esencia del ser

humano queda en último plano. Seguramente por eso la vida en las grandes ciudades me parece un poco desalentadora... —en ese momento, se dio cuenta de que tal vez había revelado demasiado de su forma de pensar—. Perdona, se me ha ido la mano, tal vez esta deliciosa cerveza ha ayudado a que exteriorice demasiado mi punto de vista. Lo que menos deseo es asustarte, pero por alguna razón siento que tú me entiendes, y sabes a lo que me refiero.

—No me asustas en lo más mínimo, te entiendo perfectamente. Yo siento lo mismo, pero sé que no tengo otra opción. Estoy tratando de hacerme a la idea de perder todo eso que tú dices en poco tiempo. Después de casarnos nos mudaremos a Dublín. Keira ha conseguido el trabajo con el que siempre ha soñado en un prestigioso bufete. Y yo tendré que buscarme algo allí. Es imposible que algún día me acostumbre a vivir lejos de aquí... pero lo intentaré.

Piper se quería matar. No

podía creer todo lo que le había dicho. Parecía que trataba de convencerlo de que no siguiera los deseos de Keira. Pero esa no había sido su intención. Recién se enteraba de sus planes para irse a vivir a una ciudad como Dublín. Trató de revertir un tanto sus dichos:

—Pero lo harás para poder permanecer a su lado... le estás demostrando cuánto la amas. Ella debe sentirse muy afortunada al saber que tú irías a cualquier lugar del mundo con tal de estar a su lado.

Oliver sentía que estaba en la misma sintonía que Piper, y efectivamente no se equivocaba. Ambos tenían el mismo sentimiento con respecto al pueblo en el que habían nacido y valoraban el privilegio que poseen las personas que cada día y a toda hora pueden estar en contacto con las maravillas que nos regala la naturaleza. Al escuchar detenidamente cada una de las palabras que había dicho esta joven sabia, se preguntaba si realmente deseaba mudarse a Dublín. ¿Era capaz de renunciar a

todo por Keira? ¿Por qué, desde que había visto a Piper, no había podido dejar de pensar en ella, y se sentía tan cautivado al escucharla? Eso no le sucedía cuando estaba con su prometida. Piper, por su parte, no lograba entender por qué había llevado la conversación hasta ese punto de confianza, si hacía tan sólo unas horas que lo había conocido.

—Es maravilloso disfrutar del sonido del mar al dormir, y caminar por la playa en todas las épocas del año —

continuó diciendo Piper, mientras Oliver la contemplaba embelesado—. Cuando aún vivía en mi pueblo natal, corría todas las mañanas y me sentía libre. Es algo especial ¿sabes?

—Claro que sé a qué te refieres. Yo salgo cada mañana con mi perro a entrenar durante dos horas. Lo tomo como mi terapia diaria. Pero Keira, aunque también nació aquí, no me entiende; sus prioridades son otras. Lo mío sale desde aquí —dijo mientras se tocaba el pecho—, pero



intentaré desarraigarme de este lugar... —hizo una pausa para beber un poco más de la deliciosa cerveza Guinness que le habían traído un momento atrás, y luego agregó—: Ella sólo quiere ser una importante abogada, lo cual respeto, y la tiene sin cuidado donde viviremos. Así que, como verás, no tengo muchas opciones... muy pronto cambiaré la paz de vivir aquí por el trajín y la locura de Dublín.

—Increíblemente la vida nos va llevando por rumbos

que tal vez no son los que siempre hubiéramos deseado. Pero lo importante es seguir a nuestro corazón, y eso es lo que tú estás haciendo al ir tras ella.

\* \* \*

Transcurrieron un par de días hasta que Oliver y Piper consiguieron vuelo para ir a Nueva York. Trataron de convencer a Cecelia para que los acompañara, sin éxito alguno: temía viajar en avión. Pero ella finalmente estaba convencida de que su

hijo, junto a aquella joven emprendedora, lograría obtener lo que siempre les había pertenecido.

Piper nunca se olvidaría de los inolvidables días que disfrutó en Dingle junto a Oliver y a su encantadora madre. Keira compartió algunos momentos con ellos, pero debía estudiar a un ritmo desorbitante para poder obtener su ansiado título.

La última noche antes de partir hacia Nueva York, Keira invitó a Oliver a cenar a su casa. Muy a su pesar

sabía que aquella sería seguramente la última noche que estarían juntos, no por el viaje, sino por lo que tenía que decirle. Aprovechando la ausencia de sus padres, preparó la comida preferida de su novio. En cuanto éste llegó, ella se lanzó desesperadamente sobre él e hicieron el amor en el dormitorio de su adolescencia, en el que tantas veces antes lo habían hecho desde el comienzo de su noviazgo. Oliver notó que ella estaba un poco tensa. Keira no le comentó en ese

momento lo que le sucedía: quería disfrutar de tener al hombre de su vida entre sus brazos por última vez.

Después bajaron al comedor. Cenaron en paz y relajados, aunque para Keira aquel hombre ya había dejado de amarla. Ella quería tener un momento de despedida personal. Más tarde, cuando estaban sentados en la sala, le dijo que había notado el modo en que miraba a Piper.

—¿De qué hablas? — Oliver intentó negar lo que realmente sentía. Lo que

menos deseaba era lastimar a Keira, pero sabía que ella no se equivocaba.

—Admítelo, sé que no deseas lastimarme, como también sé que eres una persona excepcional. Pero si realmente me quieres, no puedes casarte conmigo estando enamorado de otra mujer. De ser así, ninguno de los dos encontraríamos la felicidad.

Oliver se sorprendió al escuchar las palabras de su novia. Aún le resultaba difícil tener que admitirlo.

—Mi amor, ¡cómo me

dices eso! Sabes que yo sería incapaz de lastimarte.

—Es por eso que no exteriorizas tus verdaderos sentimientos. Pero no pienses ahora en que me lastimarás... sólo dime qué es lo que sientes realmente. Estás enamorado de Piper, ¿no es así?

Oliver dejó su taza de café sobre la pequeña mesa ratona y tomó ambas manos de Keira. Mirándola a los ojos le suplicó que no hiciera una escena de celos justo antes de partir.

—Sabes que no tengo otra

alternativa, debo viajar... es parte de nuestro futuro juntos. ¿O quieres que abandone lo que tal vez sea una gran fortuna?

—No es una escena de celos, merezco saber la verdad.

Oliver lo negó una y otra vez, diciendo que ella estaba equivocada y que era sólo un ataque de celos porque viajaría al día siguiente con una mujer extremadamente hermosa y con un carisma muy especial.

\* \* \*



La joven periodista y los descendientes de Kate Hemstitch habían tenido a la suerte de su lado durante la última semana. Bladimir Boothe no había podido acabar con ellos de una vez y para siempre. Pero lo había intentado.

Dos días después de la llegada de Piper a Dingle, Bladimir trató de llevar a cabo su plan. Quería provocar un accidente. Aprovechando que diluviaba, fue a caballo y esperó a que los tres llegaran

en el auto en el que horas antes los había visto partir. Había estudiado sus movimientos, y sabía que cuando salían por las tardes demoraban aproximadamente dos horas en regresar. Permaneció a medio kilómetro de la casa de Cecelia y Oliver hasta que regresaran. El lugar elegido era exactamente antes de una curva cerrada muy peligrosa. Estaba seguro de que su plan no fallaría.

Cuando vio que se aproximaba el auto, golpeó

al caballo con una fusta lo más fuerte que pudo. El animal atravesó la ruta totalmente descontrolado. Pero calculó mal el tiempo: el caballo cruzó demasiado rápido y el coche venía muy despacio. Los ocupantes del auto se detuvieron para revisar los neumáticos, presos del pánico al ver cómo los dueños de los equinos no se hacían responsables de sus animales y no los ataban debidamente. Bladimir, escondido tras un árbol en la penumbra, se dio cuenta de que en el coche no

viajaban quienes él esperaba.

Horas más tarde aún continuaba lloviendo, aunque había cedido un poco, para desgracia de Bladimir. Al ver que un auto se acercaba, volvió a intentarlo. Esta vez el coche era efectivamente el de sus víctimas. El caballo cruzó intempestivamente el camino, pero Oliver logró reaccionar y pudo esquivarlo. A pesar de llevarse un gran susto, los ocupantes del auto no relacionaron lo sucedido con

Bladimir Boothe. Oliver y su madre, que eran muy supersticiosos, creyeron que había sido una mala pasada del destino: minutos antes habían visto un gato negro cruzar por la ruta. Piper no creía en nada de esas cosas, así que lo tomó como una casualidad, y agradeció a Dios que milagrosamente no hubieran tenido un accidente fatal. A Cecelia le subió la presión aquella noche al pensar en lo que hubiera sucedido si Oliver no reaccionaba a tiempo.

AL llegar a Nueva York, Oliver quiso hospedarse en un hotel, pero Piper no se lo permitió. Le explicó cordialmente y como buena anfitriona, que su hermana tenía un apartamento en donde ella provisoriamente estaba viviendo. Él también podía alojarse allí. Oliver no estuvo de acuerdo con molestar en la casa de personas a las que ni siquiera conocía. Pero Piper

insistió y finalmente logró convencerlo: su hermana estaba de vacaciones con su esposo y su hijita durante quince días. Su presencia no significaría ninguna molestia.

Cuando finalmente aterrizaron, Oliver agradeció que nada hubiera sucedido. Era la primera vez que subía a un avión y esperaba que fuera la penúltima, ya que no le había agradado en absoluto la experiencia. Su próximo vuelo, le dijo a Piper, sería cuando regresara a Irlanda. A Piper le divirtió

ver su terror desmedido durante el despegue y el aterrizaje, y el hecho de que no se atreviera a mirar por la ventanilla durante todo el trayecto.

En el aeropuerto los esperaban Sophie y Louis. Luego de que Piper los presentara al joven irlandés, Sophie anunció que tenía muy buenas noticias para los recién llegados. Louis había movido sus contactos y todo estaba exitosamente encaminado. Thomas y Amy se habían casado y estaban disfrutando su luna de miel



del otro lado del mundo. Durante la boda Thomas tuvo la oportunidad de hablar con Sophie y Louis y, luego de confesarles que no deseaba ser como su padre y que quería otro tipo de vida, les entregó todos los documentos correspondientes a la Torre Cosmopolitan. Había resultado muy beneficioso que Bladimir Boothe no estuviera en la ciudad para impedirlo.

Cuando iban en el coche, Louis les dijo que sólo faltaba que Oliver se

realizara un análisis de ADN para corroborar que era efectivamente el bisnieto de Kate Hemstitch, y que con los resultados finalmente le entregarían lo que le pertenecía. Oliver y Piper quedaron boquiabiertos; Sophie no había querido comentarles nada hasta que llegaran, para sorprenderlos. Los invitaron a cenar esa misma noche a modo de festejo, pero ambos se negaron. Pidieron disculpas y explicaron que estaban exhaustos por el extenso viaje. Lo mejor sería dejar la

invitación para el día siguiente.

Oliver se enfrentaba a una prueba muy difícil. ¿Soportaría estar bajo el mismo techo con la bellísima mujer que lo tenía enloquecido y no confesarle su amor de una vez? ¿O volvería a los brazos de su novia sin que nada hubiera ocurrido durante su estadía en Nueva York?

En el sofá de la sala del lujoso apartamento de Elle, Piper preparó un comfortable lugar para que Oliver descansara. Cenaron comida

china congelada. Oliver rió divertido, y elogió con ironía a su nueva amiga americana por ser tan buena cocinera. Luego se fue a dar una ducha. En ese momento, Piper llamó a Sophie, y le dijo que no sabía cómo iba a hacer para contenerse y no acosar al apuesto hombre que estaba bajo su mismo techo.

—¡No hay nadie más que él y yo! ¡Elle y su familia están de vacaciones! — exclamó Piper casi en ataques, sin poder entender las vueltas del destino.

Sophie rió; no era común que Piper hablara así de ningún hombre. Siempre había sido muy reservada en cuanto a su vida amorosa.

—¡Te entiendo! Imagino lo difícil que debe haber resultado tu estadía en Irlanda al tener que verlo cada día. ¡Por Dios, qué guapo es! ¡Y para colmo es muy simpático!

—Bueno, debo cortar. No vas a creer lo que estoy viendo: ¡en este momento sale del baño con la toalla en la cintura!... Me despido, no quiero que escuche lo que

hablamos —dijo Piper en voz baja, y agregó—: ¡Es perfecto!

—Olvida que está comprometido, y disfruta junto a él... nunca se sabe, tal vez decida quedarse a tu lado.

—¡Basta ya! Sabes que no soy ese tipo de persona, nunca pasará nada con él... ¡respetaré que está comprometido! Buenas noches, que descanses.

—Buenas noches... diviértete.

Sophie sabía que sería muy difícil para su amiga

pasar aquella noche a solas con aquel apuesto irlandés, pero al haber visto el modo en que él la miraba, supo de inmediato que aquella historia era imposible de cambiar. Ambos merecían estar juntos. Se podía ver a simple vista que se gustaban demasiado y que no lograrían contener sus sentimientos por mucho tiempo más.

\* \* \*

Eran las tres de la mañana y a pesar del gran cansancio

que ambos tenían no habían podido pegar un ojo durante el transcurso de la noche. Piper giraba de un lado a otro; llegó a tapar su cabeza con la almohada. Sus pensamientos la atormentaban, al igual que sus sentimientos. Sin saber que a él le sucedía lo mismo, fue despacio hasta la sala y lo contempló mientras dormía. Oliver estaba con ambos ojos cerrados, pero no dormía.

Ella fue a la cocina entre lágrimas, tratando de hacerse a la idea de que muy



pronto ya no lo vería más. Bebió una taza de un delicioso té relajante que había comprado su hermana en una tienda especial, y se fue a acostar.

Minutos más tarde, él también se levantó. El destino quiso que no se cruzaran. Miró algunas fotos que había sobre una repisa. Le llamó la atención el gran parecido que tenía una pequeña niña con Piper; supuso que se trataría de su sobrina. Su mente voló nuevamente y se preguntó si algún día él también tendría

una niña tan hermosa como aquella bella pelirroja. Luego se puso a leer un libro que había encontrado, hasta que finalmente logró conciliar el sueño.

A la mañana siguiente, tal como habían quedado, Sophie y Louis los pasaron a buscar para acompañarlos al laboratorio donde Oliver iba a hacerse el análisis de ADN. Unos días antes ya habían obtenido una orden para poder extraer restos de los cuerpos de la familia Hemstitch. Cuando finalmente estuvieran los

resultados, solamente  
faltaría firmar los  
documentos y el bisnieto de  
Kate pasaría a ser un hombre  
muy rico. Su madre le había  
cedido sus derechos, al igual  
que el hermano de ésta, para  
no tener que viajar junto a  
él.

Bladimir Boothe había  
fallado nuevamente al  
intentar hacer desaparecer  
los cuerpos sepultados de la  
familia Hemstitch. Había  
imaginado que seguramente  
serían utilizados por el  
descendiente de Kate para  
comprobar sus lazos

familiares mediante un análisis genético. Sin embargo, cuando envió a dos empleados de confianza al cementerio en donde se encontraban Paul Hemstitch, su esposa y su hija, el plan resultó frustrado. Se llevaron una sorpresa inesperada al enterarse de que el gobierno ya los había retirado para analizar los restos y obtener el ADN. Peor aún fue cuando la policía detuvo a Boothe en su casa, bajo cargos de ocultar al gobierno información y documentos relacionados con el

millonario bien inmobiliario.

Pasaron dos días y finalmente los resultados genéticos estuvieron listos. Hasta ese momento, Piper sólo se había dedicado a pasear por Nueva York con Oliver, para que pudiera conocer esa gran ciudad. Las dos noches a solas habían sido tortuosas, pero ambos lograron contenerse.

Cuando le entregaron el sobre con los resultados, Oliver estaba muy nervioso, como es comprensible. Por algún motivo lo invadió la duda. Le dijo a Piper:

—¿Qué haremos si todo ha sido un gran malentendido, y no soy la persona que tú crees?

—Puedo asegurarte que todo esto ha sucedido por alguna razón. Ábrelo ya. — le dijo, transmitiéndole confianza.

Oliver abrió el sobre. Cuando vio que los resultados eran positivos, pegó un grito de alegría. Estaba radiante, y en su rostro se había dibujado una sonrisa muy tierna. Piper gritó junto a él.

Louis y Sophie habían

decidido esperarlos en la cafetería que había frente a la clínica. Pero desde donde estaban sentados podían verlos tras la ventana. Era evidente que se trataba del resultado esperado. Se abrazaron felices. Oliver tomó a Piper entre sus brazos, la miró a los ojos y, sin decir una palabra, la besó apasionadamente. Ella quedó en estado de éxtasis, dejándose llevar. Nada de lo que sucedía alrededor importaba: olvidando todo por completo, se besaron y acariciaron durante un largo

rato.

—Al parecer estamos de más aquí —dijo Louis a su novia—. Si continúan así se les hará la noche sin haberse separado uno del otro... Ahora dime: ¿Ha estado Piper alguna vez con un millonario?

—¡Basta Louis! Estoy muy feliz por mi amiga. Realmente merece todo lo que le está sucediendo. Es hora de que comience a disfrutar, al igual que él. ¿No has visto cómo se miraban?

—Del mismo modo que te



miro yo a ti... ¡te amo  
Sophie Gatson! —Louis  
tomó su mano sobre la mesa  
que los separaba y le dijo,  
arrodillándose—: Tú dirás  
que seguramente es por el  
romanticismo que se respira  
por aquí, pero debes saber  
que desde hace mucho  
tiempo quiero decirte lo que  
estás por escuchar —sacó  
algo de su bolsillo, y agregó  
—: ¿Quieres casarte  
conmigo?

En ese instante entraban  
abrazados Piper y Oliver  
quienes, sorprendidos ante la  
escena que se desarrollaba

frente a sus ojos, se miraron divertidos. Louis se paró nuevamente. Sophie lo miró y le dijo entre lágrimas de felicidad:

—Pero... si tú no eres del tipo al que le gustan los casamientos y todo lo que implica ese tipo de compromiso.

—Pero he cambiado de opinión: lo quiero todo contigo.

—¡Oh, mi amor... claro que deseo ser tu esposa! ¡Te amo!

Se besaron, y luego Louis le colocó el hermoso anillo

de Claddagh que había comprado en la lujosa joyería de moda en ese momento: Elite Jewelry. Oliver los felicitó y decidió hacer un comentario que terminó de alegrar los corazones enamorados de aquellos jóvenes soñadores:

—Sé que tal vez no sea el momento pero, Piper, quiero que sepas que no me casaré con Keira... me enamoré de ti desde el primer momento en que te vi. Y sé que ya no hay marcha atrás... quiero lo mismo que Louis: me encantaría pasar el resto de

mi vida con la mujer que amo.

\* \* \*

Oliver debió permanecer algunos días en Nueva York, ya que los trámites para poder recibir la suma millonaria así lo requerían. Mientras esperaban a que le entregaran su fortuna, pasearon por Maine y fueron a Ogunquit. Cada mañana hacían largas caminatas por la playa y disfrutaban a pleno de la naturaleza. Piper recibió un llamado que

podría cambiarlo todo: el *News Now*, el periódico para el que ella siempre había deseado trabajar, necesitaba una periodista con su carisma y talento. Al menos eso fue lo que le dijeron, aunque ella aún no podía creerlo. Una auténtica periodista vocacional, audaz y jugada, eso era lo que solicitaban. Pero a pesar de tan alentadora propuesta, Piper se negó a aceptarla. Oliver, sin comprender su decisión, le preguntó:

—¿Lo has rechazado?... pero si tú me habías dicho

que era el trabajo con el que siempre habías soñado...

Ella lo miró a los ojos, al tiempo que escuchaban el sonido del mar, tan conocido para ambos. Le dijo con emoción:

—Tú eres mi sueño hecho realidad... lo he estado pensando, Oliver, y aceptaré tu propuesta.

—¿Vendrías a vivir conmigo a Irlanda?

—¡Sí! —le contestó ella sonriente, asintiendo con un suave movimiento de cabeza. Oliver, sin poder disimular la felicidad que

sentía, la tomó entre sus brazos y la hizo girar, al tiempo que la besaba. Luego le dijo:

—Sabes que, de lo contrario, yo me quedaría aquí contigo. ¿Estás segura mi amor?

—Por supuesto, no quiero separarme ni por un segundo de ti, además me encantaría vivir en el hermosísimo Dingle. Estoy segura de que Kate Hemstitch me ha transmitido este sentimiento desde algún lugar del más allá... Ella siempre quiso viajar a tu bellísima tierra, a

los brazos del gran amor de  
su vida, y  
desafortunadamente no lo  
logró. Yo podré hacer mi  
sueño realidad.

## AGRADECIMIENTOS

    Mi más sincero  
agradecimiento a mi madre,  
quien como siempre confió  
en mi desde el comienzo  
hasta el final, tu coraje me  
ha permitido saber que



siempre debemos cumplir nuestros deseos. Gracias por tus cuidadosas lecturas y atinadas sugerencias.

A mi abuela de quien heredé el amor por escribir historias y el anhelo de que sean escuchadas. Me hubiera gustado mucho que pudieras leer esta novela, en la que tú también participaste.

A todo el resto de mi familia por alentarme leyendo el manuscrito, a Federica Pfeiff, Sofía Pfeiff, María Luisa Ritorni, Claudia Pedretti y a Carmen Pacheco.

Quiero agradecer especialmente a Diego por ayudarme una vez más a cumplir mis sueños, tu energía es contagiosa, es imposible no ser feliz junto a ti. A mis hijos, Gustavo, María Sara y a Emma por ser generosos y cederme su tiempo que les pertenecía por completo. Se han interesado en el proceso de la creación de la novela e ilusionado al igual que yo en que todo saliera adelante. ¡Somos un gran equipo!

Estoy enormemente agradecida a mi amiga y

correctora literaria Ana  
Cristina Donnarumma por  
ser generosa y compartir su  
talento, sabiduría y ternura  
en cada una de las páginas  
de este libro.

Por último deseo darle las  
gracias a Pablo Gallastegui  
de Nivel Activo, y a  
Federico Prado de Pracan.

# Table of Contents

VIRGINIA SAINZ

RASINES

Sinopsis

EL MISTERIOSO ANILLO  
DE CLADDAGH

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

